



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MEXICO**

**FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
COLEGIO DE HISTORIA**

25
2ej

MEXICO-TENOCHTITLAN HACIA 1519

T E S I S
QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:
LICENCIADO EN HISTORIA
P R E S E N T A :
PEDRO ALFONSO LOPEZ SAUCEDO

CON LA ASESORIA DEL DR. GERARDO BUSTOS TREJO



FACULTAD DE FILOSOFIA
Y LETRAS
COLEGIO DE HISTORIA

CIUDAD UNIVERSITARIA, 1997

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional
Autónoma de México



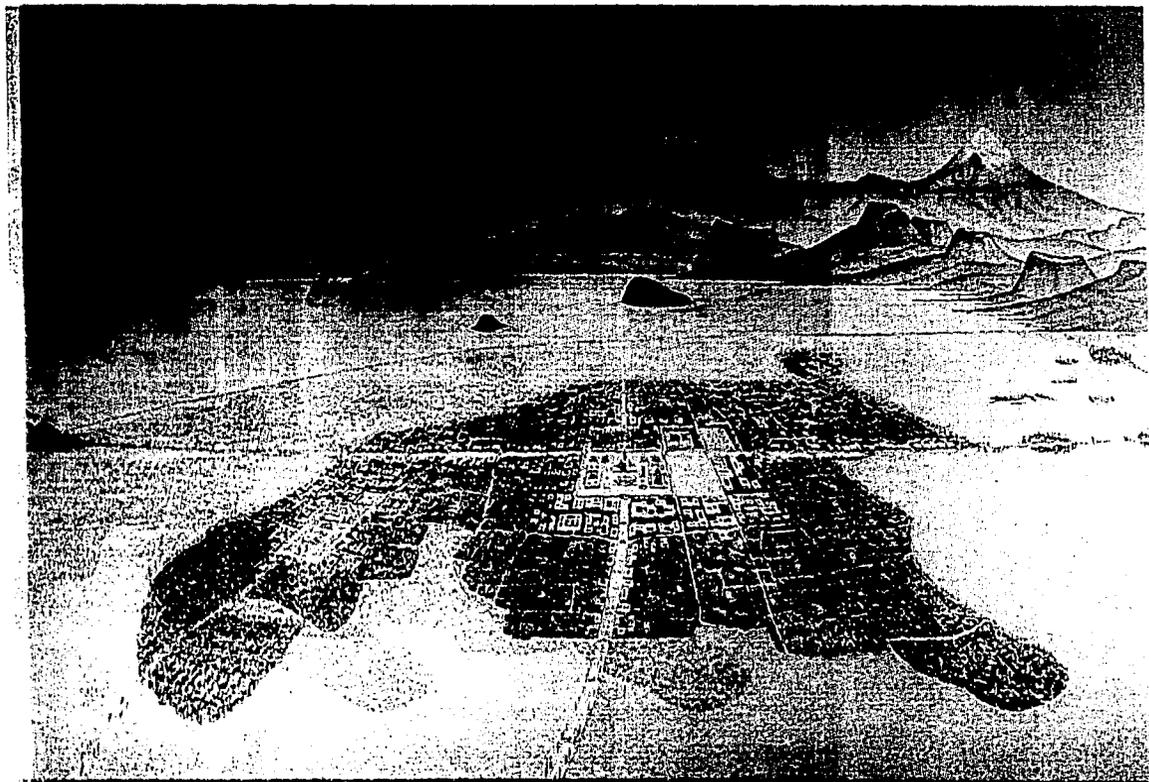
UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

MÉXICO-TENOCHTITLAN HACIA 1519



LA CIUDAD DE MEXICO-TENOCHTITLAN EN EL SIGLO XVI

Oleo sobre tela de Luis Covarrubias exhibido en la Sala Mexica del Museo Nacional de Antropología

DEDICATORIA

Dedico esta tesis a los seres más importantes en mi vida y los que siempre me han brindaron su cariño: mis padres Enriqueta y José. También a mis hermanos José y Azucena, por su apoyo incondicional en todo momento y con quienes comparto la fortuna de tener unos padres como los que tenemos.

A la Dra. Rosa del Carmen Martínez Ascobereta, mi maestra, un ejemplo a seguir y parte fundamental en la formación profesional que he recibido y de quien siempre aprenderé nuevos conocimientos. Gracias por haberme brindado su confianza, amistad y apoyo durante estos años.

Agradezco al Dr. Gerardo Bustos Trejo su gentil disposición y valiosas sugerencias gracias a las cuales fue posible la realización y conclusión de esta tesis. Vaya a él mi más profunda y sincera gratitud.

Mención especial merecen las Mtras. Ana Luisa Izquierdo y de la Cueva, María del Carmen de Luna Moreno y Emilie Ana Carreón Blaine, y el Mtro. Enrique Delgado López, quienes realizaron importantes y agudas observaciones para enriquecer esta tesis.

No resta más que agradecer a mis maestros y amigos, a quienes no menciono para no olvidar -de manera involuntaria- a alguno de ellos, pero que han sido importantes en mi vida. Gracias a mi familia, maestros y amigos, con quienes comparto una profesión tan apasionante como lo es la Historia.

ÍNDICE GENERAL

Índice general	I
Índice de ilustraciones	IV
Introducción	VIII
Capítulo I México-Tenochtitlan en la cuenca del valle de México	1
1.1 La cuenca del valle de México, 1	
1.2 Perímetro de la ciudad. Límites, 6	
1.3 Demografía, 16	
Capítulo II Calzadas	25
2.1 Calzadas de México-Tenochtitlan, 25	
Calzada de Iztapalapa, 29	
Calzada de Tacuba, 36	
Calzada de Tepeyacac, 37	
Calzada Oriental, 42	
Capítulo III Calles, diques y embarcaderos	48
3.1 Tipos de calles, 48	
Limpieza de las calles, 51	
Canales de desagüe, 54	
3.2 Diques, 56	
Dique de Nezahualcóyotl, 57	
Dique de Mexicaltzingo, 60	
Dique de Ahuizotl, 60	
Otros diques de contención, 64	
Dique de Cuicláhuac, 64	
Dique de Xochimilco, 64	
Dique de Iztapalapa, 65	
Dique de Zumpango, 65	
3.3 Embarcaderos, 65	

Capítulo IV Acueductos	73
4.1 Abasto de agua potable en México-Tenochtitlan, 73	
4.2 Acueducto de Chapultepec, 77	
4.3 Acueducto de <i>Acuecuxatl</i> , 83	
Capítulo V Casas y palacios	96
5.1 Aspecto general de la ciudad. Organización, 96	
5.2 Casas de la población, 104	
Casas comunes, 105	
5.3 Palacios y casas reales, 109	
Casas de la nobleza, 110	
Organización de una casa propiedad de un noble, 110	
Palacios, 112	
Localización, 113	
Descripción de los palacios, 121	
Palacio de Moctezuma Xocoyotzin, 121	
Palacio de Moctezuma Ilhuicamina, 126	
Casa de Canto, 128	
Palacio de Axayácatl, 128	
Cámara del Tesoro, 130	
Palacio de Cuauhtémoc, 132	
Palacio de los Guerreros, 133	
Palacio de las Armas, 133	
Zoológico del <i>Huey tlatoani</i> y Casa de Aves, 135	
Palacio del <i>Cihuacóatl</i> , 135	
5.4 Casas de presos, 135	
Capítulo VI Jardines y casas de descanso	140
6.1 Jardines, 140	
6.2 Casa de Aves y Jardín Botánico, 141	
6.3 Zoológico del <i>Huey tlatoani</i> , 146	
6.4 Casas reales de descanso, 155	
Cerro de Chapultepec, 156	
Capítulo VII El Mercado de Tlatelolco y otros sitios de abastecimiento	164
7.1 Sitios de mercado, 164	
7.2 Mercado de Tlatelolco, 168	
Alimentos, 172	
Herbolaria, 178	
Textiles, 179	

Utensilios para el hogar, 180	
Objetos comunes, 182	
Objetos especializados, 185	
Objetos suntuarios, 188	
Armas y trajes de guerra, 191	
Oficios, 192	
Esclavos de collar, 192	
Materiales de construcción, 194	
7.3 Administración del Mercado de Tlatelolco, 196	
Sistema de medidas, 196	
Medidas de cambio, 197	
Administración de justicia, 198	
Vigilancia, 198	
Pago de impuestos, 200	
Capítulo VIII El ámbito de México-Tenochtitlan	202
8.1 Colores, 202	
8.2 Sonidos, 204	
8.3 Olores, 205	
Conclusión	209
Apéndice 1	215
Apéndice 2	217
Referencias bibliohemerográficas	222

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

CAPÍTULO I

- Fig. 1 Plano del Lago de Texcoco y de la Laguna de México: 3
- Fig. 2 Plano de México-Tenochtitlan según el Conquistador Anónimo: 5
- Fig. 3 Construcción de una chinampa: 8
- Fig. 4 Plano de la Ciudad de México atribuido a Hernán Cortés: 12
- Fig. 5 Plano de la Ciudad de México, interpretación de Justino Fernández y Manuel Toussaint: 13
- Fig. 6 Extensión de la ciudad según interpretación de Justino Fernández: 15

CAPÍTULO II

- Fig. 1 Panorama de la cuenca del valle de México. En la ilustración pueden observarse las calzadas que unían a México-Tenochtitlan con tierra firme: 26
- Fig. 2 Aspecto de una calzada con los puentes que la cruzaban: 30
- Fig. 3 En esta ilustración se observa como Izcóatl ordena a los xochimilcas construir la calzada que conducía hacia Iztapalapa: 32
- Fig. 4 Plano atribuido a Hernán Cortés, donde pueden apreciarse las calzadas que unían a la ciudad con las poblaciones de Iztapalapa, Tacuba y Tepeyac, así como otras que partían de Tlatelolco a tierra firme: 34
- Fig. 5 Si se prolonga la calzada que debía nacer de la puerta norte del Recinto Sagrado, encontramos que no conduce a la Ciudad de Tlatelolco y queda muy alejada del camino que conduce en realidad al cerro del Tepeyac: 39
- Fig. 6 La propuesta de Manuel Toussaint indica que la calzada norte (que conducía hacia el cerro del Tepeyac) partía de una plaza frontera a la puerta poniente del Recinto Sagrado, y seguía el curso de la actual calle de Brasil: 41
- Fig. 7 Plano del Recinto Sagrado realizado por fray Bernardino de Sahagún, en donde sólo se dibujaron tres accesos al Recinto: el norte, poniente y sur: 43
- Fig. 8 México-Tenochtitlan está representado como un rectángulo y el Recinto Sagrado por un cuadrado situado justo en su centro, a partir del cual nacen las calzadas que se dirigen hacia los cuatro rumbos del universo: norte, sur, oriente y poniente, o lo que es lo mismo, la intersección de ellas crea el centro del universo: 45

CAPÍTULO III

- Fig. 1 Fragmento del *Plano en papel de maguey*, en donde pueden distinguirse sólo dos tipos de calles: las de tierra y las de tierra y agua. (Parte superior: Detalle del *Plano...*): 50
- Fig. 2 En este dibujo pueden apreciarse las calles de agua que había en la ciudad, los puentes que permitían el paso de una propiedad a otra, las canoas que las surcaban, así como la limpieza de las mismas: 52
- Fig. 3 El dique de Nezahualcóyotl dividía al Lago de Texcoco en dos secciones. La sección en donde México-Tenochtitlan quedó asentada recibió el nombre de Lago de México: 58
- Fig. 4 El dique de Mexicaltzingo, construido al sur de la ciudad, contenía las aguas dulces de los lagos de Chalco y Xochimilco: 61
- Fig. 5 En el plano de la ciudad atribuido a Hernán Cortés puede observarse la calzada que partía rumbo a Texcoco: 68
- Fig. 6 En este plano se observa el embarcadero de la Lagunilla ubicado al norte de la ciudad, según interpretación de Justino Fernández: 69

CAPÍTULO IV

- Fig. 1 En la lámina IV del *Códice Ramírez* se señala el sitio de la fundación de México-Tenochtitlan, donde emanaba una fuente de agua dulce: 75
- Fig. 2 Representación del cerro de Chapultepec y de la fuente de agua dulce que de él brotaba, según el *Manuscrit Tovar*: 78
- Fig. 3 Puede observarse en el plano de la ciudad atribuido a Cortés el acueducto de Chapultepec, el cual nacía en el bosque del mismo nombre. Nótese la curiosidad con que es señalado el acueducto y el sitio donde se unía a la calzada de Tacuba (Tlacopan): 81
- Fig. 4 Los guerreros de Ahuizotl aplican el "garrote" a *Tzutzumatzin*, Señor de Coyoacán: 86
- Fig. 5 El *Manuscrit Tovar* ilustra en su plano XVI el sacrificio de animales y de obsequios que se hicieron al cauce de la fuente *Acuecuexall*, proveniente de Coyoacán: 88

CAPÍTULO V

- Fig. 1 México-Tenochtitlan estaba dividido en cuatro secciones, formadas por los ejes norte-sur y oriente-poniente, cuyo centro de convergencia era el Recinto Sagrado: 97
- Fig. 2 Las cuatro direcciones y el centro del universo, según el *Códice Fejérvary-Mayer*: 98
- Fig. 3 Fundación de México-Tenochtitlan según interpretación del *Códice Mendocino*. Esta ilustración señala el modelo que siguieron los mexicas al construir la ciudad: conformado por cuatro barrios y en su centro el Recinto Sagrado: 100
- Fig. 4 La isla de Aztlán de acuerdo a la representación que de ellas se hace en el *Códice Aubin*. En esta ilustración puede observarse que la isla de Aztlán estaba organizada en cuatro secciones con un centro. Cada sección está representada por una casa (*calli*) y en el centro por un cerro que debe representar el Recinto Sagrado: 101

- Fig. 5 Los cuatro barrios o *campas* de México-Tenochtitlan y la Ciudad de Tlatelolco, basado en una interpretación de Manuel Carrera Stampa: 103
- Fig. 6 Reconstrucción de una casa indígena común dentro de una zona chinampera. Nótese que a pocos pasos existía un *temazcal* o "baño de vapor": 106
- Fig. 7 Distintos tipos de casas comunes, según representación de fray Bernardino de Sahagún en el *Códice Florentino*: 107
- Fig. 8 Fragmento del plano de la ciudad atribuido a Hernán Cortés. Hacia el ángulo suroeste del Recinto Sagrado pueden distinguirse la Casa de Aves (J) y el Zoológico del *Huey tlatoani* (I). Estos lugares pueden identificarse de manera clara porque están representados con varios animales entre recuadros: 117
- Fig. 9 Palacio de Moctezuma, Lámina LXX del *Códice Mendocino*: 125
- Fig.10 Representación de una cárcel de acuerdo a un dibujo de Sahagún: 136

CAPÍTULO VI

- Fig. 1 Fragmento del plano de la ciudad atribuido a Hernán Cortés. En el ángulo suroeste se aprecia el jardín zoológico del *Huey tlatoani* y la Casa de Aves: 143
- Fig. 2 Ubicación del zoológico del *Huey tlatoani* en un plano actual del Centro Histórico. Nótese que este se localiza junto al *Totocalli* o "Casa de Aves": 147
- Fig. 3 Esta ilustración reproduce el tipo de jaula que debió existir en el zoológico del *Huey tlatoani*: 149
- Fig. 4 Moctezuma Ilhuicamina supervisa los trabajos de los canteros y escultores en el cerro de Chapultepec donde se realiza su escultura según reproducción de Durán: 160
- Fig. 5 Detalle del escudo tallado en Chapultepec cruzado por cuatro flechas, el cual pertenece a la escultura de Moctezuma: 162

CAPÍTULO VII

- Fig. 1 Ubicación del Mercado de Tlatelolco dentro del plano de México-Tenochtitlan atribuido a el conquistador anónimo. Dentro del recuadro puede apreciarse este sitio: 167
- Fig. 2 Fragmento de la maqueta del Mercado de Tlatelolco exhibida en la Sala Mexica del Museo Nacional de Antropología. En ella puede apreciarse la belleza y orden que guardaba cada género de mercancías, dispuestos en hileras o calles: 170
- Fig. 3 Esquema del Mercado de Tlatelolco: 171
- Fig. 4 Venta de maíz dentro del mercado. Detalle del mural de Diego Rivera en Palacio Nacional: 173
- Fig. 5 Venta de carnes y pescados dentro del mercado. Detalle del mural de Diego Rivera en Palacio Nacional: 176
- Fig. 6 Venta de cerámica dentro del mercado. Detalle del mural de Diego Rivera en Palacio Nacional: 181
- Fig. 7 Venta de esteras dentro del mercado. Detalle del mural de Diego Rivera en Palacio Nacional: 184
- Fig. 8 Venta y fabricación de papel dentro del mercado. Detalle del mural de Diego Rivera en Palacio Nacional: 187

- Fig. 9 Un *amanteca* elabora un mosaico de plumas. Representación en el *Códice Florentino* de fray Bernardino de Sahagún: 190
- Fig.10 Esclavos indígenas: hombres, mujeres y niños. Nótese la collera que llevan al cuello. Representación en el *Códice Florentino* de fray Bernardino de Sahagún: 193
- Fig.11 Autoridades vigilan el correcto intercambio de productos y el orden en el Mercado de Tlatelolco. Fragmento de la maqueta exhibida en la Sala Mexica del Museo Nacional de Antropología: 199

CUADROS

- No. 1 Cuadro comparativo de autores sobre la extensión y población de México-Tenochtitlan hacia 1519. Capítulo I: 24

PLANOS

- Pl. 1 Centro de México-Tenochtitlan hacia 1519. Capítulo V: 114
- Pl. 2 Traza actual del Centro Histórico de la Ciudad de México. Capítulo V: 115

INTRODUCCIÓN

Y de que vimos cosas tan admirables no sabíamos qué decir, o si era verdad lo que por delante parecía, que por una parte en tierra había grandes ciudades, y en la laguna otras muchas, y veíamoslo todo lleno de canoas, y en la calzada muchas puentes de trecho en trecho, y por delante estaba la gran ciudad de México.
Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, 1986, p. 160.

Sin duda alguna la Ciudad de México ha sido siempre un tema de gran interés, pues abarca cuatro grandes etapas: la prehispánica, la colonial, la complejidad del período independiente con los múltiples hechos que lo caracterizan (la Independencia, la Reforma y el Imperio, el Porfiriato y la Revolución) y la vertiginosa época del siglo XX. Cada una de estas etapas ha dejado su huella no sólo en la historia sino también en la planeación y arquitectura de la ciudad; el sitio elegido para su fundación en 1325 y su traza posterior fue condicionada a nuestro pasado prehispánico; los tres siglos de la época colonial nos han legado suntuosas iglesias, monumentales conjuntos conventuales así como señoriales palacios, los cuales convirtieron a la ciudad en la metrópoli más grande e importante de América. Durante el período independiente se edificaron nuevos palacios, lujosas casonas, grandes edificios administrativos y culturales. El siglo XX y la modernidad imprimieron un nuevo ritmo al crecimiento y desarrollo de la ciudad, lo que dió una nueva fisonomía y la convirtió en la más grande y poblada del mundo. También varios han sido los adjetivos que ha recibido la ciudad a lo largo de sus casi siete centurias de existencia, y que evidencian la importancia de la cual gozaba entre sus contemporáneos, de esta manera cuando los soldados españoles la conocieron la calificaban como la “gran ciudad de Temixtítán”, durante la época colonial fue la “muy noble y leal ciudad de México”, después fue la “ciudad de México” y ahora es conocida con varios sobrenombres, como la “macrópolis o megalópolis mexicana” o tan sólo como “la gran ciudad de México”.

La enorme riqueza histórica que posee esta ciudad ha influido para que se hayan escrito innumerables obras de las más diversa índole que permiten conocer su evolución a lo largo de los siglos. En muchos casos se han elaborado monografías sobre su historia general o por períodos específicos, por ejemplo de la época Colonial, el siglo XIX, el Porfiriato o la época contemporánea, o bien, sobre temas tan particulares como la sociedad, el comercio, sus calles, la cultura o sus monumentos más sobresalientes. Sin embargo, el período correspondiente a la época prehispánica no cuenta con obras que hagan una descripción o recreación completa de México-Tenochtitlan.

Existen sobre este período prehispánico cientos de libros y artículos que analizan diversos aspectos como la densidad poblacional, las relaciones de producción y el comercio, la urbanización, la sociedad, la tenencia de la tierra, la religión, el arte o la importancia del “Templo Mayor” para la ciudad, entre muchos otros temas. En algunos trabajos como en el de Manuel Rivera Cambas y su *México pintoresco, artístico y monumental*, o el de Fernando Benítez y la *Historia de la ciudad de México*, se le dedican algunas líneas, en donde señalan algunos aspectos parciales sobre su existencia, inserta dentro de la historia general de la capital, pero que por desgracia no nos permiten saber cómo era. Los murales de Diego Rivera realizados en Palacio Nacional tratan de recrear, de manera visual, el aspecto que de manera probable presentaba la ciudad hacia el siglo XVI, trabajo que logró plasmar al utilizar las cartas de relación, crónicas e historia que escribieron aquellos hombres que la conocieron durante su época de esplendor.

En este trabajo pretendemos llevar a también a cabo un “retrato”, o más bien una descripción física de México-Tenochtitlan hacia 1519, fecha precisa en que el mundo descubre su existencia a través de las noticias proporcionadas primero por los conquistadores españoles y después por los frailes y cronistas reales. Conforme transcurría el tiempo, cada vez más autores se interesaron por escribir sobre este tema, lo que ha permitido contar con más materiales que nos permitan llevar a cabo nuestro objetivo: elaborar una “guía para forasteros” del siglo XVI.

Cuando Hernán Cortés y sus compañeros llegaron a las costas del Golfo de México oyeron hablar a los indígenas de un extenso reino localizado “tierra adentro”, cuyo gobernante era un poderoso hombre

poseedor de grandes e infinitas riquezas y que habitaba dentro de una magnífica ciudad. El afán de conseguir los tesoros que en ella había los hizo decidirse para avanzar dentro del continente y sortear toda clase de peligros, como imponentes cadenas montañosas, caudalosos y extensos ríos así como exuberantes bosques y selvas; su interés por conocer esta ciudad y sus abundantes joyas era tan fuerte, que no había nada que pudiera detener su marcha hasta llegar a la capital de los mexicas. Conforme avanzaban en su recorrido descubrían muchas poblaciones de todos los tamaños, desde pequeños caseríos hasta grandes ciudades, como Cempoala, Huexotzingo, Tlaxcala, Cholula, Tlalmanalco, Mixquic, Tláhuac e Iztapalapa, pero aún no alcanzaban a imaginar cómo era la ciudad donde vivían los mexicas y lo que podían encontrar en ella.

Fue en noviembre de 1519 cuando la ciudad de México-Tenochtitlan mostraba toda su magestuosidad ante los ojos del mundo occidental. Y aunque los ojos occidentales que contemplaban por primera vez este lugar pertenecían a hombres rudos que sólo buscaban el oro y las piedras preciosas de los pueblos indígenas, no pudieron menos que admirarla y quedar atónitos al encontrarse dentro de una impresionante ciudad -en todos los sentidos- por lo que no cesaban de elogiarla y compararla siempre con las mejores ciudades europeas, asiáticas y africanas que ellos conocían.

Muchos de los españoles que pudieron contemplar la ciudad eran soldados que participaron en innumerables batallas y que habían estado en muchas ciudades y regiones en el hasta entonces mundo conocido del Continente Euroasiático-africano. Algunos de ellos sabían del exótico y misterioso Medio Oriente con las asombrosas ciudades árabes y la inmensidad de las arenas del desierto; otros soldados escucharon, por las aventuras de Marco Polo y diversos relatos, sobre las enigmáticas y milenarias tierra del Lejano Oriente, de Cipango y Catay, con sus ciudades y tradiciones, las rutas comerciales de las especias y las sedas, los lujos y la riqueza del gran *Khan*. Otros más oyeron hablar sobre las poco exploradas y salvajes tierras del África Negra con los maravillosos reinos de Mali, Ghana o Guinea, y las rutas del oro, la sal y de la trata de esclavos. ¡Y qué decir de las famosas y conocidas ciudades europeas! De entre estas, hubo una que se asemejaba a la perfección a la metrópoli indígena, porque al igual que Venecia, ambas estaban construidas en su totalidad sobre el agua; a tal grado era su semejanza que muchos la denominaron "la Venecia de las Indias".

Por su parte, tanto Hernán Cortés como Bernal Díaz del Castillo señalan que la ciudad indígena superaba con creces a ciudades españolas como Granada, Sevilla, Córdoba o Salamanca, por lo cual decidieron bautizarla como la "gran ciudad" de México-Tenochtitlan. Desde el momento en que se conoció su existencia, la tinta de las plumas españolas empezó a correr en grandes cantidades para tratar de describir todo aquello que comenzaban a conocer, pues jamás pensaron encontrar en las Indias Occidentales una ciudad que reuniera en sí misma el tamaño, población, belleza y lujos de cualquier gran metrópoli europea.

Fuentes para la descripción de México-Tenochtitlan hacia 1519.

Como ya se ha señalado, los primeros europeos en conocer a México-Tenochtitlan durante la época en que era sede del poder mexica y que no tenía ciudad que rivalizara con ella, fueron los soldados españoles, que incluso llegaron a habitarla, como Hernán Cortés, Bernal Díaz del Castillo, fray Francisco de Aguilar, Andrés de Tapia o el soldado-autor llamado "el Conquistador Anónimo"; un poco después de ellos están los autores que nunca la conocieron pero que interrogaron a estos soldados para poder escribir sus historias, como lo hicieron fray Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, Francisco López de Gómara y Antonio de Herrera y Tordesillas.

Más adelante fueron los frailes misioneros y los cronistas reales quienes realizaron breves pero interesantes descripciones que aún hablaban de su magnificencia a través de sus ruinas, insertas dentro de obras generales, como lo hicieron los padres Toribio de Benavente -más conocido por su sobrenombre indígena de "Motolinía" (el pobrecito)-, Bartolomé de las Casas, José de Acosta, Diego Durán, Bernardino de Sahagún o el seglar Francisco Cervantes de Salazar -autor también del célebre *México en 1554*-, quien hace una descripción general de la ciudad indígena, para lo cual hace uso de las cartas y crónicas de los conquistadores, de informates indígenas y de restos de los antiguos *teocallis* indígenas.

Para el último tercio del siglo XVI, muchos hombres aún se sentían atraídos por su sólo nombre, lo que les hacía citarla aunque fuera como mera referencia que evocara el pasado o que diera pauta para otros temas, entre estos autores destacan los padres Gerónimo de Mendieta y Juan de Torquemada, así

como Domingo Francisco de San Antón Muñón Chimalpahin Cuauhtlehuantzin, Hernando (Fernando) Alvarado Tezozómoc, Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, fray Alonso de Zorita (algunos lo llaman Alfonso de Zurita) y Antonio de Solís y Rivadeneira. Por supuesto no podemos dejar de señalar que los códices realizados durante el primer siglo novohispano -y los que se crearon más tarde- también son una valiosa fuente de información.

Para los siglos posteriores (XVII y buena parte del XVIII) tal pareciera que el interés por este aspecto de la historia decayó, hasta que la *Storia antica del Mesico* de fray Francisco Xavier Clavijero lo retoma y en 1790, con el descubrimiento de las llamadas “dos piedras” en la Plaza Mayor de México, descritas por Antonio de León y Gama, el pasado indígena de la capital recobraba, aunque de manera momentánea, cierto interés.

Salvo esporádicos hallazgos en el centro de la ciudad, algunos de gran importancia y otros de poco interés, transcurre el siglo XIX. Hacia principios de siglo, las excavaciones realizadas por Leopoldo Batres en las calles del Carmen, Indio Triste, Escalerillas, Santa Teresa y Seminario volvieron a sorprender a la atónita población: vasijas, joyas, ídolos de piedra y barro, así como basamentos de edificios indígenas que conservaban restos de pintura mural hicieron resurgir las preguntas sobre el pasado del suelo que pisaban. Pasarían cerca de setenta años para que por fin la ciudad de México-Tenochtitlan recobrara la fama que los primeros visitantes españoles le habían conferido.

Gracias al fortuito descubrimiento de la *Coyolxauhqui* el 23 de febrero de 1978, se inició el trabajo de rescate y salvamento arqueológico más importante en la historia de la ciudad. Aunque el único edificio trabajado fue el llamado “Templo Mayor”, esto significó el resurgimiento definitivo del interés por el pasado indígena de la metrópoli, y decenas de artículos, ensayos, libros, coloquios, museos y exposiciones dan muestras de ello.

Autores como Manuel Toussaint, Luis González Aparicio, Ignacio Marquina, Miguel León-Portilla, Eduardo Matos Moctezuma, Sonia Lombardo de Ruiz, Teresa Rojas Rabiela, Mary Carmen Serra Puche, Felipe Solís Olguín y muchos otros se han encargado de escribir valiosas obras sobre aspectos de este

pasado. Nosotros también queremos sumarnos a estos autores, pero deseamos dedicar particular interés a la existencia misma de la ciudad y no a sus aspectos administrativos, sociales, jurídicos o económicos, temas que aquellos autores analizan de manera concienzuda.

Análisis historiográfico de las fuentes.

En este momento se hace necesario hacer una revisión crítica de las fuentes utilizadas para esta descripción. Existen en primer lugar el grupo de las fuentes primarias -constituídas por los testigos presenciales quienes escribieron cartas, historia y relaciones de la conquista- las cuales proporcionan la información más interesante -aunque breve- sobre la existencia de México-Tenochtitlan. Hombres como Cortés, Díaz del Castillo, Aguilar, Tapia o el Conquistador Anónimo, dejaron plasmadas sus apreciaciones en estos escritos, en donde está presente el interés de cada uno de ellos al privilegiar ciertos aspectos sobre otros, los cuales por lo general estaban asociados con las riquezas que podían obtenerse; aún así, estos son sin lugar a dudas, la materia prima de la cual se servirán todos, absolutamente todos, los escritores posteriores.

Los primeros cronistas, como Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés y Francisco López de Gómara recurrieron a las entrevistas directas a los conquistadores -sobre todo el caso de López de Gómara, quien fue capellán de Cortés- para poder escribir noticias sobre la ciudad, por lo que no aportan en realidad más información sobre nuestro tema que la obtenida de las fuentes directas. Los cronistas religiosos de la segunda mitad del siglo XVI, entre los que pueden señalarse los frailes Cristóbal de las Casas, Toribio de Benavente, Diego Durán, José de Acosta y Juan de Tovar, también recurrieron a la información de los conquistadores; destacan de manera particular estos tres últimos autores, quienes se copiaron -de manera casi íntegra- los datos para escribir sus respectivas historias. Hay que destacar el problema de plagio atribuido a fray Diego Durán, pues utilizó la información proporcionada por Acosta y el llamado *Códice Ramírez* (atribuido al padre Tovar), aunque autores modernos sugieren que Durán "sólo amplió" los datos de aquellos.

Caso aparte es el de fray Bernardino de Sahagún, quien valiéndose de varios informantes indígenas, recopiló una vasta cantidad de materiales con los cuales escribió su *Historia General...*, y es de particular interés para nosotros su apéndice al Libro I, donde hace una descripción de los edificios del llamado "Templo Mayor". Por lo que respecta al caso de Francisco Cervante de Salazar, puede señalarse que este autor recurre a las informaciones de los conquistadores, pero en algunos momentos hace anotaciones importantes, como al indicar que él aún alcanzó a ver los restos del "Templo Mayor" y de otras construcciones que habían descrito Cortés y sus compañeros (debe señalarse que su obra *Crónica de la Nueva España*, escrita a mediados del siglo XVI, fue conocida y publicada hasta principios del siglo XX).

Algunos escritores posteriores, como los frailes Gerónimo de Mendieta, Juan de Torquemada, Agustín de Vetancurt, y cronistas como Antonio de Herrera y Tordesillas y Antonio de Solís y Rivadeneira sólo repiten las informaciones tanto de los conquistadores como de los primeros cronistas. Los autores de origen indígena como Domingo Francisco de San Antón Muñon Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin, Hernando Alvarado Tezozómoc y Fernando de Alva Ixtlilxóchitl recurrieron a informaciones orales y códices para redactar sus relaciones y crónicas, aunque debe destacarse el hecho de que en la obra de Alvarado Tezozómoc se encuentran párrafos semejantes a los escritos por Durán, Acosta y el *Códice Ramírez* (Alfredo Chavero y Manuel Orozco y Berra le atribuyen la autoría de este códice a Alvarado Tezozómoc, de ahí que sea semejante el contenido de ambos).

Para el siglo XVIII, destaca el jesuita Francisco Xavier Clavijero, quien escribió su *Storia antica...*, para lo cual también utilizó las obras de los conquistadores y cronistas del siglo XVI, además de obras inéditas, que se hallaban en el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo -que había pertenecido a Carlos de Sigüenza y Góngora y a Lorenzo Boturini Bernarducci- escritas en los siglos XVI y XVII.

Después de ellos, los autores del siglo XIX sólo han reutilizado esta información, y los del siglo XX, en algunos casos, la han reinterpretado a la luz de los trabajos arqueológicos llevados a cabo en el Centro Histórico. Roque Ceballos Novelo, hacia la segunda década de este siglo, realiza varias aportaciones a la historia de la ciudad prehispánica, al combinar los resultados de las excavaciones de principios de este siglo, con las fuentes de los siglos XVI. Posterior a él, reconocidos autores contemporáneos como Ignacio

Marquina, Miguel León-Portilla y Eduardo Matos Moctezuma actualizan la información que existe sobre la ciudad de México-Tenochtitlan -a la luz del descubrimiento del "Templo Mayor"- y la reinterpretan desde nuevas ópticas: la arquitectónica, la histórica-religiosa y la arqueológica.

Descripción de la ciudad y metodología empleada.

Para llevar a cabo este objetivo, hemos organizado la descripción de México-Tenochtitlan hacia 1519 en atención a los lugares y construcciones que más llamaron la atención de sus primeros visitantes, y también en el orden que ellos los pudieron observar, primero desde fuera de la ciudad para después penetrar hacia su interior. A partir de ello, esta tesis contempla los siguientes temas:

Capítulo I. En este primer capítulo se presentará una visión general sobre el medio ambiente y el sitio en que se fundó la ciudad de México-Tenochtitlan en el año de 1325. Asimismo se hará referencia a dos aspectos que nos permiten empezar a conocerla desde el exterior: su extensión y su demografía. En gran medida la creación y ampliación de suelos artificiales permitió el desarrollo de los temas antes señalados.

Capítulo II. Por ser un tema de gran importancia para el desarrollo y crecimiento de la ciudad, se ha dedicado de manera exclusiva este segundo capítulo para realizar una descripción de las calzadas que existieron en México-Tenochtitlan. Además, se hará énfasis al papel que tuvieron estas obras de ingeniería en la traza y planificación de la ciudad.

Capítulo III. En este capítulo se hará referencia a la infraestructura de México-Tenochtitlan, la cual estaba adaptada de manera perfecta a su situación lacustre, como los diques, los embarcaderos y las calles que la atravesaban. Se destacará de manera significativa los diferentes tipos de calles que se planearon para mantener siempre comunicada a la ciudad.

Capítulo IV. El abasto del agua potable estaba garantizado a través de los diversos acueductos con los que contaba la ciudad, los cuales serán descritos en este capítulo, y que tenía por finalidad brindar a la

población del vital líquido. También se hace referencia a la historia de los dos acueductos más importantes en México-Tenochtitlan, en donde la religión tuvo un papel fundamental.

Capítulo V. En este capítulo haremos una separación entre los diferentes tipos de construcciones: casas comunes, casas de la nobleza y grandes palacios, lo cual permitirá hacer la descripción de cada uno de ellos. Asimismo, se hará un intento de localización de los principales palacios que existían alrededor del Recinto Sagrado -en el centro de la ciudad- a través de las descripciones que de ellos hacen los conquistadores y cronistas.

Capítulo VI. No sólo las casas y palacios dieron fama a la ciudad, sino también sus jardines y casas de descanso; se hará una descripción de dos sorprendentes construcciones: el jardín botánico y el zoológico del *Huey Itatoani*, único en su tipo, y se referirá la existencia del bosque y esculturas en el Cerro de Chapultepec y las casas de Motezuma Xocoyotzin, destinadas para su descanso y recreación o como cotos de caza.

Capítulo VII. El mercado de Tlatelolco y otros sitios de abastecimiento son el tema central de este capítulo. A través de las descripciones particulares que de estos lugares hacen los españoles, pretendemos hacer, a su vez, otra descripción más general que abarque la extraordinaria variedad de productos, servicios, orden y formas de intercambio observadas en los mercados, y en particular, en el de Tlatelolco.

Capítulo VIII. Un aspecto poco conocido de la ciudad es el ámbito que la rodeaba, es decir, los temas relacionados con el color, el sonido y el olor que en ella imperaban. En una ciudad con las dimensiones y población de México-Tenochtitlan, es natural que existieran infinidad de aromas y ruidos, mismos que le imprimían características especiales a diversos lugares.

Como podrá advertirse, no se ha incluido la descripción del Recinto Sagrado de la ciudad, el llamado "Templo Mayor", por el hecho de que es un sitio que ha sido analizado de manera exhaustiva por muchos autores, desde diversos puntos de vista: religioso, artístico, militar, arqueológico, etnohistórico,

etc.; el Dr. Miguel León-Portilla en su libro *México Tenochtitlan. Su tiempo y espacio sagrado* (1992), hace un significativo estudio sobre este particular.

Por otra parte, debe señalarse que esta tesis presenta una metodología distinta, pues se hace uso de las fuentes de tal forma que permite, de manera más ágil y sencilla, cotejar el aparato crítico con la información que apoya la descripción del lugar o construcción que se desea dar a conocer. Por ejemplo, cuando se cita a un autor, a una obra o una referencia, se hace a través de su apellido y/o fecha de publicación, de tal forma que el lector debe remitirse a la bibliohemerografía para que pueda obtener la ficha bibliográfica completa del autor y de la obra.

Esta manera de emplear el aparato crítico, creemos, facilita la lectura de estas páginas. También es importante señalar que se ha respetado, lo más posible, la disposición y ortografía original de las fuentes, a fin de proporcionar a quien lea estas páginas un fiel acercamiento a las obras que refieren la historia y descripción de la ciudad en el siglo XVI.

Por último, para apoyar de manera visual algunos de los temas tratados a lo largo de los capítulos se han incluido ilustraciones, mapas y cuadros, varios de las cuales corresponden a las fuentes originales, como Cortés, el Conquistador Anónimo, Durán, Sahagún y algunos códices, mientras que determinados mapas, ilustraciones y cuadros comparativos fueron elaborados *ex profeso* para esta tesis.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



MÉXICO-TENOCHTITLAN

HACIA 1519

PEDRO ALFONSO LÓPEZ SAUCEDO

CAPÍTULO I

MÉXICO-TENOCHTITLAN EN LA CUENCA DEL VALLE DE MÉXICO

1.1 La cuenca del valle de México.

Situada a 2250 metros sobre el nivel del mar, la cuenca lacustre del valle de México sirvió de marco para que floreciera durante los siglos XIV al XVI una gran metrópoli, la ciudad-capital de los mexicas: México-Tenochtitlan. A través de las crónicas y relaciones escritas en el siglo XVI se puede establecer, a grandes rasgos, el ambiente físico que predominaba en la cuenca del valle al término de la segunda década del siglo XVI, en particular hacia 1519, año en que llegan los primeros europeos a la ciudad indígena.

Los conquistadores al llegar a las cumbres de las montañas que rodean la cuenca del valle de México pudieron contemplar grandes lagos, alrededor de los cuales varias ciudades rivalizaban en belleza y señorío, pero sólo una podía vanagloriarse de encontrarse en medio del agua y por sobre todas las demás ciudades, al destacar por su tamaño y riqueza, y esa era México-Tenochtitlan.

Cortés describe la cuenca del valle de México como la provincia en la que está situada la ciudad (1987: 69):

La cual dicha provincia es redonda y está toda cercada de muy altas y ásperas sierras, y lo llano della terná en torno fasta setenta leguas, y en el dicho llano hay dos lagunas que casi lo ocupan todo, porque tienen canoas en torno más de cincuenta leguas. E la una destas dos lagunas es de agua dulce, y la otra, que es mayor, es de agua salada. Divídelas por una parte una cuadrillera

pequeña de cerros muy altos que están en medio desta llanura, y al cabo se van a juntar las dichas lagunas en un estrecho de llano que entre estos cerros y las sierras altas se hace; el cual estrecho terná un tiro de ballestas, e por entre la una laguna y la otra, e las ciudades y otras poblaciones que están en las dichas lagunas, contratan las unas con las otras en sus canoas por el agua, sin haber necesidad de ir por la tierra. E porque esta laguna salada grande crece y mengua por sus mareas según hace la mar, todas las crecientes corre el agua della a la otra dulce, tan recio como si fuese caudaloso río, y, por consiguiente, a las menguantes va la dulce a la salada.

Lo primero que podemos señalar en esta descripción de la cuenca del valle es lo referente a los lagos o lagunas que ocupaban gran parte de su superficie. Coinciden con Cortés sobre su apreciación el conquistador anónimo (1941: 43) y fray Gerónimo de Mendieta (1980: 259-260). Bernal Díaz del Castillo (1986: 173) discrepa de esta aseveración, pues él asegura que se trataba de sólo un lago. Tal vez la confusión se deba a la gran extensión del lago principal de la cuenca, que era el Lago de Texcoco, como lo expresa Francisco Cervantes de Salazar (1971, II: 326) en las siguientes líneas:

Y es de saber que aunque la alaguna en que México está asentada parece toda una, es dos y muy diferentes la una de la otra, porque la una es de agua salitral, amarga y mala y que no cría ni consiente ninguna suerte de peces, y la otra de agua dulce, que los produce, aunque muy pequeños.

Estudios modernos han comprobado la existencia no sólo de estos dos lagos, sino de otros tres más, que hacen un total de cinco, los cuales cubrían una extensión aproximada de ocho mil kilómetros cuadrados y cada uno de ellos recibió el nombre de la población más importante asentada en sus riberas [figura 1]. Sonia Lombardo de Ruiz (1973: 110) señala los nombres de cada uno de ellos: Texcoco, Xaltocan y Zumpango, que eran de agua salada, mientras que los de Chalco y Xochimilco eran de agua dulce.

Por su parte, Felipe Solís (1992: 12) comenta que la parte del lago en que estaba fundada México-Tenochtitlan recibió el nombre de Laguna de México, aunque en realidad:

El lago de Texcoco y la laguna de México, formaban una unidad mayor, separada por una línea imaginaria...

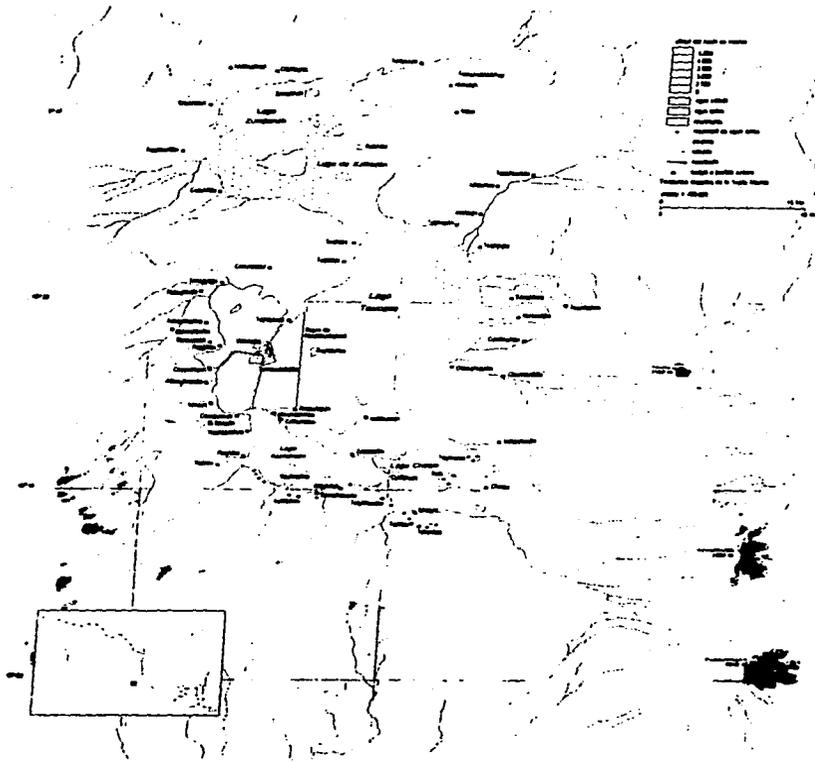


FIGURA 1
PLANO DE LOS LAGOS DE LA CUENCA DEL VALLE DE MÉXICO
Fuente: *La América Antigua. Civilizaciones precolombinas. Vol. I, p. 144.*

En la figura 1 se puede observar la división en dos partes del lago de Texcoco, en donde una de ellas, justo donde estaba asentada México-Tenochtitlan recibió el nombre de Laguna de México, aunque algunos autores también le designan como el Lago de México.

Respecto a la orografía de la cuenca del valle, Cortés (1987: 69) habla de "muy altas y ásperas sierras", mientras que el conquistador anónimo (1941: 39-41) [figura 2] sobre el mismo tema indica que:

La ciudad de Temistitán México está rodeada de montes por todos lados, excepto entre Norte y Oriente. Por la parte Sur tiene montañas muy ásperas, y entre ellas el volcán Popocatépetl, redondo como un montón de trigo, y de cuatro leguas o poco más de altura... Se halla este monte a once leguas de México, y cerca de esta ciudad hay otras montañas altísimas y casi tanto como esta otra, las que por unas partes quedan a diez leguas de México y por otras a siete u ocho. Todas estas montañas están cubiertas de nieve la mayor parte del año, y al pie de ellas, de uno y otro lado, hay hermosísimas villas y pueblos. Los otros montes que hay no son muy altos, sino entre monte y llano; y ambos lados de estas sierras se ven cubiertos de espesos bosques de pinos, encinas y robles [figura 1].

Estos mismos bosques proveían de madera a las ciudades, pueblos y villas que estaban asentados en el valle de México, misma que era utilizada en la construcción de templos y palacios, como pilotes para crear nuevas chinampas, en la construcción de puentes, techos, jaulas, pisos y muebles, e incluso como combustible para casas, palacios y braseros de los sitios de culto.

En lo referente a la flora y fauna del valle ésta era muy rica, pues las condiciones climáticas, hidrológicas y de suelos permitía el desarrollo de muchas especies. La agricultura era la más beneficiada por la fertilidad del suelo y la abundancia de agua, lo que permitía la obtención de grandes y abundantes cosechas de diferentes verduras y cereales durante todo el año, en particular hacia la zona sur de los lagos, donde estaban ubicadas las zonas chinamperas de Chalco y Xochimilco.

En suma, se puede afirmar que el paisaje ofrecido en el valle de México era el de un verdadero edén: enormes montañas coronadas de nieves eterna, vastos bosques, ríos de aguas cristalinas, grandes lagos de serenas aguas por las cuales se deslizaban miles de canoas, y que además servía de asiento para ciudades de todos los tamaños, grandes y pequeñas.

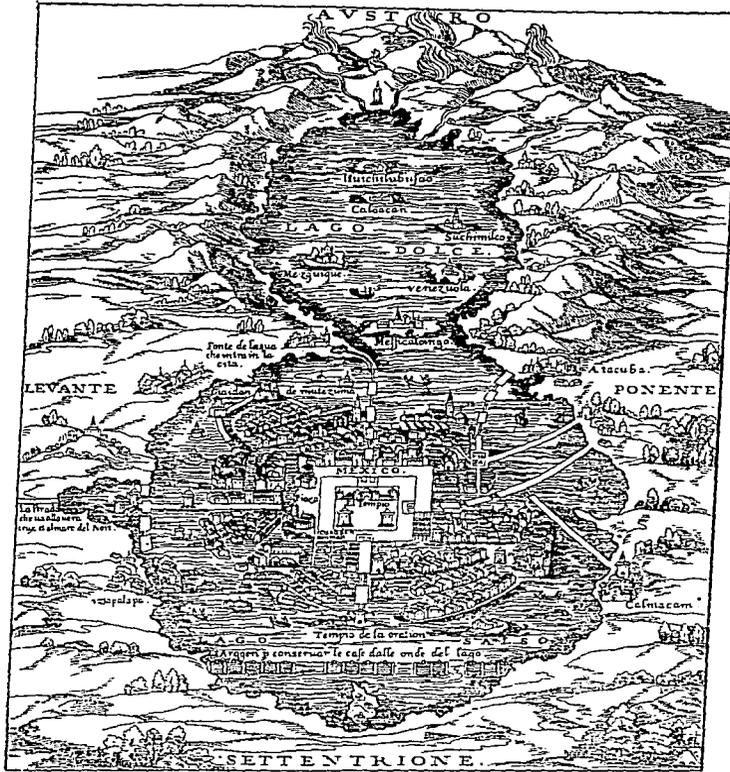


FIGURA 2
PLANO DE MÉXICO-TENOCHTITLAN Y LA CUENCA DEL VALLE DE MÉXICO SEGÚN EL CONQUISTADOR ANÓNIMO
Fuente: *Planos de la ciudad de México*, de Manuel Toussaint, Federico Gómez de Orozco y Justino Fernández, 1990, p 48.

1.2. Perímetro de la ciudad. Límites.

Uno de los más grandes problemas que se plantean para la ciudad, es determinar el número de habitantes y la extensión del lugar donde éstos habitaban. Se sabe que el espacio original en que se fundó la ciudad, el cual era un pequeño islote, fue superado de manera rápida, debido a que la población creció, y a que el espacio necesario para las construcciones religiosas y palaciegas fue insuficiente. A esto se debe agregar que para 1519 la ciudad de Tlatelolco estaba incluida dentro de México-Tenochtitlan (Soustelle, 1984: 24).

La existencia de una ciudad tal y como la describen los cronistas, lleva a la suposición de que su extensión era enorme, y su población muy elevada. Si atendemos al hecho de que fue construida sobre un pequeño islote, y que para ampliar el espacio urbano era necesario construir el suelo sobre el cual edificar, se deduce que la ciudad tuvo que crecer, pero la pregunta es, ¿hacia dónde?

El lugar donde elegido para fundar la ciudad era un islote ubicado dentro de un lago, por lo que no había espacio disponible a su alrededor; para ampliarlo, fue necesario recurrir a las útiles técnicas de los pobladores ribereños consistentes en crear suelos artificiales, llamados chinampas, los que tenían forma rectangular y semejabán pequeñas islas:

Para responder a la falta de espacio y a la sobrepoblación de la isla primitiva, los antiguos mexicanos habían recurrido al sistema de chinampas, que conservaban el equilibrio hidrológico de la cuenca (Musset, 1992: 174).

Los mexicas no inventaron este tipo de construcción, pues ya existía cuando ellos llegaron al valle de México. Algunos especialistas consideran que las chinampas agrícolas se empezaron a construir en el año 200 a.C., mientras que otros suponen que no fue sino hasta el año 800 d.C. (Rojas Rabiela, 1993, 4: 49). Sea cual fuere la época en que fueron creadas, se ha calculado que tan sólo en la zona de Chalco-Xochimilco, las chinampas ocupaban unos 120 km² hacia principios del siglo XVI (Rojas Rabiela, 1991: 90).

En lo que destacaron los mexicas fue que ellos emplearon las chinampas no sólo como suelo de cultivo, sino también habitacional. La técnica de construcción era sencilla. Víctor M. Castillo (1986, 5: 803) la explica:

Primeramente se cortaban tiras de céspedes del tamaño requerido, frecuentemente de cinco a diez metros de ancho y hasta cien metros de largo; tres o cuatro tiras semejantes eran movidas como balsas hasta el lugar elegido y allí se amontonaban una sobre otra, de modo que la tira superior emergía ligeramente sobre el agua. La superficie se cubría entonces con cieno extraído del fondo del lago o tierra tomada de chinampas viejas, y quedaba la nueva lista para ser plantada. La joven chinampa, que al principio flotaba realmente, era anclada por medio de estacas de sauce (*Salix acuminata*), llamado en México ahuejote (*ahuéxotl*), hincadas en sus bordes; estas estacas arraigaban y se desarrollaban los ahuejotes que aún dan fisonomía propia al paisaje de la región y que sirve para retener con sus raíces la tierra de los bordes de la chinampa, evitando que se desmorone.

Con el tiempo se volvía a cubrir con otra capa de tierra extraída del fondo del lago, lo cual permitía que la chinampa se asentara de manera definitiva [figura 3]. Antes de cada siembra, se le volvía a cubrir con cieno del lago y:

...la tierra se mantenía continuamente húmeda gracias al poroso colchón que se producía con la descomposición de la materia vegetal que le servía de base. Precisamente porque en la capilaridad de la chinampa estaba la clave para su continuo humedecimiento, se evitaba el trazo de franjas demasiado anchas (Escalante, 1993: 166).

Ello tenía como consecuencia que la tierra siempre fuera fértil y que cualquier vegetal fuera cultivable, además de que se obtenían cosechas abundantes durante todo el año. Alvarado Tezozómoc en la Crónica Mexicana (1980: 559) menciona el cultivo de las chinampas durante el reinado de Ahuizotl:

...y luego [de la muerte de Tlacaélel] dió aviso el *Tlilpotonqui* [el nuevo Cihuacóatl o consejero] a los chinampanecas, para que dentro de la ciudad sembrasen en los camellones mucha cantidad de maíz, frijol, calabazas, rosas de *Cempoalxochitl*, *acaxuchitl*, chile, tomate, y muchos árboles, para que floreciese la gran ciudad de México desde lejos, y así fué hecho, que no parecía la ciudad de tres á cuatro leguas, sino un laberinto, huerto florido deleitoso y alegre, que daba contento verle.



FIGURA 3
CONSTRUCCIÓN DE UNA CHINAMPA
Fuente: *The Aztec*, de Tim Wood, 1992, p. 31.

Rojas Rabiela, al citar una fuente del siglo XVI menciona los productos que se cultivaban en las chinampas (1991: 92-93. *Apud* en Antonio de Ciudad Real, *Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España*, 2 vols.):

Estas milpas son de maíz, de chile y de chíá, que es una yerba cuya semilla comen los indios, y su aceite sirve en lugar de aceite de linaza; llámense estas milpas chinampas, y hácenlas dentro de del agua, juntando y amontonando céspedes de tierra y lodo de la misma laguna, y haciendo unas como suertes muy angostas,... dejando una acequia entre suerte y suerte o entre chinampa y chinampa, las cuales quedan como una vara y menos, altas de agua y llevan poderosos maices, porque con la humedad de la laguna se crían y sustentan aunque no caiga agua del cielo... Ponen también en estas chinampas almácigos de maíz y de allí los trasponen, que es cosa muy particular de aquella tierra.

Pero no sólo las chinampas fueron utilizadas por los mexicas para ser cultivadas, sino que ellos al tener necesidades de mayores espacios, tuvieron que ceder parte de esos terrenos de cultivo para erigir los palacios de los señores, en particular dentro de lo que sería el centro de la ciudad:

La abundancia de agua permitió que la capital de los aztecas se convirtiese en un auténtico jardín. A excepción de las zonas céntricas, consagradas a la administración y al culto, la ciudad parecía un inmenso vergel plantado con árboles y flores (Musset, 1992: 171).

De esta manera, la ciudad ganaba terreno al sistema lacustre (Códice Ramírez, 1980: 33; León-Portilla, 1989: 179), al crecer siempre en torno al recinto sagrado, el cual estaba edificado sobre un pequeño islote con suelo firme. Y es justo la inexistencia de un suelo firme en toda la ciudad, el que no permite determinar, por medio de restos arqueológicos, la extensión real de la misma. Sólo por los escasos restos que han sido descubiertos en distintos puntos del actual Centro Histórico, y por diversos documentos del siglo XVI, puede formarse una idea de la extensión de la ciudad.

Debido a que hacia el extremo norponiente de la ciudad el nivel del lago era menor, podemos suponer que era el lugar indicado para que se construyeran nuevas chinampas, que más tarde se convertirían en zonas habitacionales con lo cual aumentaría la extensión de la metrópoli, si tomamos en

cuenta que conforme transcurría el tiempo, la población crecía y requería de mayores espacios para edificar casas y templos.

El plano de México-Tenochtitlan atribuido a Hernán Cortés permite conocer la ubicación de la ciudad dentro del valle [figura 4]. Puede suponerse que al hacer este plano, Cortés (1987: 69) también describiría su extensión, pero no es así, ya que sólo manifiesta de ella lo siguiente:

Es tan grande la ciudad como Sevilla y Córdoba.

Por supuesto que dichas palabras no resuelven en lo más mínimo esta cuestión, pero sí refieren que se trata de una ciudad "tan grande" como las europeas. Bernal Díaz del Castillo (1986: 162) se limita a describirla como la "gran ciudad de Tenustitlán". Es indiscutible el hecho de que la extensión de la ciudad no era importante para estos conquistadores, ya que consideraron de mayor importancia describir a grandes rasgos lo que más llamaba su atención: los magníficos palacios, centros religiosos, mercados y jardines. El Conquistador Anónimo (1941: 42) respecto a la extensión de la ciudad dice:

La gran ciudad de Temistitán México está edificada en la parte salada del lago, no enteramente en medio, sino como a un cuarto de legua de la orilla, por la parte más cercana. Puede tener esta ciudad de Temistitán más de dos leguas y media, o acaso tres, de circunferencia, poco más o menos.

El jesuita Francisco Javier Clavijero (1987: 339) utilizó esta información para estimar, en la segunda mitad del siglo XVII, que la circunferencia de la ciudad era de tres leguas.

Por su parte Antonio de Herrera (1945-47, II: 224), quien no conoció la ciudad pero consultó otras fuentes, recurre también a la comparación de una ciudad europea con México-Tenochtitlan:

Parecía esta Ciudad mucho á Venecia, en quanto á su sitio, i fundacion, i era tan grande como dos veces Milán, aunque en la fortaleza de los edificios, altura, i parecer, hacia mucha ventaja á Venecia: todo el cuerpo de esta Ciudad estaba sobre Agua.

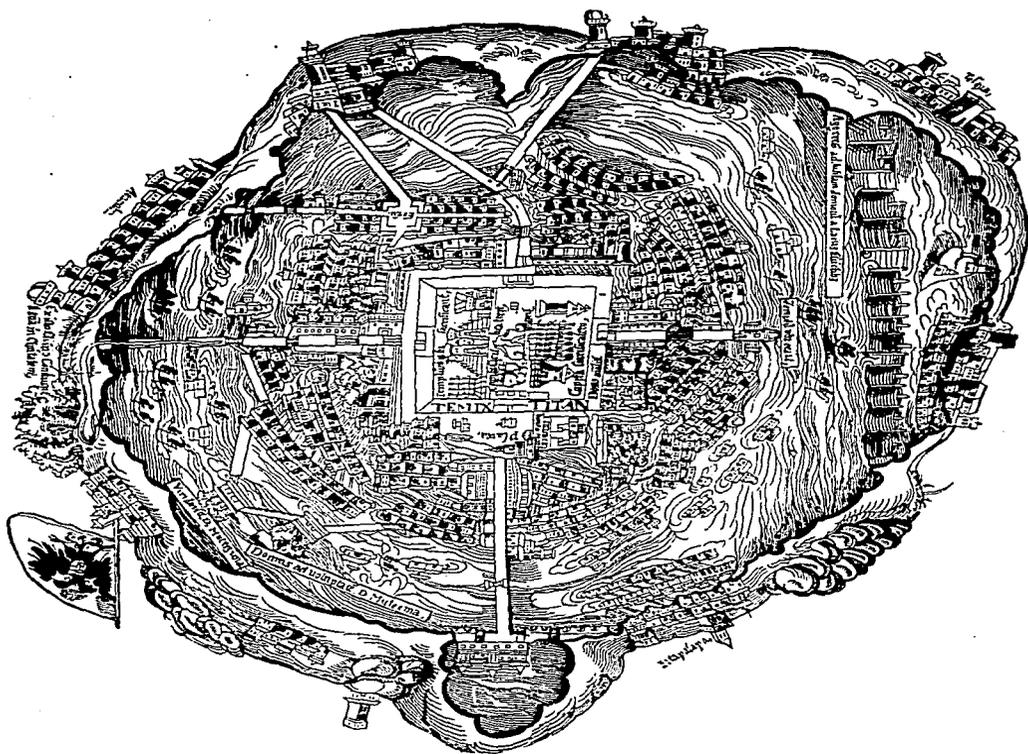


FIGURA 4

PLANO DE LA CIUDAD DE MÉXICO ATRIBUÍDO A HERNÁN CORTÉS

Fuente: Planos de la ciudad de México, de Manuel Toussaint, Federico Gómez de Orozco y Justino Fernández, 1990, p 87.

Aunque breve, esta referencia es más explícita sobre lo que se quiere conocer de la ciudad, pues menciona que es dos veces más grande que Milán y mucho mejor que ésta y Venecia.

A través de los mismos datos, varios autores modernos han tratado de calcular su posible extensión. Jacques Soustelle (1984: 26) considera que era la de un cuadrado que ocupaba una superficie de mil hectáreas; Miguel León-Portilla (1989: 179) le adjudica una superficie de tres kilómetros por lado con la forma de un cuadrado, y Roque Cevallos Novelo (1979: 170) supone su extensión en cuatro leguas [figura 5].

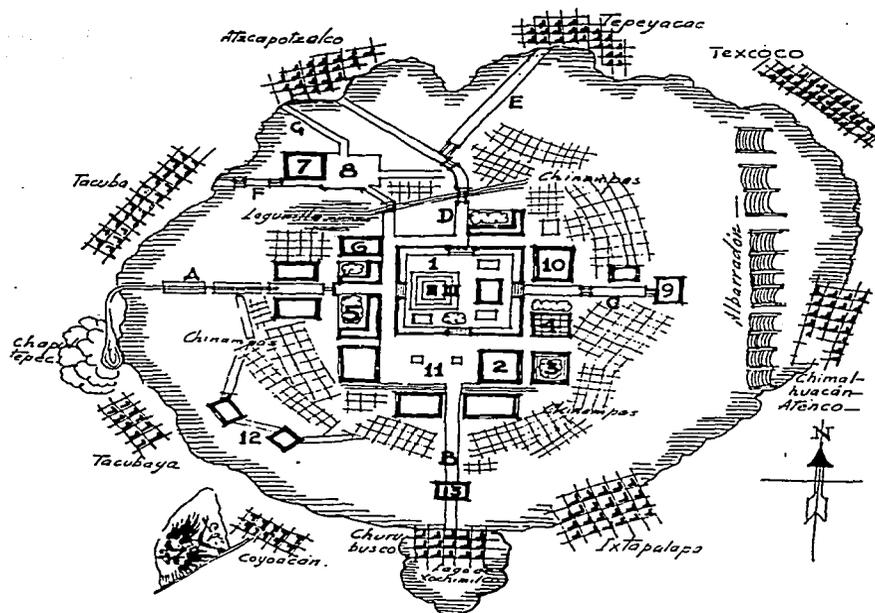
De igual manera, muchos autores han tratado de llevar a cabo suposiciones de la superficie que abarcaba la ciudad hacia 1519-1521. José Luis de Rojas, en su libro *México Tenochtitlan* (1988: 31 y 35), recaba las conclusiones a las que a este respecto han llegado varios autores:

Cook y Simpson aceptan una extensión de unas 20 millas cuadradas, lo que supone algo más de 52 km². Para llegar a esa conclusión se basan en estudios anteriores, que también ofrecen cifras muy altas. Bancroft afirma seguir al Conquistador Anónimo y adjudica a la ciudad un perímetro de 12 millas, lo que supone una superficie de 11.9 millas cuadradas. Más tarde amplía sus cálculos a 18 millas de perímetro, con 17.5 millas cuadradas de superficie. El primer caso supone 31.1 km² y el segundo 45.8 km². La cifra más alta la da León y Gama, quien atribuye a los ejes norte-sur y este-oeste una longitud de dos leguas, lo que le lleva a 26.3 millas cuadradas de superficie, 68.9 km². Lombardo da unas medidas de 3.7 km de longitud en el eje mayor y 2.9 en el menor. Promedia ambos diámetros y obtiene 3.3 km lo que arroja una circunferencia de 10.36 km. Afirma que se acerca mucho a la proporcionada por el Conquistador Anónimo, de dos leguas, que son 13.9 km. La superficie que arrojan estas medidas es de alrededor de 8.5 km² para el total de la ciudad, a la que se añade el islote de Nonoalco, junto a Tlatelolco, con 1.75 km². La realidad es que el Conquistador Anónimo dice que:

"Puede tener esta ciudad de Temistitán más de dos leguas y media o acaso tres de circunferencia, poco más o menos".

Como la legua tiene 5572 metros, esto nos daría unas medidas entre 13.93 y 16.71 km para el perímetro, aproximándose la primera a la de Lombardo.

Ahora se hace necesario citar las conclusiones de la propia Sonia Lombardo de Ruiz (1973: 120), quien considera, además, los ejes diametrales de la ciudad (N-S y E-O), y calcula para cada uno de ellos su longitud:



**PLANO ATRIBUIDO A HERNÁN CORTÉS.
ESQUEMA DE INTERPRETACIÓN**

Explicación:

- | | |
|--|----------------------------|
| 1.—Gran Tzucalli. | 13.—Fuerte de Nôlue. |
| 2.—Casas nuevas de Moctezuma. | A.—Calzada de Tacuba. |
| 3.—Casas nuevas de Moctezuma. | B.—Calzada de Ixtapalapa. |
| 4.—Casa de los Animales. | C.—Calzada al embarcadero. |
| 5.—Palacio de Axayacatl o Casas Viejas de Moctezuma. | D y E.—Calzada del Templo. |
| 6.—Casa de Cuauhtémoc. | F.—Calzada de Sonajete. |
| 7.—Tzucalli de Tlatlohtli. | G.—Calzada de Vallejo. |
| 8.—Tlacuahualli de Tlatlohtli. | |
| 9.—Templo. | |
| 10.—Ápelo. | |
| 11.—Diaz. | |
| 12.—Casas de recreo de Moctezuma. | |

FIGURA 5

PLANO DE LA CIUDAD DE MÉXICO, INTERPRETACIÓN DE JUSTINO FERNÁNDEZ Y MANUEL TOUSSAINT
Fuente: *Planos de la ciudad de México*, de Manuel Toussaint, Federico Gómez de Orozco y Justino Fernández, 1990, p 69.

...las dimensiones de Tenochtitlan en 1521 eran, en su eje mayor (de Juventino Rosas a Chimalpopoca), de 3.700 km de longitud, y de 2.900 km en el eje menor (de Zarco a Morazán). Si promediamos el diámetro mayor con el menor, nos da 3.300 km, cuya circunferencia aproximada sería de 10.367 km, cifra que es bastante cercana al cálculo proporcionado por el *Conquistador Anónimo* quien habla de dos leguas de circunferencia, que son ... 13.900 km. La superficie que arrojan estas medidas es de ca. 8.5 km² para el total de la isla. Desde luego, se debe tener en cuenta que el borde insular no era el de una circunferencia perfecta, por lo que la cifra no se puede tomar como exacta, pero, para los fines que perseguimos, daremos como cierta una superficie de 10 km², ya que incluimos el islote de Nonoalco que estaba integrado a Tlatelolco y que medía aproximadamente 1.750 km² [figura 6].

Por medio de estos modernos estudios se pueden calcular los límites que se cree tuvo México-Tenochtitlan. Como ya se mencionó, no existen fuentes que afirmen de manera categórica la extensión y límites de la ciudad; sin embargo, aportan varios elementos para poder calcularlos, con todas las reservas que el caso amerita. Los elementos considerados para este caso son: población, que también presenta sus inconvenientes por carecer de fuentes al respecto; restos de algunas construcciones indígenas, y la permanencia de nombres indígenas en ciertos lugares que, por su toponimia, podían haber formado parte de la ciudad, y así lo expresa Jacques Soustelle (1984: 24), pues considera que:

...la ciudad se extendió de norte a sur desde el límite septentrional de Tlatelolco, frente a la ciudad costera de Tepeyacac, hasta los pantanos que poco a poco se perdían en el lago; una serie de "toponímicos" señalaban el límite meridional del espacio urbano: Toltenco ("a la orilla de los tules"), Acatlán ("lugar de las cañas"), Xihuitonco ("pradera"), Atizapán ("agua blancuzca"), Tepetitlan ("junto a la colina"), Amanalco ("pieza de agua").

De esta manera puede mencionarse el posible perímetro de la ciudad, que por el norte iba de Coyonacazo (Glorieta de Peralvillo) a Xacopinca (Av. Manuel González); por el oeste, de Xiutenco (Bucareli o Abraham González) a Atlampa (Amparán y Arista, o Ramón Arizpe y Aldama). Hacia el sur, el límite estaba marcado por la acequia de Xoloco y Tetlamacoyan y Macuitlapilco (Calzada de Chabacano y Río Frío); y por el este, de Atzolocan, Zoquiapan y Atlixco a Zacatlán, Mecamalínco y Atenantitlan (Calzada de Morazán, Ferrocarril de Cintura y Avenida del Trabajo). Estos datos llevan a un posible resultado: el aspecto de la ciudad era de forma irregular, en especial hacia el noreste, donde existía una notoria entrada de agua, como una "bahía", que servía de embarcadero y para el resguardo de canoas; este lugar recibió el nombre de Atezcapan ("donde el agua parece espejo"), conocido también como la Lagunilla.

Es lamentable no contar con mayores datos para poder establecer con exactitud el perímetro de la ciudad, y mucho menos, los límites y su circunferencia. Por lo que si hacemos caso a los únicos datos con los que se cuenta, proporcionados por el conquistador anónimo -quien estimó que podía ser de entre dos leguas y media y tres la circunferencia de la ciudad- se obtiene una aproximación de entre 13,931.735 y 16,728.10 metros, al considerar que una legua equivale a 5,572.7 metros. Todo esto permite formarnos una idea del espacio ocupado por la ciudad, el cual debía ser muy amplio para dar cabida a un elevado número de habitantes, lo cual veremos a continuación.

1.3 Demografía.

Otra de las dificultades que se presenta en este estudio, y que ya se había apuntado es el de la población de la ciudad. Como en el caso anterior, no es muy concreta la información que existe, sino difusa y contradictoria, puesto que, aunque muchas fuentes hablan al respecto, ninguna de ellas responde de manera concreta a la pregunta planteada. Fray Toribio de Benavente o Motolinía (1971: 211), por ejemplo, sólo menciona que los habitantes de la ciudad “eran innumerables”. Algunos otros autores manejan cifras y dan pormenores del porqué de sus resultados. Por tal motivo, hemos desglosado la información con la que se cuenta, en cuatro grupos muy bien diferenciados:

1. los conquistadores españoles, quienes conocieron la ciudad durante su época de esplendor,
2. cronistas y religiosos de los siglos XVI y principios del XVII, que tratan el problema de la población en la ciudad, aunque no la conocieron y sólo se basaron en los informes de los conquistadores,
3. historiadores de los siglos XVIII y XIX, y
4. los historiadores del siglo XX, quienes, con base en los informes del siglo XVI y modernos estudios, hacen estimaciones sobre su población.

El primer grupo, el de las fuentes primarias o de los testigos presenciales, está conformado por tres conquistadores y un religioso: Hernán Cortés, Bernal Díaz del Castillo, el Conquistador Anónimo y fray

Francisco de Aguilar. Los dos primeros (Cortés, 1987: 69; Díaz del Castillo, 1986: 162) sólo refieren que la ciudad es “tan grande como” o que es “la gran ciudad”, sin especificar su población, aunque deducimos que debió ser también “muy grande”; lo que reduce a tan sólo dos testigos como únicas fuentes que mencionan cifras: el Conquistador Anónimo y Aguilar. El primero de éstos, en su *Relación* (1941: 42), asienta la primera aseveración sobre el número de habitantes:

La mayor parte de los que la han visto [a la ciudad] juzgan que tiene sesenta mil habitantes, antes más que menos.

Sus palabras indican que se aseguró, averiguando entre varios de sus compañeros, de mencionar con la mayor precisión posible, el número de habitantes. Por su parte, Aguilar (1977: 80) refiere:

Tendría aquella ciudad pasadas de cien mil casas...

Al presentar estas dos informaciones se observa que un autor habla de “sesenta mil habitantes”, mientras que el otro refiere “cien mil casas”, no siendo posible que hubiera más casas que habitantes; por lo que alguno de los dos cayó en una confusión sobre los términos empleados: “casas” y “habitantes”, la cual se intentará resolver recurriendo a los cronistas de la segunda mitad del siglo XVI, y los de principios del siglo XVII.

Pedro Mártir de Anglería (1964, II: 474), Francisco López de Gómara (1979: 123) y Francisco Cervantes de Salazar (1971: 324) coinciden en señalar que el número de casas (no de habitantes) en México-Tenochtitlan era de sesenta mil; de Cervantes de Salazar (1971: 324) se obtiene un dato más, de gran importancia, para determinar la población de la ciudad:

En aquellas casas, por pequeñas que eran, pocas veces dexaban de morar dos, tres, cuatro y seis vecinos, y así era infinita la gente, porque como no tenían axuar ni otro aparato de casa, donde quiera cabían muchos, y así cuando salían al campo o [a] algún sacrificio y fiesta parecía infinita gente, que no había quien pudiese decir dónde se acogía tanta gente.

Otros autores aportan una cifra menor respecto al número de casas en la ciudad, pero también, por primera vez, se menciona el número aproximado de habitantes en ella. Fray Bartolomé de las Casas (1967, I: 265), asegura que:

Tenia cuando los españoles primeros entraron en ella [la ciudad] más de cincuenta mill casas, y en cada una tres y quatro y hasta diez vecinos, como arriba se ha dicho; por manera que había más de docientos mill vecinos, y de gente más mucho de un millón, porque esto se debe tener por regla general en estas Indias, que donde quiera que hay cien vecinos casados se hallará haber quinientas y seiscientas personas.

Hay que destacar un hecho de particular importancia que marca muy enfático el padre Las Casas, y que formará, para la posteridad, un parámetro entre los cronistas e historiadores posteriores, y es el señalar que el número de habitantes en cada casa, independiente del número de éstas, podía oscilar de entre tres y cuatro, e incluso hasta diez individuos en cada una. Aunque hay que tener cuidado en manejar las demás cifras que se mencionan, pues considera en cincuenta mil el número de casas, doscientos mil los vecinos o jefes de familia, y en un millón de habitantes la población total.

Baltasar Dorantes de Carranza, copia de manera literal las cifras que menciona Bartolomé de las Casas, casi cincuenta años después de que éste último escribiera sus apreciaciones a este respecto; incluso, comienza con las mismas frases de Las Casas.

Tenia quando los españoles entraron en ella [la ciudad] mas de 50 mill casas, y en cada una tres y quatro y hasta diez vecinos, por manera que habia mas de docientos mill, y de gente mas mucho de un millon, porque esto se debe tener por regla general entre los indios, porque son ellas muy fecundas y muy parideras, pues donde quiera que hay cien vecinos casados se hallan haber quinientas y 600 personas, porque hallamos todas estas tierras universalmente tan llenas de gente, que en todo el mundo parece que nunca se vió ni halló tierras mas ni tanto poblada, ni donde mas el linage humano se multiplique, y vemos esto cada dia donde hay gente, que las mujeres tienen tres y quatro y cinco hijos como los dedos de la mano...

Existe una tercera versión que utiliza datos semejantes a los aportados por Las Casas, y esta versión es la de fray Juan de Torquemada, aparecida en su *Monarquía Indiana*, la cual fue publicada en los

primeros años del siglo XVII. Aunque Torquemada no estuvo en la ciudad de México en el siglo XVI, recoge informes sobre el tema de la población (1975, I: 399) :

Dícese de esta ciudad que cuando entraron los españoles en ella tenía ciento y veinte mil casas y en cada una tres y cuatro y hasta diez vecinos, por manera que a esta cuenta eran sus vecinos más de trescientos mil.

Como se había indicado, Cervantes de Salazar calculaba que en una casa podían morar de dos a seis individuos, mientras que Las Casas afirmaba que era muy variable el número de individuos en cada una de éstas, pues fluctuaban de entre tres y cuatro, hasta diez o más.

Una cuarta versión la aporta fray Agustín de Vetancurt (1971: 92), quien eleva a setenta mil el número de casas hacia la época que estudiamos:

112. ...fue creciendo la población de manera que cuando vinieron los Españoles tenía setenta mil casas, y los edificios de los Nobles eran de altos, y edificios sumptuosos. Torquemada dice tenía ciento y veinte mil casas, y en cada qual haña diez vecinos, que se contaban vn quento, y docieros mil...

Con estos datos, autores posteriores pudieron deducir el número de habitantes para México-Tenochtitlan. Francisco Javier Clavijero (1987: 339), en el siglo XVIII, supuso que en la ciudad hallábanse más de 60 mil casas. Casi un siglo después, a mediados de siglo XIX, el historiador norteamericano William Hickling Prescott comentaba:

Diversas opiniones hay sobre la población de Tenochtitlan en el tiempo de la conquista. Ningún escritor contemporáneo le concede menos de sesenta mil casas, las cuales por las reglas ordinarias de contar darían trescientas mil almas. Si muchas veces cada habitación contenía, según se dice, varias familias, la suma sería mayor... El acorde testimonio de los conquistadores: la extensión de la ciudad se asegura tenía cerca de tres leguas de circunferencia: el inmenso tamaño de su gran plaza de mercado: las largas filas de edificios de cuyas ruinas se encuentran vestigios por algunas millas de distancia en los alrededores de la moderna ciudad: la fama de la metrópoli por todo el Anáhuac, que podía envanecerse por tener muchos lugares grandes y populosos: en fin, la bien dirigida labranza y los ingeniosos medios de sacar alimento de cosas que no parecían prometerlo, todo supone una población numerosa, mucho mayor que la de la actual ciudad.

Idénticas estimaciones consideró Manuel Orozco y Berra (1960: 256), pues asegura que la ciudad contaba con 60,000 casas y una población de 300,000 habitantes. Estudios recientes no han podido establecer un número definido de habitantes para México-Tenochtitlan, y lo que resulta aún más difícil de creer, es que las estimaciones calculadas para su población oscilan desde 75,000 hasta un millón de habitantes. Walter Krickeberg (1990: 53) considera una exageración pensar en 300,000 habitantes distribuidos en 60,000 casas, por lo que se apega a lo propuesto años anteriores por S. Linne, donde la cifra de 75,000 habitantes es aún muy elevada. Miguel León-Portilla (1989: 181-182) asegura que:

En México-Tenochtitlan, al tiempo de la Conquista vivía una población que puede calcularse en ciento veinte mil habitantes.

La cantidad indicada por el Dr. León-Portilla, es duplicada por el arqueólogo Eduardo Matos Moctezuma (1990: 4-5), pues considera algunos otros elementos para establecer la cifra de 250 mil habitantes para la ciudad:

Varios son los intentos por saber cuántas personas había en Tenochtitlan. Algunos han exagerado y nos hablan de millones. En realidad, y tomando en consideración la población calculada para Teotihuacan y conociendo la población de varias otras ciudades, se ha calculado que alrededor de 250 mil habitantes pudieron vivir en ella.

Una cifra un poco mayor, estimada en 300,000 individuos, es la contenida en la *Historia de México* (1986, 5: 800; 8: 1073), la cual fue proporcionada por Friedrich Katz (1966: 26), el cual se basa en los datos proporcionados por Simpson y Cook, en donde además, se estima el número de habitantes para el Altiplano Central (once millones) y para el valle de México (dos millones). Jacques Soustelle (1984: 26-27), un poco más optimista, ha calculado que el número de hogares para la ciudad oscilaba entre 80,000 y 100,000 hogares, con una media de siete personas por cada una, por lo que calcula:

...una población total de 560,000 a 700,000 almas. Digamos que esa población era seguramente superior a 500,000 personas y probablemente inferior a 1,000,000.

Estos grandes contrastes que se han dado respecto a la población de México-Tenochtitlan hacia 1519, es clara muestra de que las fuentes al respecto son mínimas, y al carecer de datos concretos se recurre a suposiciones.

Sonia Lombardo (1973: 120-122), no se pronuncia por ninguna de las cifras obtenidas de estudios recientes, por las considerables diferencias arrojadas por la mayoría de éstos. No obstante, decide obtener, con sus propias estimaciones y medios, la población total de la ciudad. De esta manera nos explica los elementos que utilizó para ello:

En principio, el dato que aparenta tener más posibilidades para obtener un cálculo realista, es el proporcionado por *El Conquistador Anónimo*, ya que además de indicar el número de habitantes, precisa una extensión superficial concreta, y el manejo de estas dos cuantificaciones, permite hacer algunas inferencias.

En los párrafos anteriores dijimos que este cronista calculaba que la circunferencia de México era de dos leguas, o sea 13.200 km. La superficie que esta dimensión arroja, es la de 15.332 km². Si dividimos 60,000 habitantes, que son los calculados por él, entre esta superficie, obtenemos una densidad promedio de 3.983 pobladores por km²...

Es muy difícil establecer con certeza la población de México-Tenochtitlan hacia esta época. No obstante, podemos estimarla, si tomamos en cuenta ciertos criterios, como:

- a) los datos obtenidos por el Conquistador Anónimo, Pedro Mártir de Anglería, fray Francisco de Aguilar, Francisco López de Gómara, fray Bartolomé de las Casas, Francisco Cervantes de Salazar y Antonio de Herrera, quienes refieren el número de casas y/o de habitantes en la ciudad
- b) los cálculos de los cronistas de los siglos XVII y XVIII, como Torquemada, Dorantes, Vetancurt y Clavijero, apoyados en los datos de los autores del siglo XVI
- c) los modernos estudios de Soustelle, León-Portilla, Lombardo, Matos y Rojas, entre muchos otros, que recurren también a las fuentes primarias del siglo XVI.

Por medio de estos informes, se puede tener una aproximación del número de casas y/o de habitantes en la ciudad, si se atiende de manera primordial a la información proporcionada por el Conquistador Anónimo y Cervantes de Salazar (sesenta mil), y las observaciones del padre Las Casas,

respecto al número de habitantes (de tres a diez) en cada una de ellas. Por lo anterior puede proponerse la existencia de:

-60 mil casas, según el consenso entre la mayoría de los autores

-y de entre tres a diez moradores en cada casa, por lo que puede estimarse una media de seis a siete habitantes por cada una, y así tendremos:

$$60,000 \text{ casas} \times 6 \text{ habitantes} = 360,000$$

$$60,000 \text{ casas} \times 7 \text{ habitantes} = 420,000$$

Con las reservas que el caso requiere, podemos estimar entre trescientos sesenta mil y cuatrocientos veinte mil el número de habitantes que poseía México-Tenochtitlan hacia 1519.

A principios del siglo XVI, buena parte de la superficie de la cuenca del valle de México estaba cubierta por grandes lagos, lo cual proporcionaba gran humedad y fertilidad al suelo en beneficio de la agricultura de la zona, mientras que las laderas de sus cadenas montañosas poseían extensos bosques y las cimas más altas estaban cubiertas de nieve. Dentro de uno de esos lagos, el de mayor extensión y que recibía el nombre de Lago de Texcoco, los mexicas edificaron sobre un pequeño islote, hacia el primer tercio del siglo XIV, la ciudad de México-Tenochtitlan; pero transcurrido el tiempo se enfrentaron al problema de la falta de espacio para continuar su crecimiento tanto estructural-arquitectónico como demográfico. La solución fue crear suelos artificiales conocidos como chinampas, mismos que permitieron ampliar la ciudad hasta alcanzar, para la segunda década del siglo XVI, una circunferencia aproximada de entre 13 y 16 kilómetros, dentro de la cual habitaban entre 360 y 420 mil personas, según puede concensarse de entre los datos que proporcionan los cronistas y autores de los siglos XVI al XX, pues es difícil precisar con certeza la extensión y la población de la ciudad hacia 1519 (a este respecto véase Cuadro 1). Estos datos nos proporcionan la primera impresión que debió causar a los visitantes europeos

la existencia de una ciudad tan grande y tan poblada en el "Nuevo Mundo", y que apenas empezaban a conocer.

CUADRO 1

AUTOR	FECHA APROXIMADA EN LA QUE ESCRIBE O TERMINA SU OBRA	LUGAR Y AÑO EN QUE SE PUBLICA LA OBRA	EXTENSIÓN	POBLACIÓN
Hernán Cortés	1520	Sevilla, 1522	"tan grande la ciudad como Sevilla y Córdoba"	
Conquistador Anónimo	c.1520	Italia, 1556	Más de dos leguas de circunferencia (13,931.735 metros ó 16,728.10 metros)	60,000 casas
Pedro Mártir de Anglería	1511-1526	Basilea, 1533		60,000 casas
Francisco López de Gómara	1540-1552	Zaragoza, 1552		60,000 casas
Bernal Díaz del Castillo	1553-1568	Madrid, 1632	"la gran ciudad de Tenustitlan"	
Bartolomé de las Casas	1552-1561	Sevilla, 1552 Sevilla, 1570		50,000 casas, 200,000 vecinos y 1,000,000 de habitantes (de tres a diez habitantes por casa)
Francisco Cervantes de Salazar	1554-1564	Madrid, 1914		60,000 casas (de dos a seis vecinos por casa)
Francisco de Aguilar	1560	México, 1903		100,000 casas
Antonio de Herrera		Madrid, 1601-1605	"tan grande como dos veces Milán"	60,000 casas
Baltasar Dorantes de Carranza	1604			50,000 casas, 120,000 vecinos y 1,000,000 habitantes (de tres a diez habitantes por casa)
Juan de Torquemada	1611-1612	Sevilla, 1615		120,000 casas y 300,000 vecinos (de tres a diez vecinos por casa)
Agustin de Vetancurt		México, 1697		70,000 casas y 200,000 vecinos
Francisco Javier Clavijero	1779	Cesena, 1780-81	Tres leguas	60,000 casas
William H. Prescott	1838-43	Londres, 1843	Tres leguas	60,000 casas
Manuel Orozco y Berra		México, 1880-81		60,000 casas y 300,000 habitantes
Roque Cevallos Novelo	1920-1921	México, 1922	Cuatro leguas	
Jacques Soustelle		Paris, 1955	Mil hectáreas (10,000,000 m2)	Entre 80,000 y 100,000 hogares. Entre 500,000 y 1,000,000 habitantes
Friederich Katz		México, 1956		300,000 habitantes
Miguel León-Portilla		México, 1959	Tres kilómetros por lado	120,000 habitantes
Walter Krickeberg		México, 1961		75,000 habitantes
Sonia Lombardo de Ruiz		México, 1973	Circunferencia: 10,376 km Superficie: entre 8.5 y 10 km2	60,000 habitantes
José Luis de Rojas		México, 1986	Superficie: 13.5 km2	300,000 habitantes
Eduardo Matos Moctezuma		México, 1990		250,000 habitantes
Pedro López Saucedo		México, 1997	Consideramos que era una Isla de forma irregular, con una circunferencia de entre 13 y 16 kilómetros	Se estima que tenía 60,000 casas, con un promedio de entre 6 y 7 habitantes por cada una, con lo cual se estima una cifra de entre 360,000 y 420,000 habitantes

CUADRO COMPARATIVO DE AUTORES SOBRE LA EXTENSIÓN Y POBLACIÓN DE MÉXICO-TENOCHTILAN HACIA 1519.

CAPÍTULO II

CALZADAS

2.1 Calzadas de México-Tenochtitlan.

Al estar situada dentro de un lago México-Tenochtitlan necesitaba unirse con otras ciudades ubicadas en tierra firme. Por supuesto existían las canoas que surcaban el lago en todas direcciones, pero también se requería de un medio de comunicación que no sólo se basara en el agua, así como un efectivo sistema que ayudara a controlar el nivel de las aguas de los lagos, en particular la del lago de Texcoco y de la laguna de México, para evitar posibles inundaciones en la ciudad y en las zonas chinamperas de Xochimilco y Chalco.

La mejor manera para solucionar estos problemas fue la creación de una infraestructura capaz de resolver ambos problemas. Para ello, se planeó la creación de varios diques de contención que además sirvieran como caminos; con esta finalidad fueron construídas las famosas calzadas que unían a México-Tenochtitlan con las poblaciones ribereñas de Tacuba (Tlacopan), Iztapalapa-Xochimilco y Tlatelolco-Tepeyac (Tepeyacac), al poniente, sur y norte de la laguna de México, respectivamente, que fueron las obras de infraestructura y comunicación más famosas de la cuenca del valle de México [figura 1].

Los conquistadores españoles pudieron admirar y utilizar esta fantástica obra de ingeniería, aunque al principio no supusieron su doble función, pues sólo veían que las calzadas unían a la ciudad con tierra firme como simples vías de comunicación.

EL VALLE DE MÉXICO EN LA ÉPOCA AZTECA

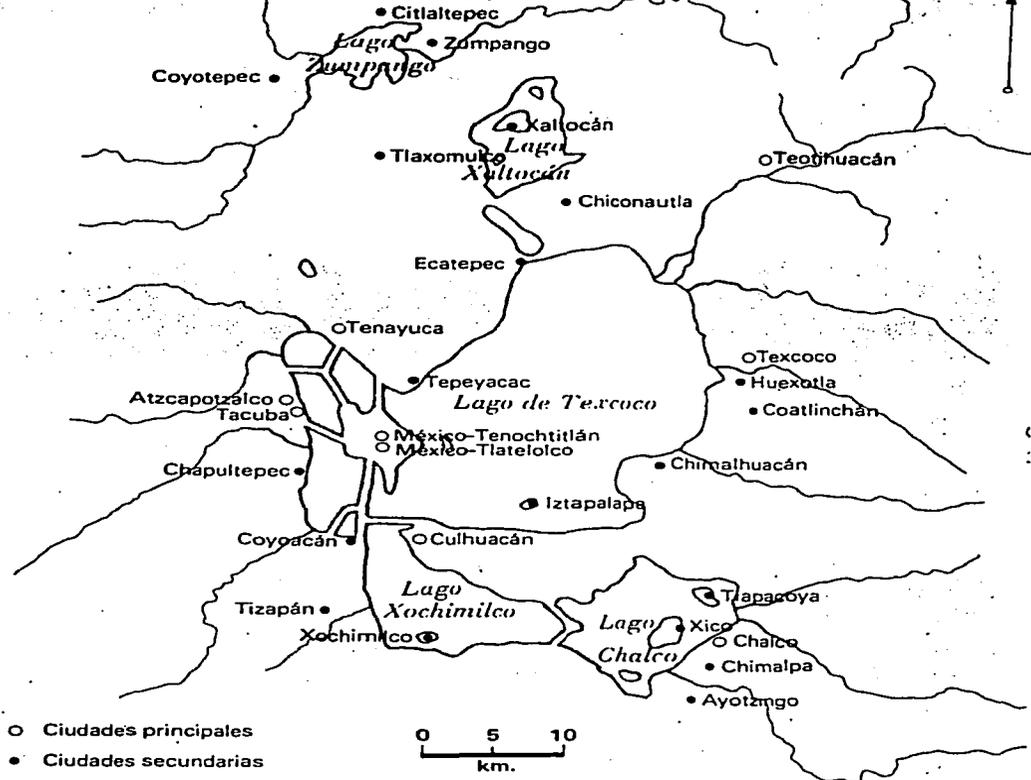


FIGURA 1

PANORAMA DE LA CUENCA DEL VALLE DE MÉXICO. EN LA ILUSTRACIÓN PUEDEN OBSERVARSE LAS CALZADAS QUE UNÍAN A MÉXICO-TENOCHTITLAN CON TIERRA FIRME.

Fuente: *Historia de México*, 1986, Vol. IV, p. 710.

Hernán Cortés (1987: 69)*, una de las principales fuentes para conocer la historia de la ciudad de México-Tenochtitlán refiere que:

Esta gran ciudad de Temixtitán está fundada en esta laguna, y desde la Tierra Firme hasta el cuerpo de la dicha ciudad, por cualquier parte que quisiesen entrar en ella, hay dos leguas. Tiene cuatro entradas, todas de calzada hecha a mano tan ancha como dos lanzas jinetas.

Por su parte, otras dos fuentes escritas por los conquistadores Bernal Díaz del Castillo (1986: 173) y el Conquistador Anónimo (1941: 42)**, refieren la existencia de sólo tres calzadas que unían a la ciudad con tierra firme, sobre dicho tema éste último comenta:

Se entra a ella por tres calzadas altas, de piedra y tierra, siendo el ancho de cada una de treinta pasos o más: una de ellas corre por más de dos leguas de agua hasta llegar a la ciudad, y la otra por legua y media. Estas dos calzadas atraviesan el lago y entran a lo poblado, en cuyo centro vienen a reunirse, de modo que en realidad son una sola. La otra corre como un cuarto de legua, de la tierra firme a la ciudad...

Lo anterior crea cierta confusión respecto al número de calzadas que unían a la ciudad con tierra firme, pero esto puede explicarse de una manera sencilla: el hecho es que en efecto eran tres las calzadas que unían a la ciudad con tierra firme. Pero eran cuatro las que nacían dentro del centro de la ciudad, justo a las puertas del *Coatepantli* (muro de serpientes), mismo que protegía al Recinto Sagrado, y se prolongaban hacia las ciudades ribereñas de Tlacopan al poniente, de Tepeyacac al norte, y de Iztapalapa al sur; a excepción de una, la que nacía en la puerta este del *Coatepantli* del Recinto Sagrado, y que sólo llegaba a orillas de la ciudad, al sitio llamado *Tetamazolco*, "lugar del sapo de piedra" (Alcocer, 1935: 14), en donde estaba el embarcadero que conducía rumbo a Texcoco (Cevallos Novelo, 1979: 171); sobre este aspecto en particular, el de las calzadas dentro de la ciudad, Clavijero (1987: 160) comenta:

* Pedro Mártir de Anglería (1964, II: 474) y Femán Pérez de Oliva (1940: 344) utilizan la información proporcionada por Cortés para asegurar que existían cuatro entradas en la ciudad.

** Francisco López de Gómara (1979: 125), Francisco Cervantes de Salazar (1971, II: 326), fray Toribio de Benavente o Motolinía (1971: 211), fray Bartolomé de las Casas (1967, I: 266), Juan Suárez de Peralta (1949: 71), Antonio de Herrera (1945-47, II: 226), fray Juan de Torquemada (1975, I: 400) y Antonio de Solís (1968: 176) coinciden en el manejo de la información proporcionada por estas dos fuentes.

Tenia [el Recinto sagrado] cuatro puertas a los cuatro vientos cardinales. La puerta oriental salía a una calle ancha y conducía a la laguna; las otras tres a las tres principales calles de la ciudad, las más anchas y derechas, que se continuaban con las tres calzadas de Iztapalapan al sur, de Tlacopan al poniente y de Tepeyacac al norte.

Y fuera de ella, el mismo Clavijero (1987: 339) comenta cuál era la situación de la existencia de sólo tres calzadas:

Comunicábase [la ciudad] con la tierra firme por tres grandes calzadas fabricadas sobre el mismo lago: la de Iztapalapa, al sur, de dos leguas y media, la de Tlacopan al poniente y la de Tepeyacac al norte, una y otra de una legua y las tres de tanta amplitud que podían ir por ella diez hombres a caballo...

Las calzadas estaban construídas con estacadas de piedras y tierra, como lo refiere fray Juan de Torquemada (1975, I: 400):

Fueron hechas a mano, de tierra y céspedes y muy cuajadas de piedra; son tan anchas, que pueden pasar por cada una de ellas tres carretas juntas o diez hombres a caballo...

Cortadas a trechos, las calzadas permitían el paso de las aguas de un lado hacia otro, lo que evitaba las embestidas que podían afectar las construcciones de la ciudad (Fernández de Oviedo y Valdés, 1944-45, IV: 272-273; Benavente o Motolinía, 1971: 211; Díaz del Castillo, 1986: 173; Suárez de Peralta, 1949: 66; Mendieta, 1980: 260). Además, estas cortaduras permitían el paso de las miles de canoas a través de toda la ciudad y por todo el lago. Pedro Mártir de Anglería (1964, II: 474) al respecto comenta:

También se puede ir a la ciudad por cuatro calzadas de piedra hechas a mano, que arrancan como de los cuatro puntos, y que si bien son en su mayor parte continuos y sólidos, están a trechos abiertos y cortados con vigas levadizas de madera, atravesadas por las puentes, a fin de que las aguas del flujo y el reflujo tengan paso libre, y poderlas alzar fácilmente en caso de peligro.

Para no interrumpir el tránsito con estas cortaduras, se contaba con varios puentes de madera, muy gruesos y bien construídos para soportar el uso continuo, como el quitarlos y ponerlos para permitir el

paso de las cientos de canoas (Aguilar, 1977: 80), aunque algunos podían ser de piedra, que al decir de Clavijero (1987: 238), eran muy pocos. Hernán Cortés (1987: 69) describe los puentes de madera:

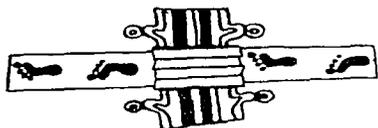
...y todas estas calles, de trecho a trecho, están abiertas, por do atraviesa el agua de las unas a las otras, e en todas estas aberturas, que algunas son muy anchas, hay sus puentes, de muy anchas y muy grandes vigas juntas y recias y bien labradas, y tales, que por muchas dellas pueden pasar diez de caballo juntos a la par.

Es imposible establecer el número de puentes que había en cada una de las calzadas, ya que cada una de ellas tenía sus propias características: por el sitio en donde fue construida (en relación con profundidad del lago), su extensión, anchura, altura, etcétera. No obstante, lo que de manera invariable todas compartían era esa doble función que debían cumplir y la forma que debía tener su construcción, para soportar las crecidas de las aguas [figura 2]. Por esta razón hemos de referir la existencia, y características, de cada una de ellas.

Calzada de Iztapalapa.

Al hablar de esta calzada, es necesario referirse a su historia, la cual ha quedado documentada en la *Historia de las Indias* de Fray Diego Durán y en el *Códice Ramírez*. Esta monumental obra fue construida bajo el reinado del cuarto *tlatoani* mexica, llamado Izcóatl, quien durante su reinado, de 1424 a 1440, logró someter a los xochimilcas, los cuales quedaron sujetos al dominio mexica, y el tributo que se les impuso consistió en obligarles a construir un camino que comunicara a su pueblo con la capital mexica. Esta fue la calzada más extensa de las que existían en México-Tenochtitlan.

El motivo por el que entraron en conflicto los mexicas y los xochimilcas lo refiere el *Códice Ramírez*, donde se asegura que los mexicas asistieron a una fiesta en Coyoacán, en donde fueron bien recibidos, pero al momento de retirarse, el Señor de Coyoacán les dió de regalo unas ropas de mujer, y ellos no tuvieron más remedio que aceptarlas y vestirse con ellas y regresar así a su ciudad (*Códice Ramírez*, 1980: 54).



PASO DE UN RIO POR UN PUEBLO DE VIGAS.
REPRODUCCION DIBUJADA CON BASE EN EL
CODICE MENDICINO Fuente *Arqueología Mexi-
cana*, Vol IV, No 23 s/p

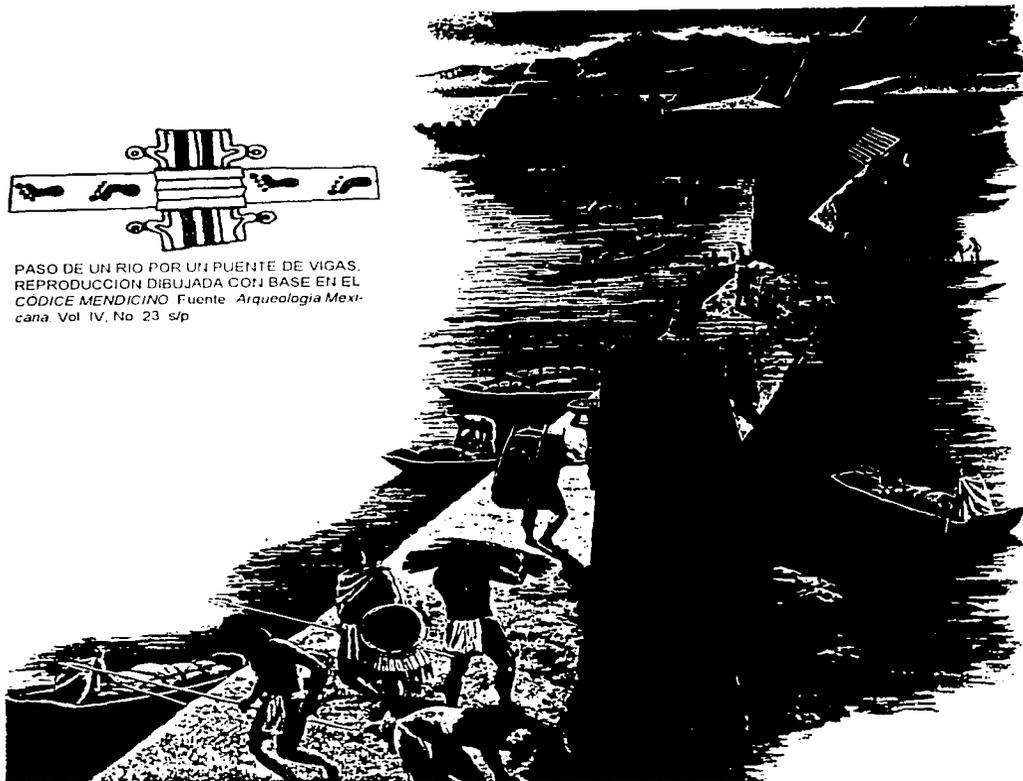


FIGURA 2
ASPECTO DE UNA CALZADA CON LOS PUENTES QUE LA CRUZABAN
Fuente: *The Aztecs*, de Tim Wood, 1992, p. 11

Por su parte, Durán (1984, II: 107-108) asegura que el motivo de la guerra fue causado por los xochimilcas quienes interceptaron a unos mercaderes mexicas y les quitaron su mercancía y ropas, dejándolos golpeados y desnudos. Al llegar a la ciudad, éstos cuentan lo sucedido a Izcóatl, quien toma parecer a Tlacaélel y a los ancianos sobre lo que debía hacerse para vengar esa afrenta. Entre todos acuerda declarar la guerra a los xochimilcas, lo cual ocurre con consecuencias desfavorables para éstos últimos.

Ante el poderío de los mexicas, los xochimilcas tuvieron que rendirse, y solicitaron que cesase la guerra, pues notaron el inmenso deseo de los vencedores de saquear la ciudad y matar a sus habitantes:

¿Qué es lo que pretendéis, señores nuestros, valerosos mexicanos? Si buscáis tierra para el sustento de vuestras personas, aquí os la daremos, muchas y muy buenas; aquí os iremos a servir a vuestras casas y daremos aguamanos y todo lo que hubiéredes menester, y os edificaremos vuestras casas, y a donde fuéredes, y caminaredes y caminos que anduviéredes, os iremos sirviendo y os llevaremos vuestras cargas, y si fuéredes a las guerras, os procuraremos de vituallas para ellas y de todo lo necesario de armas y bastimentos, y os ayudaremos con gente. En fin, os seremos sujetos hasta la muerte (Durán, 1984, II: 111).

Ante esta solicitud, Tlacaélel, comandante del ejército, no destruyó la ciudad pero les impuso un trabajo importante:

...les mandó que hiziesen una calzada por medio de la laguna, de quatro leguas que había de espacio entre México y Xuchimilco para que por allí fácilmente tuviessen trato y comercio los unos con los otros... (Códice Ramírez, 1980: 60),

en la que debían trabajar todos los pueblos xochimilcas, incluso el pueblo de Tuchimilco u Ocopetlayucan, distante de Xochimilco veinte leguas (Durán, 1984, II: 112) [figura 3]. Aunque dicha calzada no conducía sólo de Xochimilco a México-Tenochtitlan, sino también a Iztapalapa y Coyoacán, lo cual veremos más adelante. Las indicaciones eran precisas: debía medir quince brazas de ancho y dos estados de alto (Alvarado Tezozómoc, 1980: 227), construída con dos filas paralelas de estacas a manera de pilotes, y rellena con piedras y tierra apisonada sacada del fondo del lago (Durán, 1984, II: 113; Soustelle, 1984: 134; Lombardo, 1973: 134). La calzada debía contar además con varios cortes, en donde se:



FIGURA 3
EN ESTA ILUSTRACIÓN SE OBSERVA COMO IZCÓATL ORDENA A LOS XOCHIMILCAS
CONSTRUIR LA CALZADA QUE CONDUCÍA HACIA IZTAPALAPA.
Fuente: *Historia de las Indias de la Nueva España*, de fray Diego Durán, 1984, Tomo II, IIs. 13.

...hiciesen sus puentes a trechos, para que el agua tuviese por donde salir de una parte a otra (Durán, 1984, II: 112).

En estos cortes se habían construido gruesos puentes de madera que podían ser quitados para dar paso a las canoas. Pero también esos cortes servían para que la calzada, que además funcionaba como dique, permitiera que el lago regulara su nivel cuando fuera agitado por violentas corrientes, con lo que se evitaban así posibles inundaciones a la ciudad, como lo explica Sonia Lombardo (1973: 63-64):

Con esta primera gran obra -como ha señalado Palerm- se obtenía un medio terrestre de comunicación y, a la vez, un dique para retener el agua salada, con compuertas que permitían controlar el paso voluntariamente y proteger la productiva zona de Xochimilco. Sólo es necesario ver en un mapa, como las calzadas, con su doble función como tales y a manera de barreras, forman compartimientos para contener las inundaciones.

Una vez concluida la obra, los principales señores de México acudieron a Xochimilco para repartirse tierras como pago por sus servicios.

Algo que llamó de manera particular la atención a los españoles fue lo recta que era la calzada (Las Casas, 1967, I: 266; Leonardo y Argensola, 1940: 305) [figura 4]; de ella Bernal Díaz (1986: 160) comenta:

Luego otro día de mañana partimos de Estapalapa, muy acompañados de aquellos grandes caciques que atrás he dicho; íbamos por nuestra calzada adelante, la cual es ancha de ocho pasos y va tan derecha a la ciudad de México, que me parece que no se torcía poco ni mucho, y puesto que es bien ancha, toda iba llena de aquellas gentes que no cabían...

Recordemos que Hernán Cortés y sus soldados entraron a México-Tenochtitlan provenientes de Iztapalapa a través de la calzada del mismo nombre, lo que les hizo estimar su longitud en "dos leguas largas" (Cervantes de Salazar, 1971, II: 326).

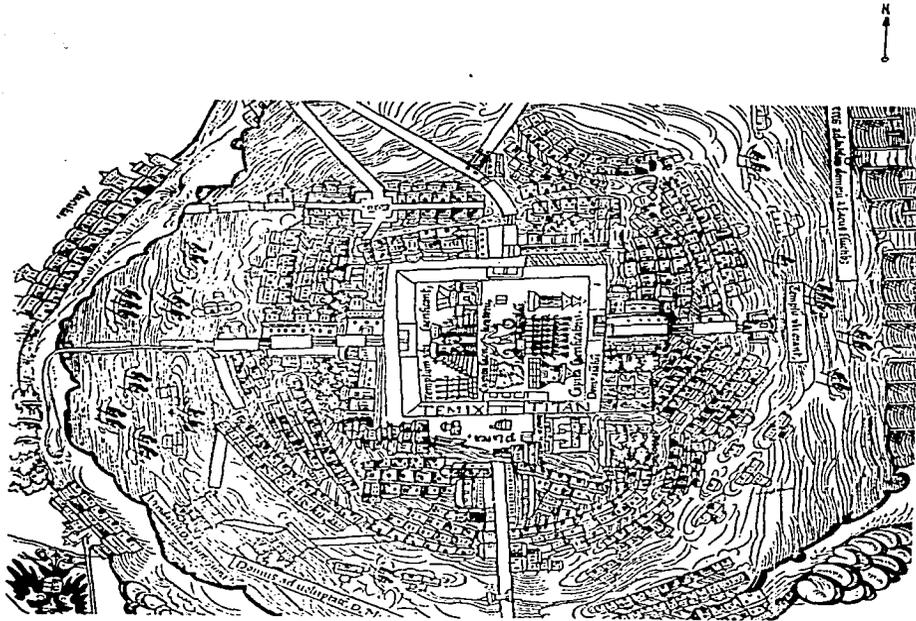


FIGURA 4
PLANO ATRIBUÍDO A HERNÁN CORTÉS, DONDE PUEDEN APRECIARSE LAS CALZADAS QUE UNÍAN
A LA CIUDAD CON LAS POBLACIONES DE IZTAPALAPA, TACUBA Y TEPEYAC,
ASÍ COMO OTRAS QUE PARTIAN DE TLATELOLCO A TIERRA FIRMA
Fuente: *Planos de la ciudad de México*, de Manuel Toussaint, Federico Gómez de Orozco y Justino Fernández, 1990, p. 87.

La calzada de Iztapalapa tenía una longitud de 7.800 km, desde la puerta sur del Recinto Sagrado, llamada *Quauhquiáhuac* ("Puerta del Aguila") y de allí se dirigía en línea recta hacia el sur, por la actual calzada de Tlalpan, hasta el lugar llamado *Xóloc*, sitio donde se bifurcaba: un ramal conducía al islote de Mexicaltzingo, cercano a la ciudad de Iztapalapa, mediante una calzada de 5.800 km (Lombardo, 1973: 134; Musset, 1992: 177); mientras que el otro ramal se dirigía a *Huitzilopochco* (Churubusco), para después continuar a Coyoacán, por un camino de cerca de medio kilómetro de longitud (Lombardo, 1973: 134) [figura 1]. En esta bifurcación existía una sólida construcción a manera de fuerte o baluarte, rodeada de fuertes murallas, conocida con el nombre de "Fuerte de *Xóloc*" (Cortés, 1987: 56; Anglería, 1964, II: 464; Herrera, 1945-47, II: 200-201; Prescott, 1985: 253-254). Francisco López de Gómara (1979: 108-109) describe esta construcción de la siguiente manera:

...[era] un baluarte fuerte y grande, de piedra, dos estados alto, con dos torres a los lados, y en medio un pretil almenado y dos puertas; fuerza harto fuerte... [y] Desde el baluarte sigue todavía la calzada, y tiene, antes de entrar en la calle, una puente de madera levadiza y diez pasos ancha, por el ojo de la cual corre agua y entra de la una en la otra.

Jacques Soustelle considera que ésta era la única calzada fortificada, porque además, tenía dos grandes puertas de madera para controlar el acceso, por el hecho de que se temía la incursión de los guerreros de Huexotzingo, ciudad insumisa situada al otro lado de los volcanes Popocatepetl e Iztaccihuatl, hacia el Estado de Puebla (Soustelle, 1984: 30). De noche, estas puertas se cerraban para que la ciudad disfrutara de tranquilidad y calma (Anglería, II: 464). Además de poseer estas puertas, Cortés (1987: 56) señala que la calzada, antes de entrar a la ciudad, contaba con un corte que permitía la existencia de un grueso puente de madera de diez pasos de anchura, el cual podía ser retirado para impedir el acceso de visitantes e invasores.

Este fuerte de *Xóloc*, después de la Conquista de México, fue conocido con el nombre de "Real de Cortés", lugar de enorme importancia para el asedio de México-Tenochtitlan. Luis González Aparicio (1973: 68-69) ha determinado que el sitio donde se ubicaba este fuerte, es el entronque de las actuales avenidas de Tlalpan y Calzada de los Cuartos -también llamada Obrero Mundial-

Calzada de Tacuba.

También conocida como Calzada de Tlacopan, ésta se dirigía al oeste de la ciudad. Se iniciaba desde la puerta poniente del Recinto Sagrado y una pequeña plaza frontera a la misma, para después continuar por las actuales calles de Tacuba, Hidalgo, Puente de Alvarado, Ribera de San Cosme hasta llegar a Melchor Ocampo (Lombardo, 1973: 134). Esta calzada de Tacuba:

... fue por donde después salimos huyendo la noche de nuestro gran desbarate, cuando Cuedlabaca [Cuitláhuac] nuevo señor, nos echó de la ciudad... (Díaz del Castillo, 1986: 173).

Tenía una longitud de media legua (Motolinía, 1971: 211; Las Casas, 1967, I: 266; Solís, 1968: 167) o de 3.600 km. como afirman algunos autores (Lombardo, 1973: 134). Era la más corta de todas, pues la distancia en esta zona entre la ciudad y la costa era muy reducida y el lago menos profundo. A diferencia de las otras calzadas, ésta tenía varios cambios de dirección, para aprovechar los bajos niveles del lago que formaban islotes, lo que aseguraba firmeza y solidez a la calzada (González Aparicio, 1973: 56) [figura 4].

Como la anterior calzada, ésta servía de dique y tenía varios cortes para permitir la circulación de las aguas. Las aberturas, llamadas también acequias eran siete, algunas de las cuales han sido descritas por Lombardo (1973: 135):

La primera acequia se hallaba en el cruce de la avenida San Juan de Letrán y la calle de Tacuba y llevaba el nombre de Tecpantzinco. Le seguían las de Tazpotta, Atechicalco y Mixcoatechialtlan, que debieron estar entre San Juan de Letrán y Zarco, pero se desconoce su sitio. La quinta cortadura se llamaba Tolteca Acalocan (Canal de los Toltecas, era la más ancha y estaba en la calle de Zarco [que era uno de los embarcaderos al poniente de la ciudad]. La sexta era la de Petfalcalco y la última la de Popotla...

Aunque no se señala el momento en que se construye, ya se habla de ella durante el reinado del tercer *tlatoani* mexica, Chimalpopoca, o de manera más precisa, cuando sucede la muerte de éste (en el

año de 1427) y surge un descontento entre los pueblos de Azcapotzalco, Texcoco y Culhuacan ante la elección de Izcóatl, el nuevo gobernante (Durán 1984, II: 74).

En opinión de Felipe Solís, esta calzada fue la primera en construirse y la más importante de la ciudad (1990: 45), puesto que por ésta era conducido el abasto de agua potable que surtía a toda la ciudad. Este suministro se hacía a través del renombrado acueducto de Chapultepec, mandado construir por Moctezuma Ilhuicamina hacia mediados del siglo XV; el tema del abasto de agua potable a la ciudad se analizará más adelante, en el capítulo dedicado a los acueductos.

Calzada de Tepeyac.

Hacia el norte existía una calzada que comunicaba a México-Tenochtitlan con la ciudad de Tlatelolco, y que atravesaba a ésta última hasta llegar al cerro del Tepeyac, del cual recibía su nombre: calzada de Tepeyacac o de Tepeyac. Tenía una longitud estimada en una legua, alrededor de 5,550 metros (López de Gómara, 1979: 126; Cervantes de Salazar, 1971, II: 326; Torquemada, 1975, I: 400; Herrera, 1945-47, II: 226).

Esto no quiere decir que la calzada de Tepeyac era la única que existía en la ciudad de Tlatelolco, pues esta contaba con sus propias calzadas y vías de comunicación, independientes de las que existían en México-Tenochtitlan, como se aprecia en la figura 4. Felipe Solís (1992: 14) considera que eran tres las calzadas que poseían los tlatelolcas, una de ellas la utilizaban en su comunicación al norte (la de Tepeyac), otra los unía con Azcapotzalco al poniente, y una más, los comunicaba con el pueblo de Tenayuca.

La calzada de Tepeyac había sido construida por los tlatelolcas antes de ser conquistados por los mexicas bajo el reinado de Axayácatl, en el año de 1473 (Musset, 1992: 177). Aunque Fernando de Alva Ixtlilxóchitl (1985, I: 445) asegura que quien la construyó alrededor de 1432 y 1435 fue:

Nezahualcoyotzin [quien] juntó sus soldados y hizo un razonable ejército de hasta cincuenta mil hombres y fue sobre México, y entró por Tepeyácac, que es donde es ahora Nuestra Señora de Guadalupe, y él fue el primero que hizo aquella calzada y tuvo cercado a México siete días cabales...

Esta calzada de Tepeyac es de particular interés, porque presenta un problema de ubicación muy serio. Se ha pensado, e interpretado, que este camino partía de la puerta norte del *Coatepantli* que rodeaba al Recinto Sagrado hacia donde:

...se alzaba el santuario de la diosa Tonantzin, "nuestra madre", que es donde se levanta hoy la basílica de Nuestra Señora de Guadalupe (Soustelle, 1984: 30).

Pero de manera acertada, Manuel Toussaint (1990: 110) puso en duda dicha aseveración, pues al analizar varios planos de la ciudad realizados en el siglo XVI, como el plano atribuido a Hernán Cortés, consideró que si se prolongaba dicha calzada desde la puerta norte del Recinto Sagrado, ésta terminaba en un lugar que no era en realidad el cerro del Tepeyac, y mucho menos atravezaba la ciudad-mercado de Tlatelolco [figura 5].

Sonia Lombardo considera que esta calzada norte, en efecto partía de una de las puertas del *Coatepantli*, y seguía el camino de la calle de Argentina, para terminar en la acequia de *Tezontali*, actuales calles de Rayón y Héroe de Granaditas. La distancia que hay entre este sitio y el Recinto Sagrado es en realidad muy corta, por este motivo no se cubre la distancia existente hasta el mercado de Tlatelolco, y mucho menos la que hay hasta el cerro del Tepeyac. El camino que en efecto termina en el Tepeyac recorre las actuales calles de Brasil y su continuación Peralvillo, la cual pasa justo a un costado de Tlatelolco. A este respecto, Manuel Toussaint (1990: 110) afirma que:

...la calzada que iba al Mercado de Tlatelolco y al Tepeyac, partía, no de la puerta norte del *Coatepantli*, sino del ángulo N.O. de la plaza mayor.

Lo anterior puede comprenderse mejor si se tienen en cuenta estas direcciones en referencia a los puntos cardinales y se observa la figura 5 para visualizar la explicación que ofrece Toussaint. Debe considerarse que la ciudad tenía cuatro calzadas que partían del Recinto Sagrado, o bien, que se unían en

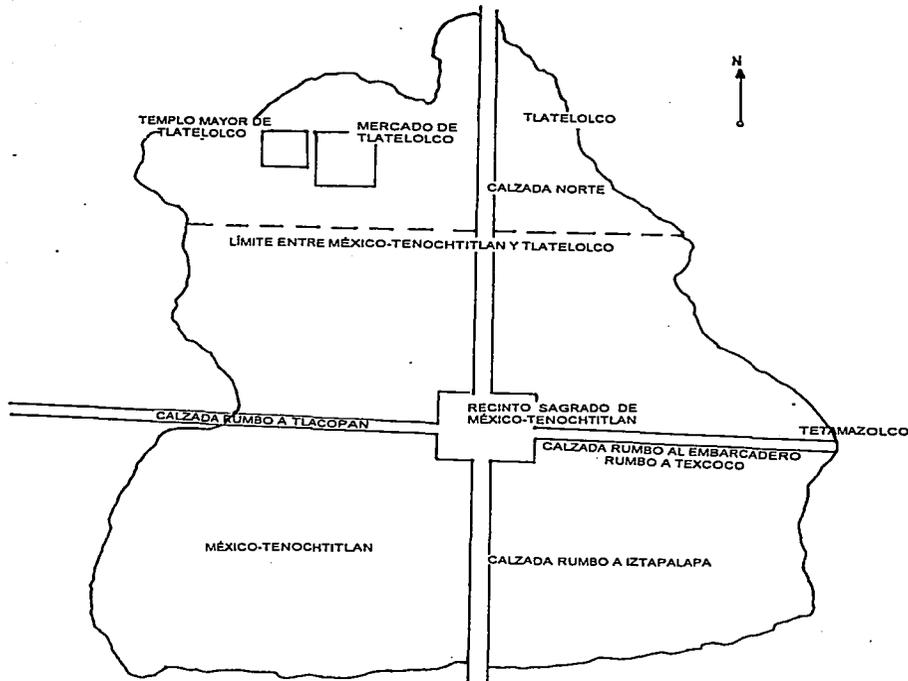


FIGURA 5
SI SE PROLOGA LA CALZADA QUE DEBÍA NACER DE LA PUERTA NORTE DEL RECINTO SAGRADO,
ENCONTRAREMOS QUE NO CONDUCE A LA CIUDAD DE TLAELOLCO Y QUEDA MUY ALEJADA
DEL CAMINO QUE CONDUCE EN REALIDAD AL CERRO DEL TEPEYAC.
Reconstrucción de Pedro A. López Saucedo.

ese sitio. También hay que recordar que este lugar era el centro de la ciudad, por lo tanto era, de manera natural, el sitio de convergencia de todos los caminos, el lugar de reunión o de “tránsito” para toda la población y para todos los visitantes. Por esto, era imposible que todo el tránsito que se hacía para llegar al Mercado de Tlatelolco desde el sur y poniente de la ciudad, atravesara el Recinto Sagrado, lo que significaba profanar el espacio sagrado de la ciudad y de los mexicas. Para evitar esto, se diseñó un espacio fronterizo a la puerta poniente del recinto, que formaba una plaza en donde se interceptaban las calzadas norte y oeste, para de esta manera liberar un poco la enorme cantidad de gente que utilizaba estos caminos para acudir los días de mercado a Tlatelolco [figura 6].

Esta es la consideración que debe tenerse presente para poder explicar el problema de la calzada norte que partía del recinto sagrado, que no lograba llegar hasta Tlatelolco; pero en cambio, existía un camino, que aunque no partía de la puerta norte del recinto, sí cumplía la misión de unir a México Tenochtitlan con Tlatelolco y el santuario de la diosa Tonantzin en el Cerro del Tepeyac, además de ayudar a controlar, como las otras calzadas, el sistema lacustre en el cual estaba asentada la ciudad.

Se ha señalado que las tres calzadas principales de la ciudad, las de Iztapalapa, Tacuba y de Tepeyacac, no sólo eran un medio de comunicación de ésta con tierra firme, sino también era una forma de controlar el nivel del agua del lago de Texcoco y de la laguna de México. Estas calzadas estaban hechas con piedra, lo cual le daba solidez a la construcción, pero también poseían varios cortes a determinada distancia, lo cual permitía la libre circulación de las aguas de los distintos lagos que había en la cuenca del Valle y la de los ríos y manantiales que desembocaban en ellos, ello hacía que se mantuviera constante el nivel del agua durante la época de sequías, mientras que en la época de lluvias se cerraban estos pasos o compuertas para contener las crecidas de los lagos con lo cual se evitaban inundaciones en la ciudad y en las zonas chinamperas y agrícolas de Chalco y Xochimilco. Ante esto debe suponerse que existía una cuadrilla especial de hombres encargados de mantener en óptimas condiciones las calzadas-diques, así como de vigilar en particular los niveles mínimos y máximos del lago en que estaba edificada la ciudad, pues en caso de haber cualquier alteración debían tomarse las medidas necesarias, como abrir o cerrar las compuertas en los cortes para ayudar a recuperar sus niveles a los lagos. Es de notar que los conquistadores españoles no hayan apreciado esta función de las calzadas, y

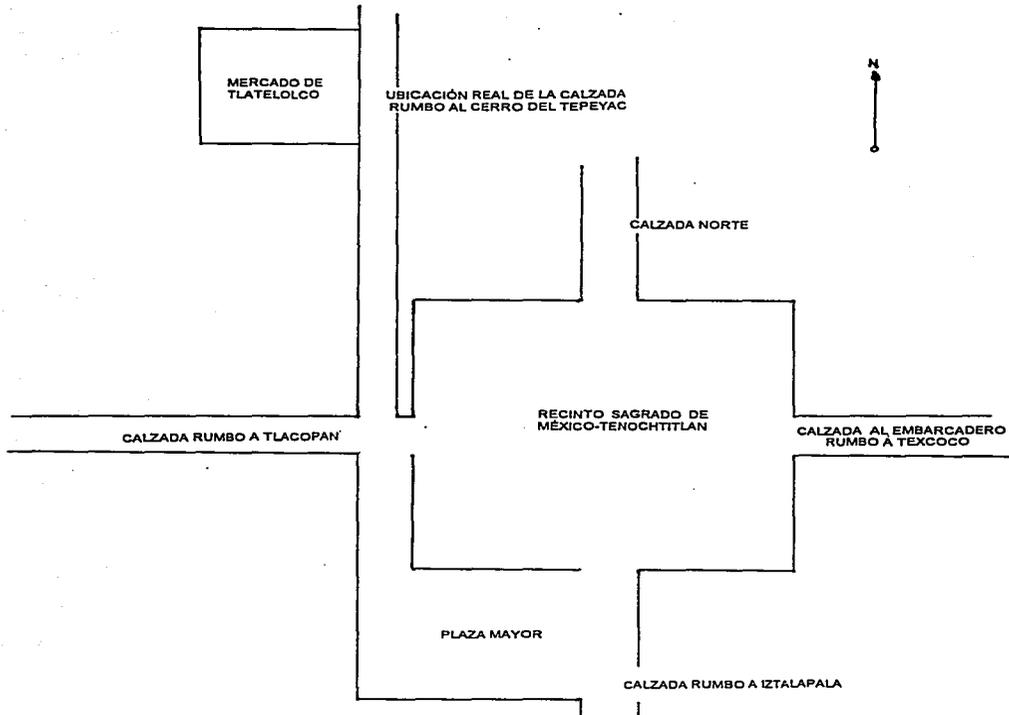


FIGURA 6

LA PROPUESTA DE MANUEL TOUSSAINT INDICA QUE LA CALZADA NORTE (QUE PARTÍA HACIA EL CERRO DEL TEPEYAC) PARTÍA DE UNA PLAZA FRONTERA A LA PUERTA PONIENTE DEL RECINTO SAGRADO, Y SEGUÍA EL CURSO DE LA ACTUAL CALLE DE BRASIL .
Reconstrucción de Pedro A. López Saucedo.

que los posteriores habitantes peninsulares tampoco, pues dejaron de utilizar, o descuidaron, los mecanismos de defensa de la ciudad lacustre; sólo cuando ocurrieron las primeras grandes inundaciones en la ciudad se puede apreciar la doble función de las calzadas-dique y de los albarradones, lo cual veremos en otro capítulo.

Calzada oriental.

Es escasa la información que existe sobre esta calzada que partía de la puerta oriente del Recinto Sagrado y que conducía al extremo este de la ciudad. Esta calzada no existió para los españoles, ya que no comunicaba a la ciudad con tierra firme, de ahí su escasa utilidad para el ejército español. Esto explicaría el porqué no aparece descrita por Díaz del Castillo, el Conquistador Anónimo, fray Francisco de Aguilar o dibujada en el *Códice Matritense del Real Palacio* (fol. 269 r.) en donde sí se detallan las tres entradas hacia el Templo Mayor, que expresaban igual número de calzadas [figura 7]. Fray Juan de Torquemada asegura que no existía esta calzada (1975, I: 400), debido a que:

...por la parte del oriente no le correspondía, ni ahora le corresponde, camino seguro, porque son las espaldas de la ciudad y por aquella parte le corresponde la laguna salobre y honda.

Es lamentable que este hecho no permita conocer las dimensiones o características de esta calzada a través de las crónicas. Sólo por algunas suposiciones o restos arqueológicos podemos determinar su longitud, y confirmar su existencia. Francisco Javier Clavijero (1987: 160) indica :

Tenía [el Recinto Sagrado] cuatro puertas a los cuatro vientos cardinales. La puerta oriental salía a una calle ancha y conducía a la laguna...

Y también el mismo Cortés, que aunque no la describe, sí la dibuja en el plano de la ciudad [figura 4].

FIGURA 7
PLANO DEL RECINTO SAGRADO REALIZADO POR FRAY BERNARDINO DE SAHAGÚN, EN DONDE
SÓLO SE DIBUJARON TRES ACCESOS A ESTE LUGAR: EL NORTE, PONIENTE Y SUR.
Fuente: *Los Aztecas*, de Eduardo Matos Moctezuma, 1989, p. 56.

Autores modernos, como Ignacio Alcocer (1935: 15), Sonia Lombardo (1973: 135) y Roque Cevallos Novello (1979: 171) han establecido el recorrido que seguía esta calzada, el cual se iniciaba desde la puerta oriente del Recinto Sagrado y que seguía las actuales calles de Guatemala y Miguel Negrete, para atravesar la Avenida Congreso de la Unión, hasta terminar en el embarcadero llamado *Tetamazolco* ("lugar del Sapo de Piedra"), sitio donde se construyeron las Ataranzas y luego la Iglesia de San Lázaro, y en donde después estuvo la Escuela de Tiro de San Lázaro.

Esta calzada no unía a México-Tenochtitlan con tierra firme, como lo hacían las otras tres calzadas, sino que conducía al embarcadero más importante de la ciudad, mismo que era la puerta de contacto con la ciudad de Texcoco. El hecho de que no hubiera calzada que atravesara por este lado el lago de Texcoco se debe a la distancia tan grande que hay entre la ciudad y la tierra firme, además de que hacia este lado el lago tenía mayor profundidad. Por esta misma razón se utilizaban las canoas como medio de transporte, de comunicación, de carga, etcétera, en vez de un camino largo y que hubiera requerido de múltiples cuidados y mantenimiento. Pero entonces, ¿porqué de su existencia?, si hacia el lado oriental del lago no era necesaria una calzada-dique que contuviera las crecidas del lago, porque ya existía una construcción edificada *ex profeso* con ese fin, llamado "Albarradón de Nezahualcóyotl", el cual se describirá más adelante.

Consideramos que hay una razón muy poderosa que explica la existencia de esta cuarta calzada sólo dentro de la ciudad, la cual puede hallarse dentro de la religiosidad mexicana. Ellos creían que la tierra estaba conformada por los cuatro rumbos del universo (norte, sur, este y oeste) además de contar con un centro, el cual resultaba ser el ombligo u ombligo del mundo, sitio donde habitaban los dioses. Este orden cósmico, según creían, también debía regir sobre la tierra, por ello aplicaron este mismo modelo de organización (cuatro secciones más un centro) a México-Tenochtitlan. Para lograrlo, utilizaron al Recinto Sagrado como el centro de la ciudad y ombligo del mundo, en tanto que las calzadas fueron los ejes que la dividían en cuatro cuadrantes, de tal manera que la calzada de Tepeyac representaba el Norte, la calzada de Iztapalapa el Sur, la calzada de Tacuba el Poniente, y por consiguiente a la calzada que comunicaba el centro de la ciudad con el embarcadero del cual partían las canoas rumbo a Texcoco le correspondía el cuarto rumbo del universo, el Oriente. La figura 8 puede ayudar a explicar esta idea, al

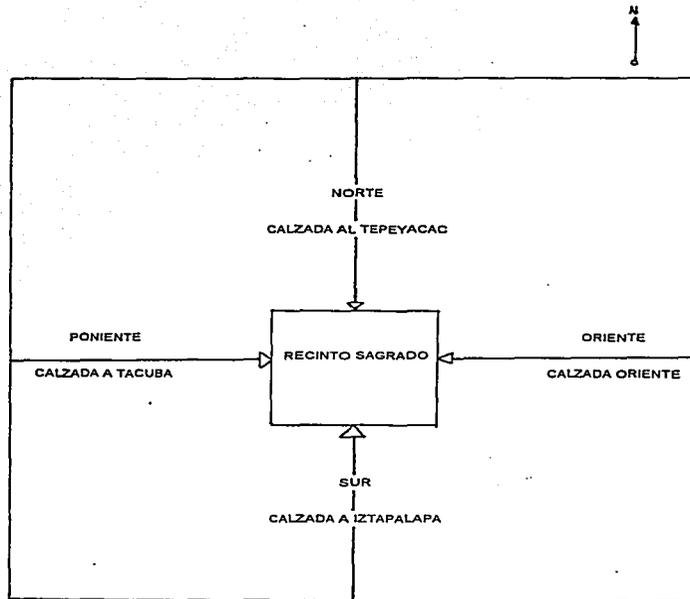


FIGURA 8
 MÉXICO-TENOCHTITLAN ESTÁ REPRESENTADO COMO UN RECTÁNGULO Y EL RECINTO SAGRADO POR UN CUADRADO SITUADO JUSTO EN SU CENTRO, A PARTIR DEL CUAL NACEN LAS CALZADAS QUE SE DIRIGEN HACIA LOS CUATRO RUMBOS DEL UNIVERSO: NORTE, SUR, ORIENTE Y PONIENTE, O LO QUE ES LO MISMO, LA INTERSECCIÓN DE ELLAS CREA EL CENTRO DEL UNIVERSO.
 Reconstrucción de Pedro A. López Saucedo.

observar que la intersección de los ejes norte-sur y oriente-poniente dan por resultado la formación de cuatro cuadrantes y de un centro. Esto además sirvió para organizar a la ciudad en cuatro grandes secciones, que algunos autores denominaban barrios o campas, tema que veremos con mayor detenimiento en el capítulo V.

El que México-Tenochtitlan estuviera construida en medio de un gran lago no impedía que se comunicara con otras poblaciones situadas también dentro del agua o en tierra firme, así con los lugares de abastecimiento (en particular las zonas agrícolas de Chalco y Xochimilco). Para lograrlo, contaba con varias calzadas principales, tres de las cuales la comunicaban con tierra firme, mismas que conducían a Iztapalapa, Tacuba (Tlacopan) y Tepeyac (Tepeyacac); existía además una cuarta calzada situada en el extremo oriente de la ciudad aunque no conducía a otra población, sino que sólo existía dentro de la ciudad y comunicaba el centro de ésta con el embarcadero más importante.

Las tres primeras calzadas señaladas, como pudieron apreciarlo los españoles, eran el medio por el cual la ciudad se comunicaba con tierra firme, y a la vez servían para que ésta estuviera protegida contra posibles ataques; el ejemplo más claro de ello estaba presente en la Calzada de Iztapalapa, pues además de ser el único camino que comunicaba al sur de la cuenca con México-Tenochtitlan a través del agua, contaba con muros y puertas en el llamado Fuerte de Xóloc, todo ello tenía como función el controlar el acceso de sus habitantes y de los visitantes. Pero estas calzadas no solo eran medios de comunicación, sino que también tenían la importante misión de controlar el nivel del agua de los lagos de la cuenca y de los ríos que desembocaban en ellos, aunque esto no fue apreciado, por lo menos al principio, por los españoles. Se ha señalado una tercera función de las calzadas, la cual puede circunscribirse en el ámbito religioso y que explica la existencia de una cuarta calzada dentro de la ciudad. El hecho de que las cuatro calzadas confluyeran en un punto y formaran así un plano de traza cruciforme, permitió que ellas dividieran de manera imaginaria a la ciudad en igual número de secciones, correspondientes cada una de ellas a los cuatro puntos cardinales o rumbos del universo, y cuyo centro era el Recinto Sagrado.

También circunscrito al ámbito religioso, estas calzadas tenían otra función, no menos importante que las anteriores; y es que por el hecho de comunicar poblaciones en tierra firme con la metrópoli a través del lago, el internarse en ellas era una especie de rito purificador para cualquier transeúnte que intentaba acceder a la ciudad, porque significaba que el hombre debía atravesar por sí solo y enfrentarse a cualquier ataque o calamidad, y si superaba estas pruebas, era apto para entrar al espacio sagrado que era México-Tenochtitlan.

Las calzadas de la ciudad resultaron ser una de las primeras grandes muestras del poder arquitectónico que los mexicas mostraron a los hombres occidentales, y de la capacidad de este pueblo para enfrentar los retos del medio ambiente.

CAPÍTULO III

CALLES, DIQUES Y EMBARCADEROS

3.1 Tipos de calles.

Comunicarse dentro de una ciudad lacustre no era tan sencillo como pudiera parecer a primera vista, pues su tipo de suelo marcaba una gran diferencia con respecto a otras ciudades edificadas en tierra firme. La necesidad de contar con vías de comunicación dentro de la ciudad, permitió a los mexicas llevar a cabo la construcción de diversos tipos de calles, adaptadas de manera perfecta a las necesidades específicas del lugar en donde iban a servir. Por ejemplo, en los sitios donde el suelo era firme, como en el centro de la ciudad, sólo se hacía la traza de la calle y se apisonaba la tierra; en donde el suelo era demasiado fangoso, se realizaba la traza que debía seguir esta calle y se cavaba como si fuera un foso, de tal manera y a tal profundidad que se permitiera después el paso del agua y así podía formarse un canal navegable. En otros casos, cuando la consistencia del suelo lo permitía, podían combinarse ambos sistemas de comunicación, el terrestre y el lacustre, lo que daba por resultado una calle mixta, transitable tanto por la gente como por las canoas, mientras que en los terraplenes existentes a los lados de este tipo de calles sirvieron para plantar distintas clases de árboles y plantas.

De lo anterior, podemos señalar que la ciudad contaba con tres tipos de calles*: las de tierra, las de tierra y agua, y las de agua, donde la mayoría de ellas eran anchas y espaciosas, para permitir el paso

* Estos tres tipos de calles han sido descritos por el Conquistador Anónimo (1941: 42-43) y varios cronistas, entre ellos: López de Gómara (1979: 123-124), Cervantes de Salazar (1971, II: 324), Gonzalo de Illescas (1940: 319), fray Bartolomé de las Casas (1967, I: 265), Antonio de Herrera (1945-47, II: 224), fray Juan de Torquemada (1975, I: 399-400, 409), fray Agustín de Vetancurt (1971: 92) y Antonio de Solís (1968: 167), y también dibujadas en diferentes planos, como el atribuido a Cortés y el *Plano en Papel de Maguay*.

de la gente y de los medios de transporte sin dificultad. Francisco Cervantes de Salazar (1971, II: 324) las describe de la siguiente manera:

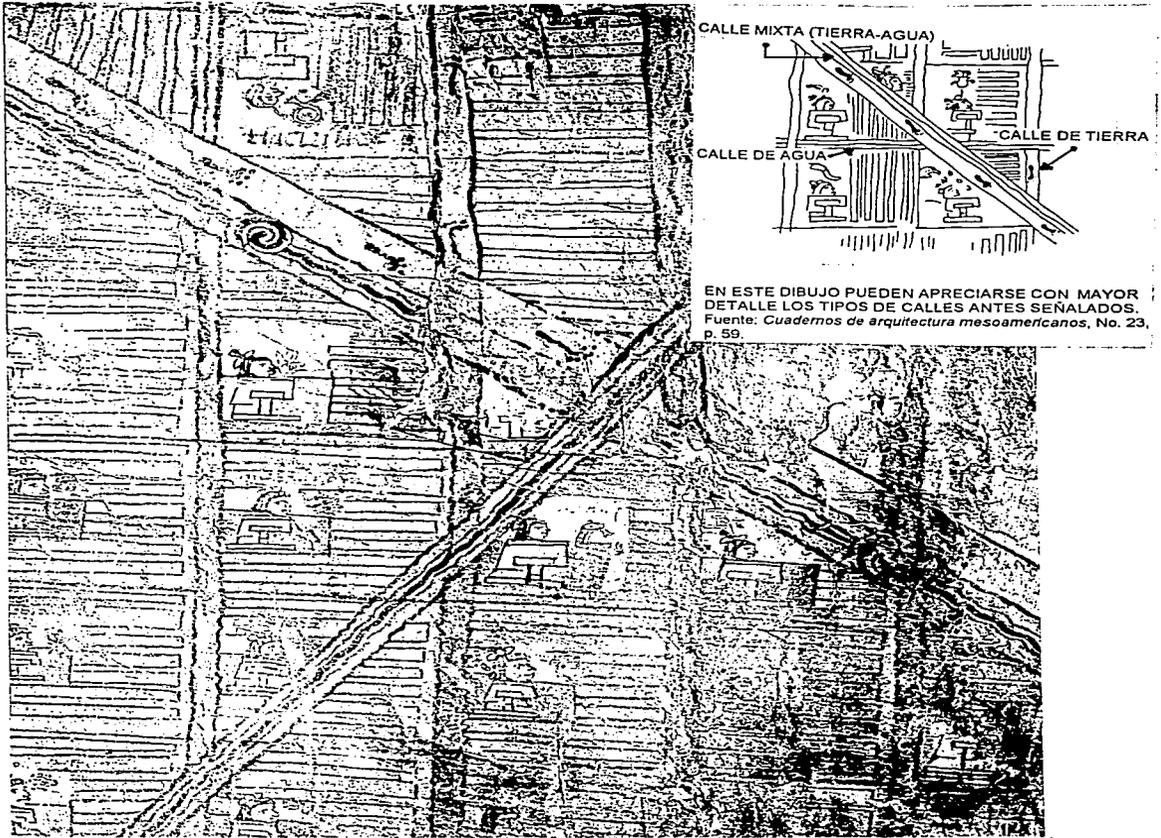
Todo el cuerpo de esta ciudad estaba sobre agua; tenía tres maneras de calles, anchas y espaciosas; las unas eran de agua sola, con muchos puentes; las otras de sola tierra; las otras de tierra y agua, porque la gente de a pie andaba por la parte do había tierra, y la otra por el agua con canoas, de manera que las más de las calles por la una parte y por la otra tenía terraplano y el agua iba por medio. Las calles de agua, de suyo, eran limpias, porque no echaban inmundicias en ella; las de tierra barrían muy a menudo.

Según afirma Torquemada (1975, I: 409), las calles -cualquiera que fuera su tipo- eran muy largas y derechas, y corrían de oriente a poniente y de norte a sur, de tal manera que todas se cruzaban, y en los predios ahí formados se construían las casas. Esto se comprende de manera fácil si observamos el *Plano en Papel de Maguey*, en donde cada parcialidad, terreno o predio está representado por una casa, y sus límites están fijados por las calles de tierra, de agua y las de tierra-agua [figura 1].

Las calles de tierra, por las que se caminaba a pie, eran por lo general las más angostas, ya que sólo dos personas podían pasar por ella; por lo general hacia estas calles estaban construídas las puertas principales de las casas, como lo describen Motolinía (1971: 211), Torquemada (1975, I: 399) y Vetancurt (1971: 92), quien así lo comenta:

Otras calles avia todas de terraplen, pero tan angostas que apenas cabian dos perfonas juntas, a estas falian las puertas principales por donde entraban, y falian...

Otras calles eran de agua y tierra, muy amplias, pues debían proporcionar el espacio suficiente para que a los lados se construyeran dos terraplenes, y por el centro pasaran las aguas de la laguna, a modo de que pudieran transitar las canoas (Solís, 1968: 167). El hecho de que se construyeran dos terraplenes a los lados de la calle servía para el paso de la gente, o para construir verdaderos jardines que albergaran grandes árboles, plantas y flores olorosas (Clavijero, 1987: 339), mismos que además eran usados para que las aves que allí llegaban pudieran anidar (Vetancurt, 1971: 92).



EN ESTE DIBUJO PUEDEN APRECIARSE CON MAYOR DETALLE LOS TIPOS DE CALLES ANTES SEÑALADOS.
Fuente: *Cuadernos de arquitectura mesoamericanos*, No. 23, p. 59.

FIGURA 1

FRAGMENTO DEL PLANO EN PAPEL DE MAGUEY, EN DONDE PUEDEN DISTINGUIRSE SÓLO DOS TIPOS DE CALLES: LAS DE TIERRA Y LAS DE TIERRA Y AGUA.

Fuente: *Planos de la ciudad de México*, de Manuel Toussaint, Federico Gómez de Orozco y Justino Fernández, 1990, p. 69.

Fray Agustín de Vetancurt (1971: 92) refiere que estas calles de tierra y agua eran las más importantes en el centro de la ciudad, ya que mucha de la nobleza indígena tenía sus casas en este lugar, en donde las puertas principales de ellas daban a estas calles de terraplén, y sus canoas llegaban a través de la otra mitad de la calle, que era de agua. Esta aseveración la comprueba al poner de ejemplo la calle llamada Acequia Real, que pasaba por el centro de la ciudad hasta el Palacio Real.

El tercer tipo de calles lo constituyen aquellas que eran de agua, las cuales respondían sobre todo a una necesidad del medio. Por lo general, las casas comunes de los indígenas tenían dos puertas: una era la principal y que comunicaba hacia la calle de tierra, y otra, llamada puerta falsa, era la que conducía hacia la porción de tierra en donde se cultivaban legumbres y flores, tierras que los españoles llamaron camellones o chinampas (Vetancurt, 1971: 92), y a la calle de agua. Estas calles eran para el servicio de este tipo de casas, pues de este modo se servían para transportar sus mercancías los días de mercado y la canoa era el único modo en que se podía transitar por éstas. Para una fácil comunicación entre las casas, se disponía de múltiples puentes que atravesaban de una parte a otra. Fray Juan de Torquemada (1975, I: 339) las describe:

Estas calles de agua eran para sólo el servicio de las canoas y de las casas comunes y manuales de casa, y así tenían también puertas que se llaman falsas, para este ministerio, y podían pasar de una parte a otra por puentes que las dichas acequias tenían.

Este funcionamiento de las calles de agua se puede observar en la figura 2, así como los puentes que permitían una fácil comunicación entre las casas.

Limpieza de las calles.

Cualquiera que fuera la calzada o el tipo de calle, la limpieza de las mismas era en extremo rigurosa, ya que no se permitía que se arrojaran desechos y basura a las calzadas, calles y acequias; se procuraba que los caminos estuvieran siempre limpios, hecho que asombró de sobremanera a los

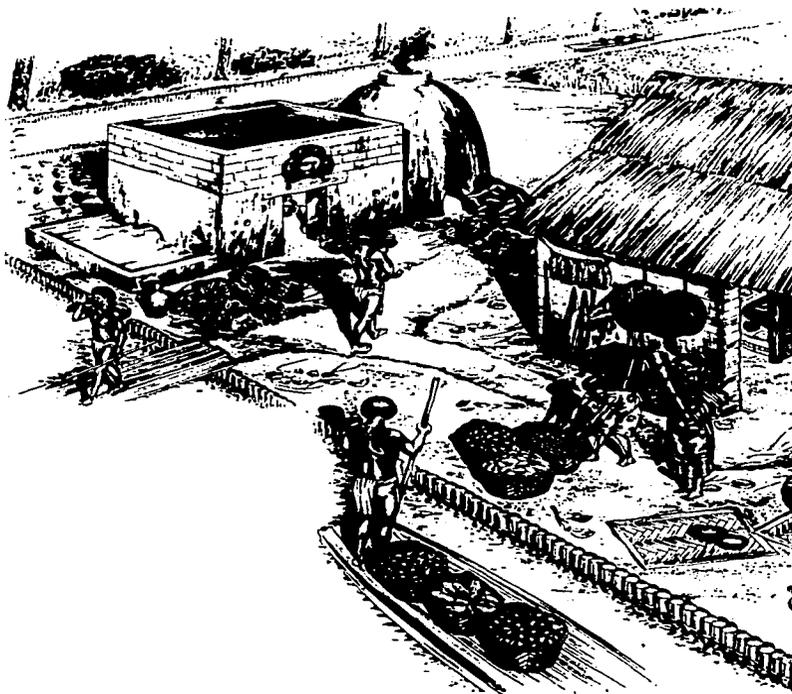


FIGURA 2
EN ESTE DIBUJO PUEDEN APRECIARSE LAS CALLES DE AGUA QUE HABÍA EN LA CIUDAD,
LOS PUENTES QUE PERMITÍAN EL PASO DE UNA PROPIEDAD A OTRA, LAS CANOAS
QUE LAS SURCABAN, ASÍ COMO LA LIMPIEZA DE LAS MISMAS.
Fuente: *The Aztecs*, de Tim Wood, 1992, p. 33.

primeros españoles que las pudieron admirar. A este respecto, fray Toribio de Benavente o Motolinía (1971: 207-208) comenta que:

Estaban tan limpias y tan barridas todas las calles y calzadas de esta gran cibdad, que no había cosa en qué, tropezar, y por doquiera que salía Moteczuma, así en ésta como por do había de pasar, era tan barrido, y el suelo tan asentado y liso, que aunque la planta del pie fuera tan delicada como la de la mano, no recibiera detrimento el pie ninguno en andar descalzo.

Mismo hecho que registra Cervantes de Salazar (1971, II: 324), al afirmar que en las calles de agua no se arrojaban desechos y las de tierra eran barridas de manera frecuente. Por su parte, Torquemada (1975, II: 164) y Clavijero (1987: 130) aseguran que cada día se ocupaban en barrer y regar las calles cerca de mil hombres, mismos que por la noche colocaban grandes braseros con fuego para iluminarlas.

Pero no sólo se evitaba arrojar basura a las calles y acequias, sino que tampoco desechos humanos a ninguna de ellas. Para evitar esto, se construían en sitios estratégicos (como en la intersección de caminos, calzadas, calles muy transitadas o que comunicaran con el mercado o con los *teocallis*), pequeñas habitaciones a manera de chozas, hechas de bajareque o ramas, en cuyo interior se colocaba un gran recipiente que contenía los excrementos (*detritus*) de los muchos transeúntes que ahí acudían, pues dichas habitaciones tenían la función de letrinas, excusados o retretes. Bernal Díaz del Castillo (1986: 171) cuando visita el mercado de Tlatelolco dedica unas líneas a este hecho tan particular:

Bien tengo entendido que algunos señores se reirán de esto; pues digo que es así; y más digo que tenían por costumbres que en todos los caminos tenían hechos de cañas o pajas o yerba, porque no los vieses los que pasasen por ellos; allí se metían si tenían ganas de purgar los vientres, porque no se les perdiese aquella suciedad.

Una vez que estos recipientes estaban llenos, eran retirados y sustituidos por otros vacíos, mientras que el contenido de los primeros era vendido como fertilizante para abonar las chinampas y las tierras de cultivo.

En lo que respecta a los desperdicios de las casas, éstos eran recolectados y llevados fuera de la ciudad, para ser enterrados en las zonas pantanosas del lago, como Pantitlán (Soustelle 1984: 48), a fin de que la ciudad, sus calles y canales estuvieran libres de inmundicias. Referente a las aguas que eran utilizadas en las casas, para aseo de las personas, limpieza de la casa y para los alimentos, eran arrojadas de manera directa a las acequias. Estas aguas no contenían materiales sólidos o sustancias nocivas; lo que empleaban como jabón para aseo, tanto personal como para la ropa, eran productos obtenidos de la raíz *amatli -saponaria americana-* y la planta *copalxócotl*, conocida también como árbol de jabón. Estas plantas cuando entraban en contacto con el agua, producían una abundante espuma blanca, e incluso servía para blanquear la ropa (Clavijero, 1987: 270). Una vez que el agua utilizada para estos servicios era arrojada a las acequias, las sustancias orgánicas del jabón se iban disolviendo hasta desaparecer y no mostrar turbulencia en la corriente que circulaba entre las calles de agua de la ciudad, misma que al fin desembocaba en los canales de desagüe.

Canales de desagüe.

Es indudable que las calles de agua eran de suma importancia para México-Tenochtitlan, ya que servían para una fácil comunicación entre la ciudad y los pueblos ribereños del Lago de Texcoco; pero también se necesitaba que el agua que circulaba entre ellas lo hiciera de manera libre, con lo que se evitaba así su estancamiento, y con ello, los malos olores y el surgimiento de flora y fauna nociva.

Sonia Lombardo (1973: 195-196) y Alan Musset (1992: 172) mencionan que todas las acequias de la ciudad contaban con compuertas que permitían su desagüe todas las mañanas, mismas que debían permanecer abiertas durante el día para permitir la libre circulación de las canoas. Pero al atardecer, se cerraban, lo que impedía que las aguas del lago entraran a la ciudad y arruinaran las viviendas y las cosechas.

Uno de los canales más importantes que recolectaba las aguas de varias acequias:

...corría entre las calles de Argentina y Brasil, desde la calle de Apartado, haciendo una curva en el Tlaxifacalli de Coyonaczcoco, entroncando con la avenida Peralvillo (Lombardo 1973: 118).

Se puede señalar que este canal corría paralelo a las calzadas que había en el norte de la ciudad, una de las cuales partía de la puerta Norte del Recinto Sagrado y la otra que conducía al cerro del Tepeyac.

Pero no sólo existían canales de desagüe dentro de la ciudad, sino también fuera de ella, lo que permitiría desalojar el exceso de agua dentro de la cuenca del valle de México, ya fuera de los lagos de Texcoco, Zumpango, Xaltocan, Chalco o Xochimilco.

La obra hidráulica que pretendía llevar a cabo este portentoso hecho, era un canal de desagüe excavado en las montañas ubicadas hacia el norte de la cuenca, el cual captaría las aguas de varios ríos para no permitirles descargar sobre los lagos y así evitar su desbordamiento. Dicho canal fue proyectado e inició su construcción -o excavación- hacia el último tercio del siglo XV.

Esta obra no llegó a concluirse, por lo cual no fue conocida por los españoles; sin embargo, Baltasar Dorantes de Carranza (1970: 3), hacia principios del siglo XVII hace referencia a ella, e incluye una brevísima historia sobre su construcción:

...y en tiempo de Axayacatzin, sexto Rey de México, la laguna salió casi mas que ahora, y el Rey la quiso desaguar y echar el río de Quauhtitlan y San Xpoval [Cristóbal] Ecatepec por diferentes cursos y corrientes, y empeço á abrir una famosa acequia con 400,000 hombres que traía de coa en la obra que duró 90 días...

Además comenta que esta obra no se concluyó porque era "trabajo infatigable y cansancio sin provecho y efecto" (Dorantes de Carranza, 1970: 3), además de que cesó la crecida del lago, y con ello la amenaza de una grave inundación en la ciudad.

3.2 Diques.

Resulta obvio que las calles de agua y de tierra y agua necesitaban del agua del lago de Texcoco para poder mantener su nivel y permitir que las canoas se deslizaran por ellas. Pero también se requería que el agua de éstas no se desbordase sobre la ciudad y por ende, sobre las casas, palacios y edificios religiosos, sobre todo durante la época de lluvias, en la que el nivel del lago crecía de manera notable. Asimismo, se requería que las aguas del lago no inundaran las zonas de cultivo ubicadas fuera de la ciudad, como las que se localizaban en Xochimilco y Chalco, y tampoco las fuentes de agua dulce de las cuales se servían para regar sus cultivos.

Para solucionar estos problemas sobre el control de las aguas del lago, los habitantes de México-Tenochtitlan construyeron una elaborada red de canales y diques de contención (albarradones), los cuales junto con las calzadas de Iztapalapa, Tacuba y Tepeyacac, permitían el “complicadamente fácil” control de las aguas; se menciona así esta tarea ya que debía permitirse la libre circulación del lago salado de Texcoco a través de las acequias o calles de agua, pero también debía controlarse. Así, las calzadas y las acequias permitían el libre tránsito de las aguas por todo el lago y por toda la ciudad, a través de sus continuos cortes, a fin de no entorpecer su natural flujo y reflujos. Esta constante amenaza de inundación no surgió en el siglo XVI, sino desde la fundación de la misma ciudad, como lo consignan los *Anales de Tlatelolco* (1948: 52), donde se menciona que durante el reinado del primer *tlatoani* de México-Tenochtitlan, Acamapichtli (1369-1396), sucede la primera inundación de la ciudad. Aunque en alguna ocasión, la crecida de las aguas del lago no fue natural, sino debida a causa del hombre. Un ejemplo de esto lo veremos más adelante.

Fueron varios los diques que se construyeron a lo largo de toda la historia de la ciudad; algunos fueron de gran importancia, por esta razón los cronistas del siglo XVI y principios del XVII, en particular los religiosos, entre los que destacan los frailes Diego Durán y Juan de Torquemada, recabaron la historia de su construcción. Y es curioso anotar que ninguno de los conquistadores los menciona, tal vez porque no los consideraron de importancia, por lo menos, en ese momento. El valor de este tipo de construcciones fue reconocido muchos años después de la conquista de la ciudad, al suceder las primeras grandes

inundaciones a la “muy noble e imperial ciudad de México”, capital de la Nueva España, aunque por desgracia ya habían sido destruidas muchas de estas obras indígenas.

Dique de Nezahualcóyotl.

Fue durante el reinado de Moctezuma Ilhuicamina, cuando se inundó de manera terrible México-Tenochtitlan a causa de las constantes lluvias. Clavijero (1987: 108) y Galindo y Villa (1901: 34) aseguran que esto ocurrió en 1446; por su parte, Teresa Rojas Rabiela (1992: 18) sitúa esta catástrofe hacia 1449. El hecho es que hacia fines de la primera mitad del siglo XV:

Llegó a tal punto la inundación que todas las calles se andaban en canoas y se arruinaron algunas casas (Clavijero, 1987: 108).

Ante tal situación, Moctezuma Ilhuicamina pidió consejo al señor de Texcoco, Nezahualcóyotl, por:

...ser hombre de mucha razón y buena inventiva, para cualquier cosa que se ofrecía, pidiéndole acudiese a dar alguna traza para que la ciudad no se acabase de anegar, porque ya estaban arruinados y caídos muchos de sus edificios (Torquemada, 1975, I: 219).

Éste le sugiere realizar un dique para detener la fuerza de las aguas, lo cual evitaría que la ciudad continuara inundándose; además señaló el sitio en donde debía realizarse esta construcción, sus dimensiones y los materiales que debían emplearse (Torquemada, 1975, I: 219).

Las indicaciones eran muy precisas. Debía construirse al oriente de la ciudad, para separar en dos secciones el lago salado de Texcoco, [figura 3]. Además, debía contar con varias compuertas (Toussaint, 1990: 112), que en tiempo de estiaje permitieran el paso del agua hacia la ciudad, de modo que no se secaran las calles de agua y dejaran de navegar las canoas.

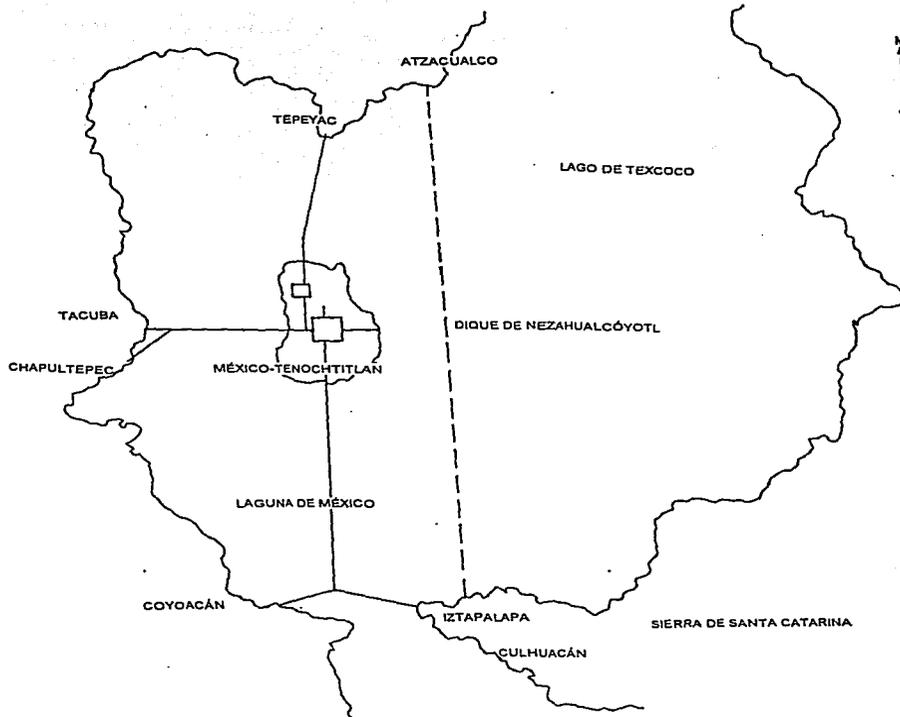


FIGURA 3
EL DIQUE DE NEZAHUALCÓYOTL DIVIDÍA AL LAGO DE TEXCOCO EN DOS SECCIONES. LA SECCIÓN EN
DONDE MÉXICO-TENOCHTITLAN QUEDO ASENTADA RECIBIÓ EL NOMBRE DE LAGO DE MÉXICO.
Reconstrucción de Pedro A. López Saucedo.

Este dique partía de Atzacualco (cerca del Peñón de los Baños), en el noreste, hasta las faldas del Cerro de la Estrella, en Iztapalapa (González Aparicio, 1973: 34; Toussaint, 1990: 112). Tenía una longitud que oscilaba entre los 12 (Rojas 1992: 18) y los 16 kilómetros (Toussaint, 1990: 111; Soustelle, 1984: 48), una anchura de 9 metros y una altura aproximada de 4 metros (Lombardo, 1973: 116). Es lógico pensar que variaba en anchura y altura respecto al terreno en que se ubicaba. Sobre este particular, Torquemada (1975, I: 219) indica que:

...iba metida casi tres cuartos de legua el agua dentro y en partes [era] muy honda y tenía de ancho mas de cuatro brazas y de largo más de tres leguas.

Para construir esta albarrada, los materiales fueron aportados por varios pueblos; las estacas de madera las proporcionaron los tecpanecas, coyohuaque y xochimilcas. Mientras que las piedras serían traídas de lugares distantes, a tres o cuatro leguas de México (Torquemada, 1975, I: 219). Manuel Toussaint (1990: 111-112) asienta que:

El dique mismo se componía de un muro de piedra y barro, coronado por un muro de mampostería, y se hallaba defendida por ambos lados por una fuerte estacada que rompía las olas.

Para realizar esta magna obra hidráulica, Moctezuma Ilhuicamina solicitó a los Señores de Tlacopan, Culhuacán, Iztapalapa y Tenayuca que colaboraran con mano de obra para su construcción (Torquemada, 1975, I: 219), los cuales enviaron muchos hombres para trabajar en la llamada "Albarrada vieja", conocida también como Dique de Nezahualcōyotl, en honor al artífice de tal obra.

Esta construcción contribuyó, además, a que la salinidad del agua del Lago de México, en donde estaba la ciudad, disminuyera de manera significativa, porque captaba los cauces de los ríos y lagos de agua dulce, con lo que se disolvía parte de la salinidad natural del lago, lo que benefició las tierras de la ciudad, que antes eran salitrosas y estériles, y a partir de entonces se convirtieron en tierras de cultivo para hortalizas (García Quintana y Romero Galván, 1978: 83).

Dique de Mexicaltzingo.

Construido al sur de México-Tenochtitlan, este dique tenía como función contener las aguas de los lagos dulces de Chalco y Xochimilco (Toussaint, 1990: 112). Estos lagos estaban separados de las aguas saladas del lago de Texcoco por una estrecha franja de tierra perteneciente a la península de Santa Catarina (López Luján, 1993: 148); sin embargo, quedaba una boca de más de tres kilómetros de amplitud (González Aparicio, 1973: 37), por la cual se mezclaban las aguas de los tres lagos, en específico durante la temporada de lluvias, época en que las del lago de Texcoco se desbordaba [figura 4].

Para cerrarla, se construyó este dique-calzada, que además de permitir el manejo de las aguas dulces de los lagos para beneficio de las chinampas de cultivo, facilitaba la comunicación entre el oriente de la cuenca del valle de México y México-Tenochtitlan, en particular entre las poblaciones de Cuitláhuac y Mixquic (González Aparicio, 1973: 37; Lombardo de Ruiz, 1973: 116).

Luis González Aparicio (1973: 35) sugiere que su construcción es anterior al dique de Nezahualcóyotl. Para afirmar esto, explica que si este dique hubiera sido construido antes:

...no hubiera sido una obra de protección, sino por el contrario una grave amenaza: las aguas de los lagos dulces hubiera podido penetrar en la Laguna de México sin obstáculo alguno y causado la inundación de la ciudad. Si, por el contrario, el dique de Mexicaltzingo fue construido antes que el de Nezahualcóyotl, este último dique cumplía perfectamente su función protectora.

Como no se cuenta con más información a este respecto, es difícil determinar su fecha de construcción.

Dique de Ahuízotl (llamado también dique de San Lázaro)

Este dique presenta un singular interés, debido a que su construcción no se debió sólo para contrarrestar los fenómenos naturales, sino para reparar los daños ocasionados por la mano del hombre.

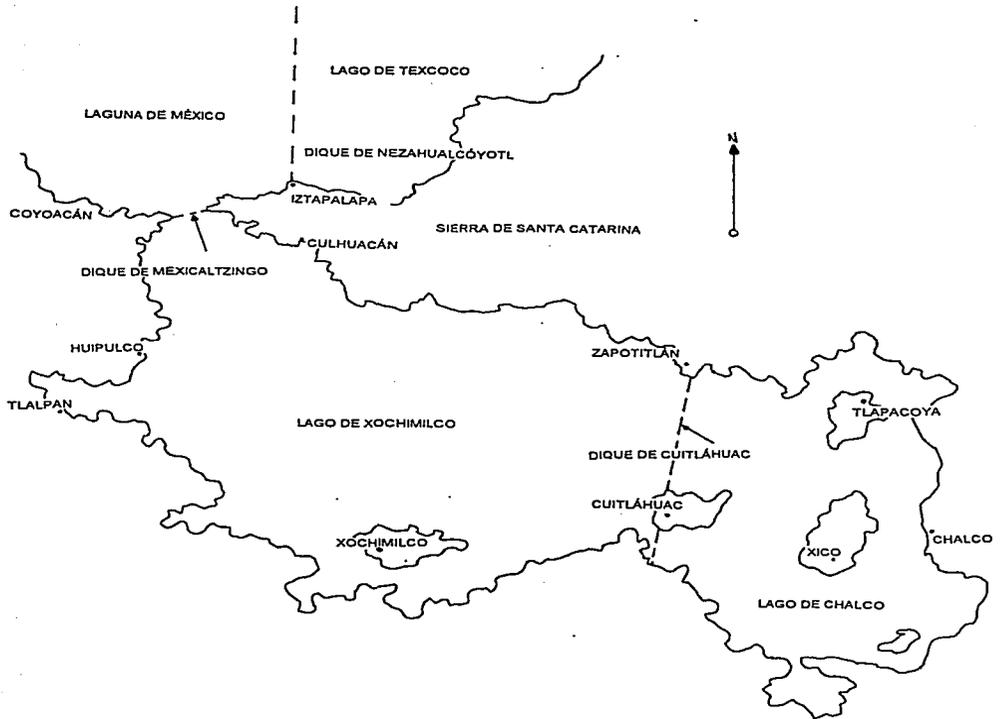


FIGURA 4
EL DIQUE DE MEXICALTZINGO, CONSTRUÍDO AL SUR DE LA CIUDAD, CONTENÍA
LAS AGUAS DULCES DE LOS LAGOS DE CHALCO Y XOCHIMILCO.
Reconstrucción de Pedro A. López Saucedo.

Durante su reinado, Ahuizotl el octavo *Huey tlatoani* de México-Tenochtitlan, decidió encauzar las aguas de Coyoacán a través de un acueducto que surtiera a la ciudad con el vital líquido, debido a la gran demanda que de ella había y a su escasez cada vez mayor para satisfacer a la ciudadanía. Sahagún (1981, II: 284) habla de ello:

Ahuizotl fué el octavo señor de Tenochtitlan por tiempo de diez y ocho años y en su tiempo se anegó la ciudad de México, porque él mandó que se abriesen cinco fuentes que están en los términos de los pueblos de Coyoacan y de Huitzilopochco, y las fuentes tenían estos nombres: Acuecuécatl, Tlilatl, Huitilac, Xochcaatl y Còatl...

Al construirse este acueducto -cuya historia se explica más adelante, en el capítulo dedicado a ellos-, la cantidad de agua que por él entró a la ciudad ocasionó en 1499 una catastrófica inundación (García Quintana y Romero Galván, 1978: 86). Este hecho lo relata Durán (1984, II: 378) de la siguiente forma:

A cabo de pocos días, el agua, con las fuertes y recias presas que a aquellas fuentes se les hicieron, empezó a crecer con tanta abundancia que a cabo de cuarenta días que entraba a la ciudad, el agua de la laguna empezó a crecer y a volver y a entrar por las acequias de México y a anegar algunos de los camellones sembrados.

Ante los terribles estragos que esto causó, Ahuizotl y varios señores principales determinaron construir un dique o albarrada (Torquemada, 1975, I: 401), con el fin de impedir que las aguas del lago de México inundaran las calles de agua -acequias-, casas y palacios, lo que hacía imposible vivir en la ciudad, además de que el desbordamiento del agua sobre las chinampas de cultivo comenzó a dificultar el abastecimiento de alimentos a sus habitantes, hecho que ocasionó una terrible hambruna para los mexicas; por tanto, para remediar esta situación era necesario llevar a cabo una construcción idónea, así:

...vinieron luego los [señores] principales con piedra pesada y estacas, y habiendo tasado y repartido igualmente la mayor parte de México, Tenuchtitlan, Tezcuco y Tacuba, luego por su orden, se comenzó desde Coyonacazco hasta Iztapalapan, llegando á raiz y cerca del peñol de las aguas calientes, y el cerro de Tepeapulco por mitad de la gran laguna, quedando dentro de la gran laguna lo que llamaban Pantitlan, adonde hoy día está la cerca de estacas muy gruesas, y junto á ella la gran piedra del sacrificio, dibujados en ella los dioses antiguos, y esta cerca tiene de largo como cuatro leguas, y era de dos estados de altura... (Alvarado Tezozómoc, 1980: 564).

Dicho dique se extendía desde el Cerro del Tepeyac hasta San Lázaro, y contaba con siete compuertas (Palerm, 1973: 89). Pero no pudo cumplir su función, porque la fuerza y violencia de la corriente logró derribarla y la ciudad continuaba bajo el agua (Alvarado Tezozómoc, 1980: 564). La solución aplicada por Ahuizotl fue la más sencilla: mandó cerrar las fuentes, deshacer las presas y destruir el acueducto (Durán, 1984, II: 380).

Según los *Anales de Tlatelolco* (1948: 60), en el año 8 *Tecpatl* -alrededor del año 1500- se construyó este dique, aunque Alvarado Tezozómoc (1980: 567) asegura que fue en la fecha 7 *Acatl* -1499- y Clavijero (1987: 123) lo sitúa hacia 1498. Para Torquemada (1975, I: 401) “esta inundación y anegamiento fue (según cuenta cierta historia de los naturales) veinte años antes que los españoles llegaran a la tierra...”, lo cual sucede en el año de 1499, veinte años antes de 1519, fecha en que Cortés desembarca en Veracruz e inicia el trayecto que lo llevará a conocer la ciudad de México-Tenochtitlan.

Respecto a este dique, existe una confusión sobre su existencia. Clavijero pone en duda su construcción, pues considera que éste no es sino la reparación que hizo Ahuizotl del que construyeran Moctezuma Ilhuicamina y Nezahualcóyotl varias décadas antes. Y así lo explica:

Afligido con los daños de la inundación y con los clamores del pueblo, llamó en su socorro al rey de Texcoco, el cual hizo restituir prontamente el agua de Huitzilopochco a su antiguo cauce y reparar el dique que por consejo de su padre Nezahualcóyotl había hecho construir el rey Moctezuma (Clavijero, 1987: 123).

Sea cual fuere el constructor de este dique, o su reparador, la consecuencia que trajo la inundación de finales del siglo XV para la ciudad, fue que ésta tuviera que ser reedificada en su totalidad, se hizo subir el nivel del suelo de toda ella un estado de alto (Torquemada, 1975, I: 401); con lo cual se convirtió así la nueva ciudad, en “una Venecia” (*Códice Ramírez*, 1980: 72), sembrándose por todas partes árboles frutales y olorosas flores, de tal forma que parecía un “precioso jardín florido” (Lombardo, 1973: 93).

Este dique fue conocido durante la época colonial con el nombre de “Dique de San Lázaro” (Palerm, 1973: 89; González Aparicio, 1973: 34), pues hasta entonces todavía existía -y funcionaba-.

Otros diques de contención.

Los diques de Cuitláhuac, Xochimilco, Ixtapalapa y Zumpango, son poco conocidos, ya que los autores modernos sólo hacen suposiciones sobre su existencia, pues se carece de evidencia documental y física sobre ellos. Aunque es probable que México-Tenochtitlan debía contar con varios diques de contención, pues la fuerza del agua durante las crecidas era demasiado violenta, y el solo dique de Nezahualcóyotl resultaría insuficiente para contenerla. La existencia de otros diques, sobre todo al sur de la cuenca era importante, porque ahí se ubicaba la zona agrícola que abastecía a la ciudad, por este motivo, no se puede dejar de mencionar la posible existencia de otros.

Dique de Cuitláhuac.

Este dique servía además de calzada, ya que unía a los pueblos lacustres de Cuitláhuac -ahora Tláhuac-, Tulyehualco, Mixquic y Tlaltenco, con tierra firme (Lombardo, 1973: 116). Ello ha hecho suponer a varios autores que se trataba de varios diques construidos al sur de la cuenca del valle de México (González Aparicio, 1973: 42), en la zona de Chalco-Xochimilco; aunque en realidad era un solo sistema de control y regulación de las aguas, donde era aprovechados estos "pueblos-islas" para darle mayor consistencia y resistencia a los tramos del dique.

Dique de Xochimilco.

De nuevo es Luis González Aparicio (1973: 42) quien menciona la existencia de este dique-calzada que unía a los pueblos de Tetelpa y Atlapulco, en Xochimilco, pero no hay mayor información al respecto en las crónicas de los siglos XVI o XVII.

Dique de Ixtapalapa.

Aunque estaba fuera de la ciudad, González Aparicio (1973: 38-40), supone la existencia de un dique que protegía a la también ciudad lacustre de Iztapalapa del lago de Texcoco. No hay mayor información al respecto.

Dique de Zumpango.

Sonia Lombardo (1973: 116) menciona la existencia de dos diques construidos hacia la zona norte de la cuenca del valle de México, en el Lago de Zumpango, de ellos, sus dimensiones eran:

...4 500 varas de longitud y 6 de latitud, y [el] otro de 6 500 varas de longitud y 10 de latitud... en la cintura que se forma entre el [lago] de Xaltocan y el de Tetzcoco a la altura del pueblo de Ecatépec.

Al considerar que cada vara castellana equivalía a unos 83 centímetros, la longitud aproximada de estos enormes diques debía ser de entre cinco y seis kilómetros de largo y entre 5 y 9 metros de ancho, lo suficiente fuerte para soportar el oleaje del agua durante las tormentas, vientos y lluvias.

3.3 Embarcaderos.

...y veíamos en aquella gran laguna tanta multitud de canoas, unas que venían con bastimentos y otras que volvían con cargas y mercaderías; y veíamos que cada casa de aquella gran ciudad, y de todas las más ciudades que estaban pobladas en el agua, de casa a casa no se pasaba sino por unas puentes levadizas que tenían hechas de madera, o en canoas... (Díaz del Castillo, 1986: 173).

Esta descripción patentiza aún más la íntima -e indisoluble- relación existente entre la cuenca del valle de México, el Lago de Texcoco, la Laguna de México y México-Tenochtitlan. En no pocas ocasiones se ha hecho referencia a las canoas que circulaban por entre las calles de agua o acequias que había en

México-Tenochtitlan, como el medio de transporte ideal para trasladarse de un lugar a otro, e incluso, de una ciudad a otra. Angel Palerm (1973: 19) considera que:

El sistema lacustre, ...proporcionó en el Valle de México la solución a un problema crítico de las culturas mesoamericanas: el del transporte... El sistema lacustre del Valle fue cruzado por una verdadera red de canales y acequias profundas, en la mayoría de los casos construídas artificialmente, por los que circulaba un enorme número de canoas.

Al saber que la superficie lacustre de la cuenca para 1519 abarcaba cerca de 1000 km² (Palerm, 1973: 17), el utilizar el lago para desplazarse era fundamental, y las canoas era el medio idóneo para hacerlo. Los animales de carga no existían, por lo cual los hombres debían transportar las mercancías ellos mismos desde el lugar donde se producían o cultivaban, hasta los centros de intercambio, como los mercados de las ciudades, y en particular, el de Tlatelolco en México-Tenochtitlan. El utilizar dichas embarcaciones en estas ocasiones, aligeraba en gran medida el trabajo. Algunos cronistas, como Bernal Díaz (1986: 173) y fray Francisco de Aguilar (1977: 80), se asombraron al ver la gran cantidad de canoas que navegaban por los lagos de la cuenca. Y es indudable que debía ser enorme la cantidad de embarcaciones que navegaban por la ciudad y por las poblaciones ribereñas por el elevado número de sus habitantes, lo que hace imposible establecer el número de éstas; algunos autores mencionan el número de canoas o embarcaciones que de manera ordinaria cruzaban los lagos, calculándolas en doscientas mil, y en cincuenta mil las que había tan sólo en México-Tenochtitlan (López de Gómara, 1979: 125-126; Solís y Rivadeneira, 1968: 167).

Otros autores, como Torquemada (1975, I: 399-400), no se atreven a asegurar una cifra aproximada de éstas, pues se limitan a decir que eran "infinitas" y "sin número", pero lo que sí se afirma, es que no había habitante que no tuviera una canoa para transportarse. Es obvio que cada individuo tenía a resguardo la canoa en su casa, pero aquellos que se dedicaban al comercio, al transporte de mercancías o de personas, y los que visitaban la ciudad por cualquier motivo, necesitaban de un sitio donde resguardar sus canoas y evitar así el entorpecimiento de la vialidad en las acequias. Y los lugares destinados para este fin fueron los embarcaderos.

En el capítulo anterior se ha hecho referencia al embarcadero llamado *Tetamazolco*, “lugar del sapo de piedra”, ubicado al final de la calzada oriente de la ciudad y a la orilla de la misma; este era, según afirma Orozco y Berra (1960, IV: 245) el “lugar destinado a desembarcadero de las canoas del lado del lago abierto”. Este embarcadero era el más importante de México-Tenochtitlan, ya que de aquí se partía rumbo a Texcoco, lugar desde donde se adentraban los hombres a la “sorprendente Tierra Caliente” [figura 5].

El segundo embarcadero más importante de la ciudad era el que se ubicaba en una pequeña laguna a un costado del Mercado de Tlatelolco, lugar que ahora se conoce como “La Lagunilla” [figura 6]. En este sitio se concentraba, cada día de mercado, el mayor número de canoas, debido a que era el espacio indicado para descargar las mercancías y ser llevadas al mercado. Existían además varias acequias, o calles de agua, que desembocaban en esa lagunilla, que servían también como embarcaderos.

El tercer embarcadero, llamado *Toltecacaico*, era una acequia muy ancha, conocida como “Canal de los Toltecas”, la cual atravesaba la calzada de Tacuba (Lombardo, 1973: 137-138) a la altura de Puente de Alvarado.

Uno más estaba ubicado al sur de la ciudad, cercano al fuerte de *Xóloc*. Este embarcadero, llamado *Acachinanco*, “en casas con muro de cañas”, es mencionado por Sahagún (1981, IV: 59-60), cuando refiere el asedio que tendieron los españoles antes de la conquista de México. Hacia este sitio debieron existir almacenes para los productos obtenidos por tributo de la zona del sur de la cuenca, según consideración de Sonia Lombardo, pues traduce el nombre de *Acachinanco* como el lugar “donde están las trojes”, en franca alusión a las trojes o almacenes reales (Lombardo, 1973: 138).

Al referir estos embarcaderos, no se limita la posible existencia de otros, sólo se enumeran los embarcaderos mencionados en las fuentes y que a la vez eran los más importantes.

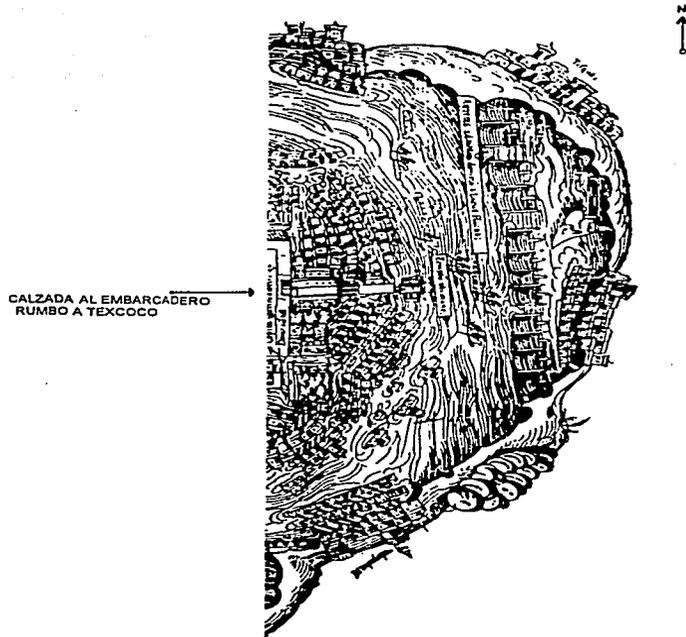


FIGURA 5

EN EL PLANO ATRIBUÍDO A HERNÁN CORTÉS PUEDE OBSERVARSE LA CALZADA ORIENTE, LA CUAL CONDUÍA DEL CENTRO DE LA CIUDAD AL EMBARCADERO QUE PARTÍ A RUMBO A TEXCOCO.

Fuente: *Planos de la ciudad de México*, de Manuel Toussaint, Federico Gómez de Orozco y Justino Fernández, 1990, p. 69.

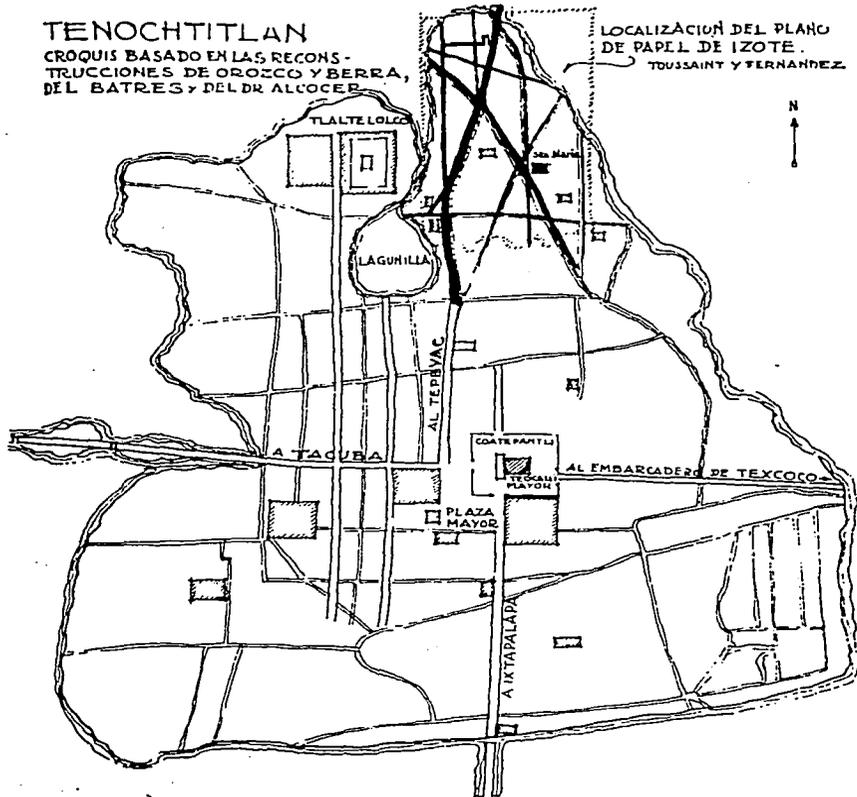


FIGURA 6

EN ESTE PLANO SE OBSERVA EL EMBARCADERO DE LA LAGUNILLA UBICADO AL NORTE DE LA CIUDAD,
SEGÚN INTERPRETACIÓN DE JUSTINO FERNÁNDEZ.

Fuente: *Planos de la ciudad de México*, de Manuel Toussaint, Federico Gómez de Orozco y Justino Fernández, 1990, p.97.

Un hecho que llama la atención, lo refiere Hernán Cortés (1987: 74) al señalar que:

En todas las entradas de la ciudad y en las partes donde descargan las canoas, que es donde viene la más cantidad de los mantenimientos que entran en la ciudad, hay chozas hechas, donde están personas por guardas y que reciben certum quid de cada cosa que entra. Esto no sé si lo lleva el señor o si es propio para la ciudad; porque hasta ahora no le he alcanzado; pero creo que para el señor, porque en otros mercados de otras provincias se ha visto coger aquel derecho para el señor dellas.

Lo cual podríamos considerar como una especie de aduana, en la cual se registraba y cobraban ciertos derechos por los objetos que entraban a la ciudad.

La condición lacustre de la ciudad impuso grandes retos a los mexicas. Muchas de las obras que se llavaron a cabo para mantener en pie a la ciudad tomaron en consideración muchos factores, como su situación geográfica y los tipos de suelo (firme o fangoso), las corrientes de agua y de vientos, así como la finalidad que iban a tener estas obras. Hemos visto a lo largo de este capítulo que los embarcaderos, junto con las calles de agua, de tierra y las mixtas (tierra y agua) formaban un efectivo sistema de vías de comunicación con el cual contaba México-Tenochtitlan, un sistema que estaba adaptado de manera perfecta al medio ambiente que lo rodeaba. Este sistema de calzadas, calles y embarcaderos eran indispensables para la comunicación de la población y para que siempre funcionaran de manera idónea, además de que estaban protegidos por una serie de diques de contención, los cuales evitaban que la ciudad y sus zonas agrícolas sufrieran inundaciones, pues regulaban el nivel de los lagos de México- Texcoco, Chalco, Xochimilco, Xaltocan y Zumpango en cada temporada de lluvias, pero también durante la falta de agua en tiempos de estiaje.

La estrecha relación de las obras destinadas para comunicar a la población con las de defensa de la ciudad, no fue apreciada por los españoles, quienes se dejaron impresionar por otros aspectos que les resultaban novedosos y sorprendentes. El primero de ellos era de que durante las noches en las calles principales eran colocados grandes braseros de barro, los que contenían leña que permanecía encendida

para alumbrar el transitar de la población. Mayor sorpresa les causó a ellos, y en general a los europeos, conocer la limpieza que imperaba en la ciudad; se ha referido que nadie arrojaba basura de ningún tipo a las calles, ya fueran de agua o de tierra, pero sobre todo, encontraron que existían sanitarios públicos ubicados en lugares estratégicos, como en las intersecciones de las principales calles de tierra y en sitios públicos como mercados y *teocallis*. Todas estas obras, como lo supusieron los españoles, estaban encaminadas a un sólo objetivo: la total y plena higiene de la población de la ciudad.

Por supuesto que todos estos aspectos no eran importantes para los españoles al momento en que llegaron a conocer México-Tenochtitlan; sin embargo, algunos años después de su conquista, pudieron apreciar el gran valor que poseían, tanto para la conservación de las construcciones como para la higiene y limpieza de la ciudad.

Nosotros creemos que existe un implícito significado religioso en todo ello. En capítulos anteriores hemos señalado la importancia que tenía la ciudad para los mexicas, puesto que la consideraban centro del universo, y por lo tanto, era un lugar especial. Ello nos conduce a pensar que este espacio considerado "sagrado" debía permanecer inmaculado; por esta razón los mexicas trataban de no ensuciar su "espacio sacralizado", para lo cual recolectaban sus desperdicios de cualquier naturaleza y los llevaban a enterrar en las zonas pantanosas del lago, de tal manera que no hubiera huella de su existencia dentro de la ciudad, así, tanto ésta como el agua que la circundaba permanecían limpias y puras.

En el capítulo anterior y en este se ha señalado que la ciudad estaba rodeada por el agua, lo que le proporcionaba un medio de defensa natural contra cualquier amenaza. Enfatizamos en este momento el papel del agua, pues funcionaba como protectora y "purificadora" de la ciudad; dentro de varias culturas existe la creencia de que el agua es la sustancia primordial de la que nace la vida, además de poseer el don de la regeneración, de la depuración y de potencializar la vida; en particular, este último aspecto nos ha llevado a pensar que la existencia de México-Tenochtitlan dentro de este líquido no era una simple coincidencia, sino que tenía relación directa con sus propiedades.

El antecedente de esta situación lo hallamos en el mito conocido como la "Leyenda del Quinto Sol". Dentro de esta leyenda se habla de la creación, y posterior destrucción, de la humanidad en cinco ocasiones; esta dualidad de creación-destrucción llevaba la encomienda de establecer el orden que había sido alterado en cada ocasión (cada una de ellas fue el ensayo de la creación del hombre por parte de los dioses). La penúltima vez que se dio fin a la humanidad -durante el "Cuarto Sol"- fue a través de una terrible inundación -un diluvio-, la cual purificó al mundo para prepararlo y dar lugar al "Quinto Sol" o última edad de la humanidad, en la cual vivieron los mexicas.

Es probable que esta idea del diluvio purificador la hayan tenido presente -además de la señal prometida por Huitzilopochtli- cuando decidieron edificar su ciudad dentro del Lago de Texcoco, lo que auguraba que la ciudad estuviera siempre inmaculada, pues su permanencia dentro del agua era una permanente ablución.

CAPÍTULO IV

ACUEDUCTOS

4.1 Abasto de agua potable en México-Tenochtitlan

Cuando los mexicas llegaron al sitio que sería el asiento de su ciudad, hallaron la señal prometida por su dios Huitzilopochtli, que era un águila parada sobre un nopal devorando una serpiente. En el sitio donde ocurrió este sorprendente hallazgo, había:

...un ojo de agua hermosísimo, en la cual fuente vieron cosas maravillosas y de gran admiración. Lo cual los ayes y sacerdotes lo habían pronosticado al pueblo, por mandado de su dios Huitzilopochtli (Durán, 1984, II: 44).

Este manantial estaba ubicado dentro del lago de Texcoco, entre dos rocas, y el agua que emanaba de entre ellas "salía tan clara y linda que daba sumo contento verla" según refiere Durán (1984, II: 44).

Pero cuando regresan los mexicas al día siguiente a este sitio, donde habían hallado esta bella fuente, la encuentran ahora teñida de azul y rojo:

...y buscando por una parte y por otra, tornaron á encontrar con la fuente que el día ántes habian visto y vieron que el agua que ántes salia muy clara y linda, aquel día manaba muy bermeja casi como sangre, la qual se dividia en dos arroyos, y en la division del segundo arroyo salia el agua tan azul y espesa, que era cosa de espanto... (Códice Ramírez, 1980: 32),

hecho que ellos interpretaron como una señal de su dios, de haber llegado a un espacio sagrado, al sitio de la fundación de México-Tenochtitlan y asiento del Recinto Sagrado [figura 1].

Esta fuente de agua dulce serviría para que los primeros habitantes de la ciudad se abastecieran del vital líquido, y como eran pocos, el caudal del líquido cubría a la perfección sus necesidades. Dicha fuente todavía la llegaron a conocer los españoles en el siglo XVI, pues Sahagún (1981, I: 241) habla de ella cuando enumera los edificios del Recinto Sagrado, debido a que el sitio donde se edificó el templo dedicado a los dioses Huitzilopochtli y Tláloc fue donde estaba la señal prometida (águila-serpiente-nopal). De esta fuente u ojo de agua nos dice:

68. El sexagésimoctavo edificio se llamaba Tozpalatl; ésta era una fuente muy preciada, que manaba en el mismo lugar; de aquí tomaban agua los sátrapas de los ídolos, y cuando se hacía la fiesta de Huitzilopochtli y otras fiestas, la gente popular bebía en esta fuente con gran devoción.

Por la actitud de la gente y de los sacerdotes hacia la fuente, se deduce que se trata del ojo de agua descrito por Durán y el *Códice Ramírez*. Sahagún también menciona la existencia de otras dos fuentes dentro del Recinto Sagrado, que como señala, semejaban albercas (Sahagún, 1981, I: 232- 242).

Conforme pasaron los años, la ciudad siguió su crecimiento, así como también el número de sus habitantes, y por supuesto, la demanda de agua dulce o potable. Para solucionar este problema, se planeó que la ciudad se surtiese de los manantiales que abundaban fuera de ella, y que podían ser los que había en Chapultepec o Xochimilco. Y la mejor manera de aprovechar los manantiales era traer esa agua a través de acueductos, los que debían atravesar el lago de Texcoco hasta llegar a México-Tenochtitlan.

Es durante el reinado de Chimalpopoca, tercer *tlatoani* de México-Tenochtitlan, cuando se hace el primer intento de abastecer, a través de un acueducto, de agua potable a la ciudad desde una fuente fuera de ella, como lo era el manantial que nacía en el Cerro de Chapultepec. Este lugar estaba dominado por Tezozómoc, señor de los tecpanecas de Azcapotzalco, y figura de importancia trascendental para este suceso. Chimalpopoca, nieto del señor de Azcapotzalco, solicitó a éste que se le permitiera traer agua desde Chapultepec para su pueblo (Lombardo, 1973: 59), porque la que había dentro de la ciudad estaba

Lam IV

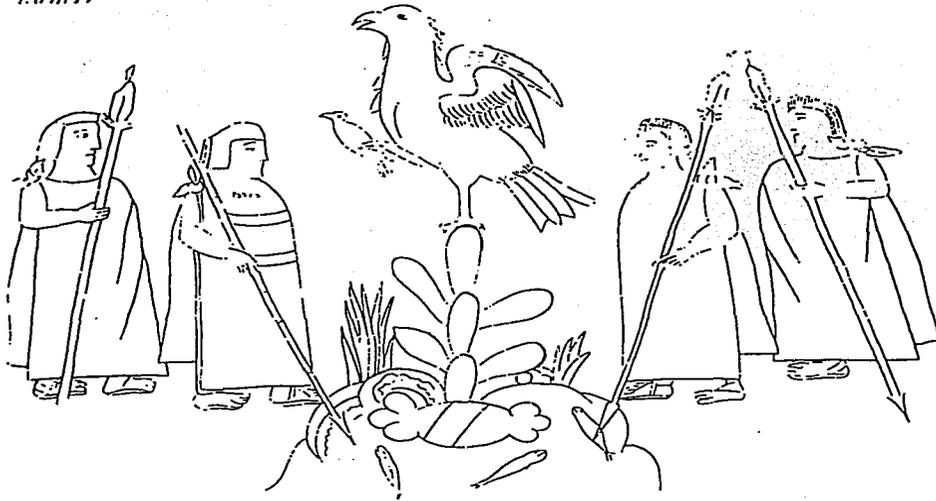


FIGURA 1
EN LA LÁMINA IV DEL CÓDICE RAMÍREZ SE SEÑALA EL SITIO DE LA FUNDACIÓN DE
MÉXICO-TENOCHTITLAN, DONDE EMANABA UNA FUENTE DE AGUA DULCE.
Fuente: *Códice Ramírez*, 1980, entre las págs. 56-57.

sucia y no se podía beber (Alvarado Tezozómoc, 1980: 237; Acosta, 1962: 336). No viendo objeción en ello, el rey de Azcapotzalco reunió al consejo de señores para preguntarles su parecer al respecto, los cuales acordaron permitir tal obra, ya que ellos no aprovechaban este manantial.

Los mexicanos, alegres y contentos, empezaron a con gran cuidado y prisa a sacar céspedes y hacer balsas de carrizos, para hacer camino por donde el agua viniese, y en breve tiempo, con muchas estacas y carrizos, céspedes y otros materiales, trujeron el agua a México, aunque con trabajo, por estar todo fundado sobre el agua y desbaratárseles por momentos, por ser el golpe de agua que venía grande y el caño ser todo de barro (Durán, 1984, II: 70).

Pero como se indica, al ser el caño de barro, de manera constante se rompía y los mexicas no podían gozar de esta agua (Acosta, 1962: 337), por lo que recurrieron de nuevo al Señor de Azcapotzalco, Tezozómoc, para que les diese maderos, piedra y cal (Alvarado Tezozómoc, 1980: 237; Durán 1984, II: 70), además de enviar hombres para que les ayudasen. Los señores tecpanecas se negaron a ayudarlos, por considerar humillante el proporcionar ayuda a un pueblo vasallo. La actitud de los mexicas provocó que los señores de Coyoacán, Tacuba y los llamados "Montañenses" (Alvarado Tezozómoc, 1980: 238) se unieran para declararles la guerra, porque consideraban que este pueblo "advenedizo" no podía aspirar a mandar dentro de la cuenca del valle de México.

Esta actitud de los tecpanecas, coyoacanenses y montañenses, provocó que Tezozómoc se sintiera:

...afligido con esta respuesta y muy triste, de ver que no podía apaciguar a sus vasallos, de este pesar adoleció; de la cual enfermedad murió, de achaque de este pesar, además de que ya él era viejo (Durán, 1984, II: 71).

La consecuencia que tuvo esta guerra, en la cual murió Chimalpopoca asesinado por los tecpanecas, fue la decadencia de Azcapotzalco y el comienzo de la hegemonía mexicana en el Altiplano Central (Musset, 1992: 72), así como el fin del primer intento por abastecer de agua potable a México-Tenochtitlan a través de un acueducto.

El segundo y más importante proyecto de construcción de un acueducto, proyecto que llegó a concretarse y que pudieron admirar -y utilizaron por muchos años- los conquistadores españoles, es el que se describe a continuación.

4.2 Acueducto de Chapultepec.

Una de las más célebres descripciones que se ha hecho del famoso Acueducto de Chapultepec, nos la proporciona Hernán Cortés (1987: 73-74):

Por la una calzada que a esta gran ciudad entran vienen dos caños de argamasa, tan anchos como dos pasos cada uno, y tan altos casi como un estado, y por el uno dellos viene un golpe de agua dulce muy buena, del gordo de un cuerpo de hombre, que va a dar al cuerpo de la ciudad, del que se sirven y beben todos. El otro que va vacío, es para cuando quieren limpiar el otro caño, porque echan por allí el agua en tanto que se limpia; y porque el agua ha de pasar por las puentes a causa de las quebradas, por do atraviesa el agua salada, echan la dulce por unas canales tan gruesas como un buey, que son de la longura de las dichas puentes, y así se sirve toda la ciudad.

Este acueducto fue construido después de que los mexicas habían obtenido su autonomía de los tecpanecas; y es justo durante el reinado de Moctezuma Ilhuicamina cuando se construyen grandes obras arquitectónicas, mismas que sirvieron para avalar el prestigio que los mexicas adquirían por toda Mesoamérica. Y una de las obras que perdurarían a través de los años sería este acueducto que suministraba agua potable a México-Tenochtitlan.

Para llevarlo a cabo, se solicitó la ayuda del rey Nezahualcóyotl, aquel que con anterioridad había ayudado a construir hacia el año de 1449 un dique para contener las crecidas del lago de Texcoco. Ahora se recurría de nuevo a los sabios consejos de este hombre para llevar agua potable a la ciudad; éste recomendó construir unas presas que recolectaran el agua que brotaba de una fuente en Chapultepec y luego fuera conducida por gruesos caños de cal y piedra hacia la ciudad [figura 2] (*Códice Chimalpopoca* 1992: 53; Alva Ixtlilxóchitl 1985, I: 444).



FIGURA 2
REPRESENTACIÓN DEL CERRO DE CHAPULTEPEC Y DE LA FUENTE DE AGUA DULCE
QUE DE ÉL BROTABA, SEGÚN EL MANUSCRIT TOVAR.
Fuente: *Manuscrit Tovar*, 1972, Plano número IX.

ESTA TESIS NO DEBE
SALIR DE LA BIBLIOTECA

MEXICO: TENOCHTITLAN HACIA 1519

Esta construcción tardó más de doce años en concluirse, si se toma en cuenta que se inició en el año 12 calli (1454) y terminó en el año 13 tochtli (1466), como lo consignan Chimalpahin (1982: 226-227) y el *Códice Chimalpopoca* (1992: 54), y es éste último quien dice:

13 Tochtli. En este año fué Neçahualcoyotzin a dirigir el agua que por primera vez entró en Tenochtitlan. Desde su nacimiento la vinieron acelerando los tepyacahuacas y sacándose sangre en sacrificio delante del agua. Por este tiempo únicamente de Chapóltepec se sacaba agua.

Venía este acueducto desde el Cerro de Chapultepec, distante de la ciudad una legua (López de Gómara, 1979: 124; Las Casas, 1967, I: 265; Herrera, 1945-47, II: 224; Solís y Rivadeneira, 1968: 172); aunque hay autores que mencionan que estaba a dos leguas (Fernández de Oviedo, 1944-45, V: 57-58), o a dos millas, como lo afirma Clavijero (1987: 256). En el lugar había:

...dos fuentes lindísimas de agua, y están hechas sus albercas y edificio muy de ver; está cercado como media legua en redondo... (Suárez 1949: 54).

Estas albercas y cercado que se mencionan no son sino los muros de piedra que se construyeron para recolectar el agua que salía de la fuente del cerro y así poder encauzarla hacia el acueducto. Éste consistía en dos caños de piedra y argamasa, aunque en realidad, sólo uno de ellos conducía agua potable a la ciudad. El que el acueducto contara con dos caños respondía, como en el caso anterior, sólo a motivos de higiene, ya que cuando uno de ellos estaba sucio, se cerraba, y el agua era conducida por el otro, a fin de lavar el que tuviese suciedad, para que de esta manera la ciudad contase siempre con agua potable. Muchos autores confirman este hecho (Cortés, 1987: 73-74; Anglería, 1964, II: 474; Fernández de Oviedo, 1944-45, V: 6; Herrera, 1945-47, II: 224). Cervantes de Salazar (1971, I: 325) comenta:

Traían los mexicanos esta agua por dos muy gruesos caños hechos de tierra muy pisada, tan fuerte como piedra, desta manera que el agua nunca venía sino por el uno de los caños, porque cuando el uno estaba sucio y legamoso, echaban el agua por el otro, y así corría el agua más clara que el cristal.

Los conquistadores y cronistas españoles mencionan de manera aproximada la anchura de este acueducto, pues no contaban con una medida uniforme. Por ejemplo, Cortés (1987: 73) menciona que era tan grueso como “dos pasos cada uno”; el conquistador anónimo (1941: 42) refiere que era del grueso como el cuerpo de un hombre; Fernández de Oviedo (1944-45, V: 6) y López de Gómara (1979: 124) aseguran que eran “tan gruesas como un buey”. En lo que respecta a su altura, ésta era “casi como un estado” (Cortés 1987: 256; Fernández de Oviedo 1944-45, V: 6), lo que equivaldría a unos dos metros (Guzmán, 1958: 322). Clavijero (1987: 256) al referirse a los caños del acueducto, nos dice que “...eran dos canales paralelos de piedra y argamasa, altas casi dos varas y anchas dos pasos...”

El acueducto partía de las fuentes de Chapultepec, y seguía la orilla del lago por la actual calzada Melchor Ocampo (antes de la Verónica) llegaba a la *Tlaxpana* (lugar cercano al Panteón Inglés), en donde se unía a la Calzada de Tacuba o Tlacopan (actuales avenidas San Cosme, Puente de Alvarado e Hidalgo), en donde al parecer, iba por dentro de ella, como se puede observar en el plano de Tenochtitlan atribuido a Cortés [figura 3].

Una vez que el acueducto se unía a la calzada de Tlacopan, éste llegaba hasta la actual avenida San Juan de Letrán o Eje Central Lázaro Cárdenas. En este lugar era en donde las canoas tomaban el agua potable para venderla por toda la ciudad (Alcocer, 1935: 15).

En este sitio terminaba el acueducto, o mejor dicho, dejaba de ser visible, pues a partir de este lugar (en donde está el actual Palacio de Correos), el acueducto continuaba (o se internaba) a través de:

...caños subterráneos que siguiendo la calle de Tacuba, llevaban el agua potable hasta el teocalli principal y palacios reales (Alcocer, 1935: 15).

Con anterioridad se ha hablado de los cortes que tenían las calzadas para permitir la libre circulación de las aguas y de las canoas; y como el acueducto seguía el mismo curso que la calzada, tenía cortes en los mismos sitios, que al llegar a la ciudad, se convertían en acequias (Prescott, 1985: 277). Para salvar este obstáculo, se construyeron sobre los cortes unos caños del mismo tamaño que los puentes

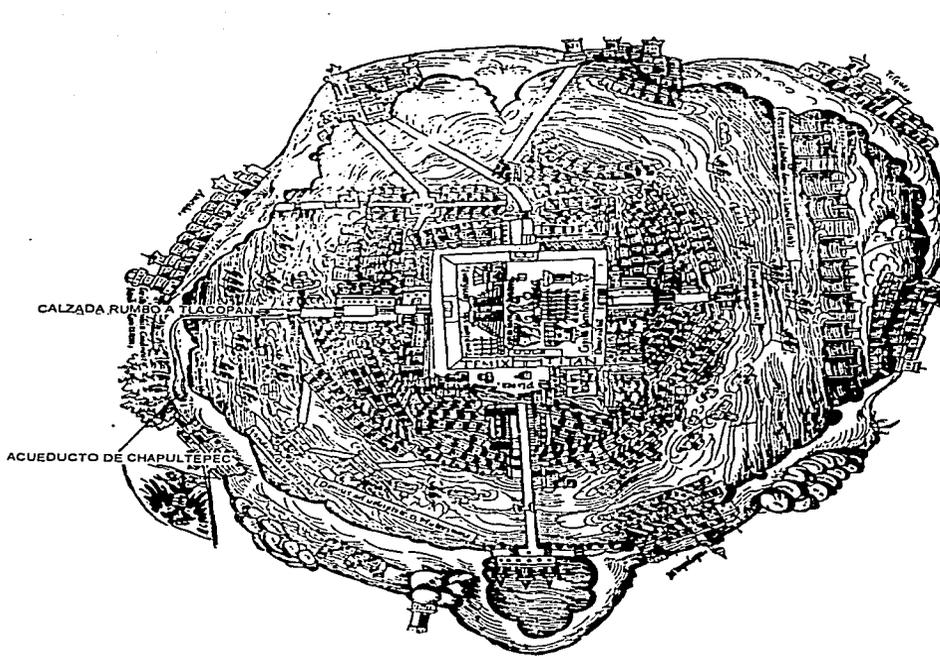


FIGURA 3

PUEDA OBSERVARSE EN EL PLANO ATRIBUÍDO A HERNÁN CORTÉS EL ACUEDUCTO DE CHAPULTEPEC, EL CUAL NACÍA EN EL BOSQUE DEL MISMO NOMBRE. NÓTESE LA CURIOSIDAD CON QUE ES SEÑALADO EL ACUEDUCTO Y EL SITIO DONDE SE UNÍA A LA CALZADA DE TACUBA (TLACOPAN).

Fuente: *Planos de la ciudad de México*, de Manuel Toussaint, Federico Gómez de Orozco y Justino Fernández, 1990, p. 69.

que tenía la calzada (Fernández de Oviedo 1944-45, V: 6). En estos sitios había unos funcionarios reales que se encargaban de cuidar que los vendedores de agua pagaran un tributo por su uso (Anglería, 1964, II: 474; López de Gómara, 1979: 124; Herrera, 1945- 47, II: 224). De tal situación, Cervantes de Salazar (1971, I: 325) afirma que:

...muchos indios recogían agua en sus canoas, que vendían a otros, y éste era su trato, por el cual pagaban ciertos derechos al gran señor Motezuma.

Estos vendedores de agua o aguadores eran hombres que se apostaban a los lados del acueducto, o mejor dicho, debajo de los canales-puentes (Cortés, 1987: 74; Fernández de Oviedo, 1944-45, V: 6; Las Casas, 1967, I: 265), para recoger el agua en vasijas y después, en sus canoas, llevarla a vender por toda la ciudad.

Y en algunos lugares cercanos al centro de la ciudad había fuentes públicas que brotaban de estos caños subterráneos; esta era la forma en que la población en general se abastecía de agua potable. Los señores principales se surtían también del acueducto, pero no a través de los vendedores de agua, sino por medio de caños subterráneos que entraban a sus palacios para alimentar los estanques, fuentes y jardines (Torquemada, 1975, I: 400; Vetancurt, 1971: 92; Solís y Rivadeneira, 1968: 172). Algunas fuentes aseguran que los palacios de los *Huey tlatoanis* también se abastecieran de esta manera, en particular el de Moctezuma Xocoyotzin, en el que había varias fuentes que se abastecían por medio de caños subterráneos de barro (Herrera, 1945-47, II: 212), con lo cual las distintas dependencias de este palacio podían contar con el agua potable de manera ininterrumpida.

Además de las albercas o muros construidos para captar el agua de los manantiales que nacían en el Cerro de Chapultepec, y con los cuales se abastecía la ciudad, Moctezuma Ihuicamina mandó esculpir en grandes rocas, su estatua y la de su hermano Tlacaoel para conmemorar y mostrar la grandeza de las obras por él mandadas realizar (como lo eran el dique de Nezahualcóyotl y el acueducto de Chapultepec). Estas esculturas se verán en el capítulo VI, dedicado a los monumentos que existían en

México-Tenochtitlan, por ahora sólo se mencionarán las palabras de Antonio de Herrera (1945-47, II: 224) al referirse a estas esculturas esculpidas al pie de:

...[la fuente de] Chapultepec, que nace en vna Siereuela, al pie de la qual están dos Estatuas de bulto, labradas en la peña, con sus Rodelas, i Lanas de Moteuma, i de su Padre, según muchos decian.

Hay un dato que llama la atención, porque difiere de los informes proporcionados por otros autores, y es el referente a la fecha de construcción de este acueducto. Los *Anales de Tlatelolco* (1948: 60-61) nos indican que en la fecha 1 *Tochtli* (Uno Conejo, 1506) se construyó el acueducto de Chapultepec, lo cual indicaría que se realizó durante los primeros años del reinado del segundo *Huey tlatoani* de nombre Moctezuma, Moctezuma Xocoyotzin. Hecho que no coincide con las fechas proporcionadas por el *Códice Chimalpopoca* (1992: 53-54) y por Fernando de Alva Ixtlilxóchitl (1985, I: 444), quienes señalan que este acueducto se construyó hacia mediados del siglo XV. Musset (1992: 73), considera que se trata de una confusión de fechas o una posible reparación. Esta última propuesta, a nuestro juicio, es la más acertada, ya que al tomar en cuenta que el acueducto fue construido hacia 1466, para la fecha que indican los *Anales de Tlatelolco* (1506), ya habían pasado varios años, mismos que deterioraron los materiales empleados para su construcción, y la fuerza misma del agua reblandeció las paredes internas de los caños, por lo que debió ser necesario reparar algunos tramos del acueducto, o en su defecto, tuvo que ser reconstruido en su totalidad.

4.3 Acueducto de Acuecuexatl.

Este es quizá el acueducto más famoso en toda la historia de la Ciudad de México, por los acontecimientos que marcaron su planeación, construcción y destrucción; un acueducto en el que se mezclan historia, magia y leyenda.

Conforme transcurría el tiempo, la ciudad y el número de sus habitantes aumentaban, y las necesidades de agua potable también. El acueducto de Chapultepec fue insuficiente para suministrar el agua a una ciudad de casi cien mil habitantes y en plena expansión a fines del siglo XV (Musset, 1992: 73). Por ello, Ahuizotl el octavo *Huey tlatoani* de México- Tenochtitlan, durante su reinado decide construir un nuevo acueducto para solucionar los problemas del agua potable, el cual tendría que suministrar de agua a la ciudad y su zona chinampera. Las fuentes de aguas más próximas estaban hacia Coyoacán, donde había cinco de ellas: *Tlilatl*, *Huitzilac*, *Xochtlan*, *Cóatl* y *Acuecuéxcatl*, llamada también *Acuecuexatl* (Sahagún, 1981, II: 284), distantes dos leguas de la ciudad (Torquemada, 1975, I: 265).

Ahuizotl envió dos mensajeros (Durán, 1984, II: 370) para que le comunicasen su idea a *Tzutzumatzin*, Señor de Coyoacán y famoso hechicero (*Código Ramírez*, 1980: 71). Cuando a éste se le consultó su parecer, dijo que:

...en lo que toca á la demanda del agua, es verdad que hay muchos géneros de agua en los montes de este pueblo de Cuyuacan, y para lo que la quiere es para beber que bien le bastaba la que bebe de Chapultepec, sin alborotar estos ojos tan grandes de agua, y en especial la que demanda de el Acuecuexatl, que no vale nada, y es muy peligrosa, porque muchas veces la han visto hervir con tanta furia y braveza, que dá espanto á los que la ven y oyen, y es la mayor lástima del mundo ver á tanto número de mexicanos que hay en la gran ciudad, mujeres, viejos y niños, ¿y adonde han de ir descarriados? Id señor, con esto, y si nó como mas su voluntad fuere, obedeceremos á llevarla (Alvarado Tezozómoc, 1980: 559).

Al volver los mensajeros, le contaron la nueva a Ahuizotl, el cual montó en cólera y lanzó maldiciones a *Tzutzumatzin*, al cual decide asesinar y destruir toda la ciudad de Coyoacán.

Envió Ahuizotl a cinco o seis *tequihuaques* o jefes de grupos de trabajo, los cuales eran hombres valientes, para que matasen a *Tzutzumatzin*. Éste, conocedor de las intenciones del *Huey tlatoani* de México, envió a sus vasallos a que dejaran entrar a los valerosos mexicas. Cuando llegaron estos *tequihuaques* a los aposentos del Señor de Coyoacán, lo vieron transformado en gigantesca águila, lo que les causó gran temor y provocó que salieran despavoridos de las habitaciones (Durán, 1984, II: 373).

Al salir interrogan a los vigilantes de la puerta para saber la causa del engaño. Estos al desconocer la situación, deciden acompañarlos para averiguar lo sucedido. Al acudir todos a la habitación, en vez de águila:

...hallaron a la puerta del aposento un feroz y espantoso tigre, que con manos y boca amenazaba con grandes visajes querer arremeter. Los cuales [hombres], como lo vieron, salieron huyendo con gran priesa y, teniéndolo por afrentados, de las burlas que les habían hecho, volvieron a México y dieron cuenta al rey Ahuizotl de lo que les había acontecido (Durán, 1984, II: 372).

Esta vez Ahuizotl envió a un grupo más nutrido de hombres (Durán, 1984, II: 372; Acosta, 1962: 354), los cuales al llegar al palacio de *Tzutzumatzin*, lo vieron transformado ahora en:

...una muy grande culebra temerosa que echaban mucho humo por las narices: los mexicanos más espantados de esto, volvieron a verle; y hallaron un gran fuego que las llamas de él salían hasta la portada del palacio muy caliente y hierviente, y lo que salía del gran fuego sobrepujaba a la chimenea que allí estaba (Alvarado Tezozómoc, 1980: 559-560).

Cansado de las burlas de *Tzutzumatzin*, Ahuizotl envió una amenaza a los habitantes de Coyoacán, en donde exigía que se le entregara a su Señor, o de lo contrario, destruiría la ciudad (Acosta, 1962: 354) y "pasaría a todos a cuchillo" (Torquemada, 1975, I: 266). *Tzutzumatzin* decide entregarse a los mexicas para que no destruyan su ciudad; pero al entregarse, profetizó:

...que en antes de muchos días México será anegado y destruido y que a él le pase de no haber tomado mi consejo (Durán, 1984, II: 372).

Una vez dicho esto, se le mandó dar "garrote", lo que en otras palabras significaba ser ahorcado (Durán, 1984, II: 372; Acosta, 1962: 354; Chimalpahin, 1982: 226-227; Torquemada, 1975, I: 266) [figura 4].

Acontecido esto, Ahuizotl envió mensajeros a Texcoco, Tacuba, Xochimilco, Chalco, Azcapotzalco y a otras regiones, para hacerles saber que quería traer agua potable de la fuente *Acuecuexatl* de Coyoacán, para abastecer a México-Tenochtitlán y así beneficiar a sus tierras agrícolas y las zonas chinamperas de los pueblos ribereños que habían sido ganadas al lago (Musset, 1992: 73), pues se



FIGURA 4
LOS GUERREROS DE AHUÍZOTL APLICAN EL "GARROTE" A TZUTZUMATZIN, SEÑOR DE COYOACÁN.
Fuente: *Historia de las Indias de Nueva España*, de fray Diego Durán, 1984, Tomo II, ils. 33.

aprovecharían estas aguas para regar sus cultivos. Pero esto de ninguna manera les sería gratuito a los demás pueblos, pues debían aportar los materiales para hacer este acueducto de “cal y canto” (*Códice Ramírez*, 1980: 72). Durán (1984, II: 373) nos da cuenta de esta construcción:

Juntamente acudieron todos los de Tezcuco y de toda su provincia mucha gente, con piedra pesada y liviana. También la gente tecpaneca vino con toda su provincia con piedra pesada. Acudió todo Chalco, con madera de morillos y estacas para el cimientó y con arena, que era tierra de tezontle. Acudió la nación xochimilca con instrumentos para sacar céspedes, y con muchas canoas de tierra para cegar el agua. Acudió a esta obra toda la provincia de Tierra Caliente, con innumerables cargas de cal. Juntamente acudió toda la nación otomí, que es la provincia de Jilotepec, con toda la Cuauhtlapan, que ellos llaman.

Fue realizada en el año 7 *caña* o 1499 (Chimalpahin, 1982: 226-227). Y fue tan renombrada esta obra, que a dos leguas de distancia no se hablaba de otra cosa, pero sobre todo asombró la brevedad con la que fue construida, pues como según lo afirmaba Durán, fue en menos de ocho días (1984, II: 373).

Para recibir las aguas de este acueducto, Ahuízotl ordenó al *Teuctlamacazqui*, uno de los sacerdotes principales, que se vistiera como la diosa del agua, Chalchitlicue, y saliera a recibir la fuente de agua que venía de *Acuecuxatl*, con la realización de sacrificios y ceremonias (Alvarado Tezozómoc, 1980: 561; Durán, 1984, II: 375). Este sacerdote apareció ataviado como la diosa, para ello:

...se tiñó la frente de azul, y así mismo en la cabeza se puso su trenzado de garzotas blancas, bezoleras, orejeras de chalchihuitl, y en los brazos sartaes, como los que traen las mujeres por corales... (Alvarado Tezozómoc, 1980: 561).

Durante la ceremonia, el *Teuctlamacazqui* portaba una bolsa con harina azul y agitaba una sonaja con la representación de una tortuga (Durán, 1984, II: 376), mientras que otros sacerdotes sonaban caracoles y algunos más llevaban en las manos diversos presentes, como papel, copal, aves y piedras preciosas (*Manuscrit Tovar*, 1972: plano número XVI; Alvarado Tezozómoc, 1980: 561) [figura 5]. Asimismo se señala que todos ellos llevaban las piernas y sus calzados tiznados de azul, como un color asociado al agua.



15° No lo como meti ceros e agua del mar y rai.

FIGURA 5
EL MANUSCRIT TOVAR ILUSTRAN EN SU PLANO XVI EL SACRIFICIO DE ANIMALES Y DE OBSEQUIOS
QUE SE HICIERON AL CAUCE DE LA FUENTE ACUECUEXATL, PROVENIENTE DE COYOACÁN.
Fuente: *Manuscrit Tovar*, 1972, Plano número XVI.

Así comenzaron una procesión hasta llegar al lugar donde emanaba la fuente. En este lugar el sacerdote ataviado como la diosa de las aguas, degolló las codornices y derramó la sangre de éstas en el agua; de inmediato tomó el copal para sahumar el agua, para después arrojar gotas de resina derretida al cauce del caño en el cual comenzaba a correr el agua. Los sacerdotes comenzaron a tocar los caracoles y a beber el agua del caño, mientras que el sacerdote vestido como la diosa le decía:

"Preciosa señora: vengáis muy en norabuena por vuestro camino, Mirad que éste es el que habéis de seguir de hoy más, y así, yo que vengo representando vuestra semejanza, os vengo a recibir y a saludar y a dar el parabién de vuestra venida. Mirad, señora, que este día habéis de llegar a vuestra ciudad de México Tenuchtitlan" (Durán, 1984, II: 376).

Acabado esto, comenzó a derramar la harina en el agua del caño, y varios ancianos también arrojaron algunos presentes: peces, culebras, ranas, ajolotes y sanguijuelas, todos ellos vivos (Durán, 1984, II: 377). Conforme avanzaba el agua por el acueducto, se llevaban a cabo varios sacrificios humanos, en particular de niños; éstos eran cuatro, que contaban con seis años de edad, y todos ellos debían estar ataviados como el *teuctlamacazqui*, es decir, untado su cuerpo con color azul (Alvarado Tezozómoc, 1980: 562).

Al llegar el agua a la primera "alcantarilla" o cortadura (Durán, 1984, II: 377), llamada *Acachinanco* (donde ahora es San Antonio Abad), los sacerdotes tomaron a un niño y le acostaron sobre el caño, mientras que el *teuctlamacazqui* empuñaba un gran navajón de obsidiana al aproximarse al niño; frente a éste, con gran rapidez le hizo una incisión en el pecho a la altura del esternón, para extraerle el corazón y ofrecérselo al agua que venía por el caño, y así derramar sangre sobre el mismo. Alvarado Tezozómoc refiere que este hecho hizo que el agua pasara por aquí con violencia y destruyera un puente (1980: 562).

Luego llegó el agua a la segunda alcantarilla, llamada *Xoloco*, donde se sacrificó a otro niño. Vino después la tercera alcantarilla, llamada *Huitzilan*, donde se sacrificó al tercer niño. La cuarta alcantarilla, *Apahuaztlan* o *Pahuacan*, fue el sitio del cuarto sacrificio, ubicado en el barrio de Tlatelolco (Alvarado Tezozómoc, 1980: 562).

Cuando al fin el agua entró a la ciudad, Ahuizotl pronunció unas palabras al “visitante” recién llegado:

“Señora, seais muy bien venida vuestra casa y asiendo de Teuzahuitl Huitzilopochtli, seais Señora Diosa llamada del agua Chalchiuhtlicue, que aquí aparareis, favorecereis y traereis acuestas estas pobres gentes de vuestros hijos y vasallos, que de vos se han de favorecer para su sustento humano, y de los frutos que de vos y por vos producirán muchos géneros de bastimentos y volantes aves de diversas maneras...” (Alvarado Tezozómoc, 1980: 563).

Realizado esto, arrojó varias joyas y piedras preciosas con figuras de animales acuáticos, como peces y ranas. Por esta afirmación de Alvarado Tezozómoc (1980: 562), al señalar que una de las alcantarillas del acueducto estaba ubicada en Tlatelolco, se podría suponer que éste venía desde Coyoacán, y atravesaba el centro de México-Tenochtitlan hasta llegar a Tlatelolco, por lo que podemos estimar que su extensión era muy considerable, o bien, que se trata de una confusión en la toponimia.

A los pocos días que entró el agua a la ciudad, empezó a brotar con tanta fuerza, que en menos de cuarenta días, el nivel del lago de Texcoco empezó a crecer. En las zonas de cultivo las cosechas se arruinaron, las casas más débiles se vinieron abajo, las calles de la ciudad comenzaron a desaparecer ante la crecida de las aguas y mucha gente se ahogó (Durán, 1984, II: 378; Acosta, 1962: 354; Torquemada, 1975, I: 266; Alvarado Tezozómoc, 1980: 563; Alva Ixtlilxóchitl, 1985, II: 167).

Para remediar esta situación, Ahuizotl reunió un consejo de ancianos para decidir lo que debía hacerse; se optó por levantar el suelo de las casas, pero no fue suficiente, puesto que la constante crecida de las aguas derribaba casas y anegaba las zonas de cultivo. Ahuizotl tomó la decisión de construir un gran dique que contuviera estas crecidas.

En el año de 1500 (8 *Tecpatl*) se construye este dique (*Anales de Tlatelolco*, 1948: 60); en su construcción participan varios pueblos convocados por los enviados de Ahuizotl, con el mensaje de que les ayudasen a contener las aguas:

... [así] vinieron luego los principales con piedra pesada y estacas, y habiendo tasado y repartido igualmente la mayor parte á México, Tenuchtitlan, Tezcucó y Tacuba, luego por su órden se comenzó desde Coyonacazco hasta Iztapalapan, llegando á raíz y cerca del peñol de las aguas calientes, y el cerro de Tepeapulco por mitad de la gran laguna, quedando dentro de la gran laguna lo que llamamos Pantitlan, adonde ahora está la cerca de estacas muy gruesas... (Alvarado Tezozómoc, 1980: 564).

Pero por desgracia no cumplió su cometido, pues era tanta la corriente que brotaba de allí, que el dique se rompió varias veces (Durán, 1984, II: 378). Agobiado por esta inundación de México-Tenochtitlan, Ahuízotl recurrió al Señor de Texcoco, *Nezahualpilli*, hombre de gran sabiduría, para que ayudase a remediar la situación de la ciudad; éste, al ser consultado, le dijo a Ahuízotl:

“Bien te lo aconsejó el gran príncipe de Cuyuacan, Tzutzumatzin, y no sólo no administe su parecer y consejo, el cual como fiel vasallo te daba, pero por ello le quitaste la vida.” (Durán, 1984, II: 379).

Nezahualpilli recomendó deshacer las fuentes que captaban el agua de los manantiales, sobre todo la de *Acuecuexatl*:

...para ello será menester mucho copal, papel, ulli, piedras preciosas, oro, mantas muy ricas de todo género para el sacrificio, y han de traer los reyes que vinieron muchas codornices, riquezas de oro y piedras de gran valor, y papel, y sobre todo han de morir allí en el sacrificio del agua, principales, quizá con esto se aplicará y se cerrará (Alvarado Tezozómoc, 1980: 564-565).

Además, se necesitaba la presencia de varios buzos expertos para que investigaran el sitio exacto del cual brotaba la fuente y pudieran sellarla; estos hombres provenían de Cuitláhuac (Tláhuac), Xochimilco, Tlacoachcalco (Chalco), Atenco y Ayotzingo (Alvarado Tezozómoc, 1980: 565).

En Coyoacán, los señores de la Triple Alianza (Tacuba, Texcoco y México-Tenochtitlan), se reunieron para hacer sacrificio de algunos niños y codornices, y arrojar algunos presentes a la fuente de *Acuecuexatl*; los sacerdotes se hicieron sangrar sus orejas, brazos y pantorrillas, así como también hicieron el sacrificio de dos niños, para calmar la ira de Chalchihutlicue (Durán, 1984, II: 380).

Después llegaron los buzos, que eran quince (Alvarado Tezozómoc, 1980: 566), los cuales se pintaron el cuerpo de color azul antes de sumergirse en el ojo de agua. Alva Ixtlilxóchitl (1985: 167) refiere que fue el mismo *Nezahualpilli* quien:

... llegando al ojo de agua, él mismo por su persona entró dentro de él, y con ciertos artificios que hizo atajó el agua, y la metió dentro de una fuerte caja y cerca de argamasa, de manera que con esto se cerró el ojo y el agua se fue secando...

Agradecido Ahuizotl por el magnífico trabajo realizado por los buzos, les obsequió varias cargas de mantas, joyas y esclavos (Alvarado Tezozómoc, 1980: 657).

Las consecuencias que trajo para México-Tenochtitlan la introducción del agua por el acueducto de *Acuecuexatl*, fueron varias; una de ellas, relacionada de manera directa con el futuro de la ciudad. Cegado el ojo de agua, Ahuizotl ordenó que todas las naciones sometidas por los mexicas les tributaran diversos géneros de materiales y objetos para reconstruir los *teocallis*, palacios y casas. Las provincias de Xochimilco, Chalco, Tacuba, Texcoco y de "Tierra Caliente", debían proporcionar canoas y balsas a los habitantes de la ciudad:

...a causa de que ya la ciudad no se podía andar a pie enjuto, porque estaban los patios de las casas y templos con dos palmos largos de agua cubiertos. Las casas reales y de los señores ya no se podían habitar. Muchas casas de la gente plebeya estaban ya debajo del agua (Alvarado Tezozómoc, 1980: 380-381).

Después de algún tiempo, cuando por fin descendieron las aguas del lago, se levantó el nivel de la ciudad "más de un estado", para lo cual se utilizó la liviana piedra roja conocida como "tezontle" (Torquemada, 1975, I: 401, 266); además se reedificaron todos los palacios y casas de los señores, y se volvieron a construir las casas de toda la población, como lo refiere Durán (1984, II: 381):

Y así quedó de aquella vez México muy ilustrado y curioso y vistoso, con casas grandes y curiosas, llenas de grandes recreaciones de jardines y patios muy galanos; las acequias muy estacadas y cercadas de arboledas de sauces y álamos blancos y negros, con muchos reparos y defensas para el agua, que aunque fuesen muy llenas, no hiciesen perjuicio...Todo lo cual el rey Ahuizotl lo mandó pagar y satisfacer a todos los oficiales y comunidades, dándoles mantas,

ceñidores, cacao, chile, frijol, esclavos, todo sacado de sus tesoros. Con lo cual todos quedaron muy satisfechos y la ciudad de México muy ilustrada.

Otra de los sucesos ocurridos a consecuencia de la inundación de México-Tenochtitlan, fue la muerte de Ahuizotl, aunque esta no ocurrió de manera inmediata. Alva Ixtlilxóchitl (1985, II: 167) y Torquemada (1975, I: 266- 267), refieren este hecho; según estos autores, en cierta ocasión en que Ahuizotl se encontraba en unas habitaciones bajas de su palacio, entró de golpe una gran corriente de agua que lo tomó por sorpresa:

... [y] huyendo de ellos [los cuartos del palacio] (que ya el agua con grande impetu iba entrando por ellos), se dió una calabazada en el umbral de la puerta que se descalabró y quedó mal herido, de tal manera que con este achaque vivió muy enfermo hasta que vino a morir de él como adelante se dirá, y si no llegara en esta ocasión su gente a socorrerle, allí se quedara ahogado... (Alva Ixtlilxóchitl, 1985, II: 167).

Años después, a consecuencia del golpe en la cabeza, moriría luego de reinar en México-Tenochtitlan por 18 años (Torquemada, 1975, I: 267). Su deceso ocurrió en el año *10 conejo* (1502).

Hechas las exequias a Ahuizotl, los mexicas eligieron por *Huey tlatoani* a Moctezuma Xocoyotzin, conocido también como Moctezuma II. Durante su reinado (1502-1520), en el año de 1519, aparecieron, sobre las eternas nieves de los volcanes, los conquistadores españoles, y con ellos, se inicia una nueva era, una era de cambio total en la cuenca el valle de México y en su población, y por supuesto, también en toda Mesoamérica.

A lo largo de varios capítulos hemos señalado la importancia que tenía el agua del lago de Texcoco para México-Tenochtitlan. Sin embargo, era demasiado salitrosa como para ser utilizada para consumo humano y riego de los cultivos, incluso aún después de la construcción del dique de Nezahualcóyotl, el cual ayudó a reducir la salinidad de la sección en que estaba erigida la ciudad (debido a que captaba las corrientes de los ríos, manatales y lagunas de aguas dulces que existían en la zona sur

de la cuenca del valle, en particular de Xochimilco y Chalco); por esta razón, los mexicas tuvieron que recurrir a fuentes de agua dulce que estaban fuera de la ciudad para poder abastecerse de ella. De nueva cuenta debe señalarse la capacidad de sus habitantes para llevar a cabo grandes e importantes obras de ingeniería hidráulica, que en este caso está ejemplificada en la realización de varios acueductos que les surtieran de agua potable, misma que era traída desde lugares poco distantes, como Chapultepec y Coyoacán. Para la realización de estos acueductos se contemplaban varios aspectos, tanto técnicos como materiales entre los que pueden señalarse: distancia entre las fuentes y la ciudad, sitios por donde atravesaría el acueducto, longitud y anchura del canal o canales que conducirían el agua, materiales empleados para su construcción, cortes que debían hacerse al llegar a la ciudad y atravesar por sus calles y acequias, diseño de los depósitos donde la gente podía abastecerse de ella, así como el contemplar que el continuo uso podía ensuciar y arruinar el suministro, de ahí que se haya proyectado un acueducto con dos canales, de tal forma que uno condujera agua mientras que el otro era limpiado o reparado.

El primer intento por abastecer de agua potable a la ciudad motivó que los mexicas dieran el primer paso para establecer su hegemonía en la cuenca del valle de México en el primer tercio del siglo XV, cuando por este hecho entraron en conflicto con los tecpanecas de Azcapotzalco, lo que derivó en una guerra con la cual los mexicas se liberaron del vasallaje a que los tenían sujetos, e incluso llegaron a revirtir la situación: de sometidos pasaron a dominadores.

Interesante también ha sido conocer que de nueva cuenta la religión está presente en la vida y en las obras de la ciudad, donde el ejemplo más claro lo advertimos en la historia del acueducto de *Acuecuexatl*. Desde el momento en que Ahuizotl proyecta su construcción los problemas se hacen presentes; *Tzutzumatzin*, Señor de Coyoacán, le hace saber que no es buena idea encauzar las aguas de esta fuente hacia la ciudad, lo cual provoca la animadversión de Ahuizotl, quien manda matar al señor de Coyoacán. Acto seguido se inician las obras para la construcción del acueducto, y al ser concluidas se llevan a cabo grandes ceremonias, entre ellas el sacrificio humano, para darle la bienvenida a la corriente y honrar a los dioses del agua. La acción de sacrificar seres humanos al agua pareciera que provocó la ira de éstos, pues al poco tiempo de que funcionara el acueducto *Acuecuexatl* su caudal fue tan fuerte que terminó por romper los caños y el enorme volumen de agua terminó por inundar a la ciudad y a sus zonas

agrícolas. Para remediar esta situación se tuvo que cerrar la fuente, brindarles ceremonias y variados presentes a los dioses para aplacar su descontento y sobre todo, reconstruir la ciudad, con la elevación del nivel general del piso y la edificación de nuevas casas y palacios.

La creación de obras como los acueductos que surtían de agua potable a la ciudad, tuvieron la función de introducir la "vida" a la ciudad, pues el agua tomaba el papel de generadora de la fecundidad, porque con su caudal alimentaba a los humanos, animales y plantas, seres que daban vida a México-Tenochtitlan.

CAPÍTULO V

CASAS Y PALACIOS

5.1 Aspecto general de la ciudad. Organización.

En capítulos anteriores se ha señalado que las calzadas de la ciudad tenían una doble función: por una parte eran el medio de comunicación terrestre que unía a la ciudad con tierra firme, pero también servía para regular el control de las aguas del Lago de Texcoco y de la Laguna de México a través de diversos cortes, que permitían el libre flujo de las crecidas del agua. Pero también tenían otra función no menos importante para la ciudad y su organización; y era que por su disposición de dirigirse a los cuatro puntos cardinales, y por tener un centro de convergencia que era el Recinto Sagrado, constituían los ejes radiales norte-sur y este-oeste de la ciudad de México-Tenochtitlan [figura 1]. Esta conformación de las cuatro calzadas en la ciudad, formaba cuatro grandes áreas, mismas que dividía así a la ciudad en igual número de secciones. Pero de ninguna manera resultaba fortuita la disposición de las calzadas hacia los cuatro puntos cardinales y la división de la ciudad en también cuatro secciones, sino que obedecía a un patrón de asentamiento muy antiguo, marcado por el aspecto religioso. El *Códice Fejérvary-Mayer* [figura 2] muestra de manera clara esta relación del hombre mesoamericano con los cuatro puntos cardinales, que en el caso de los mexicas estaban relacionados con los cuatro dioses creadores: Tezcatlipoca, Quetzalcóatl, Tlahuizcalpantecuhtli y Huitzilopochtli; además de contar con un punto central, el cual correspondía al centro del Universo, lugar de unión de los niveles celeste, terrestre e inframundo, es decir, un espacio sagrado por excelencia. De hecho, es una idea del pensamiento religioso mesoamericano.

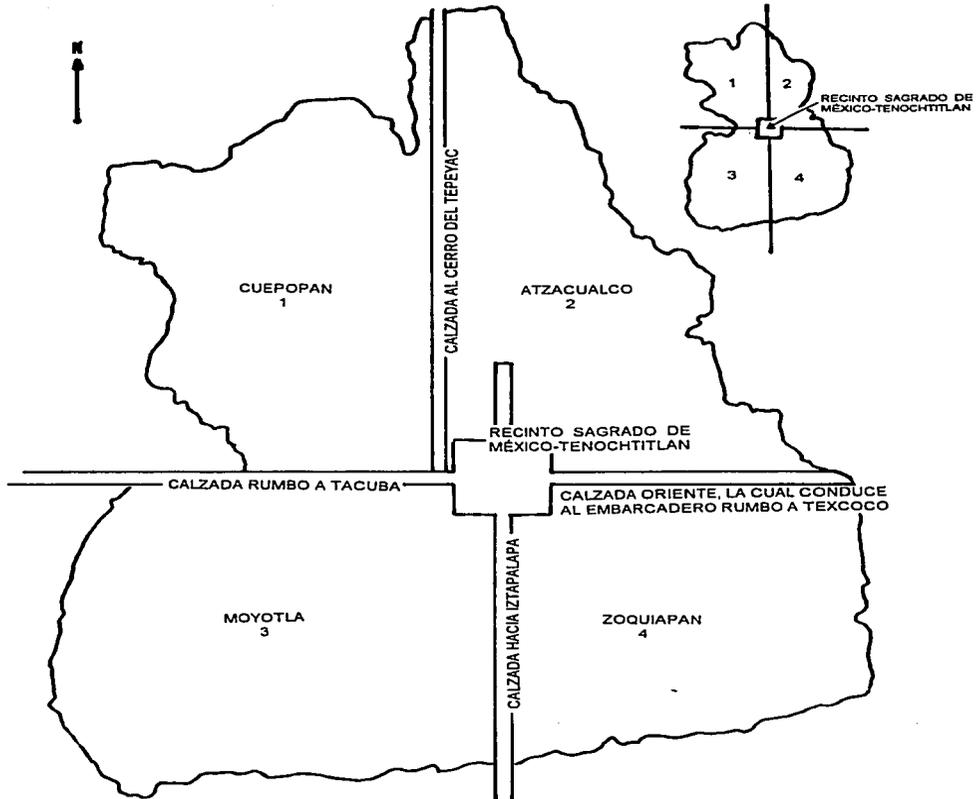


FIGURA 1
MÉXICO-TENOCHTITLAN ESTABA DIVIDIDO EN CUATRO SECCIONES, FORMADAS POR LOS EJES NORTE-SUR
Y ORIENTE-POLENTE, CUYO CENTRO DE CONVERGENCIA ERA EL RECINTO SAGRADO.
Reconstrucción de Pedro A. López Saucedo.

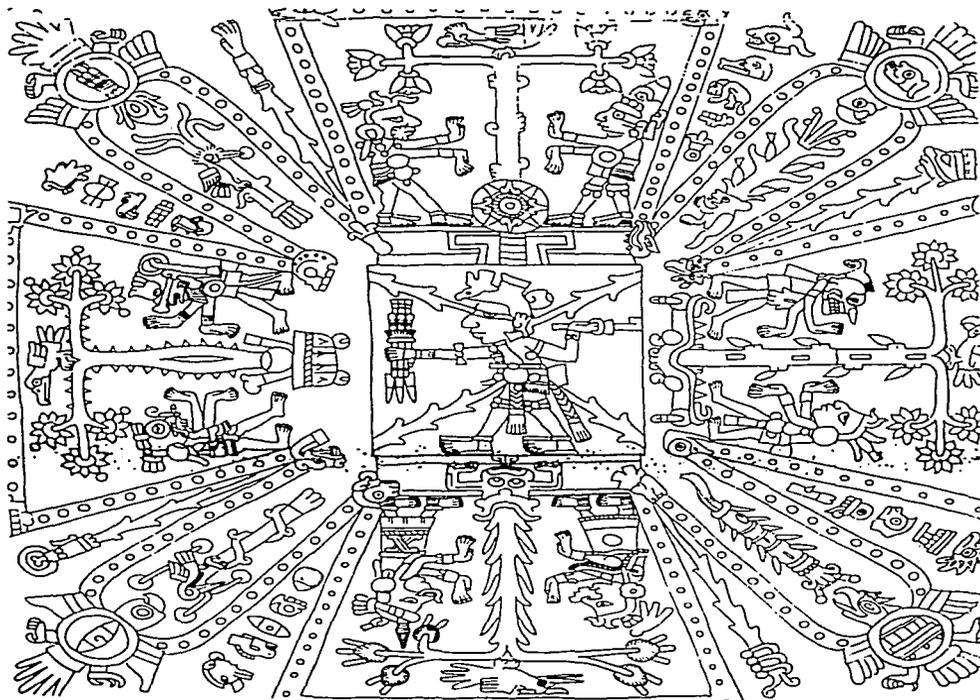


FIGURA 2
LAS CUATRO DIRECCIONES Y EL CENTRO DEL UNIVERSO, SEGÚN EL CÓDICE FEJÉRVARY-MAYER.
Fuente: *Los Aztecas*, de Eduardo Matos Moctezuma, 1989, p. 117.

Por este hecho, es factible que esta idea de los cuatro puntos cardinales y un centro, haya sido la rectora de la planeación de la ciudad. Asimismo, podría suponerse que desde antes del diseño y construcción de estas calzadas, en México-Tenochtitlan se tenía preconcebida su disposición urbana. De tal manera, que desde la fundación misma de México-Tenochtitlan quedó establecida su división en cuatro grandes secciones o barrios, según el mandato del dios rector Huitzilopochtli, como lo refiere el *Códice Ramírez* (1980: 33-34):

Acabado de reparar su templo como queda referido, y cegada gran parte de la laguna con planchas y cimientos para su ciudad, una noche habló Huitzilopochtli á uno de sus sacerdotes y ayos desta manera: "Dí á la congregacion Mexicana que se divida los señores cada uno con sus parientes, amigos y allegados en quatro barrios principales tomando en medio la casa que para mi descanso hebeis edificado, y cada parcialidad edifique en su barrio á su voluntad". Estos son los barrios que hasta hoy en dia permanescen en esta ciudad de México...

División que también aparece representada en el *Códice Mendocino* en la Lámina I [figura 3], donde se señala la fundación de la ciudad y su división en cuatro secciones. Pero este modelo de una población dividida en cuatro barrios* o parcialidades, con el templo de su dios al centro no resultaba nuevo para los mexicas. En el *Códice Aubin* (1963: 3) se señala la disposición que tenía la isla de Aztlán, patria de los mexicas, en el siglo XII [figura 4], semejante a la que se empezaba a edificar hacia el año de 1325. Jacques Soustelle (1984: 25-26) y Sonia Lombardo (1973: 52-53) suponen que estos cuatro barrios se formaron con los cuatro antiguos clanes que salieron de Aztlán y que llegaron a la cuenca del valle de México.

* Es necesario señalar que se ha utilizado la palabra "barrio" en su acepción más general, considerada como cada una de las partes en que se divide una ciudad. Estos barrios estaban compuestos por varios *calpulli* ("Casa grande"), palabra que presenta un problema muy serio respecto a la ambigüedad de su significado. El *calpulli* era una estructura social, administrativa y territorial, caracterizada por ser una unidad autosuficiente en cuanto a la producción que de ella se obtenía -en donde se incluye el pago en forma de tributo a los gobernantes-, a la organización y al trabajo en común; pero sobre todo, por pertenecer a un linaje o grupo de familias. De ello podemos señalar que la pertenencia a un *calpulli* se determinaba, de manera fundamental, por el parentesco. De manera probable el origen del *calpulli* se remonta a los clanes o tribus que partieron de Aztlán, las cuales al asentarse en México-Tenochtitlan deciden emplear esta misma forma de organización, lo cual daría lugar a estos cuatro primeros barrios; pero conforme transcurrió el tiempo, sufrieron un proceso de cambio, de tal manera que para el siglo XVI, había más de quince *calpulli*, pero se conservó la división de la ciudad en cuatro secciones o barrios, lo que facilitaba su organización y administración (Soustelle, 1984: 25-26; Monzón, 1995: 334-340; Castillo Ferreras, 1984: 72-74; Carrasco, 1987: 205-208; Rojas, 1988: 93-96; Martínez de la Macorra, 1993: 29-36).

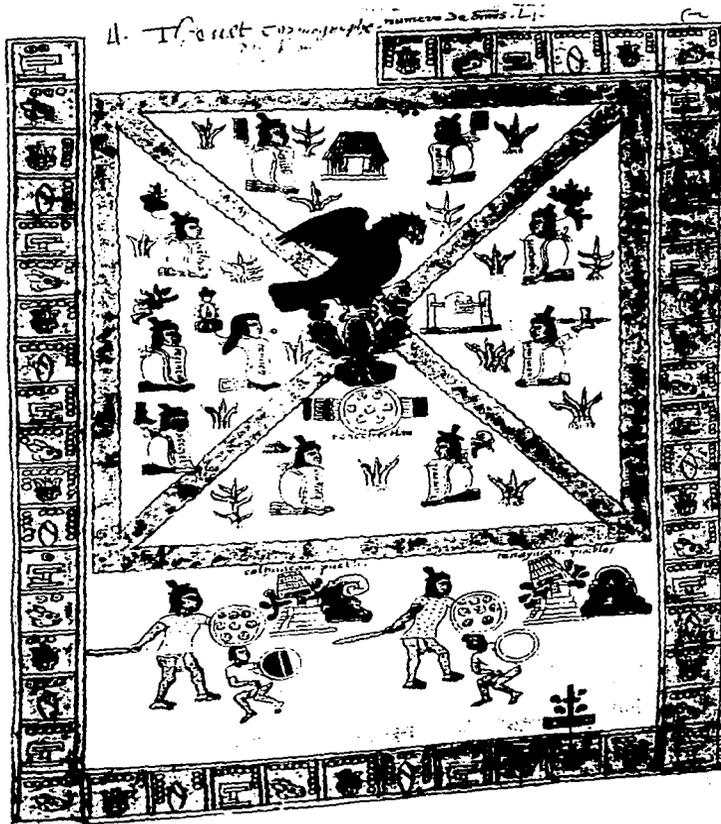
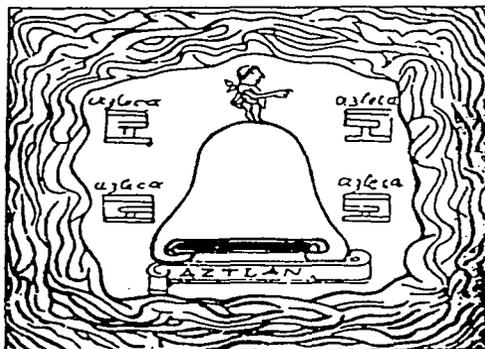


FIGURA 3
FUNDACIÓN DE MEXICO-TENOCHTITLAN SEGÚN UNA REPRESENTACIÓN EN EL CÓDICE MENDOCINO.
ESTA ILUSTRACIÓN SEÑALA EL MODELO QUE SIGUIERON LOS MEXICAS AL CONSTRUIR LA CIUDAD:
CONFORMADA POR CUATRO BARRIOS Y EN SU CENTRO EL RECINTO SAGRADO.

Fuente: *Códice Mendocino*, 1979, P. 55.



*C huexotzinca Chalchacohtimilca. Cuiclla
ca Malinalca Chichimeca Topaneca Ma
llatz inu Onipahuallaque quinehuayan*

FIGURA 4

LA ISLA DE AZTLÁN DE ACUERDO CON LA REPRESENTACIÓN QUE DE ELLA SE HACE EN EL CÓDICE AUBIN. EN ESTA ILUSTRACIÓN PUEDE OBSERVARSE QUE LA ISLA DE AZTLÁN ESTABA ORGANIZADA EN CUATRO SECCIONES CON UN CENTRO. CADA SECCIÓN ESTÁ REPRESENTADA POR UNA CASA (CALLI) Y EL CENTRO POR UN CERRO QUE DEBE REPRESENTAR EL RECINTO SACRADO.

Fuente: *Códice Aubin*, 1963, P. 3.

Estos cuatro barrios o secciones en que estaba dividida la ciudad recibieron un nombre en particular, relacionado con su posición y el medio ambiente que lo rodeaba. De esta manera, el barrio localizado hacia el noroeste se denominó *Cuepopan* o *Tlaquechihcan*, "lugar donde abren sus corolas las flores", hacia el noreste se localizaba *Atzacualco* "en donde está la compuerta del agua". Hacia el sureste estaba el barrio de *Zoquiapan* o *Teopan* "en las aguas lodosas", y hacia el suroeste estaba *Moyotla* "en el lugar de los mosquitos" (Soustelle, 1984: 26; Solís, 1992: 13). En los inicios del último tercio del siglo XV sucedió la conquista de *Tlatelolco*, "lugar del promontorio de tierra", por Axayácatl, lo que adicionó un quinto barrio a México-Tenochtitlan (Cevallos Novelo, 1979: 170-171; Martínez de la Macorra, 1993: 31) [figura 5].

Dentro de esta planeación de la ciudad, cada barrio se organizaba para construir sus propias casas y templos, pero cuando se requería la ampliación del Recinto Sagrado, todos los barrios participaban en ello, así como para la construcción de nuevos palacios para la nobleza tenochca. Para cuando los mexicas comenzaron a adquirir gran prestigio y a someter a otros pueblos, la participación de los barrios se sustituyó por la de los sometidos. Esta división de cuatro barrios subsistió aún después de conquistada la ciudad, sólo que los nombres fueron cristianizados, de tal forma que el barrio de *Cuepopan* se llamó Santa María la Redonda, el de *Atzacualco* se llamó San Sebastián, el de *Zoquiapan* se convirtió en San Pablo, y el de *Moyotla* se conoció como el barrio de San Juan (Alvarado Tezozómoc, 1944: 494; *Códice Ramírez*, 1980: 33-34; Clavijero, 1987: 339; Humboldt, 1978: 116; Soustelle, 1984: 26; Solís, 1992: 13). Mientras que *Tlatelolco* se conoció durante los primeros años de la Colonia como el barrio de Santiago Tlatelolco.

Sobre esta distribución del espacio, se construyeron las casas, los grandes palacios, los mercados, los acueductos, las plazas, los jardines y los templos que pudieron admirar, utilizar y habitar los españoles, lo que hizo de México-Tenochtitlan una ciudad digna de los mejores elogios por parte de aquellos que tuvieron la oportunidad de conocerla y recorrerla, e incluso, de aquellos que aunque no la conocieron, elogiaron en sus obras a la metrópoli indígena. Se iniciará ahora la descripción de cómo se distribuían las casas y palacios que engalanaban la ciudad.

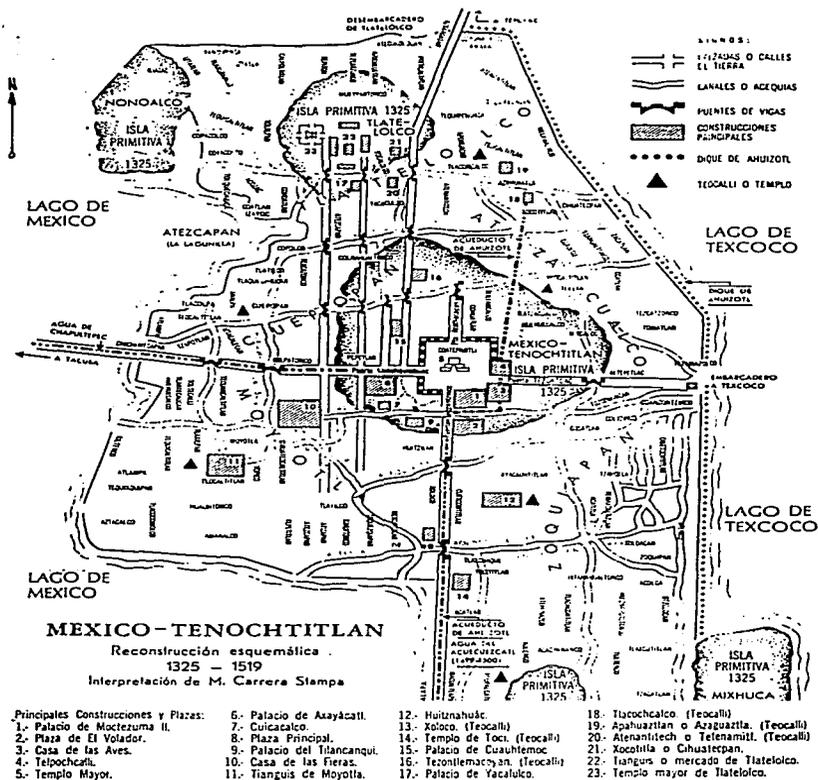


FIGURA 5
 LOS CUATRO BARRIOS O CAMPAS DE MÉXICO-TENOCHTITLAN Y LA CIUDAD DE TLATELOLCO,
 BASADO EN UNA INTERPRETACIÓN DE MANUEL CARRERA STAMPA.

Fuente: *Enciclopedia de México*, 1978, Tomo VIII, p. 611.

5.2 Casas de la Población.

México-Tenochtitlan, como toda gran metrópoli, contaba con diferentes tipos de edificaciones, de acuerdo con el uso y servicios a que estaban destinadas, así se pueden distinguir dos tipos: las habitacionales y las religiosas. A este capítulo corresponde el análisis de los de tipo habitacional, en donde, por supuesto, existían grandes diferencias entre las construcciones destinadas para ello.

Por una parte, estaban las casas de la población dedicada a la agricultura, a la caza, a la pesca, a la cría de aves, a la alfarería, a los tejidos, al comercio de hortalizas y de objetos diversos, es decir, aquella gente que componía el grueso de la población en la ciudad. Y por otro lado estaban las grandes y suntuosas casas de la nobleza y los poderosos comerciantes, a tal grado que merecieron la denominación de "palacios" por parte de los españoles.

En muy pocos casos, las narraciones van más allá de la simple referencia a las construcciones, de las que sí se hacen verdaderas recreaciones de los interiores de las salas y habitaciones es de los palacios y casas reales; se describen los materiales empleados en cada habitación y los objetos que había en ellas. Estas descripciones fueron realizadas por los conquistadores, como Cortés, Díaz del Castillo o Aguilar, quienes pudieron admirarlas, e incluso, habitarlas. Pero también existen, en mayor número, las descripciones realizadas por los cronistas de la segunda mitad del siglo XVI.

La distribución de estas construcciones estaba señalada de manera notoria: las casas de la población campesina se ubicaban a las orillas de la ciudad, mientras que las casas de los artesanos y comerciantes se ubicaban dentro de la ciudad; conforme se avanzaba hacia el interior, la calidad de las casas era mucho mejor, hasta llegar a los alrededores del centro, donde estaban construidas las casas de los nobles. Por último, en el centro, se hallaban los palacios de los *Huey tlatoanis* y los señores principales.

Esta distribución se tratará de seguir para hacer la revisión de cómo eran las casas que habitaban los mexicas en México-Tenochtitlan. Por ello, de manera imaginaria se seguirá un camino que nos guíe a través de la ciudad, desde las orillas hasta el mismo centro. Lo primero que se observará, serán las casas

de los agricultores que vivían en las orillas, con las que se iniciará esta descripción, para luego continuar por las casas de la población dedicada a diversas artes y oficios.

Casas comunes.

Las casas de los agricultores se ubicaban en los lugares en donde estaban las chinampas; por lo general, se encontraba dentro de la misma, entre las milpas y los corrales de los animales. Estas casas estaban hechas de ladrillos de adobe secados al sol o piedras con lodo, (Las Casas, 1967, I: 265; Torquemada, 1975, I: 399; Clavijero, 1987: 255), mientras que sus techos eran de:

...una especie de heno crecido y grueso que es muy común en aquellos campos, o de pencas de magüey dispuestas en forma de tejas, que por tener casi la misma hechura, suplían bien por ellas (Clavijero, 1987: 255).

Estos techos, en algunas ocasiones, estaban cubiertos por una capa de lodo, lo que Anglería (1964, II: 539) denominó "betún térreo". Es también Pedro Mártir de Anglería quien asegura que estas casas se construían sobre una base de piedra de varios pies de altura, la cual servía como defensa contra las repentinadas crecidas del lago.

Una casa se componía de dos cuartos: la cocina y el dormitorio, ya que no eran necesarias más habitaciones, porque sólo se utilizaban para abrigo de sus moradores en la noche y para preparar sus alimentos (Torquemada, 1975, I: 399). En algunas ocasiones, contaba además con un *temazcalli* o baño de vapor, el cual siempre estaba fuera de ella. La figura 6 ejemplifica muy bien este tipo de construcción.

Las casas no poseían ventanas, sino sólo con una o dos puertas, que eran cubiertas con un petate o estera de palma, en cuyo borde se colocaban algunas cuentecillas de piedra para que sonaran cuando alguien entraba (Vetancourt, 1971: 92).

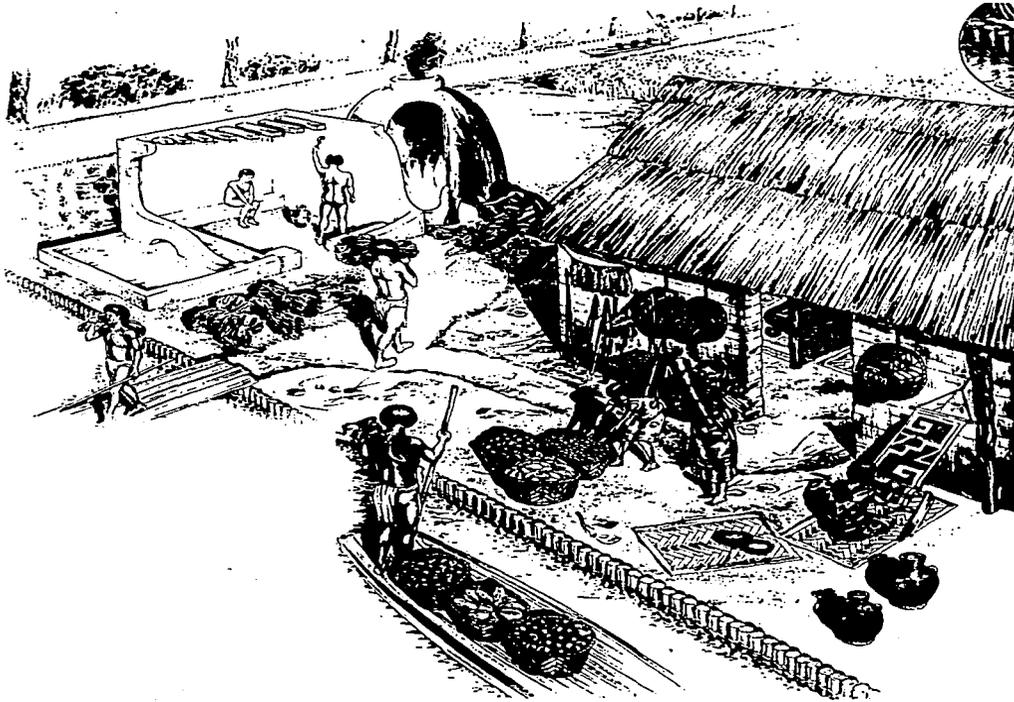


FIGURA 6
RECONSTRUCCIÓN DE UNA CASA INDÍGENA COMÚN DENTRO DE UNA ZONA CHINAMPERA.
NÓTESE QUE A POCOS PASOS EXISTÍA UN *TEMAZCAL* O BAÑO DE VAPOR.
Fuente: *The Aztecs*, de Tim Wood, 1992, p. 33.

Sahagún, en el *Códice Florentino*, anota las diferencias y cualidades de los edificios indígenas, así como el nombre que recibían las casas comunes [apéndice 1], que era el de *Çaçaniecalli* (1979, III: 394-396). Pero existían también otras casas hechas de bajareque, carrizos y paja, denominadas *lno calli* o *xacalli*, que significa "casa humilde" o choza (Sahagún, 1979, III: 393-396) [figura 7]. Estas pertenecían a la gente dedicada a la caza de aves y a los pescadores (Orozco y Berra, 1960, IV: 243; Alcocer, 1935: 14). Las casas eran de una sola pieza y en ellas habitaban una familia, sus animales y sus escasos utensilios de trabajo y uso diario (Clavijero, 1987: 255).

Al continuar el camino hacia el centro de la ciudad, podían verse otro tipo de casas, cada vez más grandes. Estas pertenecían a los artesanos, a los pequeños comerciantes y a los funcionarios públicos menores; pero ya no estaban edificadas en las chinampas de cultivo, sino dentro de la ciudad, y algunas de ellas tenían pequeños jardines y huertos. Éstas eran:

...de adobe comúnmente y con sus terrados y azoteas muy bien hechas y pisadas y muchas de ellas encaladas por encima, que de ninguna manera se pueden llover...(Torquemada, 1975, I: 399).

Estos techos estaban hechos a base de vigas gruesas que soportaban un techo de aplanado, a base de tezontle y cal, que incluso, algunos de ellos formaban azoteas. Este tipo de casa recibía el nombre de *Tlapan calli*, casa de azotea, o *Nelli calli*, casa bien hecha. Cuando una casa pertenecía a un comerciante, se denominaba *Puchtecacalli*, que de manera literal significa "casa de mercaderes" (Sahagún, 1979, III: 393-395).

En muchas de estas casas habitaban varias familias emparentadas entre sí, las cuales compartían diversos espacios, como los patios y la cocina. Poseían varias habitaciones para pernoctar, una despensa para los granos y algunos corrales, además de un *femazcal*.

En el capítulo tres se hizo referencia a que las casas ubicadas dentro de la ciudad contaban con dos puertas, una daba hacia la calle principal, mientras que la otra, ubicada atrás de la casa, conducía hacia un pequeño huerto que estaba junto a una calle de agua (Torquemada, 1975, I: 339). Cervantes de

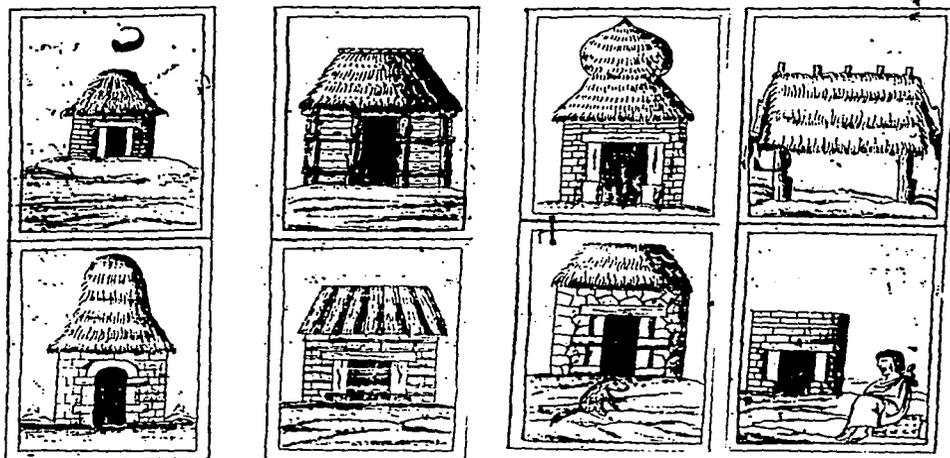


FIGURA 7
DISTINTOS TIPOS DE CASAS COMUNES, SEGÚN REPRESENTACIONES DE
FRAY BERNARDINO DE SAHAGÚN EN EL CÓDICE FLORENTINO.
Fuente: *Códice Florentino*, de fray Bernardino de Sahagún, 1979, Tomo III, p. 394.

Salazar, aunque vivió en la ciudad durante el siglo XVI, no la conoció durante la época indígena, pero hace referencia a este tema (1971, II: 324-325):

Casi todas las casas tenían dos puertas y ahora muy pocas, una sobre la calzada y otra sobre el agua por donde se mandaban con los barcos...

Al continuar el camino hacia el centro de la ciudad, se podían observar casas mucho más grandes y mejor construidas, algunas de ellas de dos pisos, pero todas con jardines y fuentes, debido a que estas casas pertenecían a la nobleza.

5.3 Palacios y Casas Reales.

México-Tenochtitlan podía jactarse de contar con grandes y suntuosas casas y palacios, dignas de las mejores ciudades europeas o asiáticas. Hernán Cortés (1987: 73) quien conoció estas edificaciones durante la época de su esplendor, asegura:

Hay en esta gran ciudad muchas casas muy buenas y muy grandes, y la causa de haber tantas casas principales es que todos los señores de la tierra vasallos del dicho Muteczuma tienen sus casas en la dicha ciudad y residen en ella cierto tiempo del año; e demás desto, hay en ellas muchos ciudadanos ricos, que tienen asimismo muy buenas casas. Todos ellos, demás de tener muy buenos y grandes aposentamientos, tienen muy gentiles vergeles de flores de diversas maneras, así en los aposentamientos altos como bajos.

Es natural que no todas las casas y palacios de la nobleza tenochca fueran iguales, y por ello, no todas merecieron ser descritas por los conquistadores españoles; claro, a excepción de los grandes palacios de la ciudad: el de Moctezuma Ilhuicamina, el de Axayácatl, y el más espectacular de todos, el de Moctezuma Xocoyotzin, con sus edificios anexos.

Casas de la nobleza.

Sonia Lombardo (1992: 27-28) explica que:

Conforme se acercaban hacia el centro había casas más grandes construídas de "cal y canto" con techo plano, a las que Bernal Díaz les llamaba "casa de azoteas" y estaban constituídas por varias dependencias en torno a un patio. Finalmente, ya en el propio centro de la ciudad, se emplazaban las casas de los nobles.

Las casas y palacios de los nobles estaban ubicadas, de manera invariable, dentro del perímetro central de la ciudad, es decir, alrededor del Recinto Sagrado y de los tres palacios antes señalados (Durán, 1984, I: 112). Esto no quiere decir que se excluya la posible existencia de otras edificaciones importantes en otros puntos de la ciudad, como pueden ser los palacios ubicados en Tlatelolco y las casas reales de descanso en Chapultepec. Muchas de estas casas y palacios no sólo pertenecían a la nobleza tenochca, sino también a los señores de las provincias sometidas que debían residir cierto tiempo del año en la ciudad, y a los comerciantes más ricos y prominentes. Fernández de Oviedo (1944-45, V: 5-6) al respecto comenta:

Hay en la grand cibdad de Temistitan muchas casas muy grandes é muy buenas... Demás desto hay muchos cibdadanos ricos, que tienen assimesmo muy buenas casas con grandes é complidos apossentos...

Estas casas de señores de provincias sometidas y ricos comerciantes no debían desmerecer en calidad de servicios y en la suntuosidad de la construcción respecto a los palacios de los grandes señores.

Organización de una casa propiedad de un noble.

Por lo general, la casa de un noble o de un rico comerciante estaba constituída por varias habitaciones distribuídas alrededor de un patio, en donde había muchas variedades de plantas y árboles odoríferos.

Los materiales empleados eran vigas de madera y piedras, en particular el tezontle, por ser un material muy liviano. Los cimientos se hacían sobre gruesas estacas de maderos, y sobre éstos se levantaba el piso un "estado de alto" (Angleria, 1964, II: 538-539; Mendieta, 1980: 121), para protegerse contra las crecidas del lago. Recordemos que durante la inundación de 1499-1500, Ahuizotl mandó subir el nivel de la ciudad en un estado de alto, para evitar futuras inundaciones en la ciudad. Sobre este piso elevado, se construían las paredes de las habitaciones, las cuales eran rectas y estaban "encaladas", es decir, estaban recubiertas de argamasa para obtener superficies completamente lisas. En muchos casos las paredes tanto exteriores como interiores se decoraban con pinturas de vivo color. A este tipo de casas los españoles las denominaron de "cal y canto".

Estas habitaciones estaban destinadas a los servicios habituales: cocina, alcoba (donde dormía toda la familia), el santuario doméstico o *cihuacalli*, almacén o despensa, y el corral. En algunos casos, se construían habitaciones separadas de las demás, dedicadas en exclusiva para las mujeres (Soustelle, 1984: 129). Sobre este tema Alonso de Zorita (1942: 65) comenta:

... y el aposento de las mujeres por sí, y no salían las doncellas del suyo a la huerta o vergel sin guardas, y si salían un paso solo fuera de la puerta, las castigaban ásperamente y más si eran de diez años o doce.

Sus techos eran de vigas de madera muy bien labradas, las cuales podían ser de cedro, pino, ciprés, abeto u oyamel (Clavijero, 1987: 255-256); estos techos eran planos, lo que permitía la existencia de amplias azoteas, las que eran resguardadas por almenas de piedra, labradas con diversas figuras, entre ellas, la de caracoles.

En la mayoría de los casos, las casas contaban con columnas de piedra que sostenían los techos y que rodeaban los patios:

... todas las mansiones son de piedra y mármoles, fabricadas con arte arquitectónica, diversamente pavimentadas, con columnas de jaspe pario y de mármol transparente, que rodean los patios; también tienen pórticos rematados por azoteas (Angleria 1964, II: 483).

Sonia Lombardo comenta que durante el reinado de Moctezuma Ilhuicamina, se estableció que sólo los nobles podían construir casas con "altos" (segundos pisos) o techos puntiagudos, como un privilegio exclusivo para ellos otorgado por los dioses (1973: 123-124; 1992: 27-28). De esta manera, eran escasas las casas que tenían más de un piso, y jamás excedían los dos pisos (Prescott, 1985: 275). Algunas de estas casas tenían torreones, que nunca eran más altos que los templos (Clavijero, 1987: 339-340).

Estas casas se denominaban *Tiaçocalli*, que significa "casa suntuosa de muchos edificios" (Sahagún, 1979, III: 393-394). Por supuesto que estas casas eran las que engalanaban las calles que cada vez se aproximaban más al centro de la ciudad, y los jardines con sus flores multicolores ayudaba a acentuar aún más esta belleza (Fernández de Oviedo, 1944-45, V: 5-6; Mendieta, 1980: 121).

Al igual que en las casas comunes, las casas nobles poseían un baño de vapor o *temazcalli*, edificación que siempre estaba construida aparte (Rojas, 1988: 44-45). Ésta consistía en una habitación pequeña en la que cabían dos o tres personas sentadas; en el piso de este baño se colocaban piedras ardientes a las cuales se les arrojaba agua fría, para que al caer sobre ellas, emanara vapor para que funcionara como baño de vapor. El *temazcalli* era muy utilizado por los *ticitl* (médicos herbolarios) para ayudar a aplicar los masajes medicinales y por las parteras para que se desinflamaran los intestinos de la mujeres que acababan de dar a luz.

Palacios.

El camino imaginario que hemos seguido nos conduce al fin al centro de la ciudad, ante las puertas del Recinto Sagrado. Hacia su costado sur existía una enorme plaza, y a su alrededor podían admirarse los grandes palacios de los *Huey tlatoanis*, con sus enormes jardines y fuentes. En la actualidad, la Plaza de la Constitución ocupa el sitio de su antecesora prehispánica, aunque ahora tiene una dimensión menor; y los edificios como el Palacio Nacional, el Departamento del Distrito Federal, el Portal de Mercaderes y el del Nacional Monte de Piedad ocupan, de manera aproximada, el sitio de aquellos palacios mexicas.

Para hacer más comprensible la ubicación de estos importantes edificios, tanto prehispánicos como actuales, remitimos al lector a los planos números 1 y 2, en los que indica la localización de los palacios y edificaciones más relevantes en el centro de la ciudad.

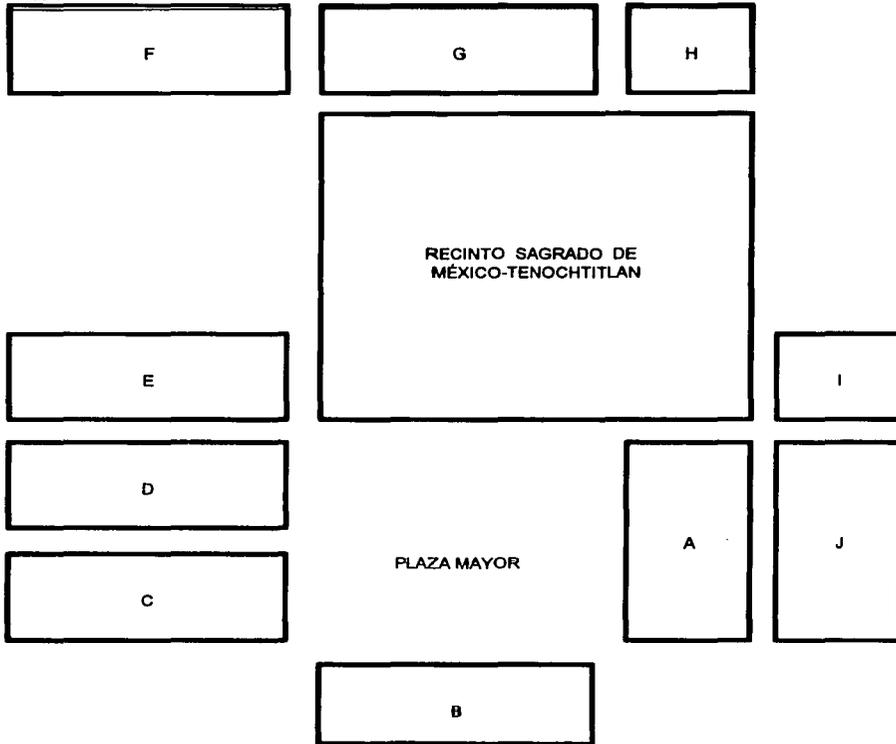
Debido a esto, se harán continuas comparaciones entre la traza que debió existir hacia 1519 [plano 1] y la actual traza del centro de la ciudad [plano 2]. De esta manera se establece, en primer lugar, la posible ubicación de los palacios y las casas reales, para después describirlos.

Localización.

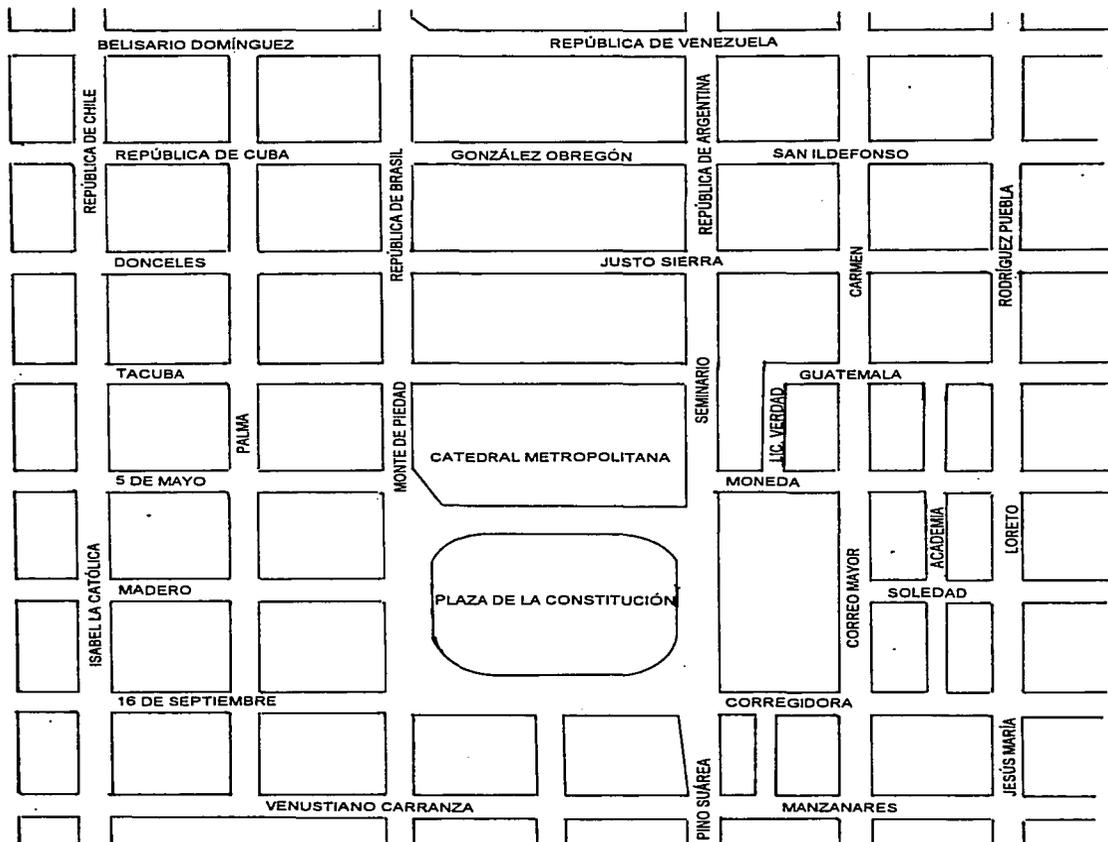
En el plano número 1 se puede observar que cada edificio cuenta con una letra:

- *) Recinto Sagrado
- **) Plaza Mayor
- A) Palacio de Moctezuma Xocoyotzin (II)
- B) Palacio del *Cihuacóatl*
- C) Palacio de Moctezuma Ilhuicamina (I)
- D) Casa de Canto (*Cuicacalli*)
- E) Palacio de Axayácatl
- F) Palacio de Cuauhtémoc
- G) Palacio de los Guerreros
- H) Palacio de Armas
- I) Zoológico del *Huey tlatoani*
- J) Casa de Aves

El Recinto Sagrado (*), sirve de referencia para ubicar los palacios y casas reales, así como la Plaza Mayor (**) en el centro de la ciudad.



PLANO 1
CENTRO DE MÉXICO-TENOCHTITLAN HACIA 1519
Reconstrucción de Pedro A. López Saucedo



PLANO 2
 TRAZA ACTUAL DEL CENTRO HISTÓRICO DE LA CIUDAD DE MÉXICO.
 Reconstrucción de Pedro A. López Saucedo.

La Plaza Mayor (**) era la más importante de la ciudad, puesto que era el único gran espacio abierto dentro de ella, lo que permitía la celebración de las multitudinarias ceremonias en honor de los dioses. Esta plaza se ubicaba al sur del Recinto Sagrado(*) [plano 1], lugar donde iniciaba, o desembocaba, la calzada de Iztapalapa. Junto a esta Plaza Mayor existía otra de menor tamaño, creada en el espacio que formaban la desembocadura de las dos calzadas de mayor tránsito en la ciudad, que eran las que provenían de Iztapalapa y Tacuba (sur y poniente, evitándose de esta manera que todas las personas que visitaban la ciudad en días de mercado o de ceremonias, “profanaran” con su presencia el Recinto Sagrado. En capítulos anteriores se señaló que para evitar este problema, se diseñó un espacio frontero a las puertas sur y poniente, para que de esta manera la gente pudiera reunirse y transitar de un lugar a otro sin problemas, pero sobre todo, sin profanar este recinto.

Si tomamos como ejemplo el movimiento de las manecillas de un reloj, puede explicarse con mayor claridad la ubicación de estos palacios. Al comenzar a las 15:00 horas, se puede hacer la lectura del plano 1, en cuya parte superior se localiza el Palacio de Moctezuma Xocoyotzin, “el Joven”, conocido también como Moctezuma II (A). En este sitio se ubica, de manera aproximada con las mismas dimensiones, el actual Palacio Nacional (Alcoer 1935: 88; Marquina 1990: 199; Soustelle 1984: 33; Lombardo de Ruiz 1992: 28), y tiene como límites actuales, al poniente, la Plaza de la Constitución, al norte la calle de Moneda, al oriente la calle de Correo Mayor, y al sur la calle de Corregidora [plano 2].

Pero existían además dos edificios anexos (I y J), los cuales pueden ser identificados en el plano atribuido a Cortés [figura 8]. Estos edificios son, el denominado zoológico del *Huey tlatoani* (I) y la Casa de Aves (J) [plano 1].

Al seguir con el movimiento de las manecillas del reloj, hacia el sur de la plaza, se ubicaba el Palacio del *Cihuacóatl* (B), la segunda autoridad mexicana después del *Huey tlatoani* y las casas de algunos nobles. Este lugar lo ocupan ahora los edificios del Departamento del Distrito Federal, entre las calles de Pino Suárez, Carranza, 5 de Febrero y la Plaza de la Constitución (Guzmán 1989: 51; Lombardo de Ruiz 1973: 182; 1992: 28) [plano 2].



FIGURA 8

FRAGMENTO DEL PLANO DE LA CIUDAD ATRIBUÍDO A HERNÁN CORTÉS. HACIA EL ÁNGULO SUOESTE DEL RECINTO SAGRADO PUEDEN DISTINGUIRSE LA CASA DE AVES (J) Y EL ZOÓLOGICO DEL HUEY TLATOANI (I). ESTOS LUGARES PUEDEN IDENTIFICARSE DE MANERA CLARA PORQUE ESTÁN REPRESENTADOS CON VARIOS ANIMALES DIBUJADOS ENTRE CUADROS.

Fuente: *Planos de la ciudad de México*, de Manuel Toussaint, Federico Gómez de Orozco y Justino Fernández, 1990, p 69.

Hacia el poniente de la Plaza Mayor se ubicaban tres grandes palacios. Todos ellos por las habitaciones y jardines que tenían, así como por el uso a que estaban destinados, eran enormes, pues ocupaban una extensión muy considerable, la cual se señala en cada caso, pero por el momento, se establece que todos ellos tenían una extensión comprendida entre la Plaza Mayor y la actual calle de Isabel la Católica (Guzmán 1989: 51) [plano 2].

El primero de estos palacios estaba ubicado entre las actuales calles de 16 de septiembre y Madero [plano 2], y era el de Moctezuma Ilhucamina ("El de rostro ceñudo"), conocido también como Moctezuma I o "el Viejo" (C). Después se conoció a este lugar como "El Portal de Mercaderes", nombre que aún conserva.

El segundo era el *Cuicacalli* o "Casa de Canto" (D), del cual Durán (1984, I: 188) refiere:

Y es, que en todas las ciudades había junto a los templos, unas casas grandes, donde residían maestros que enseñaban a bailar y cantar. A las cuales llaman cuicacalli, que quiere decir "casa de canto".

El cual estaba construido entre las actuales calles de Madero y 5 de Mayo [plano 2]. Algunos investigadores, como Eulalia Guzmán (1989: 51) consideran que era en este sitio donde estaba el Palacio de Moctezuma Ilhuicamina, pero por detalles y referencias que existen en la *Historia de las Indias* de Durán, se asienta que no es así.

Lo cual explicaría el porqué el *Cuicacalli* no podría estar en el predio ubicado entre las calles de 16 de Septiembre y Madero, ya que está un poco alejado del Recinto Sagrado. Durán al proseguir con su relato sobre este palacio, señala su ubicación (1984, I: 190):

El lugar donde estaba esta casa en México era donde ahora son los Portales de los Mercaderes, junto a la cerca grande de los templos, donde todos estaban metidos. Que, como creo dejo dicho, diez o doce templos principales que había en México, hermosísimos y grandes, todos estaban dentro de un gran cerco almenado, que no parecía sino cerca de ciudad, donde, a una esquina de esta cerca, estaba esta casa de canto y danza.

En esta cita existen dos frases claves, “junto a la cerca” y “a una esquina de esta cerca”. Estas palabras hablan de que la casa de canto estaba en una esquina del Recinto Sagrado; pero además, Durán nos indica que durante la segunda mitad del siglo XVI, en ese sitio se construyó el Portal de Mercaderes. Con estos datos, y si recordamos las palabras de Ignacio Alcocer (1935: 69-70), se puede suponer que:

El lugar donde estaba el *Cuicacalli* principal en la ciudad de México, era cerca de la esquina del gran muro que rodeaba los templos, en dirección, y no lejos, de donde ahora están los Portales de Mercaderes.

El tercer palacio corría de 5 de Mayo a Tacuba [plano 2], y era el Palacio de Axayácatl (E), edificio en donde se alojaron los españoles y los tlaxcaltecas cuando llegaron a México-Tenochtitlan en 1519. Este lugar lo ocupa ahora el Nacional Monte de Piedad de don Pedro Romero de Terreros (Marquina, 1990: 199-200; Lombardo de Ruiz, 1992: 28).

Después del Palacio de Axayácatl, no hay ninguna referencia sobre el edificio que ocupaba el espacio entre las actuales calles de Tacuba y República de Cuba.

Al norte de estos cuatro palacios, al seguir el mismo camino de la calzada que conducía al Mercado de Tlatelolco, se localizaba el Palacio de Cuauhtémoc (F), que antes había sido de su padre Izcóatl (Alcocer, 1935: 89). Se cree que se ubicaba en la actual Plaza de Santo Domingo (Marquina, 1990: 200; Lombardo de Ruiz, 1992: 28), sitio que hoy queda comprendido entre las calles de República de Cuba y la de Belisario Domínguez, y tenía por otros límites el espacio que hay desde la Calle de República de Brasil hasta Isabel la Católica [plano 2]. Es el propio Cortés (1987: 173) quien recuerda su ubicación:

... [cuando] acabamos de ganar toda la calle de Tacuba y de adobar los malos pasos della... e por la calle principal, que iba al mercado, se ganaron otras dos puentes y se cegó bien el agua, y quemamos las casas del señor de la ciudad, que era mancebo de edad de diez y ocho años, que se decía Guatimucín [Cuauhtémoc], que era el segundo señor después de la muerte de Mutezcuma; y en estas casas tenían los indios mucha fortaleza, porque eran muy grandes y fuertes y cercadas de agua.

Ello indicaría que este palacio estaba ubicado hacia la esquina noreste del Recinto Sagrado, justo en el sitio que ahora ocupa la Plaza de Santo Domingo, como lo asegura Alcocer (1935: 90):

Por este respecto tan marcado a la vieja traza de la ciudad demolida, debe haber quedado el frente del palacio de Cuauhtémoc convertido en la actual plaza de Santo Domingo, pues todos los palacios de reyes mexicanos tenían al frente un gran espacio de terreno libre o plazuela, grandes jardines y estanques.

Hacia el norte, frente al Recinto Sagrado se ubicaban dos grandes palacios: el de los Guerreros (G) y el de la Casa de Armas (H). El Palacio de los Guerreros (G), estaba construido en el sitio donde ahora se ubica el edificio de la Secretaría de Educación Pública, entre las calles de González Obregón, República de Argentina, República de Venezuela y República de Brasil [plano 2]. Para hacer esta afirmación se han considerado los trabajos de excavación hechos en el "Templo Mayor" a partir de 1978, en las que se puso de manifiesto que hacia la calle de Justo Sierra y República de Argentina se ubicaba el recinto de los Guerreros-Águila, dentro de lo que era el Recinto Sagrado. Por lo que si en este lugar existía un recinto para los guerreros, es lógico que debía ubicarse cerca de ahí el palacio donde ellos residían y se ejercitaban, y ese lugar debía ser el predio donde ahora se localiza el edificio de la Secretaría de Educación Pública, por su cercanía a este recinto.

El Palacio o Casa de Armas (H) debió estar ubicado en el espacio localizado entre las calles de San Ildefonso, El Carmen, Belisario Domínguez y República de Argentina [plano 2]. Algunos cronistas como Cervantes de Salazar (1971, II: 320), Vetancurt (1971: 50), Herrera (1945-47, II: 217-218) y Solís y Rivadeneira (1968: 171), refieren que existían varias casas de armas, en una de las cuales se elaboraban, y en otras se almacenaban. Algunas de las armas se guardaban en unos almacenes construidos para ese fin sobre las cuatro puertas del Recinto Sagrado; por ello, el sitio indicado para la edificación de la "fábrica de armas", debía estar cercano al él y al Palacio de los Guerreros por obvias razones, y el sitio ideal para esta construcción es el que está justo entre ellos, y que señalamos en el plano 1.

Hacia el suroeste, para cerrar la serie de edificios que rodeaban al Recinto Sagrado y la Plaza Mayor, se ubicaban los ya mencionados zoológico de Moctezuma Xocoyotzín (I) y la Casa de Aves (J). El

primero de ellos, el zoológico (I), se ubicaba atrás del Recinto Sagrado, en su esquina suroeste, en las actuales calles de Correo Mayor, República de Guatemala, Loreto y Moneda [plano 2]. El segundo (J) de ellos se ubicaba entre las calles de Correo Mayor, Moneda, Loreto y Corregidora [plano 2], justo a espaldas del Palacio de Moctezuma Xocoyotzin. Estos edificios se analizarán en el capítulo siguiente, dado el extraordinario uso a que estaban destinados y las sorprendentes narraciones que se han hecho de ellos.

Con estos edificios concluye la localización de los palacios, para dar inicio a la descripción de algunos de ellos.

Descripción de los Palacios.

-Palacio de Moctezuma Xocoyotzin.

La magnificencia del Palacio de Moctezuma Xocoyotzin ha dejado asombrada no sólo a la generación de hombres que la conocieron, sino que ha trascendido a lo largo de varios siglos, incluso hasta hoy, gracias a las elogiosas palabras que le dedicaron los conquistadores y cronistas españoles, como Francisco de Aguilar (1977: 81), quien dice:

... [las grandes casas y sus habitaciones] eran de gran circuito a la redonda y cercado de agua. Estos palacios eran, como digo grandes y cosas muy de ver, y dentro muchos aposentos cámaras y recámaras, palacios, salas muy buenas...

o el propio Cortés (1987: 75), el cual afirma que en su país no los había igual.

El *Tecpan* o Palacio de Moctezuma Xocoyotzin contaba con veinte puertas que daban hacia las calles y plazas principales (Cervantes de Salazar, 1971, II: 316; Las Casas, 1967, I: 266; Vetancurt, 1971: 48-49; Herrera, 1945-47, II: 212; Fernández de Oviedo, 1944-45, V: 58; Torquemada, 1979, I: 405), aunque algunos autores señalan que su número era de treinta (Solís y Rivadeneira, 1968: 163). Existían además las llamadas "puertas falsas", apartadas de las principales, por las cuales entraban los sirvientes con la leña (Durán, 1984, I: 112); así como entradas que eran atravesadas por canales, los cuales conducían

hasta el interior del palacio, para que de esta manera los comestibles y demás bastimentos llegaran hasta la cocina del *Huey tlatoani*.

La fachada principal, orientada hacia la Plaza Mayor, estaba elaborada con jaspes de diferentes colores, *tecalli*, obsidiana y tezontle (Las Casas, 1967, I: 266; Cervantes de Salazar, 1971, II: 212; Herrera, 1945-47, II: 212; Solís y Rivadeneira, 1968: 163; Vetancurt, 1971: 48-49; Torquemada, 1979, I: 405). Sobre las puertas estaba esculpido el escudo de armas de Moctezuma Xocoyotzin, consistente en un águila que toma entre sus garras a un jaguar. Quien describe este escudo es fray Agustín de Vetancurt (1971: 50):

... [era] vna Aguila abatida á vn Tigre, las manos, y vñas leuantadas como para hazer prefa, y ehta era la infignia que traía en fus banderas... del Glifo que tenia en efcudo de las armas de fu Palacio el Gran Emperador Motecuhzuma...

En su interior, el palacio poseía tres grandes patios, en uno de los cuales existía una fuente abastecida de manera subterránea con el agua que venía del Acueducto de Chapultepec (Las Casas, 1967, I: 266; Vetancurt, 1971: 48; Torquemada, 1979, I: 405; Clavijero, 1987: 128-129). Una vez llegada el agua a esta fuente, su caudal era conducido a diversas partes del palacio también a través de caños subterráneos de barro; al respecto Antonio de Herrera (1945-47, II: 212) asegura que en:

...[la habitación de Moctezuma Xocoyotzin], la qual en su Lengua, llaman Tecpan, que quiere decir, Palacio, i Casa Real: tenía veinte Puertas, que todas, por su orden, salian á la Plaça, i Calles publicas, tres Patios miu grandes: en el vno havia vna mui linda Fuente de mucha Agua, la qual por sus caños debaxo de Tierra, iba á otras partes de la Casa.

Alrededor de estos patios estaban distribuidas cien habitaciones, de veinticinco a treinta pies de largo, así como cien baños (Fernández de Oviedo, 1944-45, V: 50-51; López de Gómara, 1979: 117; Las Casas, 1967, I: 266; Cervantes de Salazar, 1971, II: 316; Herrera, 1945-47, II: 212; Vetancurt, 1971: 48).

Para las vigas de los techos y para las jambas y dinteles de los accesos en las habitaciones se utilizaban maderas muy gruesas, fuertes y olorosas, como las del cedro, ciprés, pino, palma y algunas otras. Todas estas maderas estaban muy bien labradas y entalladas, algunas con bellas representaciones

de animales y follaje, pero lo más sorprendente de este enmaderamiento es que no utilizaba clavos o remaches, hecho que asombró mucho a los españoles (Las Casas, 1967, I: 266).

En su interior cada habitación estaba pintada, y algunas contaban con tapices y cortinajes de diversos materiales, los cuales son descritos por Herrera (1945-47, II: 212-213):

Las Cámaras [estaban] pintadas, i esteradas muchas de ellas, entapiadas de ricas Telas, de Algodon, Pelo de Conejo, i de Pluma.

Existían además, varias salas, algunas muy amplias, en donde se reunían los grandes señores para deliberar sobre causas diversas:

Entre otras salas había una tan grande que, según depone un testigo ocular y exacto, cabían en ella 3,000 hombres, y sobre ella se formaba un corredor o placete en que podrían, según su amplitud, jugar cañas 30 hombres a caballo (Clavijero, 1987: 128-129).

En relación con el mobiliario de las habitaciones, éste era en realidad muy sencillo, pues sólo constaba de una cama hecha con una estera o heno sobre la que se colocaba una o varias mantas (Cervantes de Salazar, 1971, II: 317; Vetancurt, 1971: 48-49). Sobre la limpieza de estas habitaciones, bástenos citar las siguientes palabras:

Todos los palacios y casas reales se mantenían sumamente limpios, aunque aquellos a que jamás iba Moctezuma; porque apenas había cosa de que más se preciase, que de la limpieza en su persona y en todas sus cosas (Clavijero, 1987: 130).

Respecto a los usos a que estaba destinado este palacio de Moctezuma Xocoyotzin, hay varias interpretaciones. En el presente trabajo se considera que al ser tan grande el palacio, y al contar con tantas salas y habitaciones distribuidas en tres patios, debían cumplirse varias funciones. Una de ellas la proporciona fray Bernardino de Sahagún en el *Códice Florentino* (1979, III: 392), pues al mencionar la definición de *Tecpan calli* señala que eran las casas reales donde habitaban los señores y jueces, además de ser el sitio donde se realizaban audiencias y se determinaban las causas públicas. Esta interpretación

la sugiere el *Códice Mendocino* (1979: 188), en particular la lámina LXX [figura 9] en donde al pie de la ilustración se lee:

Folio 68, verso.

Declaración de lo figurado en la plana siguiente. La traza de las salas del Concejo del Señor de México y sus casas reales y patios y gradas por donde entraban y el trono y asiento de Moteczuma.

De esta manera, se considera que las habitaciones y salas del primer patio del palacio estaban dedicadas a la administración e impartición de justicia. Y de nuevo es Sahagún (1981, II: 309) quien indica el uso de cada una de estas salas del primer patio, que recibían el nombre de *tlaxitlan*:

El palacio de los señores, o casa reales, tenía muchas salas: la primera era la sala de la Judicatura, donde residía el rey, los señores cónsules, o oidores, y principales nobles, oyendo las cosas criminales, como pleitos y peticiones de la gente popular, y allí juzgaban y sentenciaban a los criminales a pena de muerte, o ahorcar, o apedrear o achocarlos con palos... y también allí juzgaban a los principales nobles y cónsules, cuando caían en algún crimen condenándolos a muerte o a destierro, o ser trasquilados, o les hacían maceguals o los desterraban perpetuamente del palacio, o echábanlos presos en unas jaulas recias y grandes...

Otra sala recibía el nombre de *Teccalco*, que significaba "casa de señorío", en donde se llevaban a cabo juicios para solucionar pleitos y peticiones de la gente del pueblo, las cuales eran llevadas a cabo por los ancianos, quienes revisaban los "expedientes" o causas del conflicto, y solicitaban la presencia de testigos para determinar con suma prudencia la mejor solución. El *Códice Mendocino* en su lámina LXX [figura 11] señala la existencia de otra sala en este palacio, llamada *tequiacacalli*, "casa de jefes", dedicada a la reunión del Consejo de Guerra (*Códice Mendocino*, 1979: 188; Sahagún 1981, II: 311). En esta sala se reunían los más altos guerreros de las órdenes militares con el *Huey tlatoani* para pactar acuerdos y campañas militares. Aunque Sahagún refiere la existencia y uso de "otras salas del palacio" se considera que éstas eran más bien los otros palacios que estaban alrededor de la Plaza y Recinto Sagrado, como se verá más adelante.

Quizá el siguiente patio y sus habitaciones estaban destinados al servicio del *Huey tlatoani*, como lo eran sus salas de recepción, comedores, cocina, almacenes y habitaciones de la servidumbre. Sobre el



FIGURA 9

PALACIO DE MOCTEZUMA, LÁMINA LXX DEL CÓDICE MENDOCINO.

Fuente: "Arquitectura mexicana" de Eduardo Matos Moctezuma, en *Arqueología Mexicana*, 1995, Vol. III, No. 15, p. 51.

servicio de los alimentos en el palacio Cortés (1987: 76) refiere que de manera cotidiana trecientos o cuatrocientos hombres le servían a Moctezuma Xocoyotzin todo género de manjares, lo que indica la indispensable existencia de varias salas donde se preparaban y almacenaban estos platillos. (1987: 76).

En el tercer patio estaban las habitaciones particulares de Moctezuma Xocoyotzin y de sus mil mujeres, aunque otros autores aseguran que llegaban a tres mil, cifra en la que se incluyen las criadas y las esclavas (Fernández de Oviedo, 1944-45, V: 57-58; Cervantes de Salazar, 1971: 317; Herrera, 1945-47, II: 212-213). Es posible que estas habitaciones eran las que tenían los más ricos y delicados trabajos de telas, plumas y pelos de venado y conejo de los más diversos colores, que cubrían sus paredes. Asimismo, en este último patio, existía la fuente antes señalada, con bellos y olorosos jardines, donde existía todo género de flores y plantas sólo para el deleite de sus moradores.

Antonio de Solís y Rivadeneira (1968: 172) afirma que existía una casa en donde Moctezuma Xocoyotzin se retiraba cuando ocurría el deceso de algún pariente o cuando sucedía alguna calamidad. Esta casa, llamada de la tristeza, era:

...de horrible arquitectura, negras las paredes, los techos y los adornos; y tenía un género de claraboyas o ventanas pequeñas que daban penada la luz, o permitían solamente la que bastaba para que se viese la obscuridad: formidable habitación donde se detenía todo lo que tardaba en despedir sus quebrantos donde se le aparecía con más facilidad el demonio...

La casa también recibió el nombre de "palacio teñido de negro" (*Códice Ramírez*, 1980: 79), edificación que pertenecía a otra de las salas del palacio.

-Palacio de Moctezuma Ilhuicamina.

En este palacio se ubicaban los graneros y almacenes de plumas, así como los códices en los cuales se registraban los tributos que recibía México-Tenochtitlan (Guzmán, 1989: 54):

...en las puertas de las cafas donde se recogían los granos tenía un conejo...(Vetancurt, 1971: 50).

animal que debía tener relación con el abastecimiento y las buenas cosechas, como ejemplo de la fertilidad y la abundancia. Este edificio, por el uso que tenía, recibía el nombre de *Petlacalco* “en el cofre, en la caja”. Y una sala del palacio recibía el nombre de *Calpixcalli*, que significaba “Casa de Mayordomos”; en este lugar se reunían los mayordomos del *Huey tlatoani*, para dar cuenta de lo que se recaudaba. Esta afirmación la sugieren las palabras de Cervantes de Salazar (1971, II: 319), quien dice:

Tenía también Motezuma casa para solamente graneros y donde poner la pluma y mantas de la renta y tributos, que era cosa muy de ver: sobre las puertas había por armas un conejo. En esta casa vivían los mayordomos, tesoreros, contadores, receptores y todos los que tenían cargos y oficios en la real hacienda....

En este edificio, utilizado como alhóndiga, era fácil almacenar maíz para veinte años, así como frijol, sal, chile y pepitas de calabaza (Sahagún, 1981, II: 312). Respecto al registro de los tributos que se recibían, se tenía:

...[un cuarto] lleno de libros con pinturas jeroglíficas, que presentaban un cuadro completo del sistema económico del palacio. El cuidado de todo estaba confiado a un tesorero que era una especie de mayordomo de la casa real... (Prescott, 1985: 283).

Algunos de los trabajadores de este almacén eran hombres que cumplían una condena menor bajo vigilancia de los mayordomos. Si uno de los mayordomos tomaba parte de lo recaudado y se le sorprendía, era llevado a unas jaulas hechas de gruesos maderos, así como a toda su familia, para después ser condenados a muerte (Sahagún, 1981, II: 312). Al parecer estas cárceles de madera estaban dentro del mismo palacio.

Otra de las salas del Palacio, la cual no fue posible ubicar, es la llamada *Teucalco* o “Casa del Tesoro” de la ciudad. Sahagún (1981, IV: 110-111) es quien más aporta datos sobre esta sala, pues asegura que una vez localizada por los españoles, fueron sacados todos los objetos, tanto aquellos de plumas y piedras semipreciosas como los de oro, para ser repartidos entre ellos.

-Casa de Canto.

Este palacio recibía el nombre de *Cuicacalli*, "casa de canto" en donde además se enseñaba a bailar, cantar y tocar instrumentos. Se ha señalado en párrafos anteriores su ubicación, y en particular su vasta extensión, compuesto de un gran patio donde se escenificaban los bailes para los dioses, y muchos aposentos a su alrededor:

En la ciudad de México y de Tezcoco y de Tacuba, de quien es nuestro particular intento tratar ..., había casas de danza muy bien edificadas y galanas, con muchos aposentos grandes y espaciosos, alrededor de un hermoso patio grande para el ordinario baile (Durán, 1984, I: 190).

En este palacio o "casa de canto" los maestros guardaban los atavíos de baile y los diversos instrumentos musicales (Sahagún, 1981, II: 313).

Mendieta (1980: 140) refiere que estos bailes se llevaban a cabo cada veinte días o antes, siempre que hubiera alguna ceremonia o evento especial, como cuando ocurría alguna victoria, cuando se elegía a un nuevo Señor principal, o cuando un Señor importante se casaba con alguna mujer noble.

-Palacio de Axayácatl.

El segundo palacio de importancia en la ciudad era el Palacio de Axayácatl, en el que se hospedaron los españoles cuando llegaron a México-Tenochtitlan el 8 de agosto de 1519:

...así caminaron por una media legua dentro de la ciudad hasta llegar al palacio del difunto rey Axayácatl, situado a poca distancia de la puerta occidental del Templo Mayor, en donde se les había dispuesto el alojamiento (Clavijero, 1987: 335).

Este palacio estaba dedicado a hospedar a los Señores de otras regiones y sus embajadores, así como a los forasteros (Torquemada, 1975, I: 406; Vetancurt, 1971: 49); Sahagún señala a este palacio como el *Coacalli* o "casa de cooperación" (1981, II: 313). Además del hospedaje, se les otorgaban grandes presentes, como joyas de oro y plata, cuentas de *chalchihuites*, objetos de plumas de aves y miles de mantas labradas y ropa de algodón (Sahagún, 1981, II: 313; Torquemada, 1975, II: 153).

Su extensión era tan grande, que dejó sorprendidos a los españoles cuando se aposentaron en él; fray Francisco de Aguilar (1977: 80-81) relata la impresión que le causó este palacio:

...y así poco a poco entramos en un gran patio de muy gran circuito en el cual había unos aposentos y palacios reales donde podían caber pasados de doscientos mil hombres, aposentos muy buenos y grandes en donde en una parte de ellos se aposentaron el dicho capitán y su gente...

Tanto Las Casas (1967, I: 266) como Vetancurt (1971: 49) refieren que en este palacio se hospedaron los cuatrocientos españoles que acompañaban a Cortés y más de doscientos mil indígenas tlaxcaltecas.

El aspecto que presentaba esta construcción era la de una fortaleza, según refieren Vázquez de Tapia (1973: 41), Clavijero (1987: 335), Prescott (1985: 258) y Cevallos (1979: 172-173), pues aseguran que poseía un muro que lo rodeaba, gruesas paredes, puertas de madera y varios fuertes o torres a ciertos intervalos de distancia, lo que proporcionaba un excelente medio de defensa contra algún ataque. Cuando los españoles llegaron a la ciudad temían ser atacados por los indígenas, por lo que este palacio les resultó ideal para protegerse. Prescott (1985: 258) escribió a este respecto, que:

Estaba rodeado el edificio de un muro de piedra de considerable espesor, con torres o fuertes pilares en ciertos intervalos que proporcionaban buenos medios de defensa.

Algunos de aquellos soldados y capitanes que se alojaron en el palacio ponderaron su magnífica extensión y la amplitud de sus salas y habitaciones, los patios y jardines, así como el asombroso aviario que ahí existía:

E por que lo sintiesen más, este día fice poner fuego a estas casas grandes de la plaza, donde la otra vez que nos echaron de la ciudad los españoles y yo estábamos aposentados, que eran tan grandes, que un príncipe con más de seiscientas personas de su casa y servicio se podían aposentar en ellas, y otras que estaban junto a ellas, que aunque algo menores eran muy más frescas y gentiles, y tenía en ellas Mutezuma todos los linajes de aves que en estas partes había... (Cortés, 1987: 155-156).

Poseía este palacio habitaciones de un solo piso, aunque Prescott (1985: 258) asegura que tenía en su centro un segundo nivel, además de tener sólidos techos de argamasa. Por lo que respecta a las dimensiones de las salas y habitaciones, baste señalar que varios cronistas aseguran que en algunas de ellas podían alojarse de manera cómoda 150 españoles, cada uno en su cama con varias mantas (Cervantes, de Salazar, 1971, II: 307; Herrera, 1987: 335; Torquemada, 1975, II: 153; Clavijero, 1987: 335), Leonardo y Argensola (1940: 179-180) asegura que:

Era aquel alojamiento palacio del rey Axayacatzin, padre de Motezuma, y servía entonces como de recámara para los ídolos. Eran las piezas muchas y tan grandes que en alguna de ellas alojaron ciento y cincuenta españoles, con tener cada cama su toldo, esteras y colgaduras.

En cada habitación había sillas de madera (*icpallis*) elaboradas de una sola pieza (Clavijero, 1987: 335; Cevallos, 1979: 172-173), y varios braseros con diversos aromas, además:

...había fuego y con olores en todas las salas, y tantos hombres de servicio para lo que menester fuese, que mostraba bien el gran poder de su señor (Cervantes de Salazar, 1971, II: 307).

Otro de los aspectos más sobresalientes de este palacio era la sorprendente belleza que tenía cada habitación, debido a que sus paredes estaban decoradas con hermosos tapices hechos de plumas y algodón de muchos colores. Y sobre todo, asombró la extraordinaria limpieza de todas y cada una de las secciones del palacio, pese a su enorme extensión:

Y lo que era mucho de ponderar, que con ser tan grande la Casa, estaba toda ella, sin quedar rincón, mui limpia, lucida, esterada, i entapiada, con paramentos de Algodon, i Pluma de muchas colores, con Camas de esteras, con sus toldillos encima, porque á nadie se daba mas Cama, por Gran Señor que fuese, porque no los vsaban. En todos los Aposentos havia fuego con perfumes... (Herrera, 1945-47, II: 203).

Cámara del Tesoro.

La habitación que más asombro causó a los españoles, era la cámara secreta del tesoro de Axayácatl, consistente en piezas de oro, objetos de plumas y piedras preciosas, entre otros:

...y volvamos a nuestra entrada en México, que nos llevaron [a] aposentar a unas grandes casas donde había aposentos para todos nosotros, que habían sido de su padre del gran Montezuma, que se decía Axayaca, adonde, en aquella sazón, tenía Montezuma sus grandes adoratorios de ídolos y tenía una recámara muy secreta de piezas y joyas de oro, que era como tesoro de lo que había heredado de su padre Axayaca, que no tocaba en ello (Díaz del Castillo, 1986: 162).

Esta habitación estaba oculta a los ojos de cualquier invitado, pero los españoles la descubrieron. Existen varias explicaciones respecto a cómo se descubrió esta cámara del tesoro. El *Códice Ramírez* (1980: 140) refiere que fue el mismo Moctezuma Xocoyotzin quien les mostró el tesoro de Axayacatl y le pidió a Cortés que tomase los objetos que quisiera y los enviase al emperador Carlos V. Otros autores refieren que los españoles una vez que ocuparon las habitaciones del palacio, se dedicaron a buscar de manera desesperada cosas de valor, y así encontraron la puerta secreta de la habitación del tesoro (Leonardo y Argensola, 1940: 192); y para cuando Moctezuma Xocoyotzin se enteró de ello:

...Cortés le dijo un día que los castellanos eran traviosos y como nunca andaban quedos escudriñando la caza, habían tomado cierto oro y otras cosas que hallaron en unas cámaras, que viese lo que mandaba hacer de ello. Esto era lo que él había descubierto cuando mandó abrir aquella puerta. Motecuhzoma respondió: eso es de los dioses de la ciudad; pero dejen las plumas y cosas que no son de oro ni plata y lo demás tomado para vos y para ellos y si más queréis más os daré (Torquemada, 1975, II: 164).

Otra versión nos la proporcionan Díaz del Castillo (1986: 177-178), Tapia (1987: 60-61) y el padre Durán (1984, II: 542-543), quienes refieren que los españoles al buscar un lugar propicio para erigir su altar, encontraron una pared falsa, la cual al parecer, estaba recién hecha, según lo afirmaban algunos hombres que acompañaban a Cortés; éstos le comunicaron que existía una habitación tras esa pared, la cual podía ser la cámara secreta del tesoro. Al abrir esta puerta se hallaron tesoros inimaginables:

Pues estando que estábamos en aquellos aposentos, como somos de tal calidad y todo lo trascendemos y queremos saber, cuando mirábamos adónde mejor y más conveniente parte habíamos de hacer el altar, dos de nuestros soldados, que uno de ellos era carpintero de los blanco, que se decía Alonso Yánez, vio en una pared una como señal que había sido puerta, y estaba cerrada, y muy bien encalada y bruñida, y como había fama y teníamos relación que en aquel aposento tenía Montezuma el tesoro de su padre Axayaca, sospechóse que estaría en aquella sala que estaba de pocos días cerrada y encalada, y Yánez lo dijo a Juan Velázquez de León y a Francisco de Lugo, que eran capitanes y aun deudos míos, y Alonso Yánez se allegaban en su

compañía como criado; y aquellos capitanes se lo dijeros a Cortés, y secretamente se abrió la puerta. Y desde que fue abierta y Cortés con ciertos capitanes entraron primero dentro y vieron tanto número de joyas de oro y en plancha, y tejuelos muchos, y piedras de chalchuius y otras muy grandes riquezas, quedaron elevados y no supieron qué decir de tanta riqueza (Díaz del Castillo, 1986: 177-178).

El volumen que ocupaba este tesoro era tan grande, que amontonado sobrepasaba la altura de un hombre (Durán, 1984, II: 542). Este fabuloso tesoro estaba compuesto de una:

...gran cantidad de rimeros de mantas riquísimas y de aderezos de mujeres; había colgadas por las paredes mucho número de rodela y armas y divisas de ricas hechuras y colores; había muchos rimeros de vasijas de oro, de platos y escudillas hechos a su modo, en que los reyes comían, especialmente cuatro platos grandes, hechos a manera de fuentes, todos de oro, muy labrados y ricos, tan grandes como grandes rodela, y estaban tan llenos de polvo que daban a entender haber muchos días que no servían. Había muchas jícaras de oro, que servían de beber cacao, hechas y labradas a la misma manera que las de calabaza, con sus pies unas y otras sin ellos; había en los rincones del aposento muchas piedras por labrar, de todo género de piedras preciosas (Durán, 1984, II: 543).

El destino de todo estas vasijas, platos, tejos, rodela y otras joyas de oro fue el horno para ser fundidos y así convertirlos en barras para ser entregado a Carlos V y otra parte se repartiese entre los españoles, mientras que las piedras semipreciosas fueron entregadas a los tlaxcaltecas, en tanto que las plumas y telas no se repartieron porque fueron quemadas. Por su parte, la existencia de este palacio fue decidido por Hernán Cortés durante el asedio a México-Tenochtitlan en 1521:

...este día hice poner fuego a estas casas grandes de la plaza, donde la otra vez nos echaron de la ciudad los españoles y yo estábamos aposentados... (Cortés, 1987: 155).

-Palacio de Cuauhtémoc.

De este palacio sólo se sabe que era muy grande y estaba delimitado por acequias, mismo que durante el asedio de la ciudad sirvió de fortaleza a los indígenas, para terminar incendiado por órdenes de Cortés:

...y quemamos las casas del señor de la ciudad, que era mancebo de edad de diez y ocho años, que se decía Guatimucín, que era el segundo señor después de la muerte de Mutezuma; y en estas casas tenían los indios mucha fortaleza, porque eran muy grandes y fuertes y cercadas de agua (Cortés, 1987: 173).

-Palacio de los Guerreros.

Se sabe de la existencia de este palacio de los guerreros por los padres Durán (1984, I: 112-113) y Acosta (1962: 314-315), así como por el *Códice Ramírez* (1980: 76-77). Éstos últimos señalan la existencia de cuatro salas dedicadas a las distintas órdenes guerreras, de tal manera que a la primera sala se le denominaba:

...el aposento ó sala de los príncipes, al segundo el de las águilas, al tercero de los tigres y leones, al cuarto de los caballeros pardos, etc. (*Códice Ramírez*, 1980: 76-77).

Por su parte, el padre Durán señala a estas casas como las *Pilcalli* o "casa de caballeros" (1984, I: 112-11), donde cada uno de ellos tenía su lugar y asiento propio. Existía la pena de muerte para aquella gente común que penetraba en estas salas sin pertenecer a alguna de las órdenes guerreras (Acosta, 1962: 315).

-Palacio de las armas.

El palacio o casa de las armas, llamado *Tlacoachcalco*, era el gran arsenal de México-Tenochtitlan. En este edificio estaban dispuestas varias salas para guardar las armas e insignias de guerra, distribuidas en dos niveles. Aunque varios cronistas refieren la existencia de "muchas casas de armas" en toda la ciudad.

En lo que respecta a este palacio o casa, Solís y Rivadeneira asegura que eran dos las casas de armas (o mejor dicho, dos secciones), pues en una de ellas se elaboraban las armas y vivían sus expertos constructores, y en la otra iban almacenándose, por lo que se puede suponer que seguía el mismo patrón que el *Cuicacalli* o "casa de canto" (lugar de enseñanza -fabricación- y de práctica -almacén-):

No se conocía menos la grandeza de Motezuma en otras dos casas que ocupaban su armería. Era la una para la fábrica, y la otra para el depósito de las armas. En la primera vivían y trabajaban todos los maestros de esta facultad, distribuidos en diferentes oficinas según sus ministerios: en una parte se adelgazan las varas para las flechas; en la otra se labraban los pedernales para las puntas; y cada género de armas ofensivas y defensivas tenía su obrador y sus oficiales distintos, con algunos superintendentes que llevaban a su modo la cuenta y razón de los que se trabajaba (Solís y Rivadeneira, 1968: 171).

Clavijero (1987: 130) menciona que no sólo trabajaban en estas casas de armas los oficiales de armas, sino también plateros, lapidarios, pintores y artifices de pluma (amantecas).

El palacio contaba con varias puertas, sobre las cuales estaban colocados los escudos distintivos de las casas de armas, que eran un arco y dos portaflechas o aljabas (Vetancurt, 1971: 50; Cervantes de Salazar, 1971, II: 320):

El Blason, que sobre las Puertas estaba puesto, era vn Arco, i dos Aljabas, porque este era el genero de Armas, que ellos mas vsaban (Herrera, 1945-47, II: 217-218).

En su interior, se guardaban toda clase de armas; en la parte superior las de la más alta nobleza, colgadas sobre las paredes; mientras que en las demás salas se ordenaban las armas de acuerdo con su uso, ya fueran de ataque o de defensa. Entre las de ataque estaban las macanas, flechas, arcos, lanzas, hondas, lanzadardos, dardos y aljabas, con puntas de diversos materiales, como pedernal o madera quemada. Y entre las de defensa estaban los escudos, petos, cascos, brazaletes y "armaduras de cuero":

Las armas que en esta casa había eran muchas, porque eran muy muchos los que las usaban. Las armas, pues, eran arcos, flechas, hondas, lanzas, lanzones, dardos, porras, espadas, que ellos llaman macanas, broqueles y rodela, más galanas que fuertes, cascos, grebas y brazaletes, no de hierro, sino de palo dorado o cubierto de cuero y no en tanta abundancia como las otras armas (Cervantes de Salazar, 1971, II: 320).

Es indudable que todo el armamento de la ciudad no podía estar en un solo lugar, sino que existían otras armerías por toda la ciudad, como lo demuestra la existencia de otras cuatro *tlacochcalco* ubicadas en el centro de la ciudad, y en particular, sobre las cuatro entradas del Recinto Sagrado.

-Zoológico del *Huey tlatoani* y Casa de las Aves.

Estas construcciones merecen un estudio aparte, el cual se hará en el siguiente capítulo, ya que su utilidad no era habitacional o para almacenar, sino para albergar una amplia colección de animales y plantas de Mesoamérica.

-Palacio del Cihuacóatl.

No existe descripción alguna sobre esta construcción.

5.4 Casas de Presos.

En párrafos anteriores se señaló que en el Palacio de Moctezuma Ilhuicamina se encontraban algunas jaulas hechas de gruesos maderos, las cuales servían como celdas para aquellos mayordomos que defraudaban la confianza del *Huey tlatoani*. Otra de estas casas de presos se ubicaba dentro del Recinto Sagrado, según refieren varios cronistas (Sahagún, 1981, I: 232- 233; Torquemada, 1976, III: 220-221, 232-233), aunque en ésta sólo estaban los cautivos de guerra y los espías que iban a ser sacrificados a los dioses.

Pero existía una casa de presos o cárcel destinada de manera exclusiva para aquellos que cometían delitos que eran muy sancionados, como el beber pulque sin ser anciano, el hurto y el asesinato, entre otros [figura 10]. Dicha construcción es referida por el padre Durán (1984, I: 183-184):

...[para los indígenas que] habiendo cometido alguno de los delitos dichos y de los demás delincuentes, había una cárcel, a la cual llamaban en dos maneras, o por dos nombres. El uno era cuauhcalli, que quiere decir "jaula o casa de palo", y la segunda manera, era *petlacalli*, que quiere decir "casa de esteras".

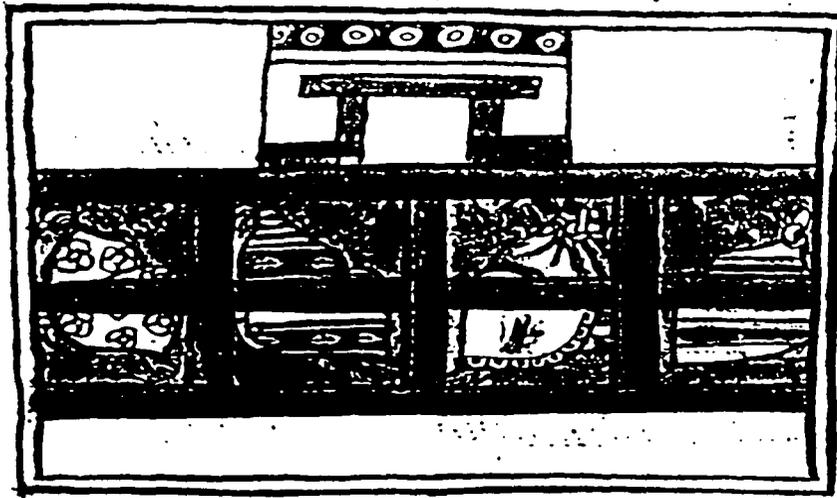


FIGURA 10
REPRESENTACIÓN DE UNA CÁRCEL DE ACUERDO A UN DIBUJO DE SAHAGÚN.
Fuente: *Códice Florentino*, de fray Bernardino de Sahagún, 1979, Tomo II, p. 227.

Dicha casa estaba compuesta de dos galerías hechas de gruesos maderos, a manera de jaulas; en la parte superior se hallaba una gran loza, la que servía de techo. Este techo tenía una abertura, por la que introducían al preso, para luego ser cubierta por una tapa de piedra:

Era esta cárcel una galera grande, ancha y larga, donde, de una parte y de otra, había unas jaulas de maderos gruesos, con una planchas por cobertor, y abrían por arriba una compuerta y metían por allí al preso y tornaban a tapar, y poníanle encima una losa grande... (Durán, 1984, I: 184).

Su localización puede establecerse sin lugar a dudas, en la esquina noreste que forman las avenidas Paseo de la Reforma e Hidalgo, espacio que durante la época Colonial ocuparon la Iglesia y Hospital de San Hipólito, aunque en la actualidad sólo subsiste la Iglesia, mientras que el edificio del hospital lo ocupan varios negocios. De nuevo es Durán (1984, I: 184) quien aporta esta información, pues asegura que "estaba esta casa donde ahora está la casa de los convalecientes, en San Hipólito".

Sonia Lombardo (1973: 197) por su parte, asegura que otras cárceles o casas de presos se construían en cualquier lugar, pues no había sitio o edificio específico para esto.

México-Tenochtitlan fue considerada por los españoles como la "gran ciudad" indígena, debido sobre todo a sus grandes palacios y miles de casas, tanto palaciegas como comunes, construcciones que han sido estimadas en más de sesenta mil. La edificación de cualquiera de éstas requería de un esfuerzo significativo, pues debían transportarse los materiales para su construcción, como los maderos, piedras, cal, e incluso arcilla, desde tierra firme. Por supuesto que el esfuerzo para construir una de las llamadas "casas de cal y canto" era menor en comparación con el destinado para edificar alguno de los grandes palacios, mismos que contaban con uno o dos pisos, en donde existían varias salas, baños y algunos jardines con fuentes. Varias de las fachadas, columnas y pisos de estos palacios estaban recubiertas con piedras como el *tecalli*, la obsidiana o el jaspe. Algunos palacios, como los de Axayácatl y de Moctezuma Xocoyotzin poseían dentro de sus jardines fuentes y estanques, mismos que servían para albergar peces y aves de diferentes especies; estas edificaciones servían no sólo como casa-habitación, sino también como

edificios administrativos, almacenes-alhóndigas, aposentos de huéspedes y hasta sedes de actividades cívico-religiosas, como el canto y el baile.

México-Tenochtitlan resultaba ser "el centro urbano" de la cuenca del valle de México, pues por la planeación, abundancia y suntuosidad de sus obras arquitectónicas destacaba sobre todas las demás ciudades [apéndice 2]. Lo anterior también nos advierte sobre un proceso que cada vez se hacía más evidente, y era que la ciudad se convertía, poco a poco, en el sitio que aglutinaba a la más selecta sociedad mexicana, debido a que casi la totalidad de la población se dedicaba a actividades cívico-religiosas, administrativas, comerciales y militares, y en algunos casos, a labores diplomáticas, como sucedía con los hijos y los Señores de las poblaciones "aliadas" (Tacuba y Texcoco por ejemplo), que debían residir durante cierto tiempo en las casas que se habían edificado para este fin, de manera que se mantenía sobre todos ellos un control permanente; sólo una mínima parte de la población -la que vivía en las orillas y en las zonas chinamperas- se dedicaba a la producción de alimentos. Por ello es probable que la "élite mexicana", contara con edificaciones dignas de su posición y de la ciudad que regía los destinos del *Cem anahuac tenuchca tlalpan* ("el mundo, tierra tenochca"). Esta apreciación ha surgido de las mismas fuentes, o más bien, la ausencia de información respecto a la descripción de otras ciudades, como Cempoala, Iztapalapa o la misma Texcoco, es notoria, y lo que se desprende de ello es que las poblaciones visitadas por los españoles no eran equiparables a la majestuosidad que presentaban las construcciones de la ciudad-capital mexicana.

La distribución de las edificaciones habitacionales seguía una disposición concéntrica: las casas hechas de barro y bajareque estaban en las orillas de la ciudad, y conforme se avanzaba hacia el centro, las construcciones eran cada vez más grandes y suntuosas, de tal forma que alrededor del Recinto Sagrado y de la Plaza Mayor se hallaban los palacios más importantes y majestuosos. Por supuesto que esta disposición no era gratuita, sino que respondía a una estrategia defensiva por parte de los mexicanos con implicaciones de carácter religioso. Desde sus inicios, los dioses indicaron el sitio preciso donde debía construirse la ciudad, así como la organización que debía tener: estar dividida en cuatro cuadrantes con un vértice que sirviera como núcleo. Según la cosmogonía mexicana, el Recinto Sagrado era la representación del centro de la creación, el sitio desde donde se proyectaba lo sagrado hacia los cuatro rumbos del

universo. De acuerdo con esta concepción el “centro” es el origen de todo lo que existe, y a partir de este centro se lleva a cabo la creación del universo. Esta misma situación aconteció en la ciudad: primero fue fundado el Recinto Sagrado y después de ello comenzaron a edificarse las casas y palacios a su alrededor. De esta manera, la ubicación en el centro de la ciudad del recinto no era fortuita, sino que respondía a una necesidad natural de proteger ese espacio sagrado de cualquier invasión o de alguna profanación; el cerco que formaba la ciudad a su alrededor resultó ser una excelente barrera protectora: una ciudad-muralla creada *ex profeso*. Esta situación la podemos comparar con la vida de un árbol, en donde su núcleo es lo primero que existe y lo más importante, y su alrededor está cubierto por varias capas de corteza, una corteza que tiene por única finalidad proteger lo que le da vida; en el caso que nos ocupa, las casas son las cortezas del árbol que cubren su núcleo, el cual corresponde al Recinto Sagrado, “corazón” que daba vida a la ciudad.

Este objetivo de la ciudad destinado a proteger el Recinto Sagrado no fue advertido por los españoles, pues se dejaron impresionar por los grandes y suntuosos palacios y las casas, que podían contarse por miles y miles, además de las riquezas que ésta podía ofrecerles.

CAPÍTULO VI

JARDINES Y CASAS DE DESCANSO

6.1 Jardines.

La ciudad de México-Tenochtitlan no sólo era bella por los suntuosos palacios y las innumerables casas que poseía, sino también por los jardines que por toda ella existían:

Tenía sus plazas muy espaciosas y grandes delante de los templos y casas del señor. Como el sitio de esta gran ciudad era dispuesto para cualquier planta por sus muchas aguas, por esta razón plantaron por toda árboles de diversas maneras, entre los cuales había cedros hermosísimos, cipreses muy copados, sabinas altísimas y sauces verdes y deleitosos a la vista (Torquemada, 1975, I: 400).

Estos jardines servían de refugio para las miles de aves que llegaban para anidar en ellos, y con su trinar contribuían aún más a que la ciudad pareciera un verdadero edén, como lo menciona Vetancurt (1971: 92):

...todo parecía un paraíso delectable, y como en los árboles anidaban pájaros los criaban, y con cerbatanas de que vivían los cazaban, porque eran diestros en tirar, y hoy permanecen los jardines; los Señores tenían sus jardines.

Y en efecto lo era. Como se ha señalado con anterioridad, la ciudad semejaba una enorme esmeralda de múltiples brillos, que descansaba sobre un paño azul, pues el verdor de sus jardines destacaba dentro de las azules aguas del lago de Texcoco y la laguna de México.

No existe ningún registro que indique el número de jardines, árboles, plantas o flores que existían en la ciudad, pero es indudable que debían ser muchos los jardines, con cientos de árboles y miles de plantas y flores, debido a que todos los espacios disponibles dentro de la ciudad eran acondicionados para jardines, y ni qué decir de las acequias y calles de agua, en cuyas orillas había frondosos y olorosos árboles (Torquemada, 1975, I: 400; Vetancurt, 1971: 92; Orozco y Berra, 1960, IV: 249). Sobre todo esto habla Clavijero (1987: 340):

Había también en varias partes de la ciudad fuentes y estanques, especialmente en el recinto de los templos, y muchos jardines, unos plantados a la haz de la tierra y otros en altos terrados. Los muchos y grandes edificios curiosamente encalados y bruñidos, las altas torres repartidas por los cuarteles de la ciudad, el agua de los canales, las arboledas y los jardines, formaban un conjunto de tanta hermosura, que los españoles no se hastiaban de contemplarlo...

La perfecta conjunción de construcciones y áreas verdes hicieron de México-Tenochtitlan una ciudad como nunca antes habían visto los españoles. Sonia Lombardo (1973: 188) afirma que:

...la ciudad tenía un equilibrio entre construcciones y espacios verdes, muy poco común, que hubiera constituido la realización del ideal de los urbanistas de fines del siglo pasado, en los proyectos de 'ciudad jardín'.

Por supuesto que los palacios de los grandes señores eran los que poseían los jardines mejor cuidados, con la mayor variedad de flores, fuentes y estanques, pero de entre todos ellos destacaban algunos de singular belleza y orden, los que pertenecían a Moctezuma Xocoyotzin.

6.2 Casa de Aves y Jardín Botánico.

En el capítulo anterior se mencionó la existencia de dos grandes edificaciones en el centro de la ciudad, cuya función era sólo para el esparcimiento del *Huey tlatoani*. Estas edificaciones eran la Casa de Aves o *Totocalli* y el jardín zoológico, ubicados a espaldas del palacio real y del Recinto Sagrado. En el

plano de México-Tenochtitlan atribuido a Cortés, se localizan de manera fácil estos edificios en el ángulo suroeste, justo a espaldas del Palacio de Moctezuma Xocoyotzin, puesto que aparecen dibujados algunos animales dentro de varios recuadros, y hacia abajo de estos se aprecia un pequeño bosquecillo, correspondiente a la casa de aves y al jardín botánico [figura 1]. Dentro de la misma casa de aves se ubicaba el jardín botánico, poseedor de una gran muestra de la flora de Mesoamérica. Se tiene conocimiento que el *totocalli* y el jardín botánico eran uno mismo, por la descripción que hace de ellos Vetancurt (1971: 49), quien explica que:

Tenia para mayor grandeza otra cafa que llamaban la cafa de las Aves, con fus corredores fundados sobre pilares de jafpe, y muchos de vna huerta de flores diverfas, y de arboles olorofos [y] plantas medicinales es de que mandaba a fus Medicos hazer experiencias para curar fus Naturales.

Para recorrer estos jardines existían largos corredores y miradores, los cuales estaban sustentados por columnas de *tecalli* o mármol, alabastro y jaspe, labradas de una sola pieza*. López de Gómara (1979: 118) describe estos corredores:

Tiene Moteczuma otra casa de muchos y buenos aposentos, y con unos gentiles corredores levantados sobre pilares de jaspe, todos de una pieza, que cae a una muy grande huerta, en la cual hay diez estanques o más, unos de agua salada para las aves de mar, y otros de agua dulce para las de río y laguna, que muchas veces vacían e hinchen por la limpieza de la pluma.

La flora que entre estos corredores existía era exuberante y sorprendente, pues no sólo se componía de flores y árboles de los cuales emanaban deliciosos olores, sino también de plantas medicinales, mismas que se cultivaban con el único fin de servir para aliviar las dolencias de los habitantes de la ciudad. Moctezuma Xocoyotzin había hecho plantar este tipo de hierbas, trayéndolas de todos los lugares conocidos, ya fueran de la "tierra caliente", del Altiplano Central, de los Valles de Oaxaca o del Occidente, con lo cual logró un auténtico jardín botánico. Con todas estas plantas medicinales, los *ticitl* o médicos indígenas elaboraban extractos, jarabes, infusiones, emplastos, cataplasmas y todo género de medicamentos, sobre todo aquellos que se extraían de las hierbas:

* Los autores citados a continuación hacen referencia sobre este particular: Cortés, 1987: 75; Anglería, 1964, II: 485; Fernández de Oviedo, 1944-45, V: 8; Las Casas, 1967, I: 267; Cervantes de Salazar, 1971, II: 317; Herrera, 1945-47, II: 214; Torquemada, 1975, I: 406; Vetancurt, 1971: 49; Solís y Rivadeneira, 1968: 170.

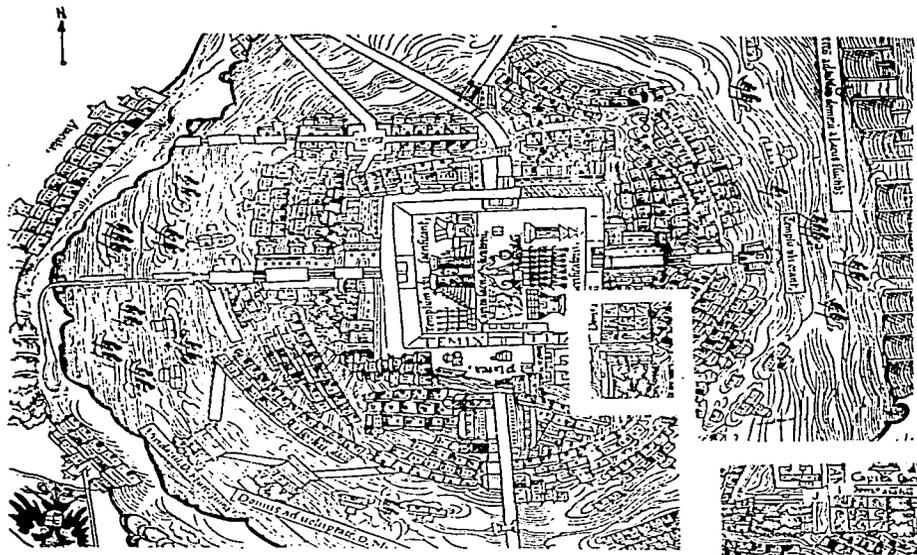


FIGURA 1
FRAGMENTO DEL PLANO DE LA CIUDAD ATRIBUIDO A HERNÁN CORTÉS, EN EL ÁNGULO SUROESTE
SE APRECIA EL JARDÍN ZOOLOGICO DEL HUEY TLATOANI Y LA CASA DE AVES.
Fuente: Planos de la ciudad de México, de Manuel Toussaint, Federico Gómez de Orozco y Justino Fernández, 1990, p. 69.

Tenia este Rei, aliende de las Casas que se ha dicho, otras muchas de placer, con espaciosas, i grandes Jardines, con sus Calles chicas para el paseo: eran los Jardines de solas lervas Medicinales, i olorosas, de Flores, de Rosas, de Arboles de olor que eran muchos: mandaba á sus Medicos hiciesen experiencias de aquellas lervas, i curasen á los caballeros de su Corte, con las que mas tuviesen conocidas, i experimentadas. Daban estos jardines gran contento á los que entraban en ellos, por la variedad de Flores, i Rosas que tenian, i por la fragancia, i buen olor, que de si hechaban, especialmente por la mañana, i á la tarde: era de vér el artificio, i delicadeça, con que estaban hechos mil Personages de hojas, i flores, asientos, capillas, i otras cosas, que adornaban por extremo aquel lugar (Herrera, 1945-47, II: 218-219).

Pero no sólo se repartían estos medicamentos entre los caballeros y nobles, sino que también entre la gente común, que así lo requiriera, por lo que se puede decir que funcionaba como una gran botica para la ciudad (Solís y Rivadeneira, 1968: 172). Con ello, bien pudiera señalarse que este jardín-botica ofrecía "servicios de salud" para los habitantes de la ciudad.

Aunque este jardín poseía todo género de plantas y árboles, algunos de ellos recortados con formas de animales u objetos diversos, no contaba con árboles frutales, pues según consideraciones de Moctezuma, no era digno de las personas nobles poseerlos en sus palacios, aunque podían cultivarse en las casas de descanso y en las huertas (Cervantes de Salazar, 1971, II: 320-321).

Pero no sólo era jardín botánico este palacio, sino que también era asiento del lugar que le dió su nombre: *totocalli* o "casa de aves. Varios cronistas refieren la existencia de diez estanques en donde eran exhibidas diversas variedades de aves, agrupadas de acuerdo a su ambiente natural. De tal manera, que las aves que requerían de agua salada ésta era proporcionada por la laguna de México y el lago de Texcoco, mientras que aquellas que necesitaban de agua dulce, la misma les era proporcionada a través de caños subterráneos que conducían el agua que provenía de las fuentes de Chapultepec.

Los géneros de aves eran tantos, que existían desde pájaros y aves comunes como el guajolote, hasta quetzales, faisanes dorados, papagallos, cardenales, flamings, colibríes (Díaz del Castillo, 1986: 168), y muchos otros que no conocían los españoles, como lo indica Cervantes de Salazar (1971, II: 317):

Andaban en aquellos estanques tantas aves que no cabían dentro ni fuera; eran de tan diversas maneras, plumas y hechura, que pusieron en admiración a los nuestros la primera vez que las vieron, los cuales, con ser diferentes tierras de España, donde hay, como de otras cosas, gran diversidad de aves, estrañaron tanto éstas, que muy pocas dixerón que parecían a las nuestras. Las demás, que eran de muchos géneros y especies, no conocieron, porque jamás hasta entonces ni las habían visto ni oído decir.

Algunos de estos estanques eran de agua dulce, ideales para las aves de ríos, y otros de agua salada para las aves marinas, rodeados por la flora existente en la región de origen de cada especie, con la finalidad de recrear el ambiente en que éstas habitaban (Cortés, 1987: 75; Díaz del Castillo, 1986: 168-169; López de Gómara, 1979: 118; Cervantes de Salazar, 1971, II: 317; Torquemada, 1975, I: 406; Herrera, 1945-47, II: 214; Clavijero, 1987: 129).

En determinadas épocas del año, los estanques eran vaciados y lavados de manera cuidadosa, de tal forma que las aves contarán con un lugar y agua siempre limpios (Anglería 1964, II: 485).

El mantenimiento que se daba a estas aves era muy esmerado, ya que de acuerdo con su género, se les alimentaba y disponían sus nidos. De tal suerte, que si las aves cuando eran libres se alimentaban de semillas, se les daba de comer maíz y semillas; las que comían fruta y hierba, se les daba fruta y hierba fresca; las que comían insectos, se les daban insectos (Fernández de Oviedo, 1944-45, V: 55; López de Gómara, 1979: 118; Las Casas, 1967, I: 267; Cervantes de Salazar, 1971, II: 317-318; Herrera, 1945-47, II: 214, V: 55; Vetancurt, 1971: 49-50). Si las aves estaban acostumbradas a comer pescado, ésto se les daba, y era tal la cantidad que se les suministraba, que Cortés (1987: 75) se asombró de ello.

Era tal el cuidado que se tenía para estas aves, que existían trescientas personas dedicadas de manera exclusiva para su atención, entre los que las espulgaban, los que les ponían sus nidos y les guardaban los huevos, los que les traían su alimento, y por último, los que limpiaban los estanques y los que las curaban (Cortés, 1987: 75; Díaz del Castillo, 1986: 168; López de Gómara, 1979: 118), mientras que:

...otros [hombres], en tiempo de calor, les quitaban la pluma más delgada: para que se hacía tanta costa, y diligencia, hacian de ellas ricas Mantas, Tapices, i Rodelas, Plumages, ó Mosqueadores, i otras muchas cosas, con Oro, i Plata entretegida: obra cierto bien vistosa, i muy extraña (Herrera, 1945-47, II: 214).

Tanto la "casa de aves" o *totocalli*, como el jardín botánico, eran sólo para el deleite y recreo de Moctezuma Xocoyotzin, aunque debe destacarse el gran servicio que proporcionaban a la comunidad el otorgamiento de las hierbas medicinales.

6.3 Zoológico del *Huey tlatoani*.

Esta construcción estaba ubicada en la esquina suroeste del Recinto Sagrado, junto al *totocalli* [figura 2], y es sorprendente el uso al que estaba destinado este lugar. En realidad no era un palacio, tampoco una casa, y mucho menos un almacén; era sólo un lugar diferente, dedicado en forma exclusiva para albergar todo género de aves de presa, fieras salvajes, reptiles y arácnidos venenosos. Cada uno de estos géneros de animales contaba con su propio sitio de cautiverio, el que se construyó con gran atención y que consideraba sus características y necesidades, así como al alimento y cuidado que debía proporcionárseles. Pero no sólo habitaban en esta construcción animales salvajes, sino también seres humanos que presentaban características que los hacían distintos a sus semejantes, como su deformidad, tamaño o el color de piel.

Por estas características, bien pudiera considerarse que se trata de un moderno zoológico, pues su uso coincide con el que estos espacios brindan en la actualidad a los animales en cautiverio: atención y alimentación a distintos géneros y especies de animales, vigilado por hombres especializados en su atención. Por esta razón, así se le ha denominado a dicha construcción en este capítulo: "Zoológico del *Huey tlatoani*".

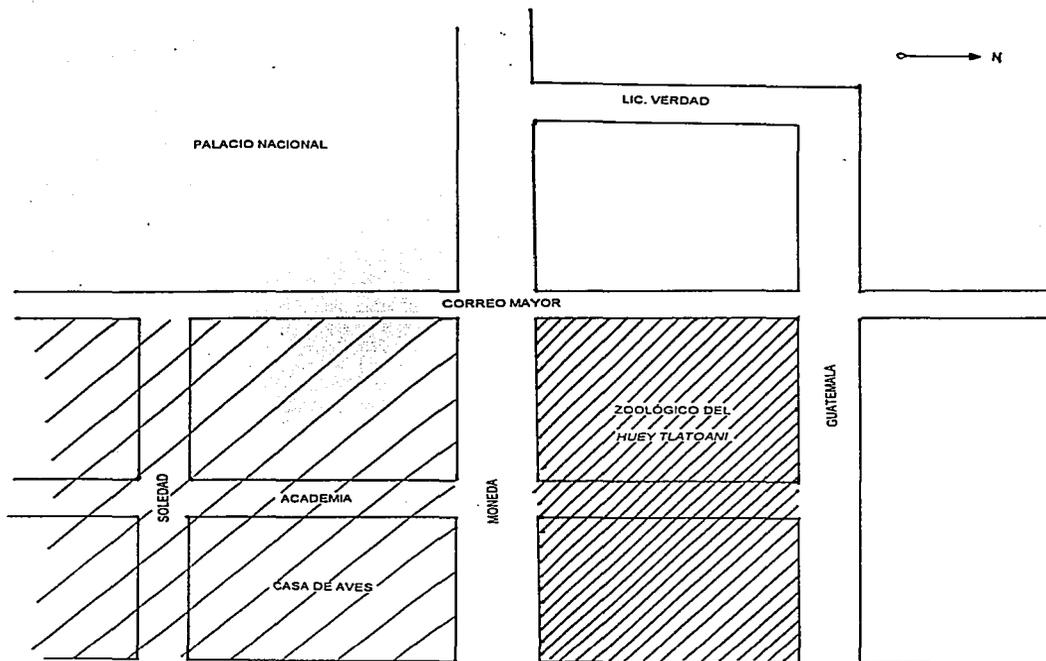


FIGURA 2
UBICACIÓN DEL ZOOLOGICO DEL *HUEY TLATOANI* EN UN PLANO ACTUAL DEL CENTRO HISTÓRICO.
NÓTESE QUE ESTE SE LOCALIZA JUNTO AL *TOCALLI* O "CASA DE AVES".
Reconstrucción de Pedro A. López Saucedo.

El edificio que albergaba a este zoológico, según afirmación de Cortés (1987: 75) "tenía un gran patio losado de muy gentiles losas, todo él hecho a manera de un juego de ajedrez", alrededor del cual existían varias salas distribuidas en dos niveles. El piso inferior estaba destinado para albergar animales, mientras que en el piso superior habitaban los seres deformes. Las dimensiones de las salas de la planta baja eran, según afirmación de Cortés (1987: 75) "hondas cuanto estado y medio, y tan grandes como seis pasos de cuadra".

Dentro de este piso podían diferenciarse muy bien tres áreas: una dedicada a las aves de rapiña, otra para los mamíferos carnívoros, y la tercera destinada a serpentario, el cual contenía ofidios y arácnidos, así como algunos estanques para saurios (reptiles).

En la primera área, las salas eran en realidad unas jaulas diseñadas en exclusiva para aves de gran tamaño y ferocidad. Estas jaulas contaban con dos secciones; una mitad estaba formada por sólidas paredes de argamasa y techo con losas, lo que proporcionaba un resguardo a estas aves durante las noches y en días de lluvia. La otra parte contaba con una empalizada a manera de reja, con unas vigas tan gruesas que "parecían un muslo", según aseguraba Motolinía (1971: 208). En esta parte, las aves podían tomar el sol y sus alimentos [figura 3]. Ambas secciones contaban con una vara alcándara, que no era otra cosa mas que un madero que se colocaba para que las aves pudieran pararse, y es Cortés (1987: 75-76) quien describe estas jaulas:

...e la mitad de cada una destas casas era cubierta el soterrado de losas, y la mitad que quedaba por cubrir tenía encima una red de palo muy bien hecha; y en cada una destas casas había una ave de rapiña, comenzando de cernícalo hasta águila, todas cuantas se hallan en España, y mucho más raleas que allá no se han visto. E de cada una destas raleas había mucha cantidad, y en lo cubierto de cada una destas casas había un palo, como alcandara, y otro fuera debajo de la red, en el que uno estaban de noche y cuando llovía y en el otro se podía salir al sol y al aire a curarse.

Un buen ejemplo de cómo eran estas jaulas podía observarse en los zoológicos de hace algunos años, debido a que utilizaban esta misma disposición para que las personas puedan observar a las aves y para que éstas puedan asolearse y resguardarse durante las noches.

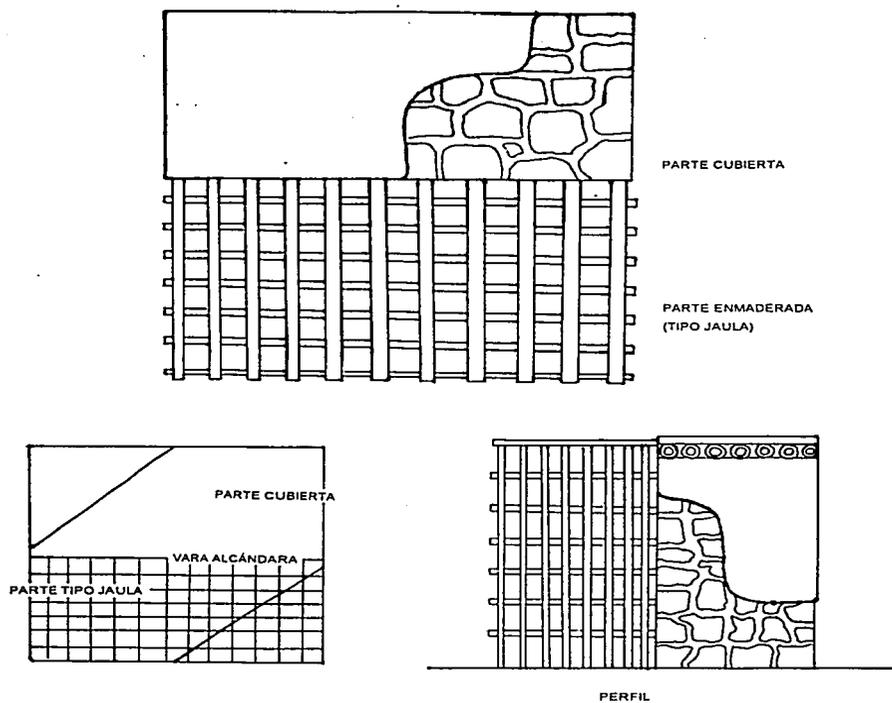


FIGURA 3
ESTA ILUSTRACIÓN REPRODUCE EL TIPO DE JAULA QUE DEBIÓ EXISTIR EN EL ZOOLOGICO DEL HUEY TLATOANI,
DE ACUERDO CON LAS DESCRIPCIONES QUE DE ELLAS HACEN LOS CRONISTAS.
Reconstrucción de Pedro A. López Saucedo.

En estas jaulas existía una gran variedad de aves, todas ellas de rapiña, como águilas, halcones, gavilanes y muchas otras que en España no existían (Cortés, 1987: 75-76; López de Gómara, 1979: 119-120; Tapia, 1987: 64-65; Las Casas, 1967, I: 267-268; Vetancurt, 1971: 49-50). Cervantes de Salazar (1971, II: 318) al respecto comenta:

Las aves de rapiña..., estaban en otro cuarto, y por el patio en jaulas de palos rollizos, en alcázaras de toda suerte y ralea dellas, como alcotanes, gavilanes, milanos, buitres, azores, halcones, nueve o diez maneras dellos; muchos géneros de águila, entre las cuales había cincuenta mayores harto que las más caudales... Muchas otras aves estaban en aquel cuarto, que los nuestros no conocieron...

Todas estas aves se alimentaban de cualquier tipo de carne, como la de venado, guajolote, perrillo o las que más gustasen; algunas de estas aves eran capaces de comerse ellas solas un guajolote (Díaz del Castillo, 1986: 168-169; López de Gómara, 1979: 120; Las Casas, 1967, I: 268; Motolinía, 1971: 208; Torquemada, 1975, I: 408).

Cuando estaban los españoles en la ciudad, según refieren algunos cronistas, Moctezuma Xocoyotzin para mostrarles su poderío, mandó atrapar un ave que en ese momento pasaba, con el único fin de poseerla (Motolinía, 1971: 207; Vetancurt, 1971: 50). Torquemada comenta este curioso episodio (1975, I: 407):

...y esto es cierto que no se conoció animal de ningún género o especie, en más de trescientas leguas a la redonda de México, que no se trajese a las jaulas y casas de animales de este poderoso emperador, que demás del gusto que en verlos tenía, quiso mostrar en esto su poder y no se contentaba con ver estos estanques, sino que si pasaba volando cualquiera que fuese, mandaba que se la cogiesen y trajesen a sus manos. De esta verdad fue testigo un español de los nuestros, que estando en su presencia vio pasar el emperador un gavián y, aficionado de su hermosura y vuelo, mandó luego a su gente que se lo cogiesen y trajesen a su presencia y fueron tantos los que tras él salieron y tanta la diligencia y cuidado que pusieron que cogieron al gavián altanero y bravo y como mansa y doméstica paloma la pusieron en su presencia. No se puede encarecer más la grandeza y poder de la palabra de un hombre, pues llega a vencer su gusto el vuelo natural de una tan ligera y magnífica ave; quisieron decir algunos que hizo esto por mostrar a los españoles cuán obedecido y servido era de sus vasallos y el gran poder que tenía.

La segunda área de este zoológico contenía las jaulas de los mamíferos carnívoros, animales que por su ferocidad y aspecto recibieron la denominación de "feras salvajes" por parte de los españoles. Sus jaulas eran semejantes a las de las aves, sólo que las vigas eran mucho más gruesas y firmes, (Las Casas, 1967, I: 268; Cervantes de Salazar, 1971, II: 219; Vetancurt, 1971: 49). En ellas existían varios ejemplares de "tigres", jaguares, onzas, gatos monteses, lobos, coyotes, zorros, osos y otros géneros de animales salvajes (López de Gómara, 1979: 119; Fernández de Oviedo, 1944-45, V: 55-56; Torquemada, 1975, I: 406-407; Pérez de Oliva, 1940: 354). Cortés (1987: 75-76) describe lo que observó en esta área:

Había en esta casa ciertas salas grandes, bajas, todas llenas de jaulas grandes, de muy gruesos maderos, muy bien labrados y encajados, y en todas o en las más había leones [*], tigres [*], lobos, zorras y gatos de diversas maneras, y de todos en cantidad, a las cuales daban de comer gallinas cuantas les bastaban.

La tercera área estaba destinada a albergar a uno de los sitios más sorprendentes en este zoológico: un serpentario, con la más completa colección de ofidios, además de los arácnidos y saurios de esta tierra. En este lugar no existían jaulas, sino grandes salas y estanques cercados; en las salas se hallaban colocadas grandes tinajas, y dentro de cada una de ellas estaban todos los géneros de serpientes y arácnidos venenosos que se podían hallar. Cada una de las especies se hallaba dentro de una gran tinaja, y de acuerdo con su naturaleza y hábitat, se le disponía su interior: para las especies que habitaban dentro del agua se les ponía agua, a otras tierra y a otras más plumas y bolas de algodón.

Entre las especies de ofidios destacaban las víboras de cascabel, que tanto espanto causaban a los españoles, así como serpientes tan gruesas como un árbol (como lo eran las boas); mientras que entre los arácnidos los escorpiones y alacranes ponzoñosos eran sus mejores ejemplares (Tapia, 1987: 65; Cervantes de Salazar, 1971, II: 318; Solís y Rivadeneira, 1968: 171; Clavijero, 1987: 129-130). Bernal Díaz del Castillo (1986: 168-169) describe este serpentario:

* Es necesario señalar al lector que en el Continente Americano no existía este tipo de fauna del género félido, que comprende a los mamíferos carnívoros, como los tigres, leones, gatos, etc. Sin embargo, cuando los conquistadores españoles conocen a los jaguares, pumas, ocelotes y gatos monteses, los comparan con la fauna carnívora que ellos conocían, por lo que en muchas ocasiones se refieren a estos animales utilizando los nombres de sus congéneres de Europa, Asia y África. El ejemplo más claro es cuando Cortés y Díaz del Castillo señalaban la existencia de tigres y leones, cuando de manera probable lo que observaron fueron jaguares y pumas.

Pues más tenía en aquella maldita casa muchas víboras y culebras emponzoñadas, que traen en la cola uno que suena como cascabeles; éstas son las peores víboras de todas, y teníanlas en unas tinajas y en cántaros grandes, y en ellas mucha pluma, y allí ponían sus huevos y criaban viboreznos...

Los lagartos, cocodrilos e iguanas vivían dentro de estanques cercados, con lo cual se evitaba que escapasen (López de Gómara, 1979: 119; Las Casas, 1967, I: 268; Cervantes de Salazar, 1971, II: 318; Clavijero, 1987: 130). Estas especies se alimentaban con aves, carne y sangre, que en muchos casos eran humanos, como pudieron constatarlo varios cronistas. López de Gómara (1979: 119), Cervantes de Salazar (1971, II: 318-319) y Herrera (1945-47, II: 216) aseguran que a los cocodrilos, serpientes y escorpiones se les ofrecía la sangre de los sacrificados, como puede leerse en las siguientes líneas escritas por el primero de ellos:

Daban a las culebras y a sus compañeras la sangre de personas muertas en sacrificio, que chupasen y lamiesen; y aun, como algunos cuentan, les echaban de la carne, que muy gentilmente la comen los unos lagartos y los otros. Los españoles no vieron esto, mas vieron el suelo cuajado de sangre como en matadero, que hedía terriblemente, y que temblaba si metían un palo...

Bernal Díaz (1986: 169) asegura que durante la huida de los españoles de la ciudad en 1520, muchos de los soldados que murieron -alrededor de ochocientos cincuenta-, sirvieron de alimentos para estos animales.

Para su atención, las fieras contaban con la atención de trecientos hombres (Cortés, 1987: 76; Fernández de Oviedo, 1944-45, V: 10; Clavijero, 1987: 129). Andrés de Tapia (1987: 65) refiere que el número de hombres que cuidaban tanto el *totocalli* como el zoológico superaba los seiscientos.

Se ha referido que todos los géneros y especies de animales de esta tierra podían hallarse en este lugar, pero si alguno de ellos que en libertad existía no se podía capturar para ser llevado a estos jardines, Moctezuma Xocoyotzin ordenaba que se elaborase su figura en metal o roca, para ser colocada dentro de ellos:

Cuando ya veían que no era posible sustentarse algún género de pescado, o de ave o de fiera, había de tener su semejanza labrada ricamente en piedras preciosas, o plata u oro, o esculpida en mármol o piedra (Acosta, 1962: 312).

De lo anterior podemos suponer que durante la época prehispánica este lugar albergó una considerable cantidad de animales, seres deformes o cualquier tipo de ser fantástico, con el único fin de reunir en un solo sitio la fauna de las tierras conocidas y dominadas por los mexicas.

En la parte superior del edificio se ubicaban varias salas, habitadas por seres deformes. Moctezuma Xocoyotzin consideraba que los seres deformes o que presentaban alguna característica especial eran enviados de los dioses, que servían como intermediarios entre ellos y los hombres, para hacerles saber sus designios. En atención a esta idea, les mandó construir, dentro de este edificio, habitaciones a cada uno de estos seres especiales: enanos, jorobados y con malformaciones, como lo eran aquellos hombres que nacían con un solo pie o brazo, con dos cabezas u otras rarezas (Cortés, 1987: 76; Anglería, 1964, II: 485; López de Gómara, 1979: 119; Las Casas 1967, I: 267-268; Cervantes de Salazar, 1971, II: 318). En otras salas vivían aquellos hombres con la piel y cabello blancos, seres que padecían de albinismo. Torquemada (1975, I: 408) al respecto indica:

Sobre las salas grandes de estos hermosísimos cuartos había otras mansiones y aposentos; unos donde continuamente moraban y asistían hombres y otros mujeres. De estos aposentos había unos donde estaban niños todos blancos (que en esta nación es cosa monstruosa, por ser todos de color moreno y cuasi amulatados) y no sólo en los cuerpos sino también en el cabello. Había en otros cuartos enanos y corcovados, quebrados y contrechos...

Y para atención de estos seres, se tenía dispuesto un gran número de sirvientes, que no sólo les proporcionaban su alimentación y vestido, sino también atención médica y les enseñaban oficios:

Sobre la mansión que ocupaban la fieras, había un cuartel muy capaz donde habitaban los bufones, y otras sabandijas de palacio que servían al entretenimiento del rey: en cuyo número se encontraban los monstruos, los enanos, los corcovados, y otros errores de la naturaleza: cada género tenía su habitación separada, y [en] cada separación sus maestros de habilidades, y sus personas diputadas para cuidar de su regalo; donde los servían con tanta puntualidad... (Solís y Rivadeneira, 1968: 171).

Estos seres gozaban de gran estima por parte del *Huey tlatoani*, lo cual era sabido por los habitantes de la ciudad, esto llevó a que varios padres maltrataran a sus hijos a tal grado, que incluso les quebraran los huesos, con la única finalidad de que se deformaran, para que así tuvieran acceso a estas salas y a su magnífica atención:

Y aun dicen, que para este fin [sus padres] los quebraban, i engigaban desde Niños (quando estaban más tiernos) diciendo, que en la Casa de tan gran Rei, para grandeza sua, havia de haver cosas, que no se hallasen en las Casas de otros Príncipes (Herrera 1945-47, II: 215).

Es seguro que la sala que más podía haber interesado a los conquistadores españoles dentro de este zoológico, fue justo una que no pudieron observar. Se sabe de la existencia de ésta por los cronistas de la segunda mitad del siglo XVI, los cuales, gracias a las referencias que sobre ella les dieron los indígenas, pudieron describirla:

Los conquistadores primeros, de quien yo largamente me informé, dicen que no vieron esta capilla, porque Motezuma iba siempre al templo a hacer oración; podía ser, como dicen los indios que la encubriese Motezuma a los nuestros y no quisiese mostrar aquella riqueza, porque no se acudiciasen a ella; y así dicen que cuando México se tomó, ellos mismos la destruyeron y hecharon otras muchas riquezas en la laguna (Cervantes de Salazar, 1971, II: 319).

Esta sala era una especie de capilla, a la cual acudía Moctezuma Xocoyotzin para ayunar y rendir oraciones a sus dioses (Fernández de Oviedo, 1944-45, V: 56). Tenía ciento cincuenta pies de largo y cincuenta de ancho. Todas sus paredes estaban cubiertas con planchas de oro y plata, tan gruesas como un dedo. Contaba además con muchas piedras preciosas, semipreciosas y perlas, las cuales adornaban sus paredes, lo que le debía proporcionarle una gran belleza al lugar (Fernández de Oviedo, 1944-45, V: 56; Las Casas, 1967, I: 266; Herrera, 1945-47, II: 217). Francisco Cervantes de Salazar (1971, II: 319) describe esta capilla:

En una sala de cien e cincuenta pies larga e ancha cincuenta había una capilla chapada de oro y plata, de gruesas planchas, con gran cantidad de perlas, piedras, ágatas, cornerinas, esmeraldas, rubíes, topacios y otras así, adonde Motezuma entraba en oración muchas noches...

Esta sala, por las riquezas que poseía, es indudable que desapareció ante la ambición de los españoles; las planchas de oro y plata debieron ser fundidos en lingotes, mientras que las piedras preciosas y perlas pudieron haber quedado en manos de los soldados. Pero no sólo éstas riquezas desaparecieron, sino también este sorprendente zoológico, el *totocalli* y los grandes palacios bajo los cañones y fuego del asedio que destruyó la ciudad en 1521.

6.4 Casas Reales de descanso.

Moctezuma Xocoyotzin contaba, además de estos jardines, casa de aves y zoológico, con varias casas de descanso fuera de la ciudad. Eran tantas que los cronistas no aciertan a indicar su número, pero a cambio refieren cómo eran, su uso y en general, su disposición. Estas casas de descanso estaban ubicadas en lugares poco distantes de la ciudad, y en muchas ocasiones estaban sobre islotes de regular tamaño. Algunos de estos islotes contaban con casas siempre limpias y dispuestas para ser ocupadas, jardines con todo género de flores, hierbas, árboles frutales y estanques con gran variedad de peces (Anglería, 1964, II: 485; Las Casas, 1967, I: 268; Torquemada, 1975, I: 408; Vetancurt, 1971: 51; Clavijero, 1987: 130).

Otras casas de descanso eran en realidad cotos de caza. Estaban muy bien planeados, ya que se escogían islotes boscosos que estuvieran en su totalidad rodeados de agua, y que además contaran con algunas peñas y manatales (Las Casas, 1967, I: 268; Motolinía 1971: 207; Clavijero, 1987: 130). En muchos casos se construían vallas de carrizo o madera, con la finalidad de delimitar estos espacios; aunque en realidad, la función principal de la estacada era no permitir que los animales que existían dentro de ella se escapasen. Entre los animales que se cazaban había venados, conejos, jabalíes y zorros:

Tenia asimismo fuera de Mexico Casas en Bosques, i Parques, de gran circuito, i cercados de Agua, para que las Salvaginas no saliesen fuera, i la Caça estuviere segura: dentro de estos Bosques havian Fuentes, Rios, i Albercas con Peces, Conejeras, Vivares ricos, i Peñoles, en que

andaban Ciervos, Coros, Liebres, orras, Lobos, i Otros semejantes Animales, en cuiã Caça, mucho, i mui á menudo, se exercitaban los Señores Mexicanos... (Herrera, 1945-47, II: 219).

Pero también había aves de muchos géneros, como las codornices y palomas (Muñoz Camargo, 1972: 136), especies muy comunes y poco dignas de admiración, con las que se divertían los señores disparán道les con cerbatanas.

Cuando Moctezuma Xocoyotzin deseaba cazar, se hacía acompañar por un gran contingente de indígenas, los cuales cercaban el lugar para acorralarlas y evitar que escapasen las presas. Herrera (1945-47, II: 219) así lo refiere:

Otras veces, quando al Rei le parecia ir con todos sus Grandes á Caça de Monte, era cosa de vér (como aora se hace con los Visorreies) que ocho, ó diez mil Indios, i muchas veces mas, asidos por las manos, cercaban quatro, ó cinco Leguas de Tierra, dando voces, i silvos, levantando, i ojeando la Caça, sacandola de sus Madrigueras, i Cuevas, la hechaban en campo raso, adonde estaban los Flecheros, i los que tenían Armas: enmedio de los quales, sobre vnas Andas mui ricas, puestas en hombros, estaba Moteçuma mirándo á los valientes, que acometian las Fieras, i como casi á mano tomaban los Venados: estaban alrededor del Rei muchos Flecheros, que no se meneaban de vn lugar, puestos como muralla, para que ninguna Fiera rompiese por donde él estaba, i así seguro, miraba la Caça, i deleites del Gran Señor Moteuma, en que pocos, ó ningun Principe, se le ha igualado.

Cada una de estas islas reproducía la cuenca del valle de México en pequeño, pues reunía en un solo sitio la flora y fauna de la región. Sin duda, esto era lo que se quería lograr con las casa de descanso y de caza.

-Cerro de Chapultepec.

Pero sin lugar a dudas, la mayor y más bella casa de descanso que poseía Moctezuma Xocoyotzin muy cercana a la ciudad, era la que se ubicaba en el cerro de Chapultepec, "en el cerro de la langosta" (Sahagún, 1981, IV: 333). Este cerro, al cual los bosques que lo rodeaban y los manatiales que en él brotaban, hicieron que se convirtiera en el lugar predilecto de los *Huey tlatoanis*, desde la época de Moctezuma Ilhuicamina. A tal grado llegaba su deleite, que mandaron contruir en su cima un templo y

observatorio, así como varios estanques y piscinas que captaran las aguas de los varios manatales, lo que permitía el florecimiento de bellas y olorosas flores entre sus peñas. Pero además, se esculpieron en sus laderas las figuras de algunos monarcas indígenas.

Este cerro y el bosque que lo circundaba, por su natural belleza, fue lo único que conservaron intacto los españoles después de la conquista de México, e incluso, con el mismo uso que tenía durante la época indígena: para deleite de la nobleza:

Uno de estos bosques estaba en una isleta de la laguna, conocida de los españoles con el nombre de Peñol. De todos estos palacios, jardines y bosques, no ha quedado más del bosque de Chapultepec, que conservaron para su diversión los virreyes... (Clavijero, 1987: 130).

El aspecto que este lugar presentaba en el siglo XVI era el de un edén, y Juan Suárez de Peralta (1949: 54) se encarga de describirlo:

...Chapultepec, que es un bosque que está de México media legüechuela,... porque es un cerro muy fragoso, de mucha piedra y muy alto, redondo que parece que se hizo a mano, con mucho monte, y en medio de un llano, que fuera del cerro no hallarán una piedra ni árbol. Tiene dos fuentes lindísimas de agua, y están hechas sus albercas y edificio muy de ver; está cercado como media legua en redondo y hay en él mucha caza de venados, liebres, conejos y volatería la quisiesen...

Las albercas que menciona Suárez de Peralta eran en realidad varios estanques, algunos de los cuales contenían peces, y otros eran la famosa "alberca chica de Moctezuma" y los "Baños de Moctezuma 'El Viejo'" (Fernández, 1988: 30-32). Tenían la función de captar las aguas de los manatales para después conducir las hacia el acueducto que surtía de agua dulce a México-Tenochtitlan.

Además de estas albercas, en la cima del cerro estaban construidos un *teocalli* y un observatorio (Suárez de Peralta, 1949: 54; Lombardo de Ruiz, 1973: 99-100; Fernández, 1988: 28), lo que ayudaba además, a que sirvieran como mirador y fortaleza en caso de ataque.

Sin embargo, una de las características que hicieron del Cerro de Chapultepec un lugar único y maravilloso, eran las esculturas monumentales de los *Huey tlatoanis* mexicas talladas en roca (Acosta, 1962: 314; Herrera, 1945-47, II: 224; Clavijero, 1987: 252; Prescott, 1985: 280). Torquemada (1977: IV: 253) pudo todavía observar estas esculturas en el siglo XVII, y asegura que eran de gran admiración, tanto por el material en que estaban labradas como por su tallado:

...pero para el que pudiere, podrá ver dos figuras hechas a lo antiguo, en el bosque de Chapultepec, que son retratos de dos reyes mexicanos, las cuales están esculpidas en dos piedras duras, nacidas en el mismo cerro, la una de muy crecida estatura y la otra no tanto, pero tan enriquecidas de labor de armas y plumas, a su usanza, que más parecen labradas de cera que de la materia que son, tan lisas y limpias que no parecen hechas a mano.

Algunos autores como los padres Acosta (1962: 314) y Clavijero (1987: 252) aseguran que estas esculturas eran los retratos de Moctezuma II (Xocoyotzin) y su hijo. Herrera (1945-47, II: 224) y Prescott (1985: 280), por su parte, refieren que las esculturas correspondían a "Moctezuma y a su padre", sin distinguir cuál Moctezuma, si Ilhuicamina o Xocoyotzin. Otra versión indica que todos los *Huey tlatoanis* mexicas mandaban esculpir sus efigies, para dejar constancia de su grandeza y poderío (Lombardo de Ruiz, 1973: 78). El padre Durán (1984, II: 28) así lo asegura:

Porque, aunque no hubiera más memoria sino las piedras y efigies de los reyes antiguos, que dentro del cercado de Chapultepec están, en donde los mismos se mandaban esculpir después de sus días, con otras innumerables imágenes y esculturas que a cada paso se topan, bastaba para decir las grandezas y hechos, principios y sucesiones y, ya que no por entero, a lo menos los más señalados y famosos de aquestas naciones.

Durán y Alvarado Tezozómoc han dejado testimonio sobre la historia de estas esculturas en el cerro de Chapultepec. Durán afirma que fue Moctezuma Ilhuicamina hacia fines de 1457 quien mandó esculpir su retrato y el de su hermano Tlacaélel en las rocas de Chapultepec, para dejar constancia de su grandeza antes de morir. Para ello, mandó llamar a Tlacaélel y le dijo:

‘Hermano, ya véis los trabajos y aflicciones con que el día de hoy hemos sustentado esta república y cómo hemos ensanchado y engrandecido la nación mexicana, venciendo en muchas guerras. Justo será quede memoria de vos y de mí, para lo cual tengo determinado de que se

labren dos estatuas, una mía y otra vuestra, dentro del cercado de Chapultepec, y que allí, en la piedra que mejor pareciere a los canteros, quedemos esculpidos para perpetua memoria en premio a nuestros trabajos; para que viendo allí nuestra figura, se acuerden nuestros hijos y nietos de nuestros grandes hechos y se esfuercen a imitarnos' (Durán, 1984, II: 245).

Y así se hizo. Tlacaélel mandó traer ante él a los mejores canteros y escultores de toda la tierra, y les dió las órdenes reales de que tallasen su figura y la del *Huey tlatoani* en Chapultepec. Para ello debían buscar las mejores rocas del cerro antes de iniciar su trabajo, lo que hicieron sin dilación:

...ahora quiero que vayáis al cerro de Chapultepec, veáis y tantéis la mejor piedra de peña que halláredes para labrarla, que quiero primero verla. Dijeron los canteros que luego querían ir allá a buscarla. Volvieron al rey diciéndole: señor nuestro, la piedra de peña la hallamos en buena parte y lugar (Alvarado Tezozómoc, 1944: 498).

Con suma diligencia se iniciaron los trabajos, pero también con tal celeridad, que en poco tiempo se concluyeron, lo que sorprendió a Moctezuma Ilhuicamina:

El rey se espantó de la brevedad con que se había hecho una obra que, a su parecer, se le hacía dificultosa, y agradeciéndoselo, los mandó vestir y dar algunas preseas de honra en pago de su trabajo y solicitud, y les dio dictados de honra, como entre ellos hasta el día de hoy duran. Tlacaélel dijo al rey: -'Señor, vuestros vasallos han hecho lo que les mandaste: justo será que vamos a ver nuestras estatuas, la hechura que tienen."

En la lámina 19 de la *Historia de las Indias de Nueva España* de Durán, se observa el trabajo de los canteros y escultores en el cerro de Chapultepec, trabajo que es supervisado por Moctezuma Ilhuicamina [figura 4]. Alvarado Tezozómoc (1944: 498-499) describe la escultura con tal detalle, lo cual indica que pudo conocerla:

Pintáronle como él era, de cuerpo bajo, bien hecho, buen rostro, con una cabellera trenzada, de pluma de tlauhquechol, y en la nariz le pintaron un cañuto de oro muy sutil y orejeras de esmeraldas que llamaban Xiuhtezcanacochtli, bezolera de oro muy sublimemente labrada; en las muñequeras del brazo derecho y pie derecho, collarejos de cuero de tigre, con su rodela y una sonaja que llamaban Omichicahuaz, asentado en un estrado tigreado el asiento y la silla, y los grandes espaldares de cuero de tigre, mirando con mucha gravedad.



FIGURA 4
MOCTEZUMA ILHUICAMINA SUPERVISA LOS TRABAJOS DE LOS CANTEROS Y ESCULTORES EN
EL CERRO DE CHAPULTEPEC DONDE SE REALIZA SU ESCULTURA, SEGÚN DURÁN.
Fuente: *Historia de las Indias de Nueva España*, de fray Diego Durán, 1984, Tomo II, lls. 19.

Ignacio Alcocer descubrió hacia la década de los treinta de este siglo, la escultura de una serpiente de más de dos metros y medio de diámetro y unos escalones que conducían hacia un trono, todo ello tallado en roca (Alcocer, 1935: 95):

Iba cada semana á visitar su figura a Chapultepec, que le adornaron los canteros y albañiles el aposento alto muy bien labrado (Alvarado Tezozómoc, 1980: 669).

A partir de entonces:

...se estableció la costumbre y todos los sucesores de Moctezuma el Viejo, hicieron relieves monumentales con sus efigies en las rocas de Chapultepec como testimonio de su poderío para las generaciones posteriores (Lombardo de Ruiz, 1973: 78).

El *teocalli* y el observatorio fueron destruidos por los españoles de manera inmediata después de la conquista, pero no así los bajorelieves de los *Huey tlatoanis*, los cuales se conservaron durante algún tiempo, hasta que en los años de 1753 y 1754 se les mandó borrar a punta de barrenos (Alcocer, 1935: 91-95). En la actualidad todavía podemos observar algunos rasgos de estas extraordinarias figuras en el lado oriente, sobre la llamada Calzada del Cerro. Estos escasos rasgos que aún se distinguen, son un par de piernas, un escudo cruzado por cuatro flechas [figura 5] y parte de una serpiente.

México-Tenochtitlan asombró a lo españoles no sólo por sus enormes y majestuosas construcciones, sino también porque contaba con bellos jardines, fuentes y casas con animales de diversas especies, lo cual la convertía en un "paraíso deleitable", como la llamó fray Agustín de Vetancurt. La conjunción de espacios habitables con múltiples áreas verdes dentro y fuera de la ciudad son un claro ejemplo del aprecio que los mexicas sentían por la naturaleza; cualquier espacio disponible era destinado para el cultivo de árboles, plantas y flores, como los camellones y orillas de las chinampas, e incluso muchas casas contaban con jardines contruidos sobre sus azoteas, con la finalidad de tener siempre el intenso verdor, olor y frescura que proporcionan sus hojas, flores y ramas.



FIGURA 5
DETALLE DEL ESCUDO TALLADO EN CHAPULTEPEC CRUZADO POR CUATRO FLECHAS,
EL CUAL PERTENECE A LA ESCULTURA DE MOCTEZUMA.
Fuente: *Apuntes sobre la antigua México-Tenochtitlan*, de Ignacio Alcocer, 1935, p. 94.

Por otra parte, las llamadas “casas de aves”, zoológico, jardines botánicos y casas de descanso son muestra del poder de los *Huey tlatoanis* mexicas, porque creaban estos lugares con la única finalidad de servirle como sitios de recreo, sin importar el costo que pudiera tener, el número de gente que estuviera destinada para su cuidado y los recursos necesarios para mantenerlos. Debe también señalarse que algunos de estos sitios, aunque eran para el disfrute de Moctezuma Ilhuicamina, proporcionaban servicios asistenciales (médicos) a la población en general.

Pero lo más interesante de estos lugares era el trasfondo que tenían. Con bastante insistencia hemos señalado la importancia religiosa que los mexicas otorgaban a su ciudad por considerarla como centro del universo y origen de todo lo creado, a lo que debemos sumar su gran predilección por la naturaleza. Ello nos hace pensar que bajo estas premisas, llevaron a cabo un trabajo singular, consistente en reunir ejemplares de todas las especies tanto animales como vegetales para tenerlos dentro de la ciudad, como una muestra de la riqueza de la tierra de la cual ellos eran sus poseedores. Para darle albergue a estas especies se construyeron jardines botánicos, casas para aves y peces así como zoológicos y cotos de caza, e inclusive, a seres humanos deformes junto a los más terribles insectos y alimañas. Todo ello significaba que la ciudad era un “microcosmos” que contenía en sí misma la esencia de la vida en el universo.

CAPÍTULO VII

EL MERCADO DE TLATELOLCO Y OTROS SITIOS DE ABASTECIMIENTO

7.1 Sitios de Mercado.

Una ciudad tan grande como México-Tenochtitlan debía contar con un eficiente suministro de bastimentos para poder satisfacer las necesidades de su elevada población (cerca de medio millón de habitantes) y la de algunos cientos de visitantes y peregrinos que acudían a la ciudad con motivo de las ceremonias que en ella se celebraban. Este suministro de provisiones se lograba a través de varios lugares construidos para este fin por toda la ciudad, mismos que recibían la denominación de mercados o tianguis (*tianquiztli* o *tianquiz* -su apócope-)*. A este respecto, Cortés (1987: 70) escribió que "tiene esta ciudad muchas plazas, donde hay continuos mercados y trato de comprar y vender".

A diario en todos los mercados o tianguis de la ciudad se observaba el continuo intercambio de productos, el ir y venir de la gente, así como el bullicio propio de estos lugares. En la mayoría de estos mercados sólo se vendían productos comestibles (Cevallos Novelo, 1979: 171), debido a que era lo que mayor demanda tenía entre la población, como lo señala Cervantes de Salazar (1971, II: 326):

* A tal grado impactó a los españoles este sitio, que ninguno de ellos dejó de referirse a él en sus cartas e historias, como Cortés (1987: 70), Díaz del Castillo (1986: 171-172), y el Conquistador Anónimo (1941: 43-44); los cronistas de los siglos XVI y XVII -e incluso XVIII- tampoco dejan de mencionarlo al referirse a la ciudad y a algunos de los sitios más importantes (Anglería, 1964, II: 478-479; Cervantes de Salazar, 1971, II: 326-330; Durán, 1984, II: 177; Sahagún, 1981, II: 325-327; Las Casas, 1967, I: 366-368; Motolinía, 1971: 372; Herrera, 1945-47, II: 230-232; Torquemada, 1975, IV: 345-352; Vetancurt, 1971: 92-93; Suárez de Peralta, 1949: 86; Clavijero, 1987: 340).

Tenia y tiene hoy México, a su costumbre y uso, mercados, así en el sitio como en la contratación, tan grandes y tan poblados de gente que ningún pueblo en el mundo hay que mayores ni mejores los tenga: conforme a lo que en la tierra se usa, tiene en cada plazuela y lugar medianamente desocupado; todos los días hay mercado de cosas de comer, de manera que para proveer los españoles y los indios sus casas no han menester salir lexos...

También existían comerciantes que vendían sus productos de casa en casa, como la sal, el maíz, el frijol y el chile (Serra Puche, 1992: 25), que eran los más comunes, e incluso, como se señaló en el capítulo cuatro, el agua potable (Las Casas, 1967, I: 265).

Por todos los rumbos de la ciudad existían casas en las cuales sus moradores vendían alimentos, mismos que estaban ya sazonados y listos para ser cocinados, e incluso había algunos ya guisados, como las carnes, pescados, *atolli* (atole), panes, pasteles, tortas y diversas clases de *tamalli* (tamal) entre muchos otros deliciosos platillos (Anglería, 1964, II: 474-475; Herrera, 1945-47, II: 231-232; Torquemada, 1975, IV: 348-349; Vetancurt, 1971: 92); y tal vez sean las actuales fondas, merenderos y cenadurías un buen ejemplo de aquellos sitios prehispánicos, inclusive pudiera suponerse que son los herederos de aquella tradición culinaria. Cervantes de Salazar (1971, II: 329) respecto a estos sitios prehispánicos comenta:

Hay muchas tiendas de ollas grandes y pequeñas, llenas de atole, mazamorra, que son como poleadas, hechas de atole, de maíz y de otras cosas: vendese tanto desto, no solamente en los mercados, pero [sino también] en muchas esquinas de casas, que es cosa maravillosa y pone espanto, donde se consume tanto mantenimiento, carne y pescado asado y cocido, en pan, pasteles, tortillas, huevos de diferentísimas aves...

Por lo que respecta a los enseres domésticos, de trabajo y para ceremonias, así como efectos personales, éstos podían adquirirse en los grandes mercados de la ciudad, lugar a donde acudían sus productores a venderlos o intercambiarlos. Algunos cronistas refieren la existencia de tres grandes mercados, los cuales llevaban a cabo la venta o intercambio de productos en determinado día de la semana (Cervantes de Salazar, 1971, II: 326).

La importancia de los mercados de México-Tenochtitlan residía en la enorme variedad de productos y servicios que ofrecían, que abarcaba cualquier género de alimentos y objetos, desde los más sencillos y comunes hasta los más suntuosos y exóticos, provenientes de sitios tan lejanos como las costas del Pacífico, del Golfo, de Oaxaca y de las tierras mayas. Lo cual nos señala el ambiente cosmopolita que se vivía en la ciudad, porque podían hallarse en ella hombres de distintas regiones para intercambiar sus productos en los días de mercado, y a su vez, aprender sobre otras culturas y formas de vida.

De entre estos mercados, el que más llamó la atención de los españoles era el que se localizaba al noreste de la ciudad [figura 1], en Tlatelolco, lugar del cual tomó su nombre: el Mercado de Tlatelolco:

Hay en la ciudad de Temistitán México muy grandes y hermosas plazas, donde se venden todas las cosas que aquellos naturales usan, y especialmente la plaza mayor que ellos llaman el Tutelula (Tlatelolco), que puede ser tan grande como tres veces la plaza de Salamanca (el Conquistador Anónimo, 1941: 43).

Este mercado era el más importante de la ciudad, porque tenía la más grande variedad de productos y servicios, por su extensión y por el número de sus visitantes, así como por el movimiento y el orden que en él había, según palabras de algunos españoles. entre ellos Bernal Díaz del Castillo (1986: 173):

Y después del bien mirado y considerado todo lo que habíamos visto, tornamos a ver la gran plaza y la multitud de gente que en ella había, unos comprando y otros vendiendo. que solamente el rumor y zumbido de las voces y palabras que allí sonaba más que de una legua, y entre nosotros hubo soldados que habían estado en muchas partes del mundo, y en Constantinopla, y en toda Italia y Roma, y dijeron que plaza tan bien compasada y con tanto concierto y tamaña y llena de gente no la habían visto.

Fue tal la fascinación causada a los españoles por el Mercado de Tlatelolco, que no existe relación, crónica o historia del siglo XVI que deje de referir su existencia, y que a través de bellas y asombrosas descripciones nos ofrezca una idea de cómo era y cómo funcionaba este lugar.

7.2 Mercado de Tlatelolco.

Las referencias que se han hecho de este mercado son numerosas, y por lo general están dedicadas a interpretar su funcionamiento y analizar las características de algunos de los objetos que en él se vendían (lugar de procedencia, trabajo invertido en su elaboración, forma de comercialarlo, etc.). Sin embargo, en este capítulo pretendemos seguir el recorrido que realizaron los españoles para conocerlo, con ello pretendemos, primero, describir el lugar y señalar el día en que se celebraba el mercado, para después describir los objetos e indicar la forma en que se comerciaban, y finalizamos con la forma en que se administraba este lugar, tal como lo hicieron Cortés, Díaz del Castillo y sus compañeros.

El Mercado de Tlatelolco era una plaza tan grande, que superaba dos veces a la ciudad de Salamanca según apreciación de Cortés (1987: 70), aunque el Conquistador Anónimo (1941: 43) asegura que podía ser hasta tres veces mayor. La vasta extensión de la plaza del mercado estaba planeada para dar cabida a un gran número de mercancías. Su perímetro era cuadrado y estaba todo cercado por grandes portales, detrás de los cuales había varios cuartos que servían de almacén para los productos que ahí se vendían; el centro de este cercado era una gran plaza, en la cual podían reunirse entre sesenta y cien mil personas, provenientes de todos los rumbos de la ciudad, de poblaciones cercanas y de regiones muy distantes, reunión que se realizaba cada cinco días (Cortés, 1987: 70; el Conquistador Anónimo, 1941: 43; Anglería, 1964, II: 478; Las Casas, 1967, I: 366; Vetancurt, 1971: 92). López de Gómara (1979: 126) sobre todo esto comenta:

Cada barrio y parroquia tiene su plaza para contratar el mercado. Mas México y Tlatelolco, que son los mayores, que las tienen grandísimas. Especial lo es una de ellas, donde se hace mercado los más días de la semana, pero de cinco en cinco días es lo ordinario, y creo que [es] la orden y costumbre de todo el reino y tierras de Moteczuma. La plaza es ancha, larga, cercada de portales, y tal, en fin, que caben en ella sesenta y aun cien mil personas, que andan vendiendo y comprando; porque como es la cabeza de toda la tierra, acuden allí de toda la comarca, y aun lejos. Y más todos los pueblos de la laguna, a cuya causa hay siempre tantos barcos y tantas personas como digo, y aun más.

Este mercado iniciaba sus actividades al amanecer, al son del tambor del Templo de Quetzalcóatl (Serra Puche, 1992: 25). El orden y disposición que reinaba en este mercado era algo en verdad sorprendente; cada género de mercancías tenía su lugar o área destinado, de manera que no podía venderse nada que no estuviese en su sitio; los alimentos se vendían en cierta área, la cerámica en otra, las armas en otra, y así sucedía con cada género de objetos. Estas áreas tenían muchos puestos organizados a lo largo de varias líneas o calles [figura 2]; Vetancurt (1971: 92) asegura que estos puestos estaban levantados del suelo media vara:

...cada cofa fe vendia aparte en los pueftos bien ordenados con tal concierto que cada qual tenia fu puefto media vara del suelo lebandado en forma de calles...

sin embargo, debemos señalar que ningún otro autor menciona esto. Es probable que Vetancurt se refiera a los puestos de los mercados pero del período colonial, como algunos de los que había en el Parián y que podemos observar en varias pinturas de la época.

Pese a la enorme variedad de géneros y mercancías que se comerciaban, ningún cronista realizó plano alguno del mercado ni de su distribución; sin embargo, nosotros hemos elaborado un esquema [figura 3] que sugiere la organización que debió existir según su género, lo que permitiría seguir un orden en esta descripción. Debemos advertir que esta división se ha hecho de manera libre, al agrupar a los objetos por sus características particulares, lo que no indica de ninguna manera que haya sido de esta forma como lo observaron los españoles. Cada uno de estos grupos es muy extenso, y debe ser descrito con mayor detenimiento. Algunos de ellos son muy detallados por los conquistadores y cronistas, debido a su importancia; otros, sólo son mencionados, y algunos más ni siquiera son indicados, pero inferimos su existencia al saber de otros objetos que sí son señalados y que se complementaban unos con otros. Las mercancías están comprendidas dentro de doce grupos: alimentos (productos agrícolas y productos animales), herbolaria, textiles, utensilios, instrumentos de trabajo, objetos comunes, objetos artísticos, objetos suntuarios, oficios, armas y trajes de guerra, esclavos de collar y materiales de construcción.



FIGURA 2
FRAGMENTO DE LA MAQUETA DEL MERCADO DE TLAHELCO EXHIBIDA EN LA SALA MEXICA DEL
MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGIA. EN ELLA SE PUEDE APRECIAR LA BELLEZA Y ORDEN
QUE GUARDABA CADA GÉNERO DE MERCANCIAS, DISPUESTOS EN HILERAS O CALLES.
Fuente: *Historia de México*, 1986, Vol. 5, p. 811.

PROBABLE ORGANIZACIÓN DEL MERCADO DE TLATELOLCO

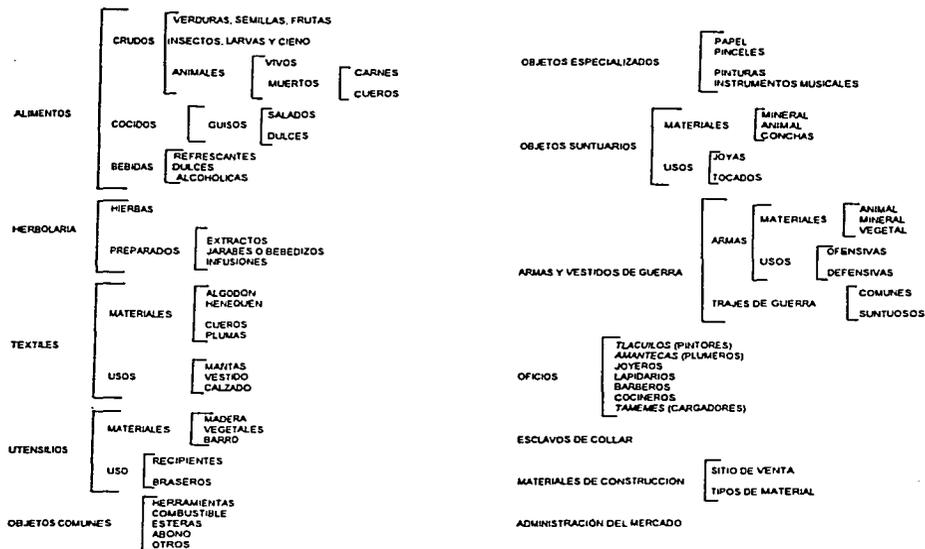


FIGURA 3
ORGANIZACIÓN DEL MERCADO DE TLATELOLCO
Reproducción de Pedro A. López Saucedo.

-Alimentos.

Los productos agrícolas y animales están agrupados bajo el rubro de "alimentos", género que a su vez comprende tres subgrupos: alimentos crudos, alimentos cocidos y bebidas. Para los indígenas este grupo era el más amplio y el más importante. No es difícil imaginarnos la gran variedad de colores, olores y sabores que debía haber en el mercado, bástenos con echar una mirada a un mercado actual para comprenderlo.

Entre los productos agrícolas que se comerciaban destacaban las semillas, como el maíz (*centli*) en diversas variedades, el frijol (*ayacotli*), el haba, la chía (*chian*), el amaranto (*huauthl*), etcétera [figura 4]. Las legumbres y los tubérculos, como las cebollas, ajos, camotes y otras raíces (Cortés, 1987: 70), así como el chile (*chilli*) en todas sus variedades y el jitomate (*chiltomatl*) eran de los productos que mayor demanda tenían, pero sin lugar a dudas el maíz (*centli*) era el alimento principal de los mexicanos, pues de él se aprovechaban las mazorcas, el grano y el nixtamal, del cual obtenían la masa para hacer tortillas (*tlaxcalli*) y tamales (*tamalli*). También el hongo del maíz, el huiltacoche (*cuiltacoche*), era aprovechado, y tenido por un manjar:

En otra parte estaban por su orden los que vendían las cosas de comer, como son el maíz blanco y maíz azul obscuro, o negro, y colorado y amarillo, y frijoles amarillos y blancos, y negros, y colorados, y jaspeados, y unos frijoles negros, grandes como habas, y semillas de bicdos pardos o cenicientos, y colorados, y amarillos, y *chian* blanca y negra, y otra que llaman *chiantzotzotl*... de esta orden eran los que vendían chile de diversas maneras, los mismos vendían tomates que llaman *mitómatl*, y *chiltómatl* Sahagún (1981, II: 326).

Entre las frutas, se señalan las ciruelas y los zapotes:

En otra parte se ordenaban los que vendían fruta, como son cerezas, y aguacates, ciruelas silvestres, vayadas, batatas, y batatas de raíces que se llaman *quauhcamotli*, y zapotes de diversas maneras y otras muchas frutas. También con éstos se ordenaban los que vendían turriones de chían, castañas de raíces de yerba, raíces, como regaliz. Erizos, que es una fruta que se come, pepitas grandes y pequeñas de calabaza (Sahagún, 1981, II: 326).



FIGURA 4
VENTA DE MAÍZ DENTRO DEL MERCADO. DETALLE DEL MURAL DE DIEGO RIVERA EN PALACIO NACIONAL.
Fuente: *Historia de México*, 1986, Vol. 5, p 785.

Un producto que tenía gran demanda dentro del mercado, que resultaba no ser ni fruta ni verdura, era una especie de cieno o légamo producido por las aguas saladas del lago de Texcoco. Este cieno, parecido al lodo, se vendía sólo en invierno; durante esta temporada, los indígenas lo recolectaban con redes muy finas para después ponerlo a secar sobre la arena, dándole la forma de un pastel. Ya seco era cortado en trozos del tamaño de un ladrillo para venderlos, incluso, en los mercados de otras regiones. El légamo tenía un sabor salado, que según los españoles era como el queso, y que los indígenas comían acompañado de *chimolli* (salsas) y tortillas (López de Gómara, 1979: 127; Cervantes de Salazar, 1971, II: 329-330; Herrera, 1945-47, II: 331; Torquemada, 1975, IV: 349-350; Vetancurt, 1971: 92). Motolinía (1971: 372-373) describe este proceso:

Críanse sobre el agua de la laguna de México unos como limos muy molidos, sobre el agua de la laguna de México unos como limos muy molidos, y a cierto tiempo del año que están más cuajados, cógelos los indios con unos redejoncillos de malla muy menuda, hasta que hinchen los acales o barcas dellos, y a la ribera hacen sobre la tierra o sobre la arena unas eras muy llanas con su borde de dos o tres brazas en largo y poco menos de ancho, y échanlos allí a secar, echan hasta que se hace una torta de gordor de dos dedos y en pocos días se seca hasta quedar en gordor de un duçado escaso, y cortada aquella torta como ladrillos anchos, còmenlo mucho los indios y tiene se [por] buenos; anda esta mercadería por todos los mercaderes de la tierra, como entre nosotros [el queso]; los que son de la salsa de los indios es bien sabroso, tiene un saborcillo de sal...

De algunas semillas, como la chífa, se obtenían aceites, los cuales eran muy buenos, y lo mismo servían para ser comestibles como para otros usos (Motolinía, 1971: 373; Torquemada, 1975, IV: 349). Cervantes de Salazar (1971, II: 330) a este respecto comenta:

Hay aceite de chífan, que es simiente muy parecida a mostaza o a zargatona, con el cual untan los pies y piernas, porque no las dañe el agua; también lo hacen de otras cosas... Guisan de comer con este aceite, aunque más usan la manteca, sain [grasa de animal] y cebo.

Se vendían granos de cacao (*cacaotl*) y especies aromáticas como la vainilla (*tlilxochitl*) (Sahagún, 1981, II: 325). También se negociaban los endulzantes, como las mieles de abeja y de maguey, así como cera y polen (Cervantes de Salazar, 1971, II: 330; Sahagún, 1981, III: 140-141).

Uno de los productos que mayor demanda tenía era la sal, que lo mismo se usaba para sazonar guisos que para curtir cueros, la cual se obtenía al destilar las aguas del lago (López de Gómara, 1979: 126; Sahagún, 1981, III: 147). Este producto no sólo era adquirido por los habitantes de las ciudades del Altiplano Central, sino que también por comerciantes de regiones muy distantes (Las Casas, 1971, I: 366).

Después de las verduras y frutas, los productos animales eran muy comercializados, entre los que destacaban los de las aves, los mamíferos y los peces. Se vendían vivos o muertos, de los cuales se obtenían carne, cuero, plumas y huesos [figura 5]. Las aves que más se hallaban en este mercado eran las gallinas, guajolotes (*huexólotl*), palomas, patos, codornices, perdices y papagayos (Suárez de Peralta, 1949: 86). Las que estaban vivas se encontraban dentro de jaulas o amarradas, mientras que las muertas estaban cortadas en cuartos y medios o enteras, comerciándose sus cueros y plumas por separado. Asimismo se vendían huevos de muchas clases de aves (Sahagún, 1981, III: 147-148). Cortés (1987: 70) refiere esta área de las aves:

Hay calle de caza, donde venden todos los linajes de aves que hay en la tierra, así como gallinas, perdices, codornices, lavancos, dorales, zarcetas, tórtolas, palomas, pajaritos en cañuela, papagayos, búharos, águilas, falcones, gavilanes y cernicalos, y de algunas aves destas de rapiña venden los cueros con su pluma y cabezas y picos y uñas.

Mientras que entre los mamíferos destacaban los venados, jabalíes, ratas, conejos y los perros (*itzcuintli*), los cuales eran criados y cebados para ser vendidos como alimento (Díaz del Castillo, 1986: 171; el Conquistador Anónimo, 1941: 44; Anglería, 1904, II: 478-479; López de Gómara 1979: 127-128; Cervantes de Salazar 1971, II: 329-330; Motolinía, 1971: 372; Torquemada, 1975, IV: 349). Sobre este particular Herrera (1945-47, II: 231-232) comenta:

Traían muchos Animales á vender vivos, i otros muertos, que ó corriendo alcançaban, ó en los laços tomaban vivos, ó con los Arcos mataban, como Venados enteros, que los hai mui grandes, ó hechos quartos, Gamas, Liebres, Conejos, Tuças, que son menores que ellos, Perros, i otros Animalejos, que gañen como ellos: Cuçatli, i otros, que ellos caçan i crian.

Mientras que los cueros eran exhibidos con pelo o sin él, teñidos y sin teñir (Cortés, 1987: 70-71).



FIGURA 5
VENTA DE CARNES Y PESCADOS DENTRO DEL MERCADO. DETALLE DEL MURAL
DE DIEGO RIVERA EN PALACIO NACIONAL.
Fuente: *Historia de México*, 1986, Vol. 5, p. 850.

El pescado que se vendía era fresco, aunque había quienes lo llevaban seco, ya salado, e incluso cocido. También se comerciaban camarones y otras especies acuáticas (Cortés, 1987: 70-71; Sahagún, 1981, III: 144). Otro género de alimento que se intercambiaba en este mercado era el de los insectos y larvas, como las lombrices, hormigas, gusanos, caracoles, piojos y acociles (Motolinía, 1971: 372; Torquemada, 1975, IV: 349). Pero también reptiles y batracios, como las serpientes, lagartijas y ranas (López de Gómara, 1979: 127-128; Sahagún, 1981, II: 325-326):

En el mantenimiento se admiraron los Españoles de ver lo que se confumia, y lo que siempre sobrava de carne de animales, allí muertos como vivos, porque ningún animal dejaban de comer como Ratones, Tuzas, Culebras, Lombrifas, Hormigas Toftadas... (Vetancurt, 1971: 92).

Los párrafos anteriores nos dan la pauta para referirnos a los alimentos que se vendían ya guisados, en lo que podría llamarse "área de comedores" o "fondas". Entre los alimentos que mencionan los cronistas existía una gran variedad de carnes, que podían estar adobadas, asadas, guisadas con verduras o acompañadas de salsas (*chimolli*); había también tamales (*tamalli*), panes, pasteles, tortas, empanadas de gallina (*necatamalli*), quesadillas (*tlaxcalpacholli*), tortillas de huevo y dulces, entre muchos otros platillos; pero también se vendían atoles de maíz (*atolli*) y de frutas (*xocoatolli*) (López de Gómara, 1979: 128; Cervantes de Salazar, 1971, II: 329; Sahagún, 1981, III: 138-139, 144; Torquemada, 1975, IV: 348-349; Vetancurt, 1971: 92). Herrera (1945-47, II: 231-232) describe esta área:

Hai muchas Tiendas de Ollas grandes, i pequeñas, llenas de Atole, o Maamorra, que son como poleadas, hechas de Atoles, de Maiz, i de otras cosas; véndese tanto de esto, no solamente en los Mercados... donde se consume tanto mantenimiento. Carne, i Pescado asado, i cocido, en Pan, Pasteles, Tortillas, Huevos de diferentes Aves: no hai numero, el Pan cocido, i en grano, i en maçamorra, que se vende...

Pero entre las bebidas no sólo existían los atoles, sino también el chocolate (*xocoatl*, agua de chocolate), ya fuera frío o caliente, el cual era hecho de:

...cacao y otras cosas, y véndese tanto de esto, no solamente en los mercados... y llámanle chocolate, el cual, aunque era común a todos en las provincias de Quauhtemallan y otras, es éstas de México no ha muchos años que se usa caliente y ha se extendido su uso a indios y españoles... (Torquemada, 1975, IV: 349-350).

Sahagún describe su elaboración y algunas variantes del mismo, al que le agregaban especies aromáticas y que era endulzado con miel (1981, III: 156). Y entre las bebidas fermentadas el pulque (*octli*) era el más común, sin descartar el vino obtenido del maíz y algunos zumos de frutas (Cervantes de Salazar, 1971, II: 330; Las Casas, 1967, I: 367):

...de Maguey hacen Vino, Vinagre, Açucar, Miel, Arrope, segun se ha dicho... las hay muchas maneras de Vino, que venden, es largo decir las (Herrera, 1945-47, II: 231).

-Herbolaria.

Otra calle estaba dispuesta en especial para los boticarios o médicos herbolarios (*ticilli*), a donde acudía la gente para obtener alivio para sus dolencias (Cortés, 1987: 70; el Conquistador Anónimo, 1941: 44; López de Gómara, 1979: 127-128; Las Casas, 1967, I: 367; Herrera, 1945-47, II: 230; Motolinía, 1971: 373-374; Torquemada, 1975, IV: 348; Vetancurt, 1971: 92).

El conocimiento que los médicos indígenas o *ticilli* poseían sobre la herbolaria era sorprendente, por el adecuado empleo de las hierbas para todo tipo de afecciones conocidas por los indígenas, de ahí que fuera muy socorrida esta área, misma que ahora puede compararse con una farmacia, pero por supuesto con las debidas reservas. Eran los médicos indígenas quienes, con certeza, proporcionaban las cantidades necesarias de las hierbas curativas. En esta calle se hallaban medicinas para todas las enfermedades conocidas por los indígenas, desde jarabes y bebedizos hasta extractos y cataplasmas, e incluso se hallaban hierbas para eliminar parásitos e insectos. A este respecto Cervantes de Salazar (1971, II: 328) refiere que en el mercado había:

...hierbas, raíces, hojas, semillas, así para la comida como para la medicina, tantas y de tanta variedad que no se pueden contar y que para conocerlas es menester gran curado y ser muy diestro herbolario, aunque por la mayor parte, los hombres, mujeres y niños en su gentilidad conocían mucho en hierbas, porque con la pobreza y necesidad (que ahora no tienen) las buscaban para comer y curarse en sus dolencias, que poco gastan en médicos aunque los tienen, los cuales curan con cosas simples y dellas saben maravillosos secretos. Hacen y han hecho en algunos de los nuestros curas muy señaladas. Había boticarios que sacaban al tiangué tinguentos, xarabes,

aguas y otras cosas de enfermos. Casi todos los males curan con hierbas, tanto que, aun para matar los piojos, tienen hierba propia y conocida.

Sin embargo, muchas de estas hierbas y raíces podían ser medicinales y a la vez alimenticias, por esta razón se acudían con los boticarios para que ellos determinaran con exactitud la prescripción a seguir y la cantidad de medicina a utilizar para recobrar la salud, así como las ceremonias y oraciones necesarias para "reconciliarse con los dioses" (debe señalarse que los indígenas creían que las enfermedades eran enviadas a los hombres como castigo divino y sólo se recobraba la salud cuando la ofensa cometida contra los dioses era resarcida).

El *tzictli* o chicle era otro de los objetos vendidos en el mercado, usado como endurecedor de las encías. Sahagún (1981, III: 130) refiere que las *ahuiani* (prostitutas o "alegradoras de vida") mascaban el chicle para mantener limpios los dientes.

-Textiles.

Las telas que se vendían en el mercado eran de los más diversos materiales, para los más variados usos y en todos los tamaños. Entre los materiales empleados para estas telas los más comunes eran el algodón y el henequén, mientras que las más suntuosas eran elaboradas con pelos de conejo y plumas. La mayoría de las telas eran de color blanco, aunque algunas de ellas estaban teñidas:

La más rica... [son las] mantas de algodón, blancas, negras y de todos colores, unas grandes, otras pequeñas... También hay mantas de hojas de *metl* y de palma y de pelo de conejo, que son buenas, preciadas y calientes; pero mejores son las de pluma. Venden hilado de pelos de conejo, telas de algodón, hilazas y madejas blancas y teñidas (López de Gómara, 1979: 126-127).

Con estas telas se elaboraban vestidos tanto para hombres como para mujeres, algunos con excelentes bordados realizados con diversos materiales; otras telas eran empleadas para la casa y para elaborar tapices (Sahagún, 1981, III: 134-135, 139-140, 142). También se vendían madejas de hilo de diversos colores. Cervantes de Salazar (1971, II: 327-328) refiere los materiales empleados para elaborar estas telas:

...unas para camas demascadas, riquísimas, muy de ver: otras para capas, otras para colgar, otras para zarahueles, camisas, sábanas, tocas, manteles, pañuelos y otras muchas cosas. Téxense las mantas ricas con colores, y aun algunas, después de la venida de los nuestros, con hilos de oro y de seda de varias colores. La que se venden labradas tienen la labor hecha de pelos de conejo y de plumas de aves muy menudas, cosa cierto de ver... Véndense también mantas para invierno, hechas de pluma, o por mejor decir, del fluco de la pluma, unas blancas y otras negras y otras de diversos colores; son muy blandas y dan mucho calor: parecen bien aunque sea en cama de cualquier señor. Venden hilados de pelos de conejo, telas de algodón, hilaza, madexas blancas y teñidas (Cervantes de Salazar, 1971, II: 327-328).

Aunque no eran textiles, también se vendían cueros y pieles con los que elaboraban calzado, bolsas (Sahagún, 1981, III: 140) y algunos objetos que requería una cubierta resistente, como los escudos, para lo cual el cuero resultaba muy práctico; incluso los tambores también requerían de estos cueros y cuerdas de piel para su recubrimiento:

Tráense cueros de venado crudo y curtidos con su pelo y sin él, de muchos colores teñidos, para broqueles, rodelas, cueras, zapatos, aforros de armas de palo y, asimismo, cueros de otros animales y aves... (Torquemada, 1975, IV: 374).

-Utensilios para el hogar.

La venta de alfarería era la principal mercancía en esta área del mercado. Entre los objetos que ahí se hallaban había platos, cazuelas, jarros, ollas, cajetes, salseras, candeleros y paleros en todos los tamaños y materiales, algunos muy sencillos, otros otros muy elaborados y cubiertos con bellos decorados o monócromos, y algunos más presentaban superficies muy bruñidas, tan relucientes como si estuvieran vidriadas (Anglería, 1964, II: 478; López de Gómara, 1979: 127; Cervantes de Salazar, 1971, II: 326-327; Las Casas, 1967, I: 368; Sahagún, 1981, II: 326-327 y III: 146; Torquemada, 1975, IV: 347; Vetancurt, 1971: 93) [figura 6]. Cortés (1987: 70), quien pudo observar todo este género de mercancías, así las describe:

Venden mucha loza, en gran manera muy buena; venden muchas vasijas de tinajas grandes y pequeñas, jarros, ollas, ladrillos y otras infinitas maneras de vasijas, todas de singular barro, todas o las más vedriadas y pintadas.



FIGURA 6
VENTA DE CERÁMICA DENTRO DEL MERCADO. DETALLE DEL MURAL DE DIEGO RIVERA EN PALACIO NACIONAL.
Fuente: Artes de México, Otoño de 1990, No. 9, p. 65.

Por su parte Bernal Díaz del Castillo (1986: 172) refiere la existencia de vasijas hechas de metal, como el cobre. Sahagún y Las Casas (1967, I: 368) aseguran que también se vendían recipientes elaborados con cáscaras de vegetales, como los del bule y la calabaza, con las que hacían jícaras. Sin descartar aquellos elaborados con madera, de la cual eran expertos artesanos, entre los objetos más comunes podían hallarse las palas, los molinillos para espumar el chocolate, las palangas de todos los tamaños, tablas para picar y muchos artículos más:

...y todas las jícaras véndelas poniendo a parte, o por sí, las que traen de Guafimala, y las de México, y las de otros pueblos unas de las cuales son blancas, otras prietas, unas amarillas, otras pardas, unas bruñidas de encima, otras untadas con cosas que les dan lustre, unas son pintadas, otras llanas sin labor; unas son redondas y otras larguillas, o puntiagudas; unas tienen pie, otras asillas, o picos, unas asas grandes, y otras como calderuelas, unas son para beber agua, y otras son para beber *atolli*; fuera de estas vende también las jícaras muy pintadas de *Izucan*, y las jícaras como bacines, anchas, y jícaras para lavar las manos, y jícaras grandes y redondas, y los vasos transparentes, y las jícaras agujeradas para colar... (Sahagún, 1981, III: 143).

Los cestos fabricados de carrizos y palma estaban destinados para guardar granos y semillas, pues los había de todos los tamaños y formas. Algo que no podía faltar eran los braseros, los patojos y los comales para las tortillas, todos ellos hechos en barro, así como los molinos de mano o metates y molcajetes, tallados en piedra, indispensables para moler los granos y semillas.

-Objetos comunes.

Los productos que hemos agrupados bajo este rubro son tan variados y para todos los usos que puedan pensarse; había productos para el trabajo y para la casa, de los más diversos materiales y formas. Entre aquellos objetos que se usaban para la casa, destacaban los petates, también llamados esteras, de varias calidades y colores, así como *icpallis*, que eran pequeños asientos con respaldo. Sahagún (1981, III: 148-149) describe esta mercancía:

El que es oficial de hacer esteras tiene muchas juncias, u hojas de palma de que hacen los petates, y para hacerlos primero extienden los juncos en algún lugar llano para aselearlos, y escoge los mejores, y pónelos en concierto; y de los petates que vende unos son lisos, pintados, y otros son de hojas de palma; de estas también se hacen unos cestos que llaman *otlatompiatlí*, que son como

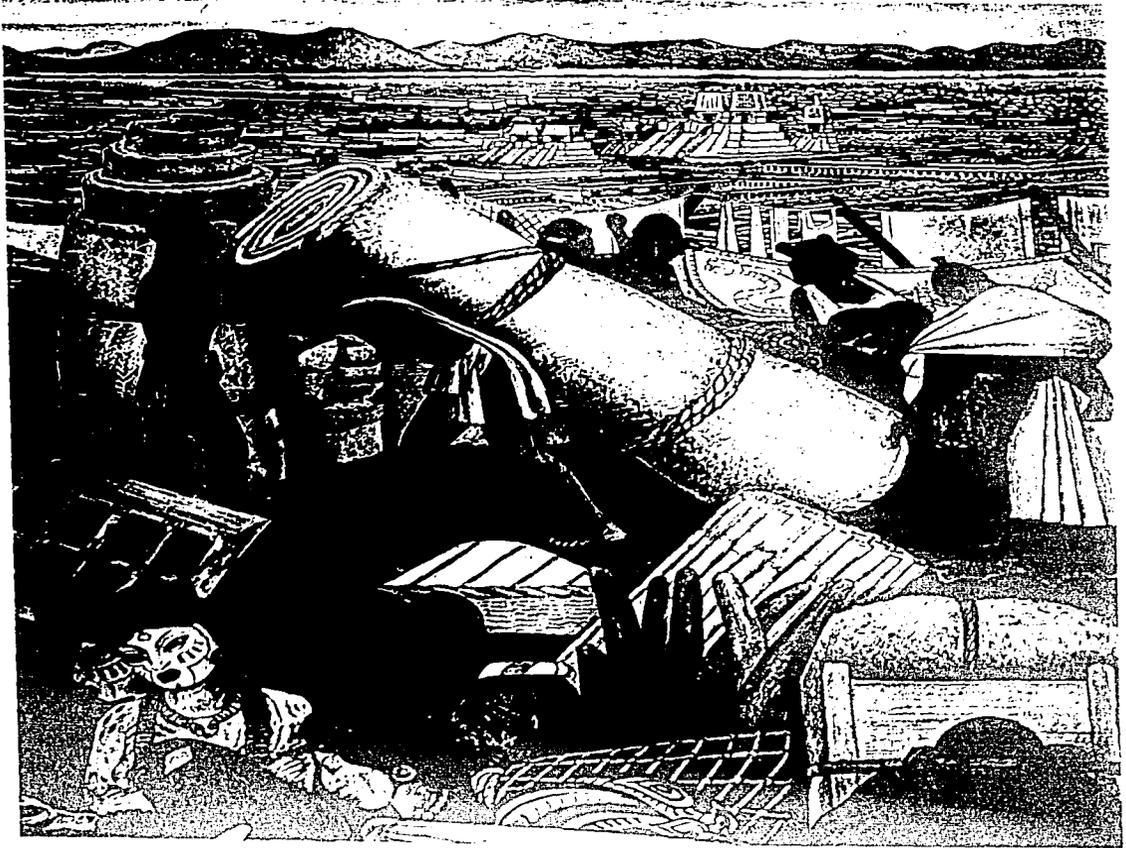
espuestas. Venden también unas esteras de junca gruesas y largas, unos de estos petates son bastos y ruines, y otros lindos y escogidos entre los demás; de los petates unos son largos y anchos, y otros cuadrados, y otros largos y angostos, otros pintados. Hace también, y vende, unos asientos con espaldar, y otros para sentarse que son cuadrados, y otros para cabeceras que son cuadrados y largos, unos pintados, y otros llanos, sin labor [figura 7].

También había escobas hechas de ramas para limpieza de las casas, templos y calles (Sahagún, 1981, III: 146-147, 150).

Los bosques que abundaban en el Altiplano Central proporcionaban mucha madera, con la cual los indígenas construían sus casas y elaboraban gran parte de sus instrumentos de trabajo. En las casas la madera era aprovechada no sólo para hacer muebles y palanganas, sino para techar y levantar paredes; mientras que su uso para instrumentos de trabajo era innumerable, pues con ella se hacían canoas (*acalli*), remos para éstas, coas (*huictli*) para arar la tierra, lanzas, etc., los cuales podían adquirirse en este lugar. Pero también se hallaban aquí los objetos necesarios para tallar y cortar la madera (Díaz del Castillo, 1986: 171-172; Cervantes de Salazar, 1971, II: 326; Sahagún, 1981, II: 326; Motolinía, 1971: 374). La leña, el ocote y las resinas eran el combustible indispensable para las casas y templos, por lo cual era otra de las mercancías que se vendían aquí (Cortés, 1987: 70; Díaz del Castillo, 1986: 171; López de Gómara, 1979: 127; Cervantes de Salazar, 1971, II: 326; Torquemada, 1975, IV: 374). Sahagún (1981, III: 145) indica los distintos árboles de los cuales se obtenían estos leños:

El que trata en leña tiene montes y para cortarla usa de hacha, con que la corta, raja, cercena y parte, y la pone en rimero; vende todo género de leña, ciprés, cedro, pino; vende también morillos, postes, pilares de madera, tablas, tajamaniles y tablazones, ora sean nuevas, ora sean viejas y podridas. El que va por leña al monte, vende la leña de roble, y de pino, y de fresno, y de madroños; y la leña que respanda y humea mucho; vende también leña trozada o troncada, y leña cortada a manos, las cortezas de cedros y de otros árboles, secos y verdes; venden también jara seca, y las pencas de maguey secas, y las cañas secas, y los tagarnos.

Otros instrumentos de trabajo eran elaborados en piedra, como las navajas y raspadores, elementos necesarios para aquellos que vendían carne y debían cortarla, así como para los que curtían cueros y hacían calzado y objetos con este material.



TELICUI, CHIAPAS, MEXICO. A RURAL LANDSCAPE. THE
COURTESY OF THE MEXICAN GOVERNMENT.

Otro de los artículos que se comerciaba en este mercado era el excremento humano (*vid supra* página 53), el cual utilizaban como abono o para curtir cueros (Clavijero 1987: 236). Sobre este particular, Bernal Díaz (1986: 171-172) comenta:

Qué quieren más que diga que, hablando de acato, también vendían canoas llenas de yenda de hombres, que tenían en esteros cerca de la plaza, y esto era para hacer sal o para curtir cueros, que sin ella dicen que no se hacía buena.

Es probable que también se vendieran otros objetos menos necesarios, como los juguetes y objetos personales, entre los que se hallaban los peines y cepillos, agujas para coser e hilar, etc., los cuales no son señalados en las relaciones o crónicas.

-Objetos especializados.

Entre las mercancías más apreciadas se hallaban el papel, los pinceles, las pinturas y los colorantes. Estas pinturas asombraron a los españoles, por la variedad de tonos y los materiales de los que se obtenían, que podían ser desde hojas y minerales hasta de animales, como el colorante de la grana cochinilla (Díaz del Castillo, 1986: 172; Cervantes de Salazar, 1971, II: 330; Herrera, 1945-47, II: 231-232; Sahagún, 1981, III: 142; Motolinía, 1971: 374; Torquemada, 1975, IV: 350). López de Gómara (1979: 128) refiere el asombro que causó a los españoles la cantidad de colores que se vendían:

No es de olvidar la mucha cantidad y diferencias que venden de colores que acá tenemos, y de otros muchos y buenos que carecemos, y ellos hacen de hojas de rosas, flores, frutas, raíces, cortezas, piedras, madera y otras cosas que no se pueden tener en la memoria.

Asimismo, los *tlacuilos* o pintores de códices podían hallar pinceles hechos con finas plumas o pelos de conejo y venado, además de aceites extraídos de diversas semillas, y el obtenido de la chífa era uno de los más comunes:

No menos causó admiración las muchas diferencias de colores que vendían hechas de ojas de arboles, y de ojas de flores, rayzes, y cortezas para los Pintores, y del azeite de chífa que en vna

femilla como moftaza, que oy firve á los Pintores mejor que el azeyte de linaza... (Vetancurt, 1971: 92),

aceite que permitía la preservación de las pinturas, porque éste:

...es de tan gran virtud, que vntada con él vna Imagen de Pintura, se conserva, en la vivea de sus colores, contra el Agua, i el Aire... (Herrera, 1945-47, II: 232).

También se comerciaba el papel llamado *amall*, obtenido de una corteza de árbol o de fibras de maguey [figura 8], el cual se vendía en gran cantidad y de varios colores (Díaz del Castillo, 1986: 171; Sahagún, 1981, III: 143).

El hule (*oili*) también se comerciaba, y se utilizaba para elaborar papel (el papel *amate* requería de algunas gotas de hule para darle consistencia) y para uso en la medicina. Aunque no eran un objeto común, las pelotas también podía hallarse en este lugar, pues para su manufactura era necesario el uso del hule. Las pelotas eran artículos indispensables para los juegos rituales (Sahagún, 1981, III: 150):

El que trata en la goma negra que se llama *oili*, que se derrite como torrezno puesto en asador, y no se torna a cuajar, tiene árboles de que la saca; hace unas masas redondas, otras anchas y otras delgadas y largas. Es goma muy saludable. De ésta se hacen pelotas con que juegan, que fácilmente saltan como pelotas de viento, haciendo sonido como las mismas.

Otros objetos que debieron comerciarse en este mercado fueron los instrumentos musicales, los cuales eran utilizados durante las fiestas y ceremonias; recordemos que en el *Cuicacalli* o casa de canto había gente dedicada a enseñar a los jóvenes a tocar diversos instrumentos musicales, actividad que era muy apreciada por los indígenas.

Los tambores (*huehueltl* y *teponaztl*), panderos, flautas, trompetas, sonajas y raspadores eran sus principales representantes, y podían hallarse de todos los tamaños, tipos y materiales, como podían ser el barro, la madera, las conchas, los caracoles y los huesos.



FIGURA 8
VENTA Y FABRICACIÓN DE PAPEL DENTRO DEL MERCADO. DETALLE DEL MURAL DE
DIEGO RIVERA EN PALACIO NACIONAL.
Fuente: *Historia de México*, 1986, Vol. 5, p. 801.

-Objetos suntuarios.

Este género de mercancías fue el más apreciado por los españoles, ya que se comerciaban desde brazaletes, collares, orejeras, bezotes, narigueras, vasijas y adornos de oro y plata, con incrustaciones de piedras semipreciosas o perlas, hasta tocados de plumas, objetos de cristal de roca y espejos.*

Entre los objetos de orfebrería que más llamaban la atención, se encontraban piezas con representaciones de animales, como aves, pescados y monos, algunos de ellos con movimiento (el Conquistador Anónimo, 1941: 43). Cervantes de Salazar (1971, II: 328) refiere este tipo de trabajos:

Vaciaban asimismo un papagayo que se le andaba la lengua, que se le meneaba la cabeza y las alas. Fundían una mona que jugaba pies y manos y tenía en la mano un huso, que parecía que hilaba, o una manzana que parecía que comía.

Sin dejar de mencionar aquellos objetos que combinaban dos metales de una manera tan peculiar que los conquistadores no imaginaban como se había logrado:

Sacaban al mercado los oficiales desta arte plato ochavados, el un cuarto de oro y el otro de plata, no soldados sino fundidos y en la fundición pegados, cosa dificultosa de entender. Sacaban una caldereta de plata con excelentes labores y su asa de una fundición, y lo que era de maravillar, que la asa estaba suelta, y desta manera fundían un pece con una escama de plata y otra de oro, aunque tuviese muchas (Cervantes de Salazar, 1971, II: 328).

Pero no sólo se vendían objetos y piezas de oro ya hechas, como collares, taponas de orejeras, cascabeles, pectorales y colgantes, sino que también se comerciaba este material en pepitas, tal y como se obtenía de las minas y arroyos metido dentro de unos canutillos vegetales, listo para ser fundido o intercambiado por otros productos, pues estos canutillos poseían un valor como medida de cambio (Bernal Díaz, 1986: 172).

* Estos objetos son descritos con cierto detalle por los conquistadores Cortés (1987: 46) y Díaz del Castillo (1986: 171), así como por los cronistas Anglería (1964, II: 478-479), López de Gómara (1979: 127), Las Casas (1967, I: 367-368), Cervantes de Salazar (1971, II: 328), Herrera (1945-47, II: 230), Sahagún (1981, III: 132-133), Temblemada (1975, IV: 348-349), Solís y Rivadeneira (1968: 167), debido a que eran artículos de lujo y de gran valor, justo lo que venían a buscar a estas tierras los españoles.

Los trabajos lapidarios también eran muy estimados, ya que se exhibían bellas piezas (Sahagún, 1981, III: 132-133), como collares, bezotes, orejeras, narigueras, pectorales, cetros y máscaras talladas en jade o jadeíta (*chalchihuitl*), azabache, turquesa, malaquita o *tecalli*:

Esmaltan asimismo, engastan y labran esmeraldas, turquesas y otras piedras, y agujeran perlas, pero no tan bien como en Europa. Labran el cristal muy primamente y hacen veriles grandes y pequeños, dentro de los cuales meten imágenes entalladas de madera... (Cervantes de Salazar, 1971, II: 328).

Los espejos eran piezas de gran estima, ya que para su elaboración se requería de un gran esfuerzo (Cervantes de Salazar, 1971, II: 328; Torquemada, 1975, IV: 349). Sahagún, (1981, III: 149-150) los describe:

El que vende espejos es de los lapidarios, porque también corta sutilmente piedras del espejo, y las raspa con el instrumento que llaman *teuxalli*, y las asierra con un betún hecho de estiércol de murciélagos, y púelos en unas cañas macizas que se llaman *quetzalótlal*. Venden espejos de dos haces, pulidos de ambas partes, y espejos de una haz solamente, y espejos cóncavos, todos muy buenos, y algunos de piedra blanca, y otros de piedra negra; ya estos de poco se usan.

El trabajo de la pluma era tan apreciado por los indígenas, que incluso superaba en labor al del oro y plata, y para ello había oficiales dedicados de manera exclusiva a tal labor, llamados *amantecas* [figura 9]. Se elaboraban todo tipo de objetos, desde tocados, capas, *chimaltis* (escudos) hasta figuras de plantas, animales y paisajes a manera de cuadros al óleo, utilizando para ello todos los géneros de plumas y colores que podían hallarse (Cervantes de Salazar, 1971, II: 328. Sahagún, 1981, III: 133). Este trabajo era tan meticuloso, en el que se podían pasar horas y horas para seleccionar las plumas adecuadas para obtener una excelente combinación de colores y perfección de trabajo. López de Gómara (1979: 127) asegura que:

Lo más lindo de la plaza es [son] las obras de oro y pluma, que se contrahacen cualquier cosa y color; son los indios tan oficiales de esto, que hacen de pluma una mariposa, un animal, un árbol, una rosa, las flores, las yerbas y peñas tan al propio, que parece lo mismo que o está vivo o está natural. Y acóntéceles no comer en todo un día, poniendo, quitando y asentando la pluma y mirando a una parte y a otra, al sol, a la sombra, a la vislumbre, por ver si dice mejor a pelo o contrapelo o al través, de la haz o el envés; y en fin, no la dejan de las manos hasta ponerla en toda perfección.

86.



FIGURA 9
UN AMANTECA ELABORA DIVERSOS OBJETOS CON PLUMAS. REPRESENTACIÓN EN EL
CÓDICE FLORENTINO DE FRAY BERNARDINO DE SAHAGÚN.
Fuente: *Historia de México*, 1986, Vol. 5, p. 793.

Las conchas, caracoles y ostras marinas también hallaban su lugar de venta en este lugar, ya que por su consistencia y color eran muy apreciadas (López de Gómara, 1979: 127; Cervantes de Salazar, 1971, II: 329; Herrera, 1945-47, II: 230). Torquemada (1975, IV: 349-350) asegura que en este lugar:

Vendíanse mil maneras de conchas y caracoles, pequeños y grandes, huesos, chinás, esponjas y otras menudencias, y muchos dijes para los niños...

Todo este tipo de objetos estaba reservado de manera exclusiva a la nobleza, a los grandes jefes militares y a los más ricos *pochtecas* o comerciantes.

-Armas y trajes de guerra.

Puede señalarse que esta área también estaba dedicada a un grupo selecto de personas, dedicadas a la más encumbrada profesión en México-Tenochtitlan: la guerra. Entre los artículos requeridos por este grupo se hallaban las armas usadas para atacar, como las macanas (*maquahuitl*), lanzas (*tepoztopilli*), flechas, arcos, hondas, dardos, lanzadardos (*atlatl*) y alíabas, o para la defensa como el escudo o rodela (*chimalli*), cascos, grebas (espinilleras) o "armaduras de cuero". Asimismo podían hallarse trajes de combate para las diversas órdenes militares y elegantes atuendos para que los más diestros guerreros los lucieran durante las ceremonias más importantes (el Conquistador Anónimo, 1941: 44; Cervantes de Salazar, 1971, II: 329; Sahagún, 1981, II: 325). Prescott (1985: 286) escribe que eran muchos los productos para los guerreros que ahí podían hallarse:

Allí encontraba el soldado todos los utensilios de su profesión. El casco que figuraba la cabeza de algún animal feroz, mostrando sus hileras de dientes, y su erizada cresta teñida con el rico colorido de la cochinilla; el *escaupil* o justillo acolchado de algodón, la rica cota de plumas y armas de toda especie, lanzas y saetas con puntas de cobre, y el ancho *maquáhuitl*, la espada mexicana, con sus afiladas hojas de *itztli* [obsidiana].

-Oficios.

Al ser el mercado de Tlatelolco el más importante en toda la región, atraía a miles de visitantes, algunos de los cuales asistían a comprar y aprovechaban la ocasión para realizarse algún servicio, como lo era cortarse el cabello o la barba; para ello, existían personas que lo realizaban, a las cuales los españoles denominaron barberos (Cortés, 1987: 70). Toda persona que proporcionaba algún servicio podía hallarse en este lugar, como lo eran los canteros, albañiles, zapateros o sastres en espera de algún cliente, aunque eran infinitos los oficios que podían encontrarse aquí. Las Casas (1967. I: 366) así lo afirma:

Allí están y se hallarán todos los oficios de todas las cosas de que pueden haber en toda la Nueva España, y ninguna cosa de las que son menester para suplir las necesidades naturales, también para las curiosas y deleitables, falta. Cada oficio y cada especie de mercaderías tiene distinto su asiento y lugar...

Como se ha visto en párrafos anteriores, incluso algunos oficiales realizaban ahí mismo su trabajo y lo comerciaban, como los lapidarios, los *amantecas*, los cesteros, los fabricantes de papel, los *tlacuilos* y por supuesto, los boticarios y los cocineros (Cortés, 1987: 70).

También existía el oficio de cargador (*tlameme* o *tameme*) o estibador, el que debía ser muy solicitado, en virtud de la enorme variedad y volumen de las mercancías que debían cargarse y descargarse de las barcas en los embarcaderos y ser llevadas al mercado, y que los españoles llamaban "ganapanes" (Cortés, 1987: 70).

-Esclavos de collar.

Los hombres que adquirían a estos esclavos, era porque debían ofrecer uno o varios sacrificios a los dioses, lo que además le proporcionaba gran prestigio entre sus vecinos. Díaz del Castillo (1986: 171), quien pudo observar esta situación, afirma que eran tantos los esclavos que había, que eran de todas las edades y sexos: hombres, mujeres e incluso niños [figura 10]:

15.



FIGURA 10
ESCLAVOS INDÍGENAS: HOMBRES, MUJERES Y NIÑOS. NÓTESE LA COLLERA QUE LLEVAN AL CUELLO.
REPRESENTACIÓN EN EL CÓDICE FLORENTINO DE FRAY BERNARDINO DE SAHAGÚN.
Fuente: *Historia de México*, 1986, Vol. 5, p. 820.

...y otras mercaderías de indios esclavos y esclavas; digo que traían tantos de ellos a vender [a] aquella gran plaza como traen los portugueses los negros de Guinea, y traíanlos atados en unas varas largas con colleras a los pescuezos, porque no se les huyesen y otros dejaban sueltos.

Durán (1984, II: 181-182) menciona que estos esclavos no eran simples mercancía que se colocaba para su venta, sino que sus "dueños" les hacían exhibir sus habilidades y virtudes para que los posibles compradores se animaran a adquirirlos:

En el lugar en que se vendían estos esclavos, que era a un lado del mercado, según la orden de los mercados, los amos los hacían estar bailando y cantando, para que los marchantes, acodiándose a la buena gracia de voz y baile, lo comprasen luego. De suerte que, si tenía alguna buena gracia, luego hallaba amo. Lo cual no hacían los que tenían mala gracia y eran inhábiles para ello. Y así, salían muchas veces a los mercados, sin haber quien hiciese caso de ellos; aunque algunos los compraban para servirse de ellos, ya que, para que representaran dioses, eran inhábiles.

Aunque la venta de esclavos en este mercado resulta un hecho impresionante, es escasa la información que proporcionan los conquistadores y cronistas*.

-Materiales de construcción.

Dado el concierto y número de mercancías que se hallaban en el mercado, algunos objetos se vendían fuera de él, en las calles y acequias aledañas, pues su naturaleza, al igual que su variedad, cantidad y volumen, era distinta. Estos objetos eran los materiales para la construcción. Este hecho respondía a una simple lógica, pues su volumen podía entorpecer el tránsito de la gente, por lo que para evitar esto se buscó una solución: que se alojaran fuera del recinto del mercado a fin de que pudieran ser

* Al mencionar la palabra "esclavo", de inmediato se piensa en la persona que está bajo la dominación absoluta de otra. En el caso que aquí referimos, se trata de personas que por determinado motivo se convertían en *tlatlacohin* de otras, algo así como sirviente, en pago por algún delito cometido (como el homicidio o el robo) o por voluntad (venderse en época de hambruna o por escarmiento), durante un tiempo fijado (Castillo Ferreras, 1984: 121-122). Y en este caso, los "dueños" del esclavo estaban obligados a proporcionarles alimentos durante el tiempo que les duraran. El *tlatlacohin* o esclavo como lo tradujeron los españoles- conservaba sus derechos y propiedades, y si tenía hijos, estos no adquirían la categoría de su progenitor, sino que eran hombres libres. Si el *tlatlacohin* reincidía en su acción o se vendía tres veces, de manera inmediata se convertía en "esclavo de collar" (*tlatlacohin* desahuciado), víctima para el sacrificio.

comercializados de manera fácil. De tal manera que la gente que acudía al mercado a comprar alimentos, textiles, herramientas y utensilios, podía hallar también materiales de construcción.

La variedad de estos materiales abarcaba distintos tipos de tablas de madera, algunas talladas y otras sin tallar, tejamanil y estacas; así como también piedras, algunas labradas y otras burdas, tal y como se obtenían de las canteras. Se vendían asimismo ladrillos cocidos y de adobe, cal y arena.* López de Gómara (1979: 126) explica el motivo de la venta de estos productos fuera del mercado, y cuáles eran estos:

Cada oficio y cada mercadería tiene su lugar señalado..., y porque tanta gente y mercaderías no caben en la plaza grande, repártenla por las calles más cerca[nas]; principalmente las cosas engorrosas y de embarazo, como son piedra, madera, cal, ladrillos, adobes y toda cosa para edificio, tosca y labrada.

Si consideramos a México-Tenochtitlan como una ciudad que contaba con innumerables construcciones (*teocallis*, palacios, calles, plazas, etc.), y miles de habitantes, era lógico que debían deteriorarse y por lo tanto requería de continuas reparaciones y de nuevas construcciones públicas, así como también de nuevas casas para la cada vez mayor población. Razón por la cual los materiales de construcción tenían mucha demanda y era enorme la cantidad que debía suministrársele a la ciudad. El volumen producido por estos materiales era tan grande, que fue necesario ubicarlos fuera del mercado de Tlatelolco para no interrumpir las labores propias del mismo, que como se ha señalado, era el más grande y populoso en el Altiplano Central.

La breve descripción que se ha hecho del mercado de Tlatelolco no refiere en absoluto la gran variedad de productos que aquí se comerciaban, porque incluso, ni los mismos españoles que pudieron verlo alcanzan a describirlos; uno de ellos comenta:

* Este tema es señalado por los siguientes autores: Cortés (1967: 70); Díaz del Castillo (1986: 72); el Conquistador Anónimo (1941: 44); Anglería (1964, II: 478); Las Casas (1967, I: 356-357); Cervantes de Salazar (1971, II: 327); Mordant (1971: 374); Herrera (1945-47, II: 227); Torquemada (1975, IV: 347); Clavijero (1987: 235), los cuales refieren el tipo de materiales que se comerciaban, así como el motivo por el cual se hallaban en las calles aledañas al mercado.

Finalmente, que en los dichos mercados se venden todas cuantas cosas se hallan en toda la tierra, que además de las que he dicho son tantas y de tantas calidades, que por la prolijidad y por no me ocurrir tantas a la memoria, y aun por no saber poner los nombres, no las expreso (Cortés, 1987: 71).

7.3 Administración del mercado de Tlatelolco.

Este mercado funcionaba de manera eficaz, lo que se veía reflejado en el concierto y orden de la mercancía, de los comerciantes y de los compradores, todo ello debido a un eficaz sistema de administración y vigilancia, proporcionada por el *Huey tlatoani* a través de un consejo de ancianos y de numerosos guardias. Todo ello pudieron observarlo los españoles, como lo describiremos a continuación.

-Sistema de medidas.

Manejar un volumen de mercancías tan grande implicaba una excelente organización, así como un eficiente sistema de vigilancia, el cual no permitía que se engañase al consumidor ni al vendedor. Todo ello estaba íntimamente ligado con las unidades y formas de venta, las cuales no eran por peso, sino por pieza y medida, y también con las unidades de cambio, las cuales no eran monedas, sino mantas, cacao y trueque o intercambio. Cortés (1987: 71) asegura que:

Todo lo venden por cuenta y medida, excepto que hasta agora no se ha visto vender cosa alguna por peso.

Incluso las legumbres se vendían por medida, o mejor dicho, por "extensión de cuerda"; Torquemada (1975, IV: 352) refiere este curioso hecho:

Tenían medida para todas las cosas, hasta la yerba, que era tanta cuanto se podía atar con una cuerda de una braza, por un real.

Todo lo concerniente al mercado estaba reglamentado y era obedecido de manera rigurosa al pie de la letra. Durán (1984, II: 179) refiere que aún fuera del sitio del mercado se obedecían las disposiciones, lo cual pudo constatar:

Había también otra ley puesta por la república: que ninguno vendiese de lo que traía al mercado fuera de él; sobre lo cual no solamente había ley y pena, pero también había temor de agüeros y de mal suceso y enojo del dios del mercado, y así no osaban vender fuera de él cosa ninguna. Y esto aun hoy en día les ha quedado la costumbre y he lo visto muchas veces, que si un indio lleva al tianguiz dos o tres gallinas que vender, o una carga de fruta, y en el camino topa un español y si las quiere comprar y le da lo que en el tianguiz le habían de dar por ello, lo rehusa y no lo quiere vender allí, con ahorrarle una lengua o dos de camino, sino que le ruega que vaya al tianguiz, que allá se la venderá.

-Medidas de cambio.

Entre los indígenas era más frecuente el intercambio de productos que el pago de mercancías, lo cual no excluye esta posibilidad. Cuando se realizaba algún pago, éste podía efectuarse con mantas pequeñas de algodón (*quachtli*), pequeñas hachas de cobre en forma de T, canutillos con oro y granos de cacao, que venían a resultar una especie de moneda. Un tribunal de ancianos reglamentaba los precios y la cantidad de un producto que debía ser intercambiado para obtener otro; asimismo, determinaban el número de *quachtli*, hachas de cobre, canutillos llenos de oro y granos de cacao que debían entregarse a cambio de un producto o servicio (Díaz del Castillo, 1986: 172; López de Gómara, 1979: 128, 129; Cervantes de Salazar, 1971, II: 329-330; Motolinía, 1971: 374; Herrera, 1945-47, II: 232; Solís y Rivadeneira, 1968: 168). Torquemada (1975, IV: 351) describe esta forma de comerciar:

Lo que usaban en estos mercados era trocar unas cosas por otras, y aun ahora se usa algo de esto; pero la que más generalmente corre por todas partes es el cacao; y en otras partes usaban más unas mantas pequeñas, que llaman patolcuachtli, aunque corrompiendo el vocablo los españoles les llamaron patoles cocheles. En otras usaban mucho de unas monedas de cobre, casi de hechura de Tau T, de anchor de tres o cuatro dedos y era planchuela delgada, unas más y otras menos, donde había mucho oro; también traían unos canutillos de ello y andaban entre los indios mucho de esto, aunque después se usó la moneda de plata que nosotros usamos, y ésa es la que generalmente corre en toda la tierra.

Un ejemplo de este tipo de pago con mantas y joyas lo realizó un gobernante mexicana; recordemos que en el capítulo pasado referimos que Moctezuma Ilhuicamina pagó con cierto número de mantas, vestidos y joyas a los canteros y escultores que tallaron su figura y la de su hermano Tlacaélel en Chapultepec (*vid supra* página 159).

-Administración de Justicia.

Dentro del mercado se hallaba una casa dispuesta como tribunal, en la cual legislaban 12 ancianos, quienes se encargaban de dirimir los conflictos entre comerciantes y compradores, sancionar delitos y aplicar castigos a los infractores (Cortés, 1987: 71; Angleria, 1964, II: 470; López de Gómara, 1979: 129; Torquemada, 1975, IV: 352; Solís y Rivadeneira, 1968: 168; Serra Puche, 1992: 25). Herrera (1945-47, II: 232) sobre todo ello comenta:

Y en vna Casa, que havia cerca del Mercado. estaban doce Hombres ancianos. como Audiencia, librando pleitos, que havia entre los Contratantes... Castigaban mucho al que falseaba Medidas, diciendo, que era enemigo de todos, i ladrón publico. Quebrabanlas. como hacen nuestros Jueces.

-Vigilancia.

Este tribunal se auxiliaba con varias personas, quienes vigilaban el orden, apresaban ladrones y recaudaban impuestos (Cortés, 1987: 71; Díaz del Castillo, 1986: 172; López de Gómara, 1979: 129; Sahagún, 1981, II: 325, 327) [figura 11]:

El orden más perfecto reinaba en esta inmensa reunión. Patrullaban la plaza, oficiales, cuya obligación era conservar la paz, coleccionar los impuestos de las diferentes mercancías, ver que no se usara de falsas medidas o fraudes de cualquier clase, y presentar también a los culpables ante la justicia (Prescott, 1985: 288).



FIGURA 11
ORIDADES VIGILAN EL CORRECTO INTERCAMBIO DE PRODUCTOS Y EL ORDEN DEL MERCADO DE
TLATELOLCO. FRAGMENTO DE LA MAQUETA EXHIBIDA EN LA SALA MEXICA
DEL MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGIA.
Fuente: *Historia de México*, 1986, Vol. 5, p. 790.

-Pago de impuestos.

Todos los comerciantes que introducían productos a México-Tenochtitlan debían pagar un impuesto al *Huey tlatoani*; para llevar un registro y cobro de estos productos, existían varias "casetas" o puestos de vigilancia, a manera de aduanas, en los lugares por donde se recibía el mayor número de productos, y estos sitios eran las entradas de la ciudad y sus embarcaderos (Cortés, 1987: 74). Fernández de Oviedo (1944-45, V: 6) refiere estos puestos de vigilancia:

En todas las entradas de la ciudad, y en las partes donde descargan las canoas, que donde vienen la mayor parte de los mantenimientos que entran en la ciudad, hay choas hechas, donde están personas por guardas, que resiben cierto derecho de cada cosa que entra.

Incluso aquellos que acudían a vender algún producto dentro del mercado debían pagar un impuesto por la vigilancia que les proporcionaba el gobernante, a fin de comerciar con plena seguridad (López de Gómara, 1979: 128-129; Herrera, 1945-47, II: 231-232; Torquemada, 1975, IV: 351-352):

Finalmente de todo lo q vëndian (que quiere decir todas las cofas feria nūca acabar) daban vn tributo al Señor de todo a manera de alcabala, y andaban por la plaza fiempre vnos como Alguaziles que los libravan de ladrones; y eran los que cobravan para el Palacio el tributo y de todo lo comeftible guftaban en fus cofinas para fi, y para los de fu Casa Real (Metancurt, 71: 93).

El mercado daba por terminadas sus actividades al anochecer, cuando volvía a sonar el tambor del Templo de Quetzalcóatl (Serra Pucho, 1992: 25), y había que esperar hasta que volviera a celebrarse el día de mercado en Tlatelolco para ver reunida, de nueva cuenta, esa multitud de productos y gente.

El Mercado de Tlatelolco era el mayor centro comercial que existía en Mesoamérica hacia inicios del siglo XVI. Cada cinco días se reunían en él más de sesenta mil personas para intercambiar productos y servicios. La variedad de mercancías que ahí se hallaban era innumerable, pues abarcaba desde productos agrícolas, instrumentos de trabajo y utensilios hasta artículos suntuarios, provenientes de todas las regiones de Mesoamérica. La distribución del espacio para la exhibición de los objetos y servicios

estaba planeada de una manera cuidadosa, de tal manera que cada género de mercancías tenía indicado un lugar para su venta. Había una calle dedicada de manera íntegra a las verduras, otra a las carnes de aves, otra más para los trabajos lapidarios o de plumas, etcétera. El intercambio de productos se hacía a través del trueque, y en algunos casos, los granos de cacao, pequeñas mantas de algodón o hachas de cobre servían de moneda para hacer el pago de las transacciones comerciales. Los productos agrícolas, cárnicos o insectívoros eran vendidos por cantidad (cuenta y medida), mientras que lo producido por el hombre se comerciaba por unidad (pieza). La administración del mercado estaba a cargo de un tribunal de ancianos, quienes vigilaban su buen funcionamiento, solucionaban diferencias entre comerciantes y recaudaban impuestos para el *Huey tlatoani*.

Este mercado no sólo era un sitio donde se realizaban transacciones económicas, sino que también era un lugar donde convivía la gente, se intercambiaban ideas y se adquirían nuevas experiencias. Es decir, era el punto de encuentro de todas las culturas mesoamericanas, hecho fundamental para los mexicas, pues significaba que México-Tenochtitlan era una ciudad cosmopolita, digna de todos los productos que la tierra podía dar, la mente imaginar y las manos crear.

CAPÍTULO VIII

EL ÁMBITO DE MÉXICO-TENOCHTITLAN

8.1 Los colores de la ciudad.

El panorama que ofrecía México-Tenochtitlan a sus visitantes era el de una enorme metrópoli lacustre poseedora de obras y construcciones de gran magnitud, además de una inmensa población, caracterizada por una incesante actividad en todo momento. En los capítulos anteriores se ha podido realizar una descripción de la ciudad, gracias a los relatos de los conquistadores y cronistas del siglo XVI, complementada con el apoyo de autores de los siglos XVII al XX y de los trabajos arqueológicos de los siglos XVIII, XIX y XX, otro ejemplo de ello es el tema referente al color que predominaba en ella hacia el año de 1519.

Ninguna de las fuentes principales para conocer la ciudad describe los colores que en ella había; sin embargo, por los restos arqueológicos existentes podemos señalar que los muros de las casas "de cal y canto", de los palacios y de los *teocallis* estaban cubiertos por una capa de argamasa, en donde predominaba el color blanco de la cal y la brillantez de una superficie muy pulida. A este color deben sumarse los detalles decorativos hechos en las jambas, dinteles, pórticos, frisos y cornisas, realizados en diversas tonalidades de rojo, azul, amarillo-ocre y negro.

Destacaba de manera particular un sitio ubicado en el centro de México-Tenochtitlan: el Recinto Sagrado, pues la grandeza, cantidad y calidad de *teocallis* y edificaciones religiosas era sorprendente; Díaz del Castillo (1986: 176) refiere que el piso de este lugar estaba cubierto con grandes losas de piedra,

mismas que habían sido pulidas con tal destreza que brillaban como si fueran de color blanco, y sobre esta superficie se erigían varias construcciones decoradas con diversas formas y colores.

Podemos suponer que los colores que se empleaban en la decoración de los muros quedaron inmersos dentro de tres fuertes tonalidades que inundaban a la ciudad: el color de la tierra, de la vegetación y del agua. El primero de ellos, el de la tierra, estaba presente en las calzadas, calles, plazas y otros espacios abiertos, como las zonas chinamperas.

En el capítulo sexto se hizo referencia a la gran predilección de los mexicas por la naturaleza, de manera que cualquier espacio disponible, incluso los camellones entre las calles de agua y las azoteas (Díaz del Castillo, 1986: 170; Vetancurt, 1971: 92; Clavijero, 1987: 340; Crozeo y Berra, 1960: 249), lo destinaban para plantar árboles, plantas y flores, vegetación favorecida por la perenne humedad del suelo y del ambiente, lo cual le proporcionaba ese color verde esmeralda a la ciudad durante todo el año.

El tercer y más abundante color, el azul lo aportaban tanto el cielo como la cristalina superficie de los cinco grandes lagos que había en la cuenca del valle de México. Pero no sólo el agua de los lagos aportaba tonalidad al ámbito de la ciudad, sino también sonoridad y un olor a humedad, características que veremos a continuación.

La luminosidad también era parte importante del ambiente, pues si consideramos que una gran cantidad de muros estaba en calada y la superficie del lago reflejaba la luz como un espejo, entonces se comprenderá que el brillo del sol dentro de la ciudad era muy intenso. Por las noches, la ciudad no contaba con la luz del sol, sin embargo, algunos cronistas aseguran que se coloraban grandes braseros en el Recinto Sagrado y en las principales calles, y era tal su número que parecía que nunca anochecía porque siempre ardían los leños y las resinas.

8.2 Los sonidos de la ciudad.

Dentro de esta historia de la ciudad, existen dos aspectos en los cuales sólo puede obtenerse respuesta a través de los hombres que vivieron el momento en que la ciudad estaba en auge y llena de vida, que son los sonidos y aromas imperantes en México-Tenochtitlan

El hecho de que la ciudad estuviera edificada y rodeada por casi 8,000 kilómetros cuadrados de agua, la hizo vivir dentro del constante sonido del ir y venir de las olas. Durante el día la ciudad se inundaba por el chasquido de los miles de remos de igual número de canoas que surcaban el lago de Texcoco en todas direcciones, a lo que debían agregar el levantar y bajar los puentes de madera, así como el continuo choque de las canoas al amarrarlas dentro de los embarcaderos. En la noche podía escucharse el rítmico e incesante golpeteo de las olas contra las paredes de las chinampas y muros de las casas. Durante la temporada de tormentas el ruido debió ser más intenso, al combinarse el continuo oleaje del lago con las gotas de lluvia y el crepitar del aire entre las casas. Por lo que respecta a las áreas cercanas al acueducto de Chapultepec, éstas contaban además con el rumor producido por la rapidez con la que corría el agua por los caños de barro durante todo el tiempo.

El bullicio propio de una ciudad también estaba presente. Al amanecer los primeros sonidos eran producidos por los *huehuettl*, *teponaztli*, *caracoles* y flautas tocados por los sacerdotes desde lo alto de los *teocallis*. Después, la multitud de gente y de actividades confundían al oído: moler el nixtamal y otros alimentos en el metate, el palmeteo de las manos al hacer las tortillas, el chasquido de las cuentecillas de las mantas colgadas a manera de puertas, sin olvidar el murmullo, las voces y las pláticas entre vecinos y amigos; así como el gran ruido que se generaba en los centros de trabajo: el golpeteo de las piedras en los lugares donde se construían y/o ampliaban *patios* y *teocallis*, el pregonar de los vendedores de sal y agua, etc.; pero sobre todo en el mercado, en particular durante los grandes días en que éste se celebraba, pues según consideró Bernal Díaz (1936: 173) "el rumor y zumbido de las voces y palabras que allí había sonaba más que de una legua". También podían escucharse sonidos muy particulares, relacionados con la actividad que desempeñaban los hombres, como podían ser los lapidarios, alfareros y carpinteros, entre otros.

Mención especial debemos hacer del zoológico de Moctezuma Xocoyotzin, del cual nos asegura Bernal Díaz (1986: 169) que cuando las fieras y serpientes aullaban, graznaban y silbaban, era tal el estruendo producido, lo cual causó gran espanto entre los españoles y les hizo suponer que así debía oírse el infierno. Y esto debía acrecentarse en los momentos en que los animales eran alimentados, azuzados o se espantaban con las tormentas.

Al anochecer, el ruido daba paso a la música proveniente de los *cuicacalli* y a los cantos de los sacerdotes al iniciar -o concluir- las ceremonias para honrar a los dioses. Bernal Díaz al respecto comenta:

Y allí [en el templo mayor] tenían un atambor muy grande en demasia, que cuando le tañían el sonido de él era tan triste y de tal manera que dice instrumento de los infiernos, y más de dos leguas de allí se oía...

8.3 Los aromas dentro de la ciudad.

No sólo el agua le imprimió sonoridad a México-Tenochtitlan, sino también un olor especial, a tierra mojada y a humedad. En el capítulo cuatro se ha señalado la impecable limpieza de los mexicas (*vid supra* páginas 51 a 54), pues cuadrillas especiales barrián a diario las calles y plazas de la ciudad así como los patios de las principales construcciones -por ejemplo el Recinto Sagrado y los palacios-, recogían de los excusados públicos los *detritus* para llevarlos fuera de las zonas habitacionales, y la misma corriente del lago contribuía a ello, pues se llevaba los desechos que pudieran haber caído a las acequias.

Las distintas temporadas del año también debieron influir para impregnar de olores característicos al ambiente; en la época primaveral el florecimiento de los jardines y huertos de la ciudad debió haber saturado al olfato de combinaciones de flores y árboles aromáticos, pues como se ha señalado en varias ocasiones, los mexicas tenían especial preferencia por las plantas de ornato que perfumaran su entorno de manera deliciosa (Díaz del Castillo, 1990: 170). Durante los meses correspondientes al verano, las constantes lluvias elevaban ese perenne olor a humedad en el ambiente, ello también lleva a considerar

que las zonas agrícolas cercanas a México-Tenochtitlan, como Xochimilco y Chalco, debían despedir olor a tierra cultivada y a vegetales recién cosechados, mismos que eran acarreados por las corrientes de aire que soplaban durante todo el día.

Durante los meses más fríos, los habitantes utilizaban gran cantidad de madera para mantener siempre encendidos los fogones y braseros, por lo que el aroma predominante era el de leña y carbón.

Durante ciertos días, al momento de llevar a cabo las ceremonias más solemnes, el olor característico que impregnaba a la ciudad era el de la sangre de los sacrificados, del copal y del incienso. Por todos es conocido el espíritu guerrero y religioso de los mexicas, por lo que cada vez que lograban conquistar nuevas poblaciones, a algunos de sus habitantes los llevaban cautivos a México-Tenochtitlan, los cuales en determinadas festividades eran ofrecidos a los dioses, y en ciertos casos, era tan grande el número de sacrificados que el olor a su sangre eran tan intenso que resultaba imposible respirar dentro de la ciudad. Durán (1984, II: 345) asegura que durante el reinado de Ahuizotl* se llevó a cabo una gran fiesta, en donde:

... [el] sacrificio duró cuatro días arreo desde la mañana hasta la puesta del sol y que murieron en él, como dejó dicho, ochenta mil y cuatrocientos hombres, de diversas provincias y ciudades... Y eran tantos los arroyos de sangre humana que corría por las gradas abajo del templo que caida a lo bajo y fría, hacía grandes y gordas pelias y arajarones que ponían espanto. De esta sangre andaban cogiendo muchos sacerdotes en jicaras grandes y con ella andaban por todas las ermitas de los barrios y humilladeros que ellos tenían, untando todas las paredes, umbrales y quiciales de ellas. Untaban los ídolos; untaron todos los aposentos del templo de dentro y de fuera y era tanto hedor de la sangre, que no había quien lo sufriese. Del cual cuenta la historia y dice que era un hedor acedo, abominable, que no lo podían sufrir los de la ciudad.

Por supuesto que no era frecuente la celebración de sacrificios de tal magnitud, pero ello nos permite destacar un hecho importante: el olor de la ciudad también dependía del sitio en donde se estuviera situado. Como se ha señalado, en el Recinto Sagrado se llevaban a cabo ceremonias en donde

* Esta fiesta tuvo lugar hacia el año de 1487 (fecha que, cuando Ahuizotl celebraba el centenario del año de la fundación, pero sobre todo la ampliación del templo mayor (el Templo Mayor dedicado a Huitzilopochtli y Tlaloc), como lo confirman Durán (1984, II: 333) y Alvarado Tezozómoc (1980: 517-518).

estaba presente el sacrificio humano, como sucedía en los *teocallis* de los dioses Huitzilopochtli, Quetzalcóatl y Tezcatlipoca (Cortés, 1987: 72; Díaz del Castillo, 1986: 174), y en el *Huey Tzompantli*, sitio en donde eran ensartadas los cráneos de los sacrificados (Tapia, 1987: 66).

Además de que muchos sacerdotes de determinados cultos debían permanecer durante mucho tiempo con las costras de sangre en el cabello y en la piel, hasta el momento en que podían realizar las abluciones, por lo cual el olor que despedían debía ser nauseabundo (Díaz del Castillo, 1986: 176).

En las zonas habitacionales los aromas se confundían, entre los emanados por los jardines de árboles y flores y los que despedían las cocinas en donde las mujeres sazonaban los guisos y las bebidas, así como los que podían existir en los talleres familiares, como los que trabajaban los cueros y pieles.

Caso aparte resultaba ser el espacio donde se ubicaba el palacio de Montezuma Xocoyotzin, donde existía una verdadera multitud de olores. Podían hallarse en las salas destinada a comedores y cocinas olores de guisos exquisitos adornados con diversos tipos de *chamolli*, de frutas y bebidas refrescantes; en los aposentos del *Huey Tlatoani* y de sus concubinas las maderas usadas para las vigas de los techos y adornos, como el cedro y la caoba, conjugadas con los inciensos, aromatizaban el ambiente (Cervantes de Salazar, 1971, II: 307). En el jardín botánico tanto las flores y los árboles, así como los estanques debía proporcionar un deleite tanto a la vista como al olfato. Por último, el jardín zoológico era un sitio con un olor muy particular, y por cierto no muy agradable, esto se debía a que en este lugar estaban encerradas las fieras salvajes que devoraban carne y algunas de ellas vivían dentro de estanques en donde el agua se mezclaba con la sangre de los sacrificados (*vid supra* página 152).

Por lo general cuando se hacen descripciones sobre México-Tercera Entrevista nunca dejan de mencionarse los sorprendentes Recinto Sagrado y Mercado de Tlatelolco, así como sus no menos famosas calzadas, sin embargo, existen además otros datos que deben señalarse, porque al incluirse dentro de aspectos más generales, pueden explicarse aún mejor la existencia y el funcionamiento de la

ciudad. El medio ambiente tenochca estaba conformado no sólo por las construcciones, sino también por el colorido, la luminosidad, la sonoridad y los aromas, y para ello es necesario desentrañar de entre las crónicas de los conquistadores esta información. Lo anterior nos habla de una ciudad viva, llena de actividades y movimiento, y no sólo de un conjunto de madera, piedras y lodo convertido en casas, palacios, *teocallis* y otras construcciones que podrían dar la impresión de estar vacías.

Sólo a través de ciertas referencias se ha podido bosquejar -a grandes rasgos- el ámbito que existía en México-Tenochtitlan, donde de entre la multitud de colores, sonidos y olores, destacaban la presencia del agua, que con su tonalidad azul, el rumor de sus olas y su clara humedad envolvía a la ciudad.

CONCLUSIONES GENERALES

Hoy estamos casi a un año de celebrar la segunda década del descubrimiento de la *Coyolxauhqui*, pieza que dio origen al más grande y ambicioso programa de rescate y salvamento arqueológico en la Ciudad de México, el denominado "Proyecto Templo Mayor". A partir del momento en que esta pieza y los restos del Recinto Sagrado volvieron de nuevo a ver la luz del sol, después de permanecer enterrados casi quinientos años, comenzaron a escribirse cientos de artículos y libros sobre la historia de México-Tenochtitlan antes y después de su destrucción. Con este trabajo nos sumamos a esa lista de obras dedicadas a recordar el origen indígena de la actual metrópoli, y por esta razón uno de los objetivos que nos propusimos fue la elaboración de una especie de "guía para forasteros" del siglo XVI, en la cual se realizó una descripción general del aspecto que mostraba la ciudad hacia 1519, año en que los españoles llegaron a ella, aunque se hace particular énfasis a sus principales atractivos urbanos: las vías de comunicación, los servicios, los palacios y sus jardines, así como el mercado de Tlatelolco. Ello nos ha permitido tener una visión más completa sobre el conjunto urbano, así como el plantearnos algunas conclusiones sobre la ciudad, su trascendencia a lo largo de los siglos y señalar los elementos aportados por esta ciudad al mundo moderno; pero sobre todo, se ha puesto de manifiesto el papel tan importante que tuvo la religión durante los casi dos siglos de historia de la ciudad indígena, y que terminó de manera tan abrupta al momento en que fue arrasada por los conquistadores españoles.

Según refiere el mito, *Huitzilopochtli*, dios tutelar de los mexicas, indicó el sitio preciso donde debía fundarse la ciudad de México-Tenochtitlan a través de una señal -un águila que devora a una serpiente-, la cual ha adquirido gran significado e importancia, a tal grado que se ha convertido en el símbolo de la nación mexicana. Los mexicas provenían de Aztlán, un lugar ubicado, según se ha propuesto, hacia el norte de México, que tenía la particularidad de ser una isla situada dentro de un lago; pues bien, ellos

salieron de este lugar hacia el año de 1111 en busca de la tierra prometida por su dios tutelar, lo que les llevó a realizar un largo peregrinaje hasta llegar a la cuenca del valle de México. El lugar donde hallaron la señal tan anhelada era un pequeño islote rodeado de tulares y carrizos situado dentro del lago de Texcoco; esta característica de espacio lacustre lo convertía, de manera automática, en un arquetipo mítico de la isla de Aztán, objetivo que tenían en mente los mexicas al edificar su ciudad, que con el tiempo se convertiría en su capital.

Ello nos ha llevado a considerar que el agua era un elemento imprescindible para su existencia por varias razones, una de las cuales tenía relación con el aspecto defensivo, debido a que al estar la ciudad rodeada de agua resultaba fácil su defensa contra cualquier ataque sorpresivo por parte de los pueblos enemigos; otra de las razones que favorecieron la decisión de los sacerdotes y jefes mexicas de ocupar este lugar para la edificación de la ciudad tiene implicaciones de carácter religioso. Recordemos que los mexicas consideraban a su ciudad como el centro del universo, a partir del cual nacía todo lo creado y se expandía hacia los cinco puntos cardinales prehispánicos: norte, sur, oriente, poniente, así como también hacia un centro, desde donde podía extenderse a los niveles superior (cielo) e inferior (inframundo), por lo tanto, resultaba ser para ellos un lugar sagrado por considerarlo el "ómfalos" u "omblijo" del mundo. Para evitar que agentes externos la dañaran, como eran los pueblos enemigos, la "protegieron" con el agua del lago de Texcoco, debido a que ésta no permitía que nadie se acercase a ella, pues funcionaba como un "gigantesco muro", impenetrable desde cualquier punto de la cuenca, a excepción de las vías de acceso que para tal efecto los mismos mexicas habían construído. Lo anterior hace referencia a la importancia de un concepto cosmogónico en la creación, desarrollo y posterior prestigio de México-Tenochtitlan, pues en vez de abandonar este lugar por lo aislado de su situación, permanecieron en él.

Esto lo notamos de manera peculiar, en el hecho de que el islote en que se asentaron, en vez de ser un obstáculo para su crecimiento, fue todo un reto, pues tuvo que multiplicar varias veces su tamaño original a través de la creación de suelos artificiales, mismos que recibieron el nombre de chinampas. Si bien es cierto que las chinampas no fueron un invento de los mexicas, a ellos se debe su perfeccionamiento no sólo como áreas de cultivo, sino también como espacios de tipo habitacional. Los cambios que sufrió este primigenio espacio conforme transcurría el tiempo, representaron para la época un

desarrollo impresionante, porque permitía a los mexicas transformar el medio ambiente para su beneficio, en la medida en que ellos lo desearan o para adecuarlo a sus necesidades de tipo habitacional (para construir más casas y palacios), con las de tipo religioso (lugares para edificar casas de oración), de servicios (calles, canales y abasto de agua), de espacios públicos (mercados, plazas y jardines) y de cultivos (en particular hacia las zonas de Xochimilco y Chalco), todo ello con la finalidad de crear, y mantener, las condiciones necesarias que permitieron la edificación de una ciudad como México-Tenochtitlan, que tuvo como origen un pequeño islote, y al momento de llegar los españoles era ya una "gran isla" de más de 13 km² de extensión, con una población estimada en medio millón de personas.

Para conservar estas estructuras y a sus habitantes, se diseñaron una serie de obras hidráulicas hasta entonces no llevadas a cabo en la cuenca del valle de México, como lo eran los diques de contención y el proyecto del desagüe de la cuenca, con lo cual se trataba de evitar las crecidas de los lagos de Zumpango, Xaltocan, Texcoco, Xochimilco y Chalco, provocadas por los enormes caudales de los ríos que desembocaban en ellos en temporadas de lluvia, crecidas que derivaban en terribles inundaciones que podían ser catastróficas para la ciudad. A través de estas obras podemos advertir que los mexicas lograron un perfecto equilibrio entre el medio ambiente y su ciudad, debido a que cualquier modificación en el sistema lacustre debía estar planeado con detenimiento, e inclusive, con proyección hacia el futuro; en caso contrario, podía producirse una reacción contraproducente con efectos inmediatos, como ocurrió en 1499, cuando Ahuizotl construyó el acueducto de *Acuecuexatl* y en vez de solucionar el problema de la escasez de agua potable, ocasionó la inundación de la ciudad. Al darse cuenta de su error y de los daños causados, decide reedificarla desde sus cimientos.

Aunadas a estas obras, se contaba con las famosas calzadas-diques que la unían con las poblaciones aliadas más poderosas de la cuenca, como lo eran Iztapalapa, Tacuba y Tlatelolco-Cerro del Tepeyac; además de ser las vías de comunicación más importantes con las que contaba la ciudad, las calzadas tenían la función de servir como muros para contener las crecidas del lago, pero también permitían su libre circulación al contar con varios cortes, lo que además servía para que miles de canoas pudieran surcar los lagos en todas direcciones sin obstáculos, lo que también implicaba la creación de algunos embarcaderos que pudieran ser utilizados por tantas canoas. La construcción de estas calzadas

debe considerarse una proeza de la ingeniería hidráulica mexicana, pues no se conoce la existencia de obra semejante en toda Mesoamérica; su planeación, ejecución y conservación son reflejo de una gran capacidad constructiva, en virtud de que fueron creadas sobre el agua y llegaron a convertirse en las vías de comunicación terrestres más importantes de la ciudad. Destacamos de sobremanera la importancia de las calzadas porque ellas fueron las que permitieron a fin de cuentas la supervivencia de la ciudad, tanto en el aspecto de su infra y superestructura, como para el abastecimiento de alimentos y materiales para su población.

Otra de las funciones que poseían estas calzadas, está en relación directa con la religiosidad; como hemos señalado líneas arriba, la ciudad era considerada un lugar sagrado por ser el centro del universo, que contaba con un extenso cerco de agua (el lago de Texcoco), y para poder acceder a ella se requería atravesar esta agua, ya sea por medio de canoas o por alguna de las tres calzadas. Si tomamos en cuenta que en muchas culturas el agua es considerada un elemento purificador capaz de disolver cualquier contaminante o eliminar la transgresión que se haya hecho de lo divino (algunos ejemplos que pueden señalarse son: los diluvios, las abluciones, los bautizos y en general cualquier inmersión en ella), entonces es fácil comprender por qué el simple hecho de atravesar la inmensa masa de agua del lago de Texcoco puede catalogarse como un importante rito purificador entre los mexicanos. Significaba que aquellos hombres que deseaban entrar a la ciudad eran poseedores de elementos malignos o contaminantes, y al internarse en el agua que rodeaba a la metrópoli, realizaban un acto purificador que los despojaba de ello, y el llegar a su periferia era señal de que se estaba libre de impurezas y podía penetrarse al lugar sagrado, a la gran ciudad. Lo anterior es tan sólo una muestra de cómo la religión participaba, de manera decisiva, en todas las acciones que los mexicanos llevaban a cabo para extender su poderío y dar muestras palpables de ello.

Con estos datos podemos establecer una comparación entre el desarrollo de la ciudad de México-Tenochtitlan y el imperio de los mexicanos. El origen de la ciudad fue un pequeño islote que creció ininidad de veces hasta alcanzar unas dimensiones extraordinarias, tanto en extensión como en la belleza de sus construcciones; por su parte, los mexicanos tuvieron un origen humilde, catalogados por sus vecinos como un pueblo advenedizo en la cuenca del valle de México, que con el transcurrir del tiempo empezaron a

adquirir gran poder y prestigio por sus campañas militares, hasta llegar a convertirse en la cabeza de un vasto imperio. De tal manera que la ciudad conforme crecía, era reflejo del poderío que los mexicas lograban día con día a través de sus múltiples batallas. Se sabe que el templo mayor del Recinto Sagrado, el templo doble dedicado a *Tláloc* y *Huitzilopochtli*, comenzó como una simple choza de paja y bajareque, y que cada ocasión en que los mexicas ganaban una batalla importante, traducían su agradecimiento a los dioses en trabajo para agrandar su templo, de tal forma, que cuando los españoles llegaron a la ciudad, el Recinto Sagrado tenía la forma de un cuadrado con una extensión de quinientos metros cuadrados, en donde existían cerca de 78 edificios, algunos de los cuales alcanzaban grandes dimensiones. Esto mismo se aplica a la ciudad, pues conforme se ganaban batallas, los mexicas imponían tributos a los pueblos sometidos, que iban desde el simple abastecimiento de alimentos, animales y materiales de construcción, hasta la imposición de trabajos, obras y edificaciones, como calzadas y acueductos, entre otros, lo cual hizo crecer a la ciudad de una manera extraordinaria.

También debe destacarse el papel fundamental que tuvo la ciudad como el centro urbano de toda la cuenca del valle de México, debido a que funcionó como el eje rector de su vida económica, política, social, cultural y religiosa. Por esta situación, tal pareciera que México-Tenochtitlan se convertía, poco a poco, en el lugar de residencia de una sociedad mexicana dedicada, de manera casi exclusiva, al servicio administrativo, a la producción de manufacturas, a actividades suntuarias (educación de la nobleza, preparación para el sacerdocio y festividades religiosas) y a su principal meta: la guerra. Mientras que la producción de alimentos, vestido y obras públicas (mano de obra), quedó encomendada a los pueblos conquistados que pagaban tributo.

México-Tenochtitlan no sólo llegó a sintetizar y utilizar los recursos urbanísticos más desarrollados en Mesoamérica, como la traza de calles y el aprovechamiento de los canales como vías alternas de comunicación, la utilización de acueductos y diques, la transformación de las chinampas de cultivo en espacios habitacionales, etcétera, sino que también aportó novedosos elementos que la convirtieron en una metrópoli sorprendente y moderna para su época, lo cual nos ha llevado, en no pocas ocasiones, a realizar comparaciones con edificaciones, funciones y situaciones actuales, por la enorme similitud que existe entre las etapas prehispánica y contemporánea.

Una de las novedades urbanísticas más importantes fueron las calzadas-diques que unían a la ciudad con tierra firme pero que además regulaban las corrientes de los lagos de la cuenca. Algunos elementos que utilizó la ciudad indígena ahora son considerados novedosos en las grandes urbes del siglo XX, por ejemplo, el uso de letrinas públicas para mejorar el aspecto de las calles y para evitar la suciedad en ellas. Otro de los aportes mexicanos fue la creación de espléndidos jardines zoológicos, en donde las especies animales de varias regiones podían hallarse en un solo lugar, con la única finalidad de admirarlos y estudiar su comportamiento y/o formas de vida. Los servicios de salud gratuitos también estaban presentes en esta ciudad en pleno siglo XVI, a través de los exhuberantes jardines botánicos del *Huey tlatonani*, que funcionaban a manera de grandes herbolarios. Por supuesto que no puede dejar de señalarse la existencia de uno de los sitios que más fascinó a los españoles, por la infinidad de productos exhibidos y por el número de personas que a él acudían, que bien puede resultar ser el antecedente de los grandes centros comerciales y de los pequeños tianguis mexicanos, nos referimos al Mercado de Tlatelolco.

Lo que resulta indudable es que cuando México-Tenochtitlan se mostró por primera vez ante los ojos del mundo occidental, adquirió tal fama y prestigio que se le denominó como la "gran ciudad", por la conjunción de los elementos antes señalados: enormes dimensiones, elevada población, por sus grandes obras, suntuosas construcciones y por la increíble limpieza que en ella había. A tal grado llegó el asombro de los primeros visitantes a la ciudad, que muchos de ellos realizaron breves pero interesantes descripciones sobre ella, como si desearan que no se perdiera memoria de su grandeza y fama. Pero por desgracia, los capitanes y soldados españoles ignoraron esos elogios al momento de llevar a cabo la conquista de México; todas sus construcciones fueron arrasadas, incluso fue el mismo Cortés quien dió la orden de incendiar todos los palacios y *teocallis* para que no quedara "piedra sobre piedra". El martes 13 de agosto de 1521 señala el momento en que México-Tenochtitlan sucumbe ante el fuego de los conquistadores, pero no así la grandeza y el esplendor de las cuales había gozado en el siglo XVI, porque han trascendido a lo largo de varios siglos, y aún hoy en día esa fama continúa vigente. Tal pareciera que las palabras escritas a principios del siglo XVII por Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin (1982: 55), nos advierten con gran sentido profético esta realidad:

...nadie en el mundo podrá destruir jamás ni borrar
la gloria, la honra, la fama de México-Tenochtitlan.

APÉNDICE 1

En el *Códice Florentino* (1979, III: 391-396) fray Bernardino de Sahagún hace una relación de los nombres y características de los edificios indígenas, que incluye tanto templos y palacios como casas comunes. En esta transcripción respetamos la ortografía del texto original, que incluye palabras en idioma no castellano y la tipografía utilizada en el *códice*.

Parrapho nono de las diferencias y cualidades de los edificios.

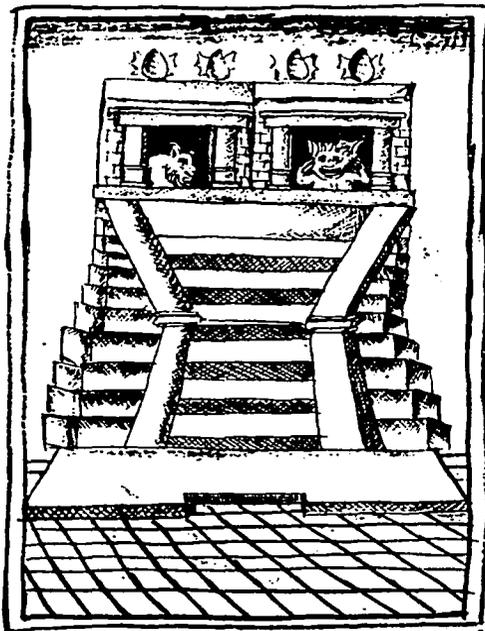
¶ En eõta letras, ðe pone las maneras de caðas que ðe usà entrestagète: con todas ðus cualidades, por vocablos propios, para poder hablar, e neõta materia...

- Teucalli: Casas reales de los dioses echas a manera de torres macizas: a las quales Subè por unas gradas hechas debaxo hay arriba en lo alto deõta torre: eõtana una edificio como de billeta dõde eõtava la ymagè del ydolo a quien eõta dedicada õobre un altar q los llamavà mumoztli.
- Tecpan calli: Casas reales donde habitavan los õeñores eran casas del pueblo donde õe haxia audiencia y con currian los õeñores y Juexes adeterminar las cauõas publicas.
- Tlatocan calli: Casas de õeñores de el bivia ordinariamente.
- Tecpilcalli: Palacio de las personas principales.
- Tiaçocalli: Casas õuntuõõas de muchos edificios.
- Tlalpan calli: Casa de açotea.
- Calpixca calli: Casa fuerte para guardar las coõas de los õeñores.
- Çaçaniecalli: Casas comunes.
- Puchtecacalli: Casa de mercaderes.
- Nelli calli: Casa bien hecha.
- Maceoal calli: Casa de Villanos.
- Tecoio calli: Casa pequeña como pucilga.
- Icno calli: Casa humilde.
- Calotc calli: Choça o cabaña.
- Tetecuiu ichan: hermita.
- Xacalli: Casa paxixa.

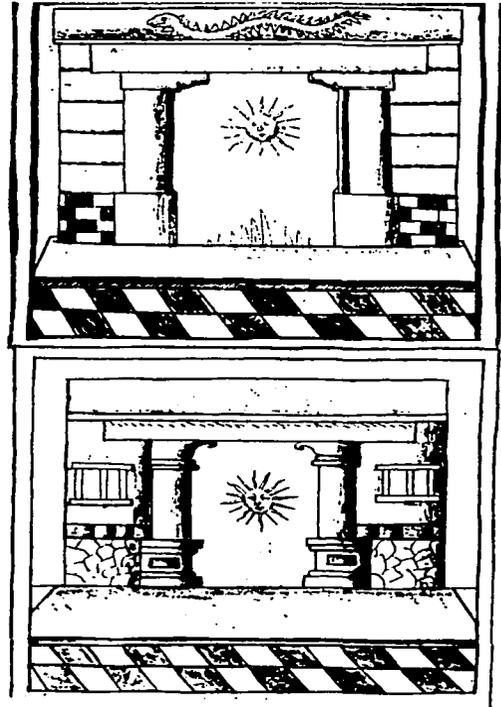
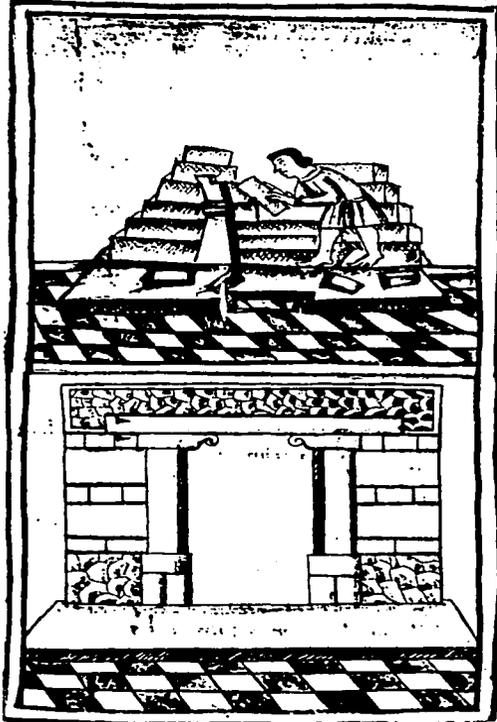
- Caçaixacalli: Otra manera de choça.
- Tlapecalli: Portal cubieto compaxa.
- Xacaltapacalli: Chapitel depaxa.
- Tlapixcacalli: Cavaña dondese ascúden los-me-seguerros o guardas de los mxales.
- Tecoioxacalli: Otra manera de choça puntiaguda.
- Xacaltetxoiot: Otra manera de choça.
- Quauhxacalli: Casa de tablas.
- Xacalmimilli: Otra manera de casa pobre.
- Quauhxacalli: Otra manera de casa de tablas.
- Vapalxacalli: Otra manera de casa de tablas.
- Tlallan calli: Otra manera de casa de tablas.
- Tlallan calli: Cueva hecha amanaera debaxo de tierra.
- Calnepanolli: Casa conõombrado.
- Calhuivilaxti: Casas continuadas unas a otras.
- Caliacalli: Casas redondas õines quinas.
- Chantli: Casa generalmente.
- Temaxcalli: Casa donde se bañan.
- Temaxcacalli: Cueva para asar debaxo de tierra.

APÉNDICE 2

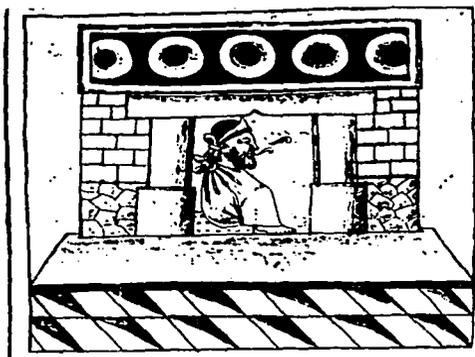
En el *Códice Florentino* (1979, III: 391-396) fray Bernardino de Sahagún incluye una serie de dibujos sobre las construcciones indígenas -e incluso algunos con características ya españolas- desde casas comunes con baños hasta palacios y *teocallis*. Aquí se reproducen sólo las ilustraciones de edificios indígenas aparecidas en el *códice*, además se indican los nombres que les asignó Sahagún -ya actualizados los nombres-.



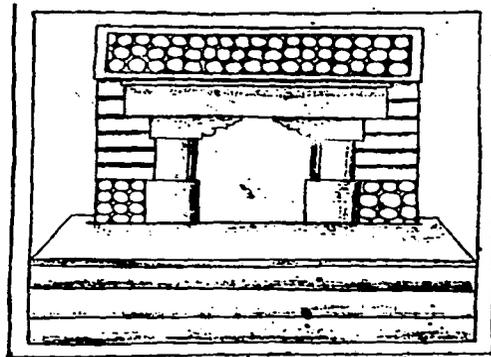
"Teocalli o Casa de Dioses"



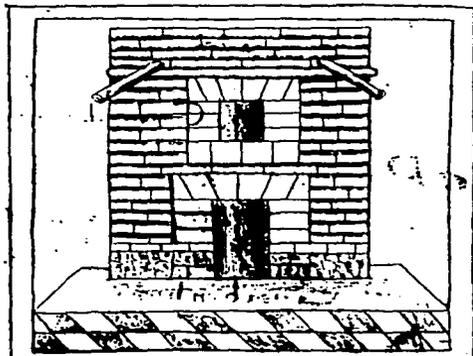
"Distintos tipos de casas reales"



"Casas del Señor donde vivía ordinariamente"



"Palacios de personas principales"



"Casa de azotea"



"Casa fuerte para guardar las cosas de los Señores"

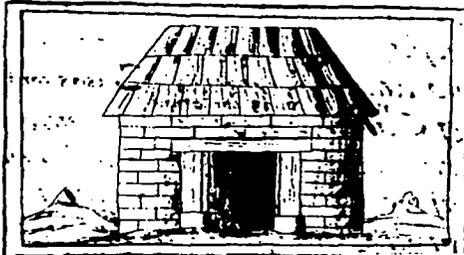


"Casas comunes"

"Casa humilde"

"Casa pajiza"

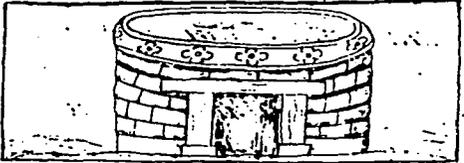
"Otra manera de choza"



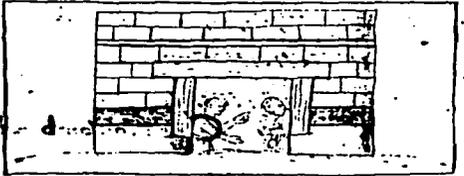
"Otra manera de casa de tablas"



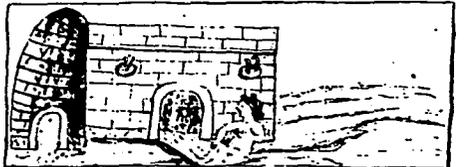
"Casas continuadas unas con otras"



"Casa redonda sin esquinas"



"Casa generalmente"



"Casa donde se bañan (Temazcal)"

REFERENCIAS BIBLIO-HEMEROGRÁFICAS

- ACOSTA, Joseph de
1962 *Historia natural y moral de las Indias, en que se trata de las cosas nobles del cielo/ elementos/ metales/ plantas y animales dellas/ y de los ritos y ceremonias/ leyes y gobierno de los indios.* Edición preparada por Edmundo O'Gorman, 2a. ed., México, Fondo de Cultura Económica, XCV+444 págs. (Biblioteca Americana, Serie Cronistas de Indias).
- AGUILAR, fray Francisco de
1977 *Relación breve de la conquista de la Nueva España.* Edición, estudio preliminar, notas y apéndices por Jorge Gurría Lacroix, 7a. ed., México, Instituto de Investigaciones Históricas - Universidad Nacional Autónoma de México, 225 págs. (Serie de Historiadores y Cronistas de Indias, 7).
- ALCOCER, Ignacio
1935 *Apuntes sobre la antigua México-Tenochtitlan.* México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 110 págs. con ilus.
- ALVA IXTLILXÓXHITL, Fernando de
1985 *Obras históricas.* Edición, estudio introductorio y apéndice documental de Edmundo O'Gorman, 4a. ed., México, Instituto de Investigaciones Históricas - Universidad Nacional Autónoma de México, 2 vols. (Serie de Historiadores y Cronistas de Indias, 4).
- ALVARADO TEZOZÓMOC, Hernando
1980 *Crónica mexicana* precedida del *Códice Ramírez...* Vid infra OROZCO Y BERRA.
1992 *Crónica Mexicáyotl.* Traducción de Adrián León, 2a. ed., México, Instituto de Investigaciones Históricas - Universidad Nacional Autónoma de México, XXVII+189 págs. (Primera Seria Prehispánica, 3).
- AMÉRICA ANTIGUA
1994 *Civilizaciones precolombinas.* 2 vols., España, Ediciones Folio S.A., (Atlas Culturales del Mundo).

ANALES DE TLATELOLCO

- 1984 *Unos anales históricos de la nación mexicana y Códice de Tlatelolco*. Versión preparada y anotada por Heinrich Berlin, con un resumen de los Anales y una interpretación del código por Robert H. Barlow, México, Antigua Librería Robredo de José Porrúa e Hijos, XXIII+143 págs. con láminas. (Fuentes para la historia de México, 2).

ANALES DEL MUSEO NACIONAL DE MÉXICO

- 1882 *Anales del Museo Nacional de México*, México, Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, Tomo II, s/p

ANGLERÍA, Pedro Mártir de

- 1964 *Décadas del nuevo mundo*. Estudio y apéndices por Edmundo O'Gorman, traducción del latín por Agustín Millares Carlo, 2 vols., México, José Porrúa e Hijos. (Biblioteca José Porrúa Estrada de Historia Mexicana. Primera Serie. La Conquista, 6).

ARQUEOLOGIA MEXICANA

- 1993 *Arqueología Mexicana*, revista bimestral, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes - Instituto Nacional de Antropología e Historia - Editorial Raíces, S.A. de C.V., vol. I, no. 4, octubre-noviembre.
- 1995 *Arqueología Mexicana*, revista bimestral, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes - Instituto Nacional de Antropología e Historia - Editorial Raíces, S.A. de C.V., vol. III, no. 15, septiembre-octubre.

ARTES DE MEXICO

- 1990 "Espacios del arte mexicano. Complemento al catálogo de la exposición 'México: esplendores de treinta siglos'", en: *Artes de México*. Publicación trimestral, edición bilingüe (español-inglés), México, Artes de México y del Mundo; número 9, otoño.
- 1992 "Arte del Templo Mayor", en: *Artes de México*. Publicación trimestral, 2a. ed. (la 1a. ed. corresponde a la primavera de 1990), edición bilingüe (español-inglés), México, Artes de México y del Mundo; número 7, otoño.

AZTECA MEXICA

- 1992 *Azteca Mexica. Las culturas del México Antiguo*. Coordinación general de José Alcina Franch, Miguel León-Portilla y Eduardo Matos Moctezuma, Madrid, Lunweg Editores - Instituto Nacional de Antropología e Historia (México), 402 págs. con ilus. y mapas. (Quinto Centenario, Colección Encuentros, Serie Catálogos)

BENAVENTE (O MOTOLINÍA), fray Toribio de

- 1971 *Memoriales o libro de las cosas de la Nueva España y de los naturales de ella*. Nueva transcripción paleográfica del manuscrito original, con inserción de las porciones de la Historia de los Indios de la Nueva España que completan el texto de los Memoriales. Edición, notas, estudio analítico de los escritos históricos de Motolinía y apéndices, apéndice documental con inclusión de la carta que dirigió Motolinía al emperador Carlos V

en 1555, y de otras piezas provenientes de o relativas a Motolinía, y un índice analítico de materias por Edmundo O'Gorman, prefacio de Miguel León-Portilla, glosario de voces nahuas preparado por Alfredo López Austin y Roberto Moreno y de los Arcos, 2a. ed., México, Instituto de Investigaciones Históricas- Universidad Nacional Autónoma de México, CXXXI+591 págs. con planos. (Serie de Historiadores y Cronistas de Indias, 2).

BENÍTEZ, Fernando

1984 *Historia de la ciudad de México*. 9 volúmenes, México, Salvat Mexicana de Ediciones.

BERNAL, Ignacio

1972 *Tenochtitlan en una isla*. México, Secretaría de Educación Pública, 159 págs. con ilus. y mapas. (Sepsetentas, 39).

CARRASCO, Pedro

1987 "La sociedad mexicana antes de la conquista", en: *Historia General de México*. Coordinador Daniel Cosío Villegas, 2a. reimpresión, 2 vols., México, El Colegio de México-Harla. Vol. I, págs. 205-208

CASAS, fray Bartolomé de las

1967 *Apologética historia sumaria quanto a las cualidades, dispusición, descripción, cielo y suelo destas tierras, y condiciones naturales, policías, repúblicas, manera de vivir e costumbres de las gentes destas Indias Occidentales y Meridionales cuyo Imperio soberano pertenece a los Reyes de Castilla*. Edición preparada por Edmundo O'Gorman, con un estudio preliminar, apéndices y un índice de materias, prefacio de Miguel León-Portilla, 3a. ed., 2 vols., México, Instituto de Investigaciones Históricas - Universidad Nacional Autónoma de México. (Serie de Historiadores y Cronistas de Indias, 1).

CASTAÑEDA ITURBIDE, Jaime

1987 *La ciudad de México antes y después de la conquista*. México, Departamento del Distrito Federal, Secretaría General de Desarrollo Social, Comité Interno de Ediciones Gubernamentales, 163 págs. (Colección Distrito Federal, 2).

CASTILLO, Cristóbal del

1991 *Historia de la venida de los mexicanos y otros pueblos e historia de la conquista*. Traducción del náhuatl y estudio introductorio de Federico Navarrete Linares. México, Asociación de Amigos del Templo Mayor, A.C. - Instituto Nacional de Antropología e Historia - García y Valadés Editores, 226 págs. (Colección Divulgación, Historia).

CASTILLO FARRERAS, Víctor M.

1984 *Estructura económica de la sociedad mexicana, según las fuentes documentales*. Prólogo de Miguel León-Portilla, 2a. ed., México, Instituto de Investigaciones Históricas - Universidad Nacional Autónoma de México, 197 págs. con ilus. (Serie de Cultura Náhuatl, Monografías, 13).

CASO, Alfonso

- 1985 *El pueblo del Sol*. 6a. reimp., México, Fondo de Cultura Económica, 125+XVI+11 págs. con ilus. (Colección Popular, 104).

CERVANTES DE SALAZAR, Francisco

- 1971 *Crónica de la Nueva España*. Edición de Manuel Magallón, estudio preliminar e índices por Agustín Millares Carlo, Madrid, Editorial Atlas, 2 vols. (Biblioteca de Autores Españoles. Desde la Formación del lenguaje hasta nuestros días. Tomo CCXLIV).

CEVALLOS NOVELO, Roque

- 1979 "El Templo Mayor de México Tenochtitlan" en: *Trabajos arqueológicos en el centro de la ciudad de México*. Antología por Eduardo Matos Moctezuma, coordinador, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia - Secretaría de Educación Pública, 275 págs. con planos e ilus. P. 169-178.

CLAVIJERO, Francisco Javier

- 1987 *Historia antigua de México*. Prólogo de Mariano Cuevas, México, Porrúa, XXXVII+621 págs. con mapa. (Sepan Cuantos..., 29).

CÓDICE AUBIN

- 1963 *Historia de la nación mexicana (de 1576)*. Edición, introducción, notas, índices, versión paleográfica y traducción del náhuatl por Charles E Dibble, Madrid, Ed. José Porrúa Turanzas, 111+158 págs. (Colección Chimalistac de Libros y Documentos acerca de la Nueva España, 16).

CÓDICE AZCATÍTLAN

- 1949 *El Códice Azcatitlan*. Edición de Robert Barlow, 2 vols., sobretiro de la revista de la Sociedad de Americanistas, Nueva Serie, tomo XXXVIII, en la sede de la Sociedad del Museo del Hombre, Palacio de Chaillot - Plaza del Trocadero, Paris XVI.

CÓDICE CHIMALPOPOCA

- 1992 *Anales de Cuauhtitlán y Leyenda de los Soles*. Traducción y prólogo de Primo Feliciano Velázquez, 3a. ed. México, Instituto de Investigaciones Históricas - Universidad Nacional Autónoma de México, XXXI+163 págs. con la reproducción de los facsímiles. (Primera Serie Prehispánica, 1).

CÓDICE FLORENTINO

- 1979 *Vid infra SAHAGÚN*.

CÓDICE MENDOCINO

- 1979 *Manuscrito mexicano del siglo XVI que se conserva en la Biblioteca Bodleiana de Oxford*. Facsimile y transcripción, editado por José Ignacio Echeagaray, prefacio de Ernesto de la

Torre Villar, traducción de nombres por Leonardo Manrique y Silvia Garza, México, San Angel Ediciones, 193 págs. con ilus.

CÓDICE RAMÍREZ

1980 *Crónica mexicana precedida del Códice Ramírez...* Vid infra OROZCO Y BERRA.

CONQUISTADOR ANÓNIMO, EI

1941 *Vid infra Relación de algunas cosas...*

COOK, Sherburne Friend

1977 *Ensayos sobre historia de la población: México y el Caribe.* Traducción del inglés de Clementina Zamora, 2 vols., México, Editorial Siglo XXI.

CORTÉS, Hernán

1987 *Cartas de relación de la conquista de México.* 11a. ed., México, Espasa-Calpe Mexicana, 300 págs. (Colección Austral, 547).

COSÍO VILLEGAS, Daniel

1987 *Vid infra Historia general...*

CUADERNOS DE ARQUITECTURA MESOAMERICANA

1993 *Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana.* Revista fundada por Paul Gendrop. Publicación mensual, México, Seminario de Arquitectura Prehispánica, Centro de Investigaciones en Arquitectura y Urbanismo, Facultad de Arquitectura - Universidad Nacional Autónoma de México; no. 23, enero.

CHIMALPAHIN CUAUHTLEHUANITZIN, Domingo Francisco de San Antón Muñón

1982 *Relaciones originales de Chalco Amaquemecan.* Paleografiada y traducida del náhuatl con una introducción por Silvia Rendón, prefacio de Ángel Ma. Garibay K., 1a. reimpresión, México, Fondo de Cultura Económica, 356 págs. con mapa. (Biblioteca Americana. Serie de Literatura Indígena).

DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal

1986 *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España.* Introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas, 14a. ed. México, Porrúa, XXXI+700 págs. con mapa. (Sepan Cuantos..., 5).

DORANTES DE CARRANZA, Baltasar

1970 *Sumaria relación de las cosas de la Nueva España con noticia individual de los descendientes legítimos de los conquistadores y primeros pobladores españoles.* Paleografía por José María de Ágreda y Sánchez, prólogo de Luis González Obregón, advertencia de Manuel Orozco y Berra, 2a. ed., México, Jesús Medina Editor, VIII+493 págs.

DURÁN, fray Diego

- 1984 *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de la Tierra Firme*. Edición paleográfica, introducción, notas y vocabularios de palabras indígenas y arcaicas por Ángel Ma. Garibay K., 2 vols., con 116 láminas, México, Porrúa. (Biblioteca Porrúa, 36-37).

ELÍADE, Mircea

- 1974 *Imágenes y símbolos. Ensayos sobre el simbolismo mágico religioso*. Versión española de Carmen Castro, 2a. ed., Madrid, Taurus, 196 págs. (Ensayistas, 1).
- 1989 *El mito de eterno retorno. Arquetipos y repetición*. Traducción de Ricardo Anaya, 6a. reimpresión, Madrid, Alianza Editorial, 174 págs. (El libro de Bolsillo, Sección Humanidades, 379).
- 1992 *Tratado de historia de las religiones*. Traducción de Tomás Segovia, 8a. reimpresión, México, Era, 462 págs. (Biblioteca Era).

ENCICLOPEDIA DE MÉXICO

- 1978 *Todo lo mexicano ordenado alfabéticamente: antropología, arqueología, arte, bibliografía, biografías, ciencias, derecho, economía, estadística, etimología, etnografía, flora y fauna, folclore, geociencias, historia, instituciones, léxico regional, literatura, mitología, música, paremiología, semántica, sociología, toponimia, turismo, etc.* 3a. ed., 12 vols., México, Editorial Enciclopedia de México.

ESCALANTE, Pablo

- 1992 "Vivir en Tenochtitlan" en: *Azteca Mexica. Las culturas del México Antiguo*. Coordinación general de José Alcina Franch, Miguel León-Portilla y Eduardo Matos Moctezuma, Madrid, Lunwerg Editores - Instituto Nacional de Antropología e Historia (México), 402 págs. con ilus. y mapas. (Quinto Centenario, Colección Encuentros, Serie Catálogos). P. 371-386.
- 1993 "Las obras hidráulicas en tiempos mexicas", en: *Atlas histórico de Mesoamérica*. Linda Manzanilla y Leonardo López Luján coordinadores, 2a. ed., México, Editorial Larousse, 203 págs. con ilus. y mapas.

FERNÁNDEZ, Miguel Ángel

- 1988 *Chapultepec. Historia y presencia*. Edición de Mario de la Torre, edición privada bilingüe español-inglés, México, Editorial Smurfit, Cartón y Papel de México, 215 págs. con planos e ilus.

FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS, Gonzalo

- 1988 *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra Firme de la Mar Océano*. 7 vols., prólogo de J. Natalicio González, notas de José Amador de los Ríos, Asunción del Paraguay, Ed. Guaranía.

GALINDO Y VILLA, Jesús

- 1901 *Reseña histórico-descriptiva de la ciudad de México*. México, Imprenta de Francisco Díaz de León, VIII+243 págs. con ilus.

GARCÍA QUINTANA, Josefina y José Rubén Romero Galván

- 1978 *México-Tenochtitlan y su problemática lacustre*. México, Instituto de Investigaciones Históricas - Universidad Nacional Autónoma de México, 132 págs. con ilus. (Cuadernos, Serie histórica, 21).

GISPERT CRUELLES, Monserrat

- 1992 "El tianquitz de México Tlatelolco. Una aproximación etnobotánica", en: *Azteca Mexica. Las culturas del México Antiguo*. Coordinación general de José Alcina Franch, Miguel León-Portilla y Eduardo Matos Moctezuma, Madrid, Lunweg Editores - Instituto Nacional de Antropología e Historia (México), 402 págs. con ilus. y mapas. (Quinto Centenario, Colección Encuentros, Serie Catálogos). P. 147-160.

GONZÁLEZ APARICIO, LUIS

- 1973 *Plano reconstructivo de la región de Tenochtitlan*. Elaboración del plano por Manuel Nájera Zamora, prólogo de Alfonso Caso, introd. de Jorge L. Medellín, México, Secretaría de Educación Pública e Instituto Nacional de Antropología e Historia, 125 págs.

GRUZINSKI, Serge

- 1992 *El destino truncado del imperio azteca*. Traducción de Julia y Luisa González Gil y A. Sergio Campan, Madrid, Ediciones Aguilar, 192 págs. con ilus. y mapas. (Aguilar Universal, Historia, 25).

GUZMÁN, Eulalia

- 1958 *Relaciones de Hernán Cortés a Carlos V sobre la invasión del Anáhuac*. México, Libros Anáhuac, CXXVIII+570 págs. con mapas e ilus.
- 1989 *Una visión crítica de la historia de la Conquista de México-Tenochtitlan*. México, Instituto de Investigaciones Antropológicas - Universidad Nacional Autónoma de México, 206 págs. (Serie Antropológicas, 97). Este libro refiere las charlas impartidas por Doña Eulalia Guzmán entre 1960 y 1961.

HERRERA Y TORDESILLAS, Antonio de

- 1945-47 *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas, y Tierra firme en el Mar Océano*. Prólogo de J. Natalicio González, 5 vols., edición especial de Ed. Guaranía Asunción del Paraguay, Ed. Guaranía.

HEYDEN, Doris

- 1992 "Fauna que camina y vuela en el México prehispánico", en *Azteca Mexica. Las culturas del México Antiguo*. Coordinación general de José Alcina Franch, Miguel León-Portilla y Eduardo Matos Moctezuma, Madrid, Lunweg Editores - Instituto Nacional de Antropología e Historia (México), 402 págs. con ilus. y mapas. (Quinto Centenario, Colección Encuentros, Serie Catálogos). P. 65-85.

HISTORIA DE MÉXICO1986 *Vid infra* León-Portilla.**HISTORIA GENERAL DE MÉXICO**

1987 Coordinador Daniel Cosío Villegas, 2a. reimpresión, 2 vols., México, El Colegio de México-Harla.

HUMBOLDT, Alejandro de1978 *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*. Estudio preliminar, revisión del texto, cotejos, notas y anexos de Juan A. Ortega y Medina, 3a. ed., México, Porrúa, CLXXX+696 págs. con mapas, ilus., gráficas y estadísticas. (Sepan Cuantos..., 39).**KATZ, Friedrich**1966 *Situación social y económica de los aztecas durante los siglos XV y XVI*. Traducción de Ma. Luisa Rodríguez y Elsa Bühler, México, Instituto de Investigaciones Históricas - Universidad Nacional Autónoma de México, 208 págs. (Serie de Cultura Náhuatl, Monografías, 8).**KRICKEBERG, Walter**1990 *Las antiguas culturas mexicanas*. Traducción de Sita Garst y Jasmin Reuter, 8a. reimp., México, Fondo de Cultura Económica, 476 págs. con ilus. (Sección de Obras de Antropología).**LEONARDO Y ARGENSOLA, Bartolomé Juan**1940 *Conquista de México. Contiene la relación de Gonzalo de Illescas, un capítulo de su historia pontifical sobre la conquista de la Nueva España*. Introducción y notas de Joaquín Ramírez, México, Editorial Pedro Robredo, 381 págs.**LEÓN-PORTILLA, Miguel**1982 "El Templo Mayor en la historia sagrada de los mexicanos", en: *Universidad de México*. Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México. Publicación mensual, México, Universidad Nacional Autónoma de México; vol. XXXVIII, no. 15, julio: p. 20-24.1986 *Historia de México*. Coordinador General Miguel León-Portilla. 16 vols. México, Salvat Mexicana de Ediciones, S.A. de C.V.1989 *Vid infra Visión de los vencidos...*1992 *México-Tenochtitlan. Su espacio y tiempo sagrados*. 3a. ed., México, Plaza y Valdés, 159 págs. con ilus. (Colección Cinco Centenarios).1994 *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, 6a. reimpresión, México, Fondo de Cultura Económica, 198 págs. con ilus. de Alberto Beltrán.1995 *Antología. De Teotihuacán a los Aztecas. Fuentes e interpretaciones históricas*. 1a. reimpresión, México, Dirección General de Publicaciones - Coordinación de Humanidades - Universidad Nacional Autónoma de México, 612 págs. con ilus. (Lecturas Universitarias, 11).

LOMBARDO DE RUIZ, Sonia

- 1973 *Desarrollo urbano de México-Tenochtitlan según las fuentes históricas*. México, Departamento de Investigaciones Históricas - Secretaría de Educación Pública, 39 págs. con ilus.
- 1992 "La arquitectura: intento de construcción de una imagen", en: *Universidad de México*. Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México. Publicación mensual, México, Universidad Nacional Autónoma de México; vol. XLVII, no. 501: p. 27-32, ilus.

LÓPEZ AUSTIN, Alfredo

- 1965 "El templo mayor de México Tenochtitlan según los informantes indígenas", en: *Estudios de Cultura Náhuatl*. Edición de Angel Ma. Garibay K., Miguel León-Portilla y Alfredo López Austin. Publicación eventual, México, Instituto de Investigaciones Históricas - Universidad Nacional Autónoma de México, vol. V, 276 págs. P. 75-102.
- 1989 *Cuerpo humano e ideología. Las concepciones de los antiguos nahuas*. 3a. ed., 2 vols. México, Instituto de Investigaciones Antropológicas - Universidad Nacional Autónoma de México. (Etnología, Historia. Serie Antropológica, 39).

LÓPEZ DE GOMARA, Francisco

- 1979 *Historia de la conquista de México*. Prólogo y cronología de Jorge Gurría Lacroix, Caracas, Biblioteca Ayacucho, XXIX+421 págs. (Colección Ayacucho, 65).

LÓPEZ LUJÁN, Leonardo

- 1993 "La cuenca de México durante la época mexicana", en: *Atlas histórico de Mesoamérica*. Linda Manzanilla y Leonardo López Luján, coords., 2a. ed., México, Editorial Larousse, 203 págs. con ilus. y mapas.

MANUSCRIT TOVAR

- 1972 *Manuscrit Tovar. Origines et croyances des Indiens du Mexique*. Edition établie d'après le manuscrit de la Jonh Carter Brown Library par Jacques Lafayet, traducción francesa de M. Constantino Aznar de Acevedo, Austria Akademische Druck-u Verlagsanstalt, 73+327 págs. con ilus. (Collection UNESCO d'Oeuvres Representatives. Série Ibero-Americaine).

MARQUINA, Ignacio

- 1990 *Arquitectura prehispánica*. Nota a la edición facsimilar de Roberto García Moll, versión de la ed. de 1951, aumentada con un apéndice de la edición de 1964. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia - Secretaría de Educación Pública, XIX+1055 págs. con ilus., mapas y gráficas. (Memorias del Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1).

MARROQUÍ, José María

- 1969 *La ciudad de México. Contiene: el origen de los nombres de muchas de sus calles y plazas, del de varios establecimientos públicos y privados, y no pocas noticias curiosas y entretenidas*. 3 volúmenes, México, Editorial del Valle de México.

MARTÍNEZ DE LA MACORRA, Cecilia

- 1993 "Elementos urbanos en México-Tenochtitlan", en: *Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana*. Revista fundada por Paul Gendrop. Publicación mensual, México, Seminario de Arquitectura Prehispánica, Centro de Investigaciones en Arquitectura y Urbanismo, Facultad de Arquitectura - Universidad Nacional Autónoma de México; no. 23, enero: p. 29-36.

MATOS MOCTEZUMA, Eduardo

- 1988 *Obras maestras del Templo Mayor*. México, Fomento Cultural Banamex, 183 págs. con ilus.
- 1989 *Los Aztecas*. Barcelona, Lunweg Editores, 239 págs. con ilus. y planos. (Corpus Precolombino sección Las Civilizaciones Mesoamericanas).
- 1990 "Una visión de Tenochtitlan", en: *Universidad de México*. Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México. Publicación mensual, México, Universidad Nacional Autónoma de México; vol. XLV, no. 476, septiembre: p. 3-6.

MENDIETA, fray Gerónimo de

- 1980 *Historia Eclesiástica Indiana*. Edición facsimilar de la publicada por Joaquín García Icazbalceta, 3a. ed., México, Porrúa, XLV+790 págs. (Biblioteca Porrúa, 46).

MONZÓN, Arturo

- 1995 "El calpulli", en: *Antología. De Teotihuacán a los Aztecas. Fuentes e interpretaciones históricas*. 1a. reimpresión, México, Dirección General de Publicaciones - Coordinación de Humanidades - Universidad Nacional Autónoma de México, 612 págs. con ilus. (Lecturas Universitarias, 11), págs. 334-340.

MUÑOZ CAMARGO, Diego

- 1972 *Historia de Tlaxcala*. Publicada y anotada por Alfredo Chavero. 1a. edición facsímil, México, Edmundo Aviña Levy Editor, 278+19 págs. (Biblioteca de Facsímiles Mexicanos, 6).

MUSSET, Alain

- 1992 *El agua en el Valle de México: siglos XV-XVIII*. Traducción del francés de Pastora Rodríguez Avinoá y María Palomar, México, Pórtico de la Ciudad de México - Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 245 págs. con ilus. y planos.

NUESTROS ORÍGENES

- 1994 *Nuestros orígenes*. Compilación de Isabel de Arechederra y Magdalena Mas, México, Departamento del Distrito Federal - Consejo Nacional para la Cultura y las Artes - Universidad Iberoamericana A.C., 227 págs. con ilus. (Ensayos sobre la Ciudad de México).

OROZCO Y BERRA, Manuel

- 1960 *Historia antigua y de la conquista de México*. Estudio preliminar de Ángel Ma. Garibay K., biografía del autor y tres bibliografías por Miguel León-Portilla, 4 vols., México, Porrúa. (Biblioteca Porrúa, 20).
- 1980 *Crónica mexicana precedida del Códice Ramírez, manuscrito del siglo XVI intitulado: Relación del origen de los indios que habitan esta Nueva España según sus historias. Y de un examen de ambas obras al cual va anexo un estudio de cronología mexicana por el mismo Sr. Orozco y Berra*. 3a. ed., México, Porrúa, 712 págs. con las láminas originales del *Códice Ramírez* (Biblioteca Porrúa, 61).

ORTEGA CHÁVEZ, Germán

- 1993 "Teorías urbanas mayas y mexicas, una comparación", en: *Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana*. Revista fundada por Paul Gendrop. Publicación mensual, México, Seminario de Arquitectura Prehispánica, Centro de Investigaciones en Arquitectura y Urbanismo, Facultad de Arquitectura - Universidad Nacional Autónoma de México; no. 23, enero: p. 13-21.

PALERM, Ángel

- 1973 *Obras hidráulicas prehispánicas en el sistema lacustre del Valle de México*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia - Secretaría de Educación Pública, 247 págs.

PÉREZ DE OLIVA, Fernán

- 1940 *Vid supra* LEONARDO Y ARGENSOLA.

PRESCOTT, William Hickling

- 1985 *Historia de la conquista de México. Con un bosquejo preliminar de la civilización de los antiguos mexicanos y la vida del conquistador Hernando Cortés*. Traducida por José María González de la Vega, anotada por Lucas Alamán; con notas críticas y esclarecimientos de José Fernando Ramírez, prólogo, notas y apéndices por Juan A. Ortega y Medina, 3a. ed., México, Porrúa, CLIV+770 págs. con ilus. y mapas. (Sepan Cuantos, 150).

RELACIÓN DE ALGUNAS COSAS...

- 1941 *Relación de algunas cosas de Nueva España y de la Gran Ciudad de Temextitlán escrita por un compañero de Hernán Cortés*. Prólogo y notas de León Díaz Cárdenas, 1a. versión castellana completa [original en latín], México, Editorial Americana, 55 págs. con ilus.

RIVERA CAMBAS, Manuel

- 1957 *México pintoresco, artístico y monumental. Vista, descripción, anécdotas y episodios de los lugares más notables de la capital y de los Estados, aún de las poblaciones cortas, pero de importancia geográfica ó histórica*. 3 volúmenes, México, Editora Nacional.

ROJAS, José Luis de

- 1988 *México Tenochtitlan. Economía y sociedad en el siglo XVI*. Palabras de Guillermo Tovar de Teresa, 2a. ed., México, El Colegio de Michoacán - Fondo de Cultura Económica, 328 págs. con mapas y estadísticas. (Sección de Obras de Historia).

ROJAS RABIELA, Teresa

- 1991 "Sistemas agrícolas intensivos con acondicionamiento del suelo", en: *La agricultura en tierras mexicanas desde sus orígenes hasta nuestros días*. Coordinadora Teresa Rojas, México, Grijalbo, 420 págs. con ilus. (Los Noventa, 7).
- 1992 "Las obras públicas", en: *Universidad Nacional*. Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México. Publicación mensual, México, Universidad Nacional Autónoma de México; vol. XLVII, no. 501, octubre: p. 17-21.
- 1993 "Las chinampas de México: métodos constructivos", en: *Arqueología Mexicana*, revista bimestral, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes - Instituto Nacional de Antropología e Historia - Editorial Raíces, S.A. de C.V., vol. 1, no. 4, octubre-noviembre: p. 48-51.

SAHAGÚN, fray Bernardino de

- 1964 *Códices Matritenses de la Historia General de las cosas de la Nueva España*. Trabajo realizado por el Seminario de Estudios Americanistas bajo la dirección de Manuel Ballesteros Gaibrois, 2 vols., Madrid, Ediciones José Porrúa Turanzas. (Colección Chimalistac de Libros y Documentos acerca de la Nueva España, 19-20).
- 1979 *Códice Florentino*. 3 vols., ed. facsimilar, tamaño original y en papel especialmente producido. Biblioteca Medicea Laurenziana de Florencia, Italia; viglò la edición el Archivo General de la Nación, México - Biblioteca Medicea Laurenziana - Italia, impresa en Casa Editorial Giunti Barbra.
- 1981 *Historia General de las cosas de la Nueva España*. Edición, numeración, anotaciones y apéndices por Ángel Ma. Garibay K., 4 vols., México, Porrúa, con ilus. (Biblioteca Porrúa, 8-11).

SÉGOTA TOMAC, Dúrdica

- 1995 *Valores plásticos del arte mexicana*. México, Instituto de Investigaciones Estéticas - Universidad Nacional Autónoma de México, 240 págs. con ilus. (Estudios de Arte y Estética, 22).

SERRA PUCHE, Mari Carmen y María Teresa Castillo

- 1992 "El abasto en la ciudad de Tenochtitlan", en: *Universidad Nacional*. Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México. Publicación mensual, México, Universidad Nacional Autónoma de México; vol. XLVII, no. 501, octubre: p. 22-26.
- 1992 "La vida cotidiana en una chinampa xochimilca", en: *Azteca Mexica. Las culturas del México Antiguo*. Coordinación general de José Alcina Franch, Miguel León-Portilla y Eduardo Matos Moctezuma, Madrid, Lunweg Editores - Instituto Nacional de Antropología

e Historia (México), 402 págs. con ilus. y mapas. (Quinto Centenario, Colección Encuentros, Serie Catálogos). P. 173-185.

SOLÍS OLGUÍN, Felipe

1992 "El diseño urbano de México-Tenochtitlan", en: *Universidad Nacional*. Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México. Publicación mensual, México, Universidad Nacional Autónoma de México; vol. XLVII, no. 501, octubre: p. 12-16.

SOLÍS OLGUÍN, Felipe, Roberto García Moll y Jaime Bali

1990 *El tesoro de Moctezuma*. Tr. del inglés al español por Betty Sisto, México, Chrysler México, 205 págs. (Colección Editorial de Arte Chrysler).

SOLÍS Y RIVADENEIRA, Antonio de

1968 *Historia de la conquista de México, población y progresos de la América Septentrional, conocida por el nombre de Nueva España*. Prólogo y apéndices de Edmundo O'Gorman, notas de José Valero Silva, México, Porrúa, XLI+395 págs. con mapa. (Sepan Cuantos..., 89).

SOUSTELLE, Jacques

1984 *La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la conquista*. Traducción de Carlos Villegas, 7a. reimpresión, México, Fondo de Cultura Económica, 283 págs. con ilus. (Sección de Obras de Antropología).

SUÁREZ DE PERALTA, Juan

1949 *Tratado del descubrimiento de las Indias. Noticias históricas de Nueva España*. Nota preliminar de Federico Gómez de Orozco, México, Secretaría de Educación Pública, XXVIII+246 págs. (Testimonios Mexicanos, Historiadores, 3).

TAPIA, Andrés de

1987 *Crónicas de la conquista*. Introducción, selección y notas de Agustín Yáñez, 4a. ed., México, Coordinación de Humanidades - Universidad Nacional Autónoma de México, XVI+197 págs. con ilus. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 2).

TENA, Rafael

1993 *La religión mexicana*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 102 págs. con ilus. (Colección Divulgación).

TIBÓN, Gutierre

1983 *Historia del nombre y de la fundación de México*. Prólogo de Jacques Soustelle, 3a. ed., México, Fondo de Cultura Económica, 893 págs. con ilus. y mapas. (Sección de Obras de Historia).

TORQUEMADA, fray Juan de

- 1975 *Monarquía indiana. De los veinte y un libros rituales y monarquía indiana, con el origen y guerras de los indios occidentales, de sus poblaciones, descubrimiento, conquista, conversión y otras cosas maravillosas de la misma tierra*. Proemio de Nicolás Rodríguez Franco, edición preparada por el Seminario para el estudio de fuentes de tradición indígena, bajo la coordinación de Miguel León-Portilla, 3a. ed., 7 vols., México, Instituto de Investigaciones Históricas - Universidad Nacional Autónoma de México. (Serie de Historiadores y Cronistas de Indias, 5).

TOUSSAINT, Manuel, Federico Gómez de Orozco y Justino Fernández

- 1990 *Planos de la ciudad de México. Siglos XVI y XVII. Estudio histórico, urbanístico y bibliográfico*. Prólogo de Carlos Contreras, 1a. reimpresión, México, Instituto de Investigaciones Estéticas - Universidad Nacional Autónoma de México - Departamento del Distrito Federal, 206 págs. con ilus. y planos.

TRABAJOS ARQUEOLÓGICOS EN...

- 1979 *Trabajos arqueológicos en el centro de la ciudad de México*. Antología de Eduardo Matos Moctezuma, México, Secretaría de Educación Pública - Instituto Nacional de Antropología e Historia, 273 págs. con ilus. y mapas.

UNIVERSIDAD DE MÉXICO...

- 1982 *Universidad de México*. Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México. Publicación mensual, México, Universidad Nacional Autónoma de México; vol. XXXVIII, no. 15, julio.
- 1990 *Universidad de México*. Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México. Publicación mensual, México, Universidad Nacional Autónoma de México; vol. XLV, no. 476, septiembre.
- 1992 *Universidad de México*. Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México. Publicación mensual, México, Universidad Nacional Autónoma de México; vol. XLVII, no. 501, octubre.

VAILLANT, George C.

- 1988 *La civilización azteca. Origen, grandeza y decadencia*. Edición revisada por Suzannah B. Vaillant, traducción de Samuel Vasconcelos y Margarita Montero. 8a. reimpresión, México, Fondo de Cultura Económica, 317 págs. con ilus. (Sección de Obras de Antropología).

VÁZQUEZ DE TAPIA, Bernardino

- 1973 *Relación de méritos y servicios del conquistador Bernardino Vázquez de Tapia, vecino y regidor de esta gran ciudad de Tenustitlan, México*. Estudio y notas de Jorge Gurria Lacroix, 3a. ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 147 págs. (Nueva Biblioteca Mexicana, 34).

VETANCURT, fray Agustín de

- 1971 *Teatro mexicano. Descripción breve de los sucesos ejemplares, históricos y religiosos del Nuevo Mundo de las Indias. Crónica de la Provincia del Santo Evangelio de México. Menologio franciscano de los varones más señalados, que con sus vidas ejemplares, perfección religiosa, ciencia, predicación evangélica en su vida, ilustraron la Provincia del Santo Evangelio de México.* 1a. edición facsimilar, México, Porrúa, [paginación discontinua]. (Biblioteca Porrúa, 45).

VIGARELLO, Georges

- 1991 *Lo limpio y lo sucio. La higiene del cuerpo desde la Edad Media.* Versión española de Rosendo Ferrán, Madrid, Alianza Editorial, 323 págs.

VISIÓN DE LOS VENCIDOS...

- 1989 *Visión de los vencidos: relaciones indígenas de la conquista.* Introducción, selección y notas de Miguel León-Portilla; versión de textos nahuas de Ángel Ma. Garibay K., ilus. de Alberto Beltrán, 12 ed. revisada y enriquecida, México, Coordinación de Humanidades - Universidad Nacional Autónoma de México, 1989, XXXI+224 págs. con ilus. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 81).

WOOD, Tim

- 1992 *See through history. The Aztecs.* London, Hamlyn Children's Books, 48 págs. con ilus., mapas y 4 escenas superpuestas en acetato.

ZORITA, Alonso de

- 1942 *Breve y sumaria relación de los señores y maneras y diferencias que había en ellos en la Nueva España, y en otras provincias sus comarcas, y de sus leyes, usos y costumbres, y de la forma que tenían en les tributar sus vasallos en tiempo de su gentilidad, y la que después de conquistados se han tenido y tiene en los tributos que pagan a Su Majestad, y a otros en su real nombre, y en el imponerlos y repartirlos, y de la orden que se podían tener para cumplir con el precepto de los diezmos, sin que lo tengan por nueva imposición y carga los naturales de aquellas partes.* Prólogo y notas de Joaquín Ramírez Cabañas, México, Universidad Nacional Autónoma de México, XXIII+214 págs. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 32).